



A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Jean-Paul Sartre', enclosed within a thin blue rectangular border. The signature is highly stylized and cursive.

---

**JEAN-PAUL  
SARTRE**

---



El presente volumen recoge los primeros relatos del filósofo francés aparecidos a partir del dramático año prebélico de 1937 en la *Nouvelle Revue Française*. En cuanto al contenido de los cuentos más significativos de “El muro” cabe destacar a la pareja enclaustrada de “La cámara”, al personaje entre grandioso y cómico, ávido de asombrar al mundo, de “Eróstrato”, al proceso de corrupción de una falsa personalidad que describe “La infancia de un jefe” —entre otros—, que interesan por su intención subyacente antes que por su descaro verbal.



Jean-Paul Sartre

**El muro**

**ePub r1.0**

**Antwan 31.05.13**

Título original: *Le mur*

Jean-Paul Sartre, 1939

Traducción: Augusto Díaz Carvajal

Ilustraciones: Luis Seoane

Retoque de portada: Antwan

Editor digital: Antwan

ePub base r1.0



## Jean-Paul Sartre y el existencialismo en la literatura

*Si el existencialismo en cuanto cosmovisión filosófica, y empero contar ya con una larga historia —puesto que sus raíces se hunden en Kierkegaard y las próximas lindan con Heidegger—, no había rebasado el ámbito de lo profesional o profesoral, ha bastado que fuera exhibido sobre la plataforma espectacular propia de las doctrinas literarias —como novedad presunta de la actual trasguerra— para captar las atenciones más distantes, transformándose de la noche a la mañana en un suceso periodístico, en un tema del día, suscitador de mil comentarios ininterrumpidos, sobre el que cada cual consideraría deshonoroso dejar de pronunciarse. Reprueben otros, si gustan, este montaje escénico, este apoderamiento multitudinario. Por mi parte, aun valorizando debidamente la moda —como signo profundo, ineludible, adscrito a ciertas expresiones típicas de una época—, mas sin confundir la esencia con el accidente, prefiero buscar otras interpretaciones. Prefiero considerar tan clamorosa repercusión como un nuevo testimonio afirmativo de la valía y la perennidad de las escuelas literarias, en cuanto son órganos de generaciones diferenciadas.*

*Porque si la segunda parte, el concepto de generación, es reciente como método histórico, la primera, la agrupación de individuos mediante afinidades mutuas —desdobladas parejamente en discrepancias con los demás— es muy antigua e ilustre en precedentes. Recuérdese sencillamente que en la literatura de tradición más unida, menos sujeta a discontinuidades y desniveles, en la literatura francesa, los espíritus y las tendencias capitales siempre se manifestaron así, agrupados en escuelas y movimientos. Desde los días de la Pléyade con Malherbe, desde las pugnas entre preciosos y burlescos, hasta los nuestros. Desde los románticos a los simbolistas en el siglo pasado. Se diría que frente al irreductible individualismo de las literaturas hispánicas (por algo, y hasta en la época que pudo ser más coherente, en el siglo XVII, Lope de Vega hablaba, en La Dorotea, con intención desdeñosa, de “los poetas en cuadrilla”), productores y consumidores en las letras francesas sólo sostienen y aceptan lo nuevo cuando surge en formación de parada, bajo una bandera espectacular.*

*Pero la novedad o, más exactamente, la legitimidad de buscar otros contenidos y distintas fórmulas de expresión, ya no es punto de litigio, ni se presta al menor comentario polémico en abstracto, aunque la literatura existencialista particularmente no deje de suscitarlos.*

*Dicha escuela aporta en primer término otro cambio que hasta ahora no fue señalado, mas que por tratarse de algo genérico merece anteponerse a cualquier consideración específica. Es cabalmente la muda de género dominante que lleva aneja: el salto de la poesía a la novela, la efusión subjetiva al reflejo plural del mundo.*

*La alternancia y sucesión de los géneros —puesto que éstos, contra aquellas añejas teorías de Croce, y frente a la mezcolanza y atomización de sus elementos propios que hayan podido sufrir, continúan existiendo— es una ley literaria y artística tan digna de atención cuanto escasa o nulamente estudiada.*

*Recuérdese someramente: hubo un momento de este siglo en que la pintura*

*adelantó el paso sobre las demás artes y logró influjo en las letras. Le tocó luego la vez a la poesía; bajo el signo de la lírica, con infiltraciones de este género incluso en los más lejanos a su esencia, ha vivido gran parte de la literatura europea de los pasados años, hasta la guerra. Señaló el caso hace tiempo, respecto a la literatura española, Pedro Salinas; lo ha comprobado también, en un balance más reciente, François Mauriac por lo que concierne a las letras francesas; y en cuanto a las inglesas, aunque el caso fuera menos acusado en profundidad, si bien más general en extensión, no requiere ningún testimonio explícito.*

*Pues bien, la rosa de los vientos gira y nos encontramos con que la novela cobra primacía y dominio. La novela o, si se prefiere, lo novelesco en un sentido muy amplio, ya que a sus límites violados se incorporan otros elementos también dúctiles, de líneas estiradas ahora más que nunca: ensayismo, filosofismo. Lo filosófico, por lo demás, deja de ser coto cerrado, se vitaliza; lo problemático del pensamiento entra a raudales en nuestras vidas complejas; al centrar en la primera persona del singular las cuestiones vitales, humanas, permanentes, éstas se colorean de un patetismo metafísico. Se ha reemplazado, por ejemplo, el problema de “la muerte” por el de “yo muero” —según frase de Groethuysen, con reminiscencia unamunesca— y, por consiguiente, ya no admite la escapatoria de lo impersonal e intemporal. Parejamente, en la ciencia, el “principio de incertidumbre” de Heisenberg parece ser la única realidad a tono con la atmósfera convulsionada. Y cualquier libro que no refleje este contrapunto, la interacción de vida e intelectualismo, corre el riesgo de dejarnos fríos. De ahí que las novelas de Malraux —no obstante sus imperfecciones, cierta calígene, la borrosidad psicológica de sus personajes— hayan marcado tan honda impronta en las últimas generaciones; de ahí la resonancia múltiple suscitada por libros —asimismo técnicamente nada excepcionales— como los de Arthur Koestler y las polémicas en torno a *Darkness at noon* donde se afrontan y ventilan problemas de conciencia sobre un tema tan contradictorio como los procesos soviéticos.*

*Aun rehuyendo cautelosamente cualquier amago de profetismo, creo no incurrir en ningún desafuero al pronosticar desde ahora que en la literatura de la próxima década lo novelesco problemático será ineluctablemente el género donde se manifiesten las obras más representativas.*

*Ahora bien, lo grave es que el módico equilibrio anterior de fuerzas conjugadas, de vida e intelectualismo, se ha roto, que el alud irracionalista amenaza con arrasar todo y que se pretende “un honor metafísico en sostener la absurdidad del mundo”, según escribe Albert Camus, quien niega pertenecer al clan existencial, no obstante sus patentes similitudes de concepto —a través de su libro teórico *Le mythe de Sisyphe* y su novela *L'étranger*— con las obras y teorías del portavoz oficial Jean-Paul Sartre.*

*Cuando en el curso del dramático 1937 aparecieron en *La Nouvelle Revue Française* las primeras novelas cortas de Jean-Paul Sartre —“*Le mur*”, “*Intimité*”— fuimos ya algunos quienes sentimos al leerlas (confesarlo por mi parte no es incurrir en profetismo a posteriori, ya que entonces comuniqué a otros esa impresión) cierto choque sin guiar, la presencia incuestionable de algo cínico, turbador, poderoso. Ciertamente no era su nota dominante, una crudeza temática sin restricciones, ni su atmósfera amoral aquello que podía asombrarnos. No era tampoco su expresión impúdica, sin veladuras, lo que resultaba nuevo. Precedentes múltiples en ambas direcciones había ya depositado en nuestras riberas la resaca de la anterior trasguerra. Bastará recordar las novelas de Louis Ferdinand Céline en Francia, de Erich Kästner en Alemania, de Alberto Moravia en Italia como demostración de que nuestro paladar estaba acostumbrado ya a “delicadezas”*

semejantes. Y en punto a violencia de situaciones, a amoralidad de atmósfera y “directismo” expresivo, la extensión todavía más vasta y el influjo creciente logrado por el nuevo realismo de algunos norteamericanos penúltimos —Faulkner, Steinbeck, Caldwell, Cain...— es suficiente ejemplo. Luego la sacudida del cinismo tenía ya un epicentro lejano, y esa ola turbia, emproada a mostrar la vida como “sound and fury” —como un cuento absurdo contado por un niño idiota, parafraseando las palabras de Shakespeare— se había extendido sin trabas a la novelística de otros países en años más recientes. La guerra, en vez de anular con su violencia real esta corriente, al superarla con los hechos, no hizo sino reforzar paradójicamente sus batientes, inclusive en la antes inocua literatura inglesa, según muestra la difusión alcanzada allí durante los años de la “blitzkrieg” por las imaginaciones a lo Kafka, de Rex Warner y, particularmente, por cierta novela sádica, *Miss Blandish*.

Hasta en la secuestrada España las dos únicas novelas que alcanzaron renombre —aludo a *Nada*, de Carmen Laforet y a *La familia de Pascual Duarte*, por Camilo José Cela—, que la gente de allí ha leído y celebrado (quizá no tanto por su puro valor literario, muy relativo en los dos casos, sino por la protesta subterránea que marcan contra el oscurantismo y el conformismo teocrático-castrense) trasuntan semejante visión cínica e implacable de la vida. Una mención más subrayada, tanto por su valía infinitamente superior, como por tocarnos más de cerca en todos sentidos, merecen las obras de dos poderosos novelistas españoles revelados en el destierro. Aludo a Max Aub, cuyos libros *Campo de sangre* y *Campo cerrado* merecían mayores atenciones que las logradas; y a Arturo Barea español en Londres, desconocido por casi todos sus compatriotas, pero cuya trilogía autobiográfico-novelesca *The forging of a rebel* ya ha conquistado el espaldarazo de varias traducciones.

Todo ello evidencia que la guerra y la trasguerra podrán haber exacerbado esa tendencia cínica, tremenda, malhablada, pero queda probado que no sólo en potencia, sino en actos y obras múltiples, existía ya desde antes. Cierto es que particularmente en Francia, ya hace años veníase hablando de una corriente “miserabilista” —el apelativo corresponde a Jean Schlumberger— introducida quizá antes que nadie por los libros ya aludidos, crudos, malhablados de Céline, autor hoy relegado a la zona de lo innombrable, merced a su conducta colaboracionista, ya que aquel cantor de negruras, aquel maniático antisemita lógicamente había de sentirse solidario con el antiespíritu nazi. Pero ni por su contenido ni por su técnica el autor del *Voyage au bout de la nuit* marcaba otra cosa que una reanudación del realismo naturalista, llevado a su dislocación caricaturesca y en sus aspectos más sombríos.

Con la aparición de las novelas sartrianas las cosas toman un nuevo sesgo: la técnica cambia y la intención también. El incriminado “miserabilismo” no está tanto en el tema o en los detalles episódicos, como en el meollo de sus personajes y en la atmósfera que los baña. De otra parte el zolesco, las construcciones macizas, son sustituidas por el fragmentarismo y las visiones superpuestas, cuyo ejemplo más expresivo puede encontrarse en la composición de *El aplazamiento*.

Mas la crudeza allí mostrada era de carácter diverso: más sutil y especiosa, como respondiendo a un preconcepto intelectual, como ejemplos de una cosmovisión peculiar muy elaborada y meditada. Sin ser meramente externa, puesto que iba unida al fondo, aquella crudeza tampoco podía considerarse esencial: era una resultante mas no un fin. La pareja enclaustrada de “La cámara”, el personaje entre grandioso, cómico y salaz, ávido de asombrar al mundo, de “Eróstrato”, el proceso de corrupción de una falsa

personalidad que describe “La infancia de un jefe” —entre otras novelas cortas de *El muro*— impresionan e interesan por su intención subyacente antes que por su descaro verbal.

Su personalidad incipiente quedó ya más definida cuando en 1938 dio a luz su primera novela *La náusea*. Decir que Antoine Roquentin, su protagonista, y casi el único personaje de esta novela tan despoblada y fantasmal, tan deliberadamente escasa de peripecias externas como rica en alusiones significantes, es una suerte de esquizofrénico, no explica gran cosa. La náusea que experimenta ante el mundo mediocre que le rodea no es física, sino metafísica. Es el sentimiento de la existencia como un vatio donde lo vital se aniquila, y donde contrariamente las formas inorgánicas de la materia asumen, al ser contempladas con frialdad y desprendimiento, una presencia fascinante. Según explica el mismo personaje en una página de sus soliloquios, lo esencial es la contingencia; por definición, la existencia no es la necesidad; existir es estar ahí simplemente (*Dasein*: la fórmula clave de Heidegger); los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero nunca puede uno deducirlos. Y agrega Roquentin —portavoz novelesco de Sartre— que ningún ser necesario puede explicar la existencia: la contingencia no es una apariencia que pueda disiparse; es lo absoluto. Y, por consiguiente, la gratuidad perfecta. Gratuidad que equivale a lo Absurdo. “Yo comprendía, que había, encontrado la, clave de la existencia, la clave de mis náuseas, de mi propia vida. De hecho, todo lo que pude captar después se concentra en esta absurdidad fundamental.”

Hacia la apología sistemática de lo absurdo, hecha no con ánimo paradójico sino con meditado rigor, se encamina paralelamente el libro ya aludido, *Le mythe de Sisyphe*, de Albert Camus. ¿Y acaso Heidegger al centrar en la nada el tema de sus reflexiones, y pretender que en ella se hace patente la angustia, no había ya anticipado desde 1931 —en su discurso *¿Qué es Metafísica?*— los elementos esenciales de esta conclusión?

Contra lo que parecen creer y afirmar tantos gacetilleros confusionistas, ni el existencialismo se produce como una consecuencia directa de la guerra, ni ha surgido súbitamente armado, cual una nueva Minerva, de la cabeza del Júpiter Sartre. Su importancia además —sobre todo desde nuestro punto de vista— no radica tanto en su filosofía como en la incorporación, por vez primera, de ciertos conceptos filosóficos a la novela y al teatro. Claro es que, lamentablemente, no son tales ideas las que han removido tan plurales curiosidades, sino la envoltura, mejor dicho, la aludida desenvoltura verbal con que se presentan, y, sobre todo, el relente peculiar que desprenden ciertas páginas sartrianas. Pero cualquier epíteto censorio, al cabo, no corresponde a Sartre: su destinatario es el mundo real de donde toma sus modelos. Por lo demás, errarán totalmente el camino quienes se acerquen a sus libros buscando únicamente páginas libidinosas, tanto como quienes pretendan identificarlas con la literatura licenciada; su entraña estético-filosófica los sitúa en un plano muy superior, rigurosamente aparte de las procacidades vulgares.

En 1940, pocos meses antes de la caída de París, Sartre da *L’Imaginaire* con el subtítulo de *Psicología fenomenológica de la imaginación*, tratado denso de aire rigurosamente filosófico, y cuya aridez expositiva le aleja de quienes hubieran acudido a él seducidos por la colindancia estética del tema. Y en 1943, bajo la ocupación alemana, su libro teórico más capital hasta la fecha, *L’être et le néant*, ensayo de ontología fenomenológica, libro abrupto, rigurosamente técnico, compuesto de 722 páginas, a gran tamaño, del que todos hablan “pero que no han leído cabalmente una docena de personas ni han comprendido más de seis”, según dice un especialista y no cualquier lego; lo que se

*explica, ya que su fraseología nos ofrece, en cualquier página donde aisladamente hundamos la mirada, la impresión de una traducción germánica en crudo, dicho esto con todo respeto.*

*Aun habiendo militado en las filas de la resistencia intelectual francesa, Sartre —primero movilizado, luego prisionero, al final evadido— fue uno de los no muchos autores que, por habilidad propia o condescendencia ajena, gozó de ciertas franquicias para publicar sus libros y estrenar sus obras dramáticas durante la ocupación nazi. Efectivamente, en 1943, dio a la escena su drama en tres actos *Les mouches*, vivificación mitológica de Orestes, llena de alusiones algo sibilinas a la actualidad de aquel entonces, en su condenación del tirano criminal; y en 1944 otro, en un acto, *Huis clos*. A puerta cerrada es, a mi ver, la realización escénica de Sartre más lograda hasta la fecha. El infierno que nos pinta, una simple habitación de hotel —donde están condenados a vivir toda la eternidad los tres únicos personajes— es más empavorecedor que pudieron serlo en la Edad Media las alegorías llameantes. El infierno real es el de la eternidad sin puertas, el de la incomunicación absoluta que padecen esos tres seres —tres escorias humanas— destinados “per in aeternum” a vomitarse sus recuerdos.*

*Sobrevenida la liberación su actividad se multiplica: lanza los dos primeros volúmenes de una tetralogía novelesca, cuyo título general es *Les chemins de la liberté* y cuyos dos primeros tomos, únicos aparecidos hasta la fecha, se denominan *L'âge de raison* y *Le sursis*, libros removedores, suscitadores de epítetos negros —amoralidad putrefacción, etc.— que sirven a su propaganda, a cierta aureola de escándalo y publicidad, pero que en nada definen sus intenciones últimas ni revelan su verdadero carácter. La edad de la razón es una verdadera obra maestra en punto a crudeza, cinismo, desolación, y deprimente como ella sola. No por el tema —escabroso, pero nada excepcional—, no por la catadura de algunos personajes y el cariz de ciertas escenas, sino por la atmósfera general envolvente. La crudeza, pues, no está en los hechos mismos, tampoco en la manera —bastante objetiva— con que se nos narran, sino en algo indefinible y deletéreo que atraviesa todas las páginas. En el modo como aquellos seres reaccionan ante los acontecimientos, modo visceral pudiéramos decir, por oposición a todo estilo anímico. Aparentemente buscan definirse por su libertad de acción, por su “disponibilidad”, mas en realidad parecen simples esclavos de sus impulsos más elementales. Pero cualquier juicio definitivo sobre esta obra, lo mismo que sobre *El aplazamiento* —enmarcada en la época de Munich— resultaría prematuro, ya que no está acabada, y el autor promete que en el tomo cuarto y último quedará patente su sentido. Estrena otras dos obras dramáticas, *Morts sans sépulture* —drama de la resistencia— y *La putain respectueuse* —quizá su única pieza moral, pese al título descarado— que renuevan idénticas marejadas con parecida inocuidad, puesto que se trata de creaciones cuya intención y cuyos valores pertenecen a un plano más alto. Y lanza la revista mensual *Les temps modernes*, publicación que editorialmente viene a ser una continuación de la famosa *Nouvelle Revue Française* —ya que aparece respaldada por el mismo editor, Gallimard, y que en su primer consejo directivo figuran nombres como el de Jean Paulhan, director de aquélla, quien por cierto no quiso resucitarla en modo alguno con el mismo título, pues entendía que había quedado prostituida para siempre merced al director que se incautó de ella, durante la ocupación, Drieu la Rochelle—, mas que literariamente acusa otras características.*

*Desde entonces el nombre de Sartre —en cuya vida externa no hay ningún dato llamativo que apuntar: nacido en París, en 1905, normalista brillante, profesor de filosofía*

*primero en Le Havre y luego en el Lycée Condorcet de París, hombre de tertulia y pandilla en los cafés próximos a Saint-Germain-des Prés— conoce una boga publicitaria clamorosa e ininterrumpida. Es leído, discutido, admirado, o impropriado como pocos. En manos de gacetilleros y aficionados el existencialismo corre el riesgo de trocarse en una moneda deslucida. Despectivamente, quienes se jactan de estar de vuelta de todo, aseguran cada seis meses que Sartre es un “bluff”, el existencialismo una moda pasajera y que dentro de otros seis ya nadie se acordará de ellos. ¿Será cierto... al cabo de una sesena algo más elástica? Recordemos que de enterradores espontáneos y pompiers de corazón están llenas las ciudades literarias. Agreguemos que si en Sartre sólo hubiera esa crudeza expresiva tan vituperada ya hace mucho tiempo que habría sido eclipsado por otros.*

*Si fuéramos a fijarnos únicamente en este aspecto del existencialismo —el más sensacionalista y adjetivo— en el de su escatología, y aun en el de su coprología, y como a todo hay quien gane, resultaría que la marca sartriana fue superada poco después al conocerse en francés —pues el puritanismo yanqui tiene prohibida la circulación de las ediciones originales— las obras de cierto novelista norteamericano. Aludo, como se sospechará, a Henry Miller y a sus novelas *Tropic of Cancer* y *Tropic of Capricorn*. Lo coprológico, no sólo lo irracional y lo visceral —sustituyendo a la mente y a los sentidos como instrumentos para captar el mundo—, alcanzan aquí sus límites más desafortados. Con la diferencia de que en Miller no hay más que una obsesión libidinosa y un caos aterrador, mientras que en Sartre —como en sus colegas, afines, o discípulos: Simone de Beauvoir, Georges Bataille, Michel Leiris, etc., hay un concepto peculiar del mundo y un arte muy refinado, aun cuando en ciertos casos intente disfrazarse de balbuceo o tosquedad.*

*Resultaría fuera de lugar e inevitablemente extenso intentar siquiera exponer someramente las teorías del existencialismo en el plano filosófico. En el que más cercanamente nos toca, en el literario, éstas se condensan y aclaran cuando sus defensores nos dicen cómo su propósito es reproducir fielmente el flujo y reflujo de la vida interior (¿acaso Dostoievsky, acaso Joyce, acaso Kafka, los mismos superrealistas, se habían propuesto otra cosa?) antes de que el espíritu intervenga para introducir una lógica que no existía. O bien cuando afirman que este pensamiento es como una reacción de la filosofía del hombre contra los excesos de la filosofía de las ideas y la filosofía de las cosas. Porque “mientras el pensamiento abstracto —escribía Kierkegaard— se propone comprender abstractamente lo concreto, el pensador subjetivo (leamos hoy existencial) tiende, por el contrario, a comprender concretamente lo abstracto”. Ciertamente es que lo anterior sólo constituye levísima insinuación de un sistema que se presenta tan trabado y coherente, pero ello nos explica por qué, en definitiva, quizá el pensamiento existencial se exprese mejor que en las obras doctrinales en la novela y en el teatro. “Si la descripción de la esencia —corroborada por Simone de Beauvoir— pertenece a la filosofía propiamente dicha, únicamente la novela permitirá evocar, reflejar, en su realidad completa, singular, temporal, el flujo original de la existencia.” Luego, en definitiva, quien desee captar vívidamente las tesis existencialistas, antes que a las exposiciones doctrinales deberá acudir a las novelas y dramas de Sartre ya mencionados, lo mismo que a las de Simone de Beauvoir —*L’invitée*, *Le sang des autres*, *Tous les hommes sont mortels*, más la pieza *Les bouches inútiles*— ya que cada una de ellas viene a ser la ilustración y corporización de tales teorías.*



## **El muro**



Nos arrojaron en una gran sala blanca y mis ojos parpadearon porque la luz les hacía mal. Luego vi una mesa y cuatro tipos detrás de ella, algunos civiles, que miraban papeles. Habían amontonado a los otros prisioneros en el fondo y nos fue necesario atravesar toda la habitación para reunimos con ellos. Había muchos a quienes yo conocía y otros que debían ser extranjeros. Los dos que estaban delante de mí eran rubios con cabezas redondas; se parecían; franceses, pensé. El más bajo se subía todo el tiempo el pantalón: estaba nervioso.

Esto duró cerca de tres horas; yo estaba embrutecido y tenía la cabeza vacía; pero la pieza estaba bien caldeada, lo que me parecía muy agradable: hacía veinticuatro horas que no dejábamos de tiritar. Los guardianes llevaban los prisioneros uno después de otro delante de la mesa. Los cuatro tipos les preguntaban entonces su nombre y su profesión. La mayoría de las veces no iban más lejos, o bien, a veces les hacían una pregunta suelta: “¿Tomaste parte en el sabotaje de las municiones?”, o bien: “¿Dónde estabas y qué hacías el 9 por la mañana?”. No escuchaban la respuesta o por lo menos parecían no escucharla: se callaban un momento mirando fijamente hacia adelante y luego se ponían a escribir. Preguntaron a Tom si era verdad que servía en la Brigada Internacional: Tom no podía decir lo contrario debido a los papeles que le habían encontrado en su ropa. A Juan no le preguntaron nada, pero, en cuanto dijo su nombre, escribieron largo tiempo.

—Es mi hermano José el que es anarquista —dijo Juan—. Ustedes saben que no está aquí. Yo no soy de ningún partido, no he hecho nunca política.

No contestaron nada. Juan dijo todavía:

—No he hecho nada. No quiero pagar por los otros.

Sus labios temblaban. Un guardián le hizo callar y se lo llevó. Era mi turno:

—¿Usted se llama Pablo Ibbieta?

Dije que sí.

El tipo miró sus papeles y me dijo:

—¿Dónde está Ramón Gris?

—No lo sé.

—Usted lo ocultó en su casa desde el 6 al 19.

—No.

Escribieron un momento y los guardianes me hicieron salir. En el corredor Tom y Juan esperaban entre dos guardianes. Nos pusimos en marcha. Tom preguntó a uno de los guardianes:

—¿Y ahora?

—¿Qué? —dijo el guardián.

¿Esto es un interrogatorio o un juicio?

—Era el juicio, dijo el guardián.

Bueno. ¿Qué van a hacer con nosotros?

El guardián respondió secamente:

Se les comunicará la sentencia en la celda.

En realidad lo que nos servía de celda era uno de los sótanos del hospital. Se sentía terriblemente el frío, debido a las corrientes de aire. Toda la noche habíamos tiritado y durante el día no lo habíamos pasado mejor. Los cinco días precedentes había estado en un calabozo del arzobispado, una especie de subterráneo que debía datar de la Edad Media: como había muchos prisioneros y poco lugar se les metía en cualquier parte. No eché de menos mi calabozo: allí no había sufrido frío, pero estaba solo; lo que a la larga es irritante. En el sótano tenía compañía. Juan casi no hablaba: tenía miedo y luego era demasiado joven para tener algo que decir. Pero Tom era buen conversador y sabía muy bien el español. En el subterráneo había un banco y cuatro jergones. Cuando nos devolvieron, nos reunimos y esperamos en silencio. Tom dijo al cabo de un momento:

—Estamos reventados.

—Yo también lo pienso —le dije—, pero creo que no harán nada al pequeño.

—No tienen nada que reprocharle —dijo Tom—, es el hermano de un militante, eso es todo.

Yo miraba a Juan: no tenía aire de entender, Tom continuó:

—¿Sabes lo que hacen en Zaragoza? Acuestan a los tipos en el camino y les pasan encima los camiones. Nos lo dijo un marroquí desertor. Dicen que es para economizar municiones.

—Eso no economiza nafta —dije.

Estaba irritado contra Tom: no debió decir eso.

—Hay algunos oficiales que se pasean por el camino —prosiguió—, y que vigilan eso con las manos en los bolsillos, fumando cigarrillos. ¿Crees que terminan con los tipos? Te engañas. Los dejan gritar. A veces durante una hora. El marroquí decía que la primera vez casi vomitó.

—No creo que hagan eso —dije—, a menos que verdaderamente les falten municiones.

La luz entraba por cuatro respiraderos y por una abertura redonda que habían practicado en el techo, a la izquierda y que daba sobre el cielo. Era por este agujero redondo, generalmente cerrado con una trampa, por donde se descargaba el carbón en el sótano. Justamente debajo del agujero había un gran montón de cisco; destinado a caldear el hospital, pero desde el comienzo de la guerra se evacuaron los enfermos y el carbón quedó allí, inutilizado; le llovía encima en ocasiones, porque se habían olvidado de cerrar la trampa.

Tom se puso a tiritar.

—Maldito sea, tiritito —dijo—, vuelta a empezar.

Se levantó y se puso a hacer gimnasia. A cada movimiento la camisa se le abría sobre el pecho blanco y velludo. Se tendió de espaldas, levantó las piernas e hizo tijeras en el aire; yo veía temblar sus gruesas nalgas. Tom era ancho, pero tenía demasiada grasa. Pensé que balas de fusil o puntas de bayonetas iban a hundirse bien pronto en esa masa de carne tierna como en un pedazo de manteca. Esto no me causaba la misma impresión que si hubiera sido flaco.

No tenía exactamente frío, pero no sentía la espalda ni los brazos. De cuando en cuando tenía la impresión de que me faltaba algo y comenzaba a buscar mi chaqueta alrededor, luego me acordaba bruscamente que no me habían dado la chaqueta. Era muy molesto. Habían tomado nuestros trajes para darlos a sus soldados y no nos habían dejado más que nuestras camisas y esos pantalones de tela que los enfermos hospitalizados llevan en la mitad del verano. Al cabo de un momento Tom se levantó y se sentó cerca de mí, resoplando.

—¿Entraste en calor?

No, maldito sea. Pero estoy sofocado. A eso de las ocho de la noche entró un comandante con dos falangistas. Tenía una hoja de papel en la mano. Preguntó al guardián:

—¿Cómo se llaman estos tres?

Steinbock, Ibbieta y Mirbal, dijo el guardián.

El comandante se puso los anteojos y miró en la lista:

—Steinbock... Steinbock... Aquí está. Usted está condenado a muerte. Será fusilado mañana a la mañana.

Miró de nuevo:

—Los otros dos también —dijo.

—No es posible —dijo Juan—. Yo no.

El comandante le miró con aire asombrado.

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Mirbal.

—Pues bueno, su nombre está aquí —dijo el comandante—, usted está condenado.

—Yo no he hecho nada —dijo Juan.

El comandante se encogió de hombros y se volvió hacia Tom y hacia mí.

—¿Ustedes son vascos?

—Ninguno es vasco.

Tomó un aire irritado.

—Me dijeron que había tres vascos. No voy a perder el tiempo corriendo tras ellos. Entonces, naturalmente, ¿ustedes no quieren sacerdote?

No respondimos nada. Dijo:

—En seguida vendrá un médico belga. Tiene autorización para pasar la noche con ustedes.

Hizo el saludo militar y salió.

—Que te dije —exclamó Tom—, estamos listos.

—Sí —dije—, es estúpido por el chico.

Decía esto por ser justo, pero no me gustaba el chico. Tenía un rostro demasiado fino y el miedo y el sufrimiento lo habían desfigurado, habían torcido todos sus rasgos. Tres días antes era un chicuelo de tipo delicado, eso puede agradar; pero ahora tenía el aire de una vieja alcahueta y pensé que nunca más volvería a ser joven aun cuando lo pusieran en libertad. No hubiera estado mal tener un poco de piedad para ofrecerle, pero la piedad me disgusta; más bien me daba horror. No había dicho nada más pero se había vuelto gris:

su rostro y sus manos eran grises. Se volvió a sentar y miró el suelo con ojos muy abiertos. Tom era una buena alma, quiso tomarlo del brazo, pero el pequeño se soltó violentamente haciendo una mueca.

Déjalo —dije en voz baja—, bien ves que va a ponerse a chillar.

Tom obedeció a disgusto; hubiera querido consolar al chico; eso le hubiera ocupado y no habría estado tentado de pensar en sí mismo. Pero eso me irritaba. Yo no había pensado nunca en la muerte porque no se me había presentado la ocasión, pero ahora la ocasión estaba aquí y no había más remedio que pensar en ella.

Tom se puso a hablar:

—¿Has reventado algunos tipos? —me preguntó.

No contesté. Comenzó a explicarme que él había reventado seis desde el comienzo del mes de agosto; no se daba cuenta de la situación, y vi claramente que no *quería* darse cuenta. Yo mismo no lo lograba completamente todavía; me preguntaba si se sufriría mucho, pensaba en las balas, imaginaba su ardiente granizo a través de mi cuerpo. Todo esto estaba fuera de la verdadera cuestión; estaba tranquilo, teníamos toda la noche para comprender. Al cabo de un momento Tom dejó de hablar y le miré de reojo; vi que él también se había vuelto gris y que tenía un aire miserable, me dije: “empezamos”. Era casi de noche, una luz suave se filtraba a través de los respiraderos y el montón de carbón formaba una gran mancha bajo e cielo, por el agujero del techo veía ya una estrella, la noche sería pura y helada.

Se abrió la puerta y entraron dos guardianes. Iban seguidos por un hombre rubio que llevaba un uniforme castaño claro. Nos saludó:

—Soy médico —dijo—. Tengo autorización para asistirlos en estas penosas circunstancias.

Tenía una voz agradable y distinguida. Le dije:

—¿Qué viene a hacer aquí?

—Me pongo a disposición de ustedes. Haré todo lo posible para que estas horas les sean menos pesadas.

—¿Por qué ha venido con nosotros? Hay otros tipos, el hospital está lleno.

—Me han mandado aquí —respondió con aire vago.

—¡Ah! ¿Les agradaría fumar, eh? —agregó precipitadamente—. Tengo cigarrillos y hasta cigarros.

Nos ofreció cigarrillos ingleses y algunos puros, pero rehusamos. Yo le miraba en los ojos y pareció molesto. Le dije:

—Usted no viene aquí por compasión. Por lo demás lo conozco, le vi con algunos fascistas en el patio del cuartel, el día en que me arrestaron.

Iba a continuar, pero de pronto me ocurrió algo que me sorprendió: la presencia de ese médico cesó bruscamente de interesarme. Generalmente cuando me encaro con un hombre no lo dejo más. Y sin embargo, me abandonó el deseo de hablar; me encogí de hombros y desvié los ojos. Algo más tarde levanté la cabeza: me observaba con aire de curiosidad. Los guardianes se habían sentado sobre un jergón. Pedro, alto y delgado, volvía los pulgares, el otro agitaba de vez en cuando la cabeza para evitar dormirse.

—Quiere luz —dijo de pronto Pedro al médico. El otro hizo que “sí” con la cabeza: pensé que no tenía más inteligencia que un leño, pero que sin duda no era ruin. Al mirar sus grandes ojos azules y fríos, me pareció que pecaba sobre todo por falta de imaginación. Pedro salió y volvió con una lámpara de petróleo que colocó sobre un rincón del banco. Iluminaba mal, pero era mejor que nada: la víspera nos habían dejado a oscuras. Miré

durante un buen rato el redondel de luz que la lámpara hacía en el techo. Estaba fascinado. Luego, bruscamente, me desperté, se borró el redondel de luz y me sentí aplastado bajo un puño enorme. No era el pensamiento de la muerte ni el temor: era lo anónimo. Los pómulos me ardían y me dolía el cráneo.

Me sacudí y miré a mis dos compañeros. Tom tenía hundida la cabeza entre las manos; yo veía solamente su nuca gruesa y blanca. El pequeño Juan era por cierto el que estaba peor, tenía la boca abierta y su nariz temblaba. El médico se aproximó a él y le puso la mano sobre el hombro como para reconfortarlo; pero sus ojos permanecían fríos. Luego vi la mano del belga descender solapadamente a lo largo del brazo de Juan hasta la muñeca. Juan se dejaba hacer con indiferencia. El belga le tomó la muñeca con tres dedos, con aire distraído; al mismo tiempo retrocedió algo y se las arregló para darme la espalda. Pero yo me incliné hacia atrás y le vi sacar su reloj y contemplarlo un momento sin dejar la muñeca del chico. Al cabo de un momento dejó caer la mano inerte y fue a apoyarse en el muro, luego, como si se acordara de pronto de algo muy importante que era necesario anotar de inmediato tomó una libreta de su bolsillo y escribió en ella algunas líneas. “El puerco, pensé con cólera, que no venga a tomarme el pulso, le hundiré el puño en su sucia boca.”

No vino pero sentí que me miraba. Me dijo con voz impersonal:

—¿No le parece que aquí se tiritita?

Parecía tener frío; estaba violeta.

—No tengo frío —le contesté.

No dejaba de mirarme, con mirada dura. Comprendí bruscamente y me llevé las manos a la cara; estaba empapado en sudor. En ese sótano, en pleno invierno, en plena corriente de aire, sudaba. Me pasé las manos por los cabellos que estaban cubiertos de transpiración, me apercibí al mismo tiempo de que mi camisa estaba húmeda y pegada a mi piel: yo chorreaba sudor desde hacía por lo menos una hora y no había sentido nada. Pero eso no había escapado al cochino del belga; había visto rodar las gotas por mis mejillas y había pensado: es la manifestación de un estado de terror casi patológico; y se había sentido normal y orgulloso de serlo porque tenía frío. Quise levantarme para ir a romperle la cara, pero apenas había esbozado un gesto, cuando mi vergüenza y mi cólera desaparecieron; volví a caer sobre el banco con indiferencia.







Me contenté con frotarme el cuello con mi pañuelo, porque ahora sentía el sudor que me goteaba de los cabellos sobre la nuca y era desagradable. Por lo demás, bien pronto renuncié a frotarme, era inútil: mi pañuelo estaba ya como para retorcerlo y yo seguía sudando. Sudaba también en las nalgas y mi pantalón húmedo se adhería al banco.

De pronto, habló el pequeño Juan:

—¿Usted es médico?

—Sí —dijo el belga.

—¿Es que se sufre... mucho tiempo?

—¡Oh! ¿Cuándo...? Nada de eso —dijo el belga con voz paternal—, termina rápidamente.

Tenía aire de tranquilizar a un enfermo de consultorio.

—Pero yo... me habían dicho... que a veces se necesitan dos descargas.

Algunas veces —dijo el belga agachando la cabeza—. Puede ocurrir que la primera descarga no interese ninguno de los órganos vitales.

—¿Entonces es necesario que vuelvan a cargar los fusiles y que apunten de nuevo?

Reflexionó y agregó con voz enronquecida:

—¡Eso lleva tiempo!

Tenía un miedo espantoso de sufrir, no pensaba sino en eso; propio de su edad. Yo no pensaba mucho en eso y no era el miedo de sufrir lo que me hacía transpirar.

Me levanté y caminé hasta el montón de carbón.

Tom se sobresaltó y me lanzó una mirada rencorosa: se irritaba porque mis zapatos crujían. Me pregunté si tendría el rostro tan terroso como él: vi que también sudaba. El cielo estaba soberbio, ninguna luz se deslizaba en ese sombrío rincón y no tenía más que levantar la cabeza para ver la Osa Mayor. Pero ya no era como antes; la víspera, en mi calabozo del arzobispado, podía ver un gran pedazo de cielo y cada hora del día me traía un recuerdo distinto. A la mañana, cuando el cielo era de un azul duro y ligero pensaba en algunas playas del borde del Atlántico; a mediodía veía el sol y me acordaba de un bar de Sevilla donde bebía manzanilla comiendo anchoas y aceitunas; a mediodía quedaba en la sombra y pensaba en la sombra profunda que se extiende en la mitad de las arenas mientras la otra mitad centellea al sol; era verdaderamente penoso ver reflejarse así toda la tierra en el cielo. Pero al presente podía mirar para arriba tanto como quisiera, el cielo no me evocaba nada. Preferí esto. Volví a sentarme cerca de Tom. Pasó largo rato.

Tom se puso a hablar en voz baja. Necesitaba siempre hablar, sin ello no reconocía sus pensamientos. Pienso que se dirigía a mí, pero no me miraba. Sin duda tenía miedo de verme como estaba, gris y sudoroso: éramos semejantes y peores que espejos el uno para el otro. Miraba al belga, el viviente.

—¿Comprendes tú? —decía—. En cuanto a mí. No comprendo.

Me puse también a hablar en voz baja. Miraba al belga.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que hay?

—Nos va a ocurrir algo que yo no puedo comprender.

Había alrededor de Tom un olor terrible. Me pareció que era más sensible que antes a los olores. Dije irónicamente:

—Comprenderás dentro de un momento.

—Esto no está claro —dijo con aire obstinado—. Quiero tener valor, pero es necesario al menos que sepa... escucha, nos van a llevar al patio. Bueno. Los tipos van a alinearse delante de nosotros. ¿Cuántos serán?

—No sé. Cinco u ocho. No más.

—Vamos. Serán ocho. Les gritarán: ¡Apunten! Y veré los ocho fusiles asestados, contra mí. Pienso que querré meterme en el muro. Empujaré el muro con la espalda, con todas mis fuerzas, y el muro resistirá como en las pesadillas. Todo esto puedo imaginármelo. ¡Ah! ¡Si supieras cómo puedo imaginármelo!

—¡Vaya! —le dije—, yo también me lo imagino.

—Eso debe producir un dolor de perros. Sabes que tiran a los ojos y a la boca para desfigurar, agregó malignamente. Ya siento las heridas, desde hace una hora siento dolores en la cabeza y en el cuello. No verdaderos dolores, es peor: son los dolores que sentiré mañana a la mañana. Pero ¿después?

Yo comprendía muy bien lo que quería decir, pero no quería demostrarlo. En cuanto a los dolores yo también los llevaba en mi cuerpo como una multitud de pequeñas cuchilladas. No podía hacer nada, pero estando como él, no le daba importancia.

—Después —dije rudamente—, te tragarás la lengua.

Se puso a hablar consigo mismo: no sacaba los ojos del belga. Éste no parecía escuchar. Yo sabía lo que había venido a hacer; lo que pensábamos no le interesaba; había venido a mirar nuestros cuerpos, cuerpos que agonizaban en plena salud.

—Es como en las pesadillas —decía Tom—. Se puede pensar en cualquier cosa, se tiene todo el tiempo la impresión de que es así, de que se va a comprender y luego se desliza, se escapa y vuelve a caer. Me digo: después no hay nada más. Pero no comprendo lo que quiero decir. Hay momentos en que casi llego... y luego vuelvo a caer, recomienzo a pensar en los dolores, en las balas, en las detonaciones. Soy materialista, te lo juro, no estoy loco, pero hay algo que no marcha. Veo mi cadáver: eso no es difícil, pero no soy *yo* quien lo ve con *mis* ojos. Es necesario que llegue a pensar... que no veré nada más, que no escucharé nada más y que el mundo continuará para los otros. No estamos hechos para pensar en eso, Pablo. Puedes creerme: me ha ocurrido ya velar toda una noche esperando algo. Pero esto, esto no se parece a nada; esto nos cogerá por la espalda, Pablo y no habremos podido prepararnos para ello.

—Valor —dije—. ¿Quieres que llame un confesor?

No respondió. Ya había notado que tenía tendencia a hacer el profeta, y a llamarme Pablo hablando con una voz blanca. Eso no me gustaba mucho; pero parece que todos los irlandeses son así. Tuve la vaga impresión de que olía a orina. En el fondo no tenía mucha simpatía por Tom, y no veía por qué, por el hecho de que íbamos a morir juntos, debía sentirla en adelante. Había algunos tipos con los que la cosa hubiera sido diferente. Con Ramón Gris, por ejemplo. Pero entre Tom y Juan me sentía solo. Por lo demás prefería esto, con Ramón tal vez me hubiera enternecido. Pero me sentía terriblemente duro en ese momento, y quería conservarme duro.

Continuó masticando las palabras con una especie de distracción. Hablaba seguramente para impedirse pensar. Olía de lleno a orina como los viejos prostéticos. Naturalmente, era de su parecer; todo lo que decía, yo hubiera podido decirlo: no es *natural* morir. Y luego desde que iba a morir nada me parecía natural, ni ese montón de carbón, ni el banco, ni la sucia boca de Pedro. Sólo que me disgustaba pensar las mismas cosas que Tom. Y sabía bien que a lo largo de toda la noche, dentro de cinco minutos continuaríamos pensando las mismas cosas al mismo tiempo, sudando y estremeciéndonos al mismo tiempo. Le miraba de reojo, y, por primera vez me pareció desconocido; llevaba la muerte en el rostro. Estaba herido en mi orgullo: durante veinticuatro horas había vivido al lado de Tom, le había escuchado, le había hablado y sabía que no teníamos nada de común. Y ahora nos parecíamos como dos hermanos gemelos, simplemente porque íbamos a reventar

juntos.

Tom me tomó la mano sin mirarme:

—Pablo, me pregunto... me pregunto si es verdad que uno queda aniquilado.

Desprendí mi mano, y le dije:

—Mira entre tus pies, cochino.

Había un charco entre sus pies y algunas gotas caían de su pantalón.

—¿Qué es eso? —dijo con turbación.

—Te orinas en el calzoncillo.

—No es verdad —dijo furioso—, no me orino. No siento nada.

El belga se aproximó y preguntó con falsa solicitud:

—¿Se siente usted mal?

Tom no respondió. El belga miró el charco sin decir nada.

—No sé que será —dijo Tom con tono huraño—. Pero no tengo miedo. Les juro que no tengo miedo.

El belga no contestó. Tom se levantó y fue a orinar en un rincón. Volvió abotonándose la bragueta, se sentó y ni yo una palabra. El belga tomaba algunas notas.

Los tres le miramos porque estaba vivo. Tenía los ges un vivo, las preocupaciones de un vivo; tiritaba en ese sótano como debían tiritar los vivientes; tenía un cuerpo bien nutrido que le obedecía. Nosotros casi no sentíamos nuestros cuerpos —en todo caso no de la misma manera. Yo tenía ganas de tantear mi pantalón entre las piernas, pero no me atrevía; miraba al belga arqueado sobre sus piernas, dueño de sus músculos— y que podía pensar en el mañana. Nosotros estábamos allí, tres sombras privadas de sangre; lo mirábamos y chupábamos su vida como vampiros.

Terminó por aproximarse al pequeño Juan. ¿Quiso tantearle la nuca por algún motivo profesional o bien obedeció a un impulso caritativo? Si obró por caridad fue la sola y única vez que lo hizo en toda la noche. Acarició el cráneo y el cuello del pequeño Juan. El chico se dejaba hacer, sin sacarle los ojos de encima; luego, de pronto, le tomó la mano y la miró de modo extraño. Mantenía la mano del belga entre las dos suyas, y no tenían nada de agradable esas dos pinzas grises que estrechaban aquella mano gruesa y rojiza. Yo sospechaba lo que iba a ocurrir y Tom debía sospecharlo también; pero el belga no sospechaba nada y sonreía paternalmente. Al cabo de un rato el chico llevó la gruesa pata gorda a su boca y quiso morderla. El belga se desasíó vivamente y retrocedió hasta el muro titubeando. Nos miró con horror durante un segundo, de pronto debió comprender que no éramos hombres como él. Me eché a reír, y uno de los guardianes se sobresaltó. El otro se había dormido, sus ojos, muy abiertos, estaban blancos.

Me sentía a la vez cansado y sobreexcitado. No quería pensar más en lo que ocurriría al alba, en la muerte. Aquello no venía bien con nada, sólo encontraba algunas palabras y el vacío. Pero en cuanto trataba de pensar en otra cosa, veía asestados contra mí caños de fusiles. Quizá veinte veces seguidas viví mi ejecución; hasta una vez creí que era real: debí adormecerme durante un minuto. Me llevaban hasta el muro y yo me debatía, les pedía perdón. Me desperté con sobresalto y miré al belga; temí haber gritado durante mi sueño. Pero se alisaba el bigote, nada había notado. Si hubiera querido creo que hubiera podido dormir un momento: hacía cuarenta y ocho horas que velaba; estaba agotado. Pero no deseaba perder dos horas de vida: vendrían a despertarme al alba, les seguiría atontado de sueño y reventaría sin hacer ni “uf”; no quería eso, no quería morir como una bestia, quería comprender. Temía además sufrir pesadillas. Me levanté, me puse a pasear de arriba abajo y para cambiar de idea me puse a pensar en mi vida pasada. Acudieron a mí,

mezclados, una multitud de recuerdos. Había entre ellos buenos y malos —o al menos así los llamaba yo *antes*—. Había rostros e historias. Volví a ver la cara de un pequeño novillero que se había dejado cornear en Valencia, la de uno de mis tíos, la de Ramón Gris. Recordaba algunas historias: cómo había estado desocupado durante tres meses en 1926, cómo casi había reventado de hambre. Me acordé de una noche que pasé en un banco de Granada: no había comido hacía tres días, estaba rabioso, no quería reventar. Eso me hizo sonreír. Con qué violencia corría tras de la felicidad, tras de las mujeres, tras de la libertad. ¿Para qué? Quise libertar a España, admiraba a Pí y Margall, me adherí al movimiento anarquista, hablé en reuniones públicas: tomaba todo en serio como si fuera inmortal.

Tuve en ese momento la impresión de que tenía toda mi vida ante mí y pensé: “Es una maldita mentira”. Nada valía puesto que terminaba. Me pregunté cómo había podido pasear, divertirme con las muchachas: no hubiera movido ni el dedo meñique si hubiera podido imaginar que moriría así. Mi vida estaba ante mí terminada, cerrada como un saco y, sin embargo, todo lo que había en ella estaba inconcluso. Intenté durante un momento juzgarla. Hubiera querido decirme: es una bella vida. Pero no se podía emitir juicio sobre ella, era un esbozo; había gastado mi tiempo en trazar algunos rasgos para la eternidad, no había comprendido nada. Casi no lo lamentaba: había un montón de cosas que hubiera podido añorar, el gusto de la manzanilla o bien los baños que tomaba en verano en una pequeña caleta cerca de Cádiz; pero la muerte privaba a todo de su encanto.

El belga tuvo de pronto una gran idea.

—Amigos míos —dijo—, puedo encargarme, si la administración militar consiente en ello, de llevar una palabra, un recuerdo a las personas que ustedes quieran.

Tom gruñó:

—No tengo a nadie.

Yo no respondí nada. Tom esperó un momento, luego me preguntó con curiosidad.

—¿No tienes nada que decir a Concha?

—No.

Detestaba esa tierna complicidad: era culpa mía, la noche precedente había hablado de Concha, hubiera debido contenerme. Estaba con ella desde hacía un año. La víspera me hubiera todavía cortado un brazo a hachazos para volver a verla cinco minutos. Por eso hablé de ella, era más fuerte que yo. Ahora no deseaba volver a verla, no tenía nada más que decirle. Ni siquiera hubiera querido abrazarla: mi cuerpo me horrorizaba porque se había vuelto gris y sudaba, y no estaba seguro de no tener también horror del suyo. Cuando sepa mi muerte Concha llorará; durante algunos meses no sentirá ya gusto por la vida. Pero en cualquier forma era yo quien iba a morir. Pensé en sus ojos bellos y tiernos. Cuando me miraba, algo pasaba de ella a mí. Pero pensé que eso había terminado: si me mirara *ahora* su mirada permanecería en sus ojos, no llegaría hasta mí. Estaba solo.

Tom también estaba solo, pero no de la misma manera. Se había sentado a horcajadas y se había puesto a mirar el banco con una especie de sonrisa, parecía asombrado. Avanzó la mano y tocó la madera con precaución, como si hubiera temido romper algo, retiró en seguida vivamente la mano y se estremeció. Si hubiera sido Tom no me hubiera divertido en tocar el banco; era todavía comedia irlandesa, pero encontraba también que los objetos tenían un aire raro; eran más borrosos, menos densos que de costumbre. Bastaba que mirara el banco, la lámpara, el montón de carbón, para sentir que iba a morir. Naturalmente no podía pensar con claridad en mi muerte, pero la veía en todas partes, en las cosas, en la manera en que las cosas habían retrocedido y se mantenían a distancia, discretamente, como gente que habla bajo a la cabecera de un moribundo. Era *su*

muerte lo que Tom acababa de tocar sobre el banco.

En el estado en que me hallaba, si hubieran venido a anunciarme que podía volver tranquilamente a mi casa, que se me dejaba salva la vida, eso me hubiera dejado frío. No tenía más a nadie, en cierto sentido estaba tranquilo. Pero era una calma horrible, a causa de mi cuerpo: mi cuerpo, yo veía con sus ojos, escuchaba con sus oídos, pero no era mío; sudaba y temblaba solo y yo no lo reconocía. Estaba obligado a tocarlo y a mirarlo para saber lo que hacía como si hubiera sido el cuerpo de otro. Por momentos todavía lo sentía, sentía algunos deslizamientos, especies de vuelcos, como cuando un avión entra en picada, o bien sentía latir mi corazón. Pero esto no me tranquilizaba, todo lo que venía de mi cuerpo tenía un aire suciamente sospechoso. La mayoría del tiempo se callaba, se mantenía quieto y no sentía nada más que una especie de pesadez, una presencia inmunda pegada a mí. Tenía la impresión de estar ligado a un gusano enorme. En un momento dado tanteé mi pantalón y sentí que estaba húmedo, no sabía si estaba mojado con sudor o con orina, pero por precaución fui a orinar sobre el montón de carbón.

El belga sacó su reloj y lo miró. Dijo:

Son las tres y media.

¡Puerco! Debió hacerlo expresamente. Tom saltó en el aire, todavía no nos habíamos dado cuenta de que corría el tiempo; la noche nos rodeaba como una masa informe y sombría, ya no me acordaba cuándo había comenzado.

El pequeño Juan se puso a gritar. Se retorció las manos, suplicaba:

—¡No quiero morir, no quiero morir!

Corrió por todo el sótano levantando los brazos en el aire, después se abatió sobre uno de los jergones y sollozó. Tom le miraba con ojos pesados y ni aún tenía deseos de consolarlo. En realidad no valía la pena; el chico hacía más ruido que nosotros, pero estaba menos grave: era como un enfermo que se defiende de su mal por medio de la fiebre. Cuando ni siquiera hay fiebre, es más grave.

Lloraba. Vi perfectamente que tenía lástima de sí mismo; no pensaba en la muerte. Un segundo, un solo segundo, tuve también deseos de llorar, de llorar de piedad sobre mí mismo. Pero lo que ocurrió fue lo contrario: arrojé una mirada sobre el pequeño, vi su delgada espalda sollozante y me sentí inhumano: no pude tener piedad ni de los otros ni de mí mismo. Me dije: “Quiero morir valientemente”.

Tom se levantó, se puso justo debajo de la abertura redonda y se puso a esperar el día. Pero, por encima de todo, desde que el médico nos había dicho la hora, yo sentía el tiempo que huía, que corría gota a gota.

Era todavía oscuro cuando escuché la voz de Tom:

—¿Los oyes?

—Sí.

Algunos tipos marchaban por el patio.

—¿Qué vienen a jorobar? Sin embargo no pueden tirar de noche.

Al cabo de un momento no escuchamos nada más. Dije a Tom:

—Ahí está el día.

Pedro se levanto bostezando y fue a apagar la lámpara Dijo a su compañero:

—Un frío de perros.

El sótano estaba totalmente gris. Escuchamos detonaciones lejanas.

—Ya empiezan —dije a Tom—, deben hacer eso en el patio de atrás.

Tom pidió al médico que le diera un cigarrillo. Pero yo no quise; no quería cigarrillos ni alcohol. A partir de ese momento no cesaron los disparos.

—¿Te das cuenta? —dijo Tom.

Quería agregar algo pero se calló; miraba la puerta. La puerta se abrió y entró un subteniente con cuatro soldados. Tom dejó caer su cigarrillo.

—¿Steinbock?

Tom no respondió. Fue Pedro quien lo designó.

—¿Juan Mirbal?

—Es ese que está sobre el jergón.

—Levántelo —dijo el subteniente.

Juan no se movió. Dos soldados lo tomaron por las axilas y lo pararon. Pero en cuanto lo dejaron volvió a caer.

Los soldados dudaban.

—No es el primero que se siente mal —dijo el subteniente—; no tienen más que llevarlo entre los dos, ya se arreglarán allá.

Se volvió hacia Tom:

—Vamos, venga.

Tom salió entre dos soldados. Otros dos le seguían, llevaban al chico por las axilas y por las corvas. Cuando quise salir el subteniente me detuvo:

—¿Usted es Ibbieta?

—Sí.

—Espere aquí, vendrán a buscarlo en seguida. Salieron. El belga y los dos carceleros salieron también, quedé solo. No comprendía lo que ocurría, pero hubiera preferido que terminaran en seguida. Escuchaba las salvas a intervalos casi regulares; me estremecía a cada una de ellas. Tenía ganas de aullar y de arrancarme los cabellos. Pero apretaba los dientes y hundía las manos en los bolsillos porque quería permanecer tranquilo.

Al cabo de una hora vinieron a buscarme y me condujeron al primer piso a una pequeña pieza que olía a cigarro y cuyo calor me pareció sofocante. Había allí dos oficiales que fumaban sentados en unos sillones, con algunos papeles sobre las rodillas.

—¿Te llamas Ibbieta?

—Sí.

—¿Dónde está Ramón Gris?

—No lo sé.

El que me interrogaba era bajo y grueso. Tenía ojos duros detrás de los anteojos. Me dijo:

—Aproxímate.

Me aproximé. Se levantó y me tomó por los brazos mirándome con un aire como para hundirme bajo tierra. Al mismo tiempo me apretaba los bíceps con todas sus fuerzas. No lo hacía para hacerme mal, era su gran recurso: quería dominarme. Juzgaba necesario también enviarme su aliento podrido en plena cara. Quedamos un momento así; me daban más bien deseos de reír. Era necesario mucho más para intimidar a un hombre que iba a morir: eso no tenía importancia. Me rechazó violentamente y se sentó. Dijo:

—Es tu vida contra la suya. Se te perdona la vida si nos dices dónde está.

Estos dos tipos adornados con sus látigos y sus botas, eran también hombres que iban a morir. Un poco más tarde que yo, pero no mucho más. Se ocupaban de buscar nombres en sus papeluchos, corrían detrás de otros hombres para aprisionarlos o suprimirlos; tenían opiniones sobre el porvenir de España y sobre otros temas. Sus pequeñas actividades me parecieron chocantes y burlescas; no conseguía ponerme en su

lugar, me parecía que estaban locos.

El gordo bajito me miraba siempre azotando sus botas con su látigo. Todos sus gestos estaban calculados para darle el aspecto de una bestia viva y feroz.

—¿Entonces? ¿Comprendido?

—No sé dónde está Gris —contesté—, creía que estaba en Madrid.

El otro oficial levantó con indolencia su mano pálida. Esta indolencia también era calculada. Veía todos sus pequeños manejos y estaba asombrado de que se encontraran hombres que se divirtieran con eso.

—Tienes un cuarto de hora para reflexionar —dijo lentamente—. Llévelo a la ropería, lo traen dentro de un cuarto de hora. Si persiste en negar se le ejecutará de inmediato.

Sabían lo que hacían: había pasado la noche esperando; después me hicieron esperar todavía una hora en el sótano, mientras fusilaban a Tom y a Juan y ahora me encerraban en la ropería; habían debido preparar el golpe desde la víspera. Se dirían que a la larga se gastan los nervios y esperaban llevarme a eso.

Se engañaban. En la ropería me senté sobre un escabel porque me sentía muy débil y me puse a reflexionar. Pero no en su proposición. Naturalmente sabía dónde estaba Gris; se ocultaba en casa de unos primos a cuatro kilómetros de la ciudad. Sabía también que no revelaría su escondrijo, salvo si me torturaban (pero no parecían ni soñar en ello). Todo esto estaba perfectamente en regla, definitivo y de ningún modo me interesaba. Sólo hubiera querido comprender las razones de mi conducta. Prefería reventar antes de entregar a Gris. ¿Por qué? No quería ya a Ramón Gris. Mi amistad por él había muerto un poco antes del alba al mismo tiempo que mi amor por Concha, al mismo tiempo que mi deseo de vivir. Sin duda le seguía estimando: era fuerte. Pero ésa no era una razón para que aceptara morir en su lugar; su vida no tenía más valor que la mía; ninguna vida tenía valor. Se iba a colocar a un hombre contra un muro y a tirar sobre él hasta que reventara: que fuera yo o Gris u otro era igual. Sabía bien que era más útil que yo a la causa de España, pero yo me cagaba en España y en la anarquía: nada tenía ya importancia. Y sin embargo yo estaba allí, podía salvar mi pellejo entregando a Gris y me negaba a hacerlo. Encontraba eso bastante cómico: era obstinación. Pensaba:

“Hay que ser testarudo”. Y una extraña alegría me invadía.

Vinieron a buscarme y me llevaron ante los dos oficiales. Una rata huyó bajo nuestros pies y eso me divirtió. Me volví hacia uno de los falangistas y le dije:

—¿Vió la rata?

No me respondió. Estaba sombrío, se tomaba en serio. Tenía ganas de reír, pero me contenía temiendo no poder detenerme si comenzaba. El falangista llevaba bigote. Todavía le dije:

—Tendrían que cortarte los bigotes, perro.

Encontré extraño que dejara durante su vida que el pelo le invadiera la cara. Me dio un puntapié, sin gran convicción, y me callé.

—Bueno —dijo el oficial gordo— ¿reflexionaste?

Los miraba con curiosidad como a insectos de una especie muy rara. Les dije:

—Sé donde está. Está escondido en el cementerio. En una cripta o en la cabaña del sepulturero.

Era para hacerles una jugarreta. Quería verles levantarse, apretarse los cinturones y dar órdenes con aire agitado.

Pegaron un salto:

—Vamos allá. Moles, vaya a pedir quince hombres al subteniente López. En cuanto a ti —me dijo el gordo bajito—, si has dicho la verdad, no tengo más que una palabra. Pero lo pagarás muy caro si te has burlado de nosotros.

Partieron con mucho ruido y esperé apaciblemente bajo la guardia de los falangistas. Sonreía de tiempo en tiempo pensando en la cara que iban a poner. Me sentía embrutecido y malicioso. Los imaginaba levantando las piedras de las tumbas, abriendo una a una las puertas de las criptas. Me representaba la situación como si hubiera sido otro, ese prisionero obstinado en hacer el héroe, esos graves falangistas con sus bigotes y sus hombres uniformados que corrían entre las tumbas: era de un efecto cómico irresistible.

Al cabo de una media hora el gordo bajito volvió solo. Pensé que venía a dar la orden de ejecutarme. Los otros debían haberse quedado en el cementerio.

El oficial me miró. No parecía molesto en absoluto.

—Llévenlo al patio grande con los otros —dijo—. Cuando terminen las operaciones militares un tribunal ordinario decidirá de su suerte.

Creí no haber comprendido. Le pregunté:

—Entonces, ¿no me... no me fusilarán?

—Por ahora no. Después, no me concierne.

Yo seguía sin comprender. Le dije:

—Pero ¿por qué?

Se encogió de hombros sin contestar y los soldados me llevaron. En el patio grande había un centenar de prisioneros, mujeres, niños y algunos viejos. Me puse a dar vueltas alrededor del césped central, estaba atontado. Al mediodía nos dieron de comer en el refectorio. Dos o tres tipos me interpellaron. Debía conocerlos pero no les contesté: no sabía ni dónde estaba.

Al anochechar echaron al patio una docena de nuevos prisioneros. Reconocí al panadero García. Me dijo:

—¡Maldito suertudo! No creí volver a verte vivo.

—Me condenaron a muerte —dije—, y luego cambiaron de idea. No sé por qué.

—Me arrestaron hace dos horas —dijo García.

—¿Por qué?

García no se ocupaba de política.

—No sé —dijo—, arrestan a todos los que no piensan como ellos.

Bajó la voz:

—Lo agarraron a Gris.

Yo me eché a temblar:

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Había hecho una idiotez. Dejé a su primo el martes porque tuvieron algunas palabras. No faltaban tipos que lo querían ocultar, pero no quería deber nada a nadie. Dijo: “Me hubiera escondido en casa de Ibbieta pero, puesto que lo han tomado, iré a esconderme en el cementerio”.

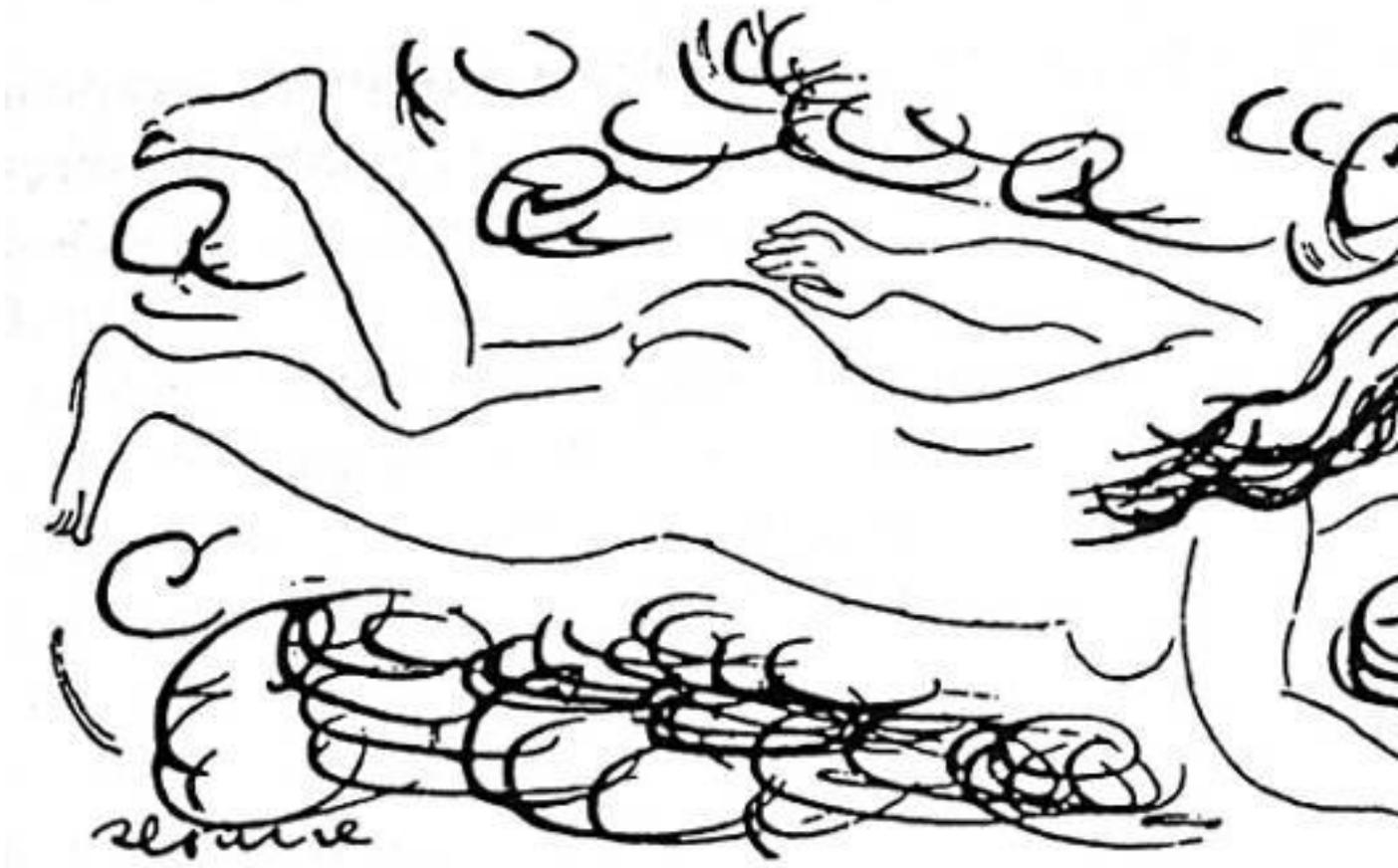
—¿En el cementerio?

Sí. Era idiota. Naturalmente ellos pasaron por allí esta mañana. Tenía que suceder. Lo encontraron en la cabaña del sepulturero. Les tiró y le liquidaron.

—¿En el cementerio!

Todo se puso a dar vueltas y me encontré sentado en el suelo: me reía tan fuertemente que los ojos se me llenaron de lágrimas.

## **La cámara**



La señora Darbedat tenía una “rahat-loukum”<sup>[1]</sup> entre los dedos. Lo aproximó a sus labios con precaución y retuvo la respiración por temor de que se volase con su aliento el fino polvo de azúcar con que estaba salpicado: “Es de rosa”, se dijo. Mordió bruscamente en esa carne vidriosa y un perfume corrompido le llenó la boca. “Es curioso cómo afina las sensaciones la enfermedad.” Se puso a pensar en las mezquitas, en los orientales obsequiosos (había estado en Argel durante su viaje de bodas) y sus labios pálidos esbozaron una sonrisa: el “rahat-loukum” también era obsequioso.

Tuvo que pasar varias veces la palma de la mano sobre las páginas de su libro, porque, pese a su precaución, se habían recubierto de una delgada capa de polvo blanco. Sus manos hacían rodar, deslizarse, rechinar los granitos de azúcar sobre el liso papel: “Esto me recuerda a Arcachon cuando leía en la playa”. Había pasado el verano de 1907 al borde del mar. Llevaba entonces un gran sombrero de paja con una cinta verde, se instalaba muy cerca de la escollera, con una novela de Gyp o de Colette Yver. El viento hacía llover sobre sus rodillas turbiones de arena, y ella sacudía de vez en cuando el libro sosteniéndolo de las puntas. Era exactamente la misma sensación: sólo que los granos de arena eran secos, mientras que estos granitos de azúcar se pegaban un poco al borde de sus dedos. Volvió a ver una banda de cielo gris perla por encima de un mar negro. “Eva no había nacido todavía.” Se sentía pesada de recuerdos y preciosa como un cofre de sándalo. El nombre de

la novela que leía entonces le volvió de pronto a la memoria: Se llamaba “La pequeña señora”; no era aburrida. Pero desde que un mal desconocido la retenía en su habitación, la señora Darbedat prefería las memorias y las obras históricas. Deseaba que el sufrimiento, las lecturas graves, una atención vigilante y vuelta hacia sus recuerdos, hacia sus sensaciones más exquisitas, la madurasen como a un bello fruto de invernáculo.

Pensó, con algo de enervamiento, que bien pronto su marido iba a llamar a la puerta. Los demás días de la semana venía sólo por la noche, le besaba en silencio la frente y leía *Le Temps* en el sillón, frente a ella. Pero el jueves era “el día” del señor Darbedat: iba a pasar una hora a casa de su hija, generalmente de tres a cuatro. Antes de salir entraba a la habitación de su mujer y los dos conversaban, con amargura, de su yerno. Estas conversaciones de los jueves, previsibles hasta en sus menores detalles extenuaban a la señora Darbedat. El señor Darbedat llenaba la tranquila habitación con su presencia. No se sentaba, caminaba de un lado a otro girando sobre sí mismo. Cada uno de estos movimientos hería a la señora Darbedat como la rotura de un vidrio. Este jueves era aún peor que de costumbre; al pensamiento de que, en seguida, tendría que repetir a su marido la confesión de Eva y ver su cuerpo grande y aterrorizado saltar de furor, la señora Darbedat experimentaba sudores. Tomó un “loukum” del platillo, lo miró un momento dudando, luego lo volvió a dejar tristemente: no le agradaba que su marido la viera comer “loukums”.

Se sobresaltó al oír que llamaban.

—Adelante —dijo con voz débil.

El señor Darbedat entró en puntas de pie.

—Voy a ver a Eva —dijo como todos los jueves.

La señora Darbedat le sonrió.

—Bésala en mi nombre.

El señor Darbedat no respondió y arrugó la frente con aire preocupado: todos los jueves a la misma hora una sorda irritación se mezclaba en él a la pesadez de la digestión.

—Al salir de su casa pasaré a ver a Franchot; querría que le hablara seriamente y que tratara de convencerla.

Hacía frecuentes visitas al doctor Franchot. Pero en vano. La señora Darbedat alzó las cejas. Antes, cuando estaba bien de salud, se encogía a menudo de hombros. Pero, desde que la enfermedad había entorpecido su cuerpo, reemplazaba los gestos, que la hubieran fatigado mucho, con juegos de fisonomía: decía que sí con los ojos, que no con los extremos de la boca, levantaba las cejas en lugar de los hombros.

—Sería necesario poder quitárselo a la fuerza.

—Ya te he dicho que es imposible. Por lo demás la ley está muy mal hecha.

Franchot me decía el otro día que tienen disgustos inimaginables con las familias: gente que no se decide, que quiere conservar el enfermo con ellos; los médicos, tienen las manos atadas, pueden dar su opinión: eso es todo. Se necesitaría —agregó— que diera él un escándalo público, o si no que ella misma pidiera que lo internaran.

—Y eso —dijo la señora Darbedat— no será mañana.

—No.

Él se dio vuelta hacia el espejo y hundiendo sus dedos en la barba se puso a peinársela.

La señora Darbedat miraba sin cariño la nuca roja y fuerte de su marido.

—Si ella continúa así —dijo el señor Darbedat— se volverá más maniática que él, eso es espantosamente malsano. No lo deja ni un paso, no sale nunca sino para venir a

verte, no recibe a nadie. La atmósfera de su aposento es simplemente irrespirable. No abre nunca la ventana porque Pedro no quiere. Como si se debiera consultar a un enfermo. Quemar perfumes, creo, una porquería en una cazoleta, uno se cree en la iglesia. De veras, a veces me pregunto... ella tiene ojos extraños, ¿sabes?

—No lo he notado —dijo la señora Darbedat—. Le encuentro el aire natural. Aire triste, evidentemente.

—Tiene cara de desenterrada. ¿Duerme? ¿Come? Es inútil interrogarla sobre estos asuntos. Pero pienso que con un hastial como Pedro a su lado no debe pegar los ojos en toda la noche. Se encogió de hombros. Lo que encuentro fabuloso es que nosotros, sus padres, no tengamos el derecho de protegerla contra sí misma. Advierte bien que Pedro estaría mejor cuidado con Franchot. Y luego, pienso —agregó sonriendo un poco— que se entendería mejor con gente de su especie. Esos seres son como los niños, es necesario dejarlos entre ellos; forman una especie de francmasonería. Ahí es donde lo debieran haber puesto desde el primer día: por él mismo. En su interés, bien entendido.

Agregó al cabo de un momento:

—Te diré que no me agrada saberla sola con Pedro, sobre todo por la noche. Imagina que pasa cualquier cosa. Pedro tiene un aire terriblemente solapado.

—No sé —dijo la señora Darbedat— si es cuestión de inquietarse por eso, teniendo en cuenta que es un aire que ha tenido siempre. Daba la impresión de burlarse de todo el mundo. Pobre muchacho —continuó suspirando— haber tenido ese orgullo y haber venido a parar en eso. Se creía más inteligente que todos nosotros. Tenía una manera de decir: “Ustedes tienen razón” para terminar las discusiones... Para él es una bendición que no pueda darse cuenta de su estado.

Evocó con disgusto ese largo rostro irónico, siempre un poco inclinado de costado. Durante el primer tiempo del matrimonio de Eva, la señora Darbedat no hubiera querido nada mejor que tener algo de intimidad con su yerno. Pero él había desalentado sus esfuerzos: casi no hablaba, aprobaba siempre con precipitación, con aire ausente.

El señor Darbedat proseguía con su idea:

—Franchot —dijo— me hizo visitar su instalación, es soberbia. Los enfermos tienen habitaciones particulares con sillones de cuero, y sofás-camas. Hay cancha de tenis, ¿sabes?, y van a construir una piscina.

Se había colocado frente a la ventana y miraba a través del vidrio, penduleando un poco sobre sus piernas arqueadas. Giró de pronto sobre sus talones, los hombros bajos, las manos en los bolsillos, con agilidad. La señora Darbedat sintió que iba a ponerse a transpirar: siempre era la misma cosa; ahora iba a marchar de largo a largo como un oso en la jaula, y a cada paso crujirían sus zapatos.

—Amigo mío —dijo— te lo suplico, siéntate, me fatigas. —Agregó dudando—: Tengo algo grave que decirte.

El señor Darbedat se sentó en la butaca y colocó las manos sobre las rodillas; un ligero estremecimiento recorrió la espina dorsal de la señora Darbedat: había llegado el momento, era necesario que hablara.

—Sabes —dijo con tono embarazado— que el martes vi a Eva.

—Sí.

—Hemos charlado sobre un montón de cosas, estaba muy amable, hacía mucho que no la había visto tan confiada. Entonces la interrogué un poco, le hice hablar de Pedro. Pues bien, supe —agregó con tono nuevamente embarazado— que tiene *mucho* de común con él.

—Maldición, lo sé bien —dijo el señor Darbedat.

Su marido irritaba un poco a la señora Darbedat; siempre era necesario explicarle minuciosamente las cosas, poniendo los puntos sobre las íes. La señora Darbedat soñaba vivir en relación con personas finas y sensibles que comprendiesen todo a medias palabras.

—Pero quiero decir —continuó— que tiene más de lo que nosotros imaginábamos.

El señor Darbedat giró los ojos furiosos e inquieto como siempre que no comprendía muy bien el sentido de una alusión o de una noticia:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Carlos —dijo la señora Darbedat— no me fatigues más. Debías comprender que a una madre puede costarle decir algunas cosas.

—No comprendo ni una palabra de todo lo que me cuentas —dijo el señor Darbedat con irritación—. En cualquier forma, ¿no quieres decir?...

—Pues bueno ¡sí! —dijo ella.

—¿Son todavía... todavía ahora?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —dijo ella molesta, con tres golpecitos secos.

El señor Darbedat separó el brazo, bajó la cabeza y calló.

—Carlos —dijo su mujer inquieta—, no hubiera debido decírtelo. Pero no podía guardar esto para mí sola.

—¡Nuestra hija! —dijo con voz lenta—. ¡Con ese loco! Ni siquiera la conoce, la llama Ágata. Es necesario que haya perdido la conciencia.

Levantó la cabeza y miró a su mujer con severidad.

—¿Estás segura de haber comprendido bien?

—No había duda posible. Yo soy como tú —agregó vivamente— no podía creerlo y por lo demás no la comprendo. Yo, nada más que a la idea de que me toque ese pobre desdichado... En fin —suspiró—, supongo que la tiene sujeta por ahí.

—¡Ay! —dijo el señor Darbedat—. ¿Te acuerdas de lo que te dije cuando vino a pedirnos su mano? Te dije: “Creo que le gusta *demasiado* a Eva”. No quisiste creerme.

Golpeó de pronto sobre la mesa y enrojeció violentamente:

—¡Es una perversidad! ¡La toma en los brazos y la besa llamándola Ágata, y contándole tonterías sobre las estatuas que vuelan y no sé qué más! ¡Y ella se deja! Pero ¿qué es lo que hay entre ellos? Que lo compadezca con todo el corazón, que lo ponga en una casa de reposo donde pueda verlo todos los días, desde temprano. Pero nunca hubiera pensado... La consideraba viuda. Escucha Juana —dijo con voz grave— voy a hablarte francamente; bien, ¡si tiene temperamento, preferiría que buscara un amante!

—¡Carlos, cállate! —exclamó la señora Darbedat.

El señor Darbedat tomó con aire cansado el sombrero y el bastón que había dejado al entrar sobre una mesita.

—Después de lo que acabas de decirme —concluyó— no me quedan muchas esperanzas. En fin, en cualquier forma le hablaré, porque es mi deber.

La señora Darbedat tenía prisa porque se fuera.

—Sabes —dijo para animarlo— creo que pese a todo en Eva hay más empecinamiento que... otra cosa. Sabe que es incurable pero se obstina, no quiere desmentirse.

El señor Darbedat se acariciaba soñadoramente la barba.

—¿Empecinamiento?... Sí, quizá. Y bien, tienes razón, terminará por cansarse. No es muy tratable todos los días y además no tiene conversación. Cuando le digo buenos días me tiende una mano floja y no habla. Pienso que en cuanto quedan solos vuelve a sus ideas fijas; ella me ha dicho que llega a gritar como si lo degollaran, porque tiene alucinaciones.

Las estatuas. Le dan miedo porque zumban. Dice que vuelan a su alrededor y que le clavan ojos blancos.

Se puso los guantes; continuó.

—Ella se cansará, no digo que no. Pero ¿si se trastorna antes? Querría que saliera un poco, que viera gente: encontraría algún muchacho agradable, sabes, un tipo como Schröder, que es ingeniero en el Simplón, alguien de porvenir; le vería un poco aquí, otro poco allá, y se habituaria lentamente a la idea de rehacer su vida.

La señora Darbedat no respondió por temor de hacer renacer la conversación. Su marido se inclinó sobre ella.

—Vamos —dijo— es necesario que me vaya.

—Adiós papá —dijo la señora Darbedat tendiéndole la frente—. Bésala y dile de mi parte que es mi pobrecita...

Cuando partió su marido, la señora Darbedat se dejó deslizar hasta el fondo del sillón y cerró los ojos, agotada. “Qué vitalidad”, pensó con reproche. Cuando recobró un poco de fuerza estiró dulcemente su pálida mano y tomó a tientas y sin abrir los ojos un “loukum” del platito.

Eva vivía con su marido en el quinto piso de un viejo inmueble de la calle Bac. El señor Darbedat subió ágilmente los ciento doce escalones de la escalera. Cuando tocó el botón del timbre ni siquiera estaba sofocado. Recordó con satisfacción las palabras de la señorita Dormoy. Para su edad, Carlos, usted está simplemente maravilloso. Nunca se sentía más fuerte ni más sano que el jueves, después de estas rápidas subidas.

Fue Eva quien abrió: “Es verdad, no tiene sirvienta. Las muchachas *no pueden* quedarse en su casa: me pongo en su lugar”. La besó: “Buenos días, pobrecita mía...”

Eva le dijo buenos días con cierta frialdad.

—Estás un poco paliducha —dijo el señor Darbedat tocándole la mejilla— no haces bastante ejercicio.

Hubo un silencio.

—¿Está bien mamá? —preguntó Eva.

—Más o menos. ¿La viste el martes? Bueno, está como siempre. Tu tía Luisa fue a verla ayer, eso la distrajo. Le agrada recibir visitas, pero que no se queden mucho tiempo. Tu tía Luisa ha venido a París con los niños por ese asunto de la hipoteca. Creo que te ha hablado de eso, es una fea historia. Pasó por mi escritorio para pedirme consejo. Le dije que no había dos partidos que tomar: es necesario que venda. Por lo demás ha encontrado comprador, es Bretonnel. ¿Te acuerdas de Bretonnel? Actualmente se ha retirado de los negocios.

Se detuvo bruscamente: Eva le escuchaba apenas. Pensó con tristeza que no se interesaba más en nada. “Es como con los libros. Antes había que arrancárselos. Ahora ni siquiera lee.”

—¿Cómo está Pedro?

—Bien —dijo Eva— ¿quieres verlo?

—Naturalmente —dijo el señor Darbedat con alegría— voy a hacerle una pequeña visita.

Estaba lleno de compasión por ese desventurado muchacho pero no podía verlo sin repugnancia. “Tengo horror a los seres enfermos.” “Evidentemente no era culpa de Pedro; tenía una herencia terriblemente pesada.” El señor Darbedat suspiró: “Hubiera sido bueno tomar precauciones, estas cosas se saben siempre demasiado tarde.” No, Pedro no era responsable. Pero, de cualquier modo, había llevado siempre esa tara en él, formaba el

fondo de su carácter; no era como un cáncer o una tuberculosis de los que se puede hacer abstracción cuando se quiere juzgar a un hombre tal cual es en sí mismo. Esa gracia nerviosa y esa sutileza que tanto habían agradado a Eva cuando le hacía la corte, eran flores de locura. “Estaba ya loco cuando se casó con ella; sólo que no se advertía. Uno se pregunta, pensó el señor Darbedat, dónde comienza la responsabilidad o mejor aún dónde termina. Se analizaba siempre mucho, estaba todo el tiempo inclinado sobre sí mismo. ¿Pero esto era la causa o era el efecto de su mal?” Siguió a su hija a través de un largo corredor sombrío.

—Este departamento es demasiado grande para ustedes —dijo— deberían mudarse.

—Me dices eso todas las veces, papá —respondió Eva— pero ya te he contestado que Pedro no quiere dejar su aposento.

Eva era asombrosa; era como para preguntarse si se daba cuenta exacta del estado de su marido. Estaba loco de atar y ella respetaba sus decisiones y sus opiniones como si hubiera estado en su sano juicio.

—Te lo digo por ti —respondió el señor Darbedat ligeramente irritado—. Me parece que si fuera mujer tendría miedo en estas viejas piezas mal iluminadas. Desearía para ti un departamento luminoso, como se han construido estos últimos años hacia Auteuil, tres piecitas bien aireadas. Han bajado el precio de los alquileres porque no encuentran inquilinos, sería el momento.

Eva torció suavemente el picaporte de la puerta y entraron en el aposento. Un pesado olor a incienso se prendió a la garganta del señor Darbedat. Las cortinas estaban corridas. Distinguió en la penumbra una delgada nuca por encima del respaldo del sillón: Pedro le volvía la espalda: comía.

—Buen día, Pedro —dijo el señor Darbedat levantando la voz—. Y bien, ¿cómo vamos hoy?

El señor Darbedat se aproximó; el enfermo estaba sentado ante una mesita; tenía un aire socarrón.

—Comemos huevos pasados por agua —dijo el señor Darbedat levantando aún más el tono—. ¡Eso es bueno, eh!

—No soy sordo —dijo Pedro con voz suave.







Irritado el señor Darbedat volvió los ojos hacia Eva para tomarla por testigo. Pero Eva le devolvió una mirada dura y se calló. El señor Darbedat comprendió que la había herido. “Bueno, peor para ella.” Era imposible encontrar el tono justo con este desventurado muchacho: tenía menos razón que un niño de cuatro años y Eva quería que se le tratara como a un hombre. El señor Darbedat no podía dejar de esperar con impaciencia el momento en que todos estos cuidados ridículos estuvieran fuera de lugar. Los enfermos le molestaban siempre algo —y muy particularmente los locos porque eran irracionales. El pobre Pedro, por ejemplo, era irracional en toda la línea, no podía decir palabra sin desvariar y no obstante hubiera sido inútil pedirle la menor humildad; ni aún un pasajero reconocimiento de sus errores.

Eva levantó las cáscaras de huevo y la huevera. Puso ante Pedro un cubierto con tenedor y cuchillo.

—¿Qué va a comer ahora? —dijo jovialmente Darbedat.

—Un bife.

Pedro había tomado el tenedor y lo sostenía con la punta de sus largos dedos pálidos. Lo inspeccionó detenidamente, luego rió ligeramente.

No será para esta vez —murmuró dejándolo—. Estaba prevenido.

Eva se aproximó y miró el tenedor con apasionado interés.

—Ágata —dijo Pedro— dame otro.

Obedeció Eva y Pedro se puso a comer. Ella había tomado el tenedor sospechoso y lo mantenía apretado entre sus manos sin sacarle los ojos de encima: parecía hacer un violento esfuerzo. “Qué trastornados son todos sus gestos y todas sus relaciones”, pensó el señor Darbedat.

Estaba incomodo.

—Atención —dijo Pedro— tómalo por la mitad del lomo, a causa de las pinzas.

Eva suspiró y dejó el tenedor sobre los restos de la comida. El señor Darbedat sintió que se irritaba. No creía que fuera bueno ceder a todas las fantasías de ese desdichado —aún desde el punto de vista de Pedro, era pernicioso. Franchot le había dicho claramente: “Nunca se debe entrar en el delirio de un enfermo”. En lugar de darle otro tenedor, hubiera sido mejor razonar dulcemente y hacerle comprender que era igual a los otros. Se adelantó hacia las sobras, tomó ostensiblemente el tenedor y le recorrió los dientes con dedo ligero. Luego se volvió hacia Pedro. Pero éste cortaba la carne con aire apacible; levantó hacia su suegro una mirada dulce e inexpresiva.

—Querría charlar un rato contigo —dijo el señor Darbedat a Eva.

Eva le siguió dócilmente al salón. Al sentarse en el canapé, el señor Darbedat notó que había conservado el tenedor en la mano. Lo arrojó con fastidio sobre una consola.

—Se está mejor aquí —dijo.

—Yo no vengo nunca.

—¿Puedo fumar?

—Claro que sí, papá —dijo Eva apresuradamente—. ¿Quieres un cigarro?

El señor Darbedat prefirió hacer un cigarrillo. Pensaba sin temor en la discusión que iba a entablar. Cuando hablaba con Pedro se sentía embarazado por su razón como pudiera estarlo un gigante por su fuerza al jugar con un niño. Todas sus condiciones de claridad, nitidez, precisión se volvían contra él. “Es necesario confesar que con mi pobre Juana es un poco la misma cosa.” Ciertamente la señora Darbedat no estaba loca, pero la enfermedad la había... amodorrado. Por el contrario Eva se parecía a su padre, era una naturaleza recta y lógica; la discusión con ella se volvió un placer. “Por eso no quiero que me la estropeen.”

El señor Darbedat levanto los ojos; quena volver a ver los rasgos inteligentes y finos de su hija. Se sintió defraudado: en ese rostro antes tan razonable y transparente había ahora algo de turbio, de opaco. Eva seguía siendo bellísima. El señor Darbedat notó que se había pintado con mucho cuidado, casi con ostentación. Había azulado sus párpados y pasado rimmel por sus largas pestañas. Este “maquillaje” perfecto y violento produjo una penosa impresión en su padre.

—Estás verde bajo tu pintura —le dijo— tengo miedo de que te enfermes. ¡Y cómo te pintas ahora! ¡Tú, que eras tan discreta!

Eva no contestó y Darbedat consideró un instante con molestia ese rostro brillante y gastado bajo la pesada masa de los cabellos negros. Pensó que presentaba el aspecto de una trágica. “Hasta sé a quien se parece. A esa mujer, esa rumana que representó *Fedra* en francés en el teatro de Orange.” Lamentó haber hecho esa observación desagradable: “¡Se me escapó! Mas vale no indisponernos por pequeñeces”.

—Discúlpame —dijo sonriendo—, sabes que soy un viejo sencillo. No me gustan todas esas pomadas que las mujeres de hoy se ponen en la cara. Pero soy yo el equivocado, es necesario vivir con la época.

Eva le sonrió amablemente. El señor Darbedat encendió su cigarrillo y aspiró algunas bocanadas.

—Mi chiquita —comenzó— quería justamente decirte: vamos a charlar los dos como antes. Vamos, siéntate y escuchame con amabilidad; hay que tener confianza en el viejo papá.

—Prefiero estar de pie —dijo Eva—. ¿Qué quieres decirme?

—Voy a hacerte una pregunta —dijo el señor Darbedat algo más secamente—: ¿A que te llevará todo esto?

—¿Todo esto? —repitió Eva asombrada.

—Bueno, sí, todo, toda esta vida que tú te has hecho. Escucha —prosiguió— no creas que no te comprendo (había tenido una súbita idea). Pero lo que quieres hacer está por encima de las fuerzas humanas. Quieres vivir únicamente con la imaginación, ¿no es así? ¿No quieres admitir que está enfermo? ¿No quieres ver al Pedro de hoy? ¿No es así? Sólo tienes ojos para el Pedro de ayer. Mi queridita, mi chiquita, es una apuesta imposible de mantener —continuó el señor Darbedat—. Mira, te voy a contar una historia que quizá todavía no conoces: cuando estuvimos en Sables-D’Olonne, tenías entonces tres años, tu madre hizo relación con una joven encantadora que tenía un niño soberbio. Jugabas con el niño en la playa, no tenían tres palmos de alto, tú eras su novia. Un tiempo más tarde, en París, quiso tu madre volver a ver a la joven; le dijeron que había sufrido una espantosa desgracia, su hermoso niño había sido decapitado por un automóvil. Le dijeron a tu madre: “Vaya a verla, pero ante todo no le hable de la muerte de su niño, *no quiere creer* que está muerto”. Tu madre fue allí, encontró una criatura medio trastornada: vivía como si su pequeño existiera todavía; le hablaba, le ponía cubierto en la mesa. Pues bien, vivió en tal estado de tensión nerviosa que al cabo de seis meses fue necesario llevarla por fuerza a una casa de reposo en donde debió permanecer tres años. No, mi chiquita —dijo el señor Darbedat sacudiendo la cabeza— esas cosas son imposibles. Hubiera sido mejor que ella reconociera valientemente la verdad. Hubiera sufrido de una buena vez y después el tiempo hubiera pasado su esponja. Créeme, no hay nada como mirar las cosas de frente.

—Te engañas —dijo Eva con esfuerzo— sé muy bien que Pedro está...

La palabra no le salió. Se mantenía muy derecha con las manos sobre el respaldo de un sillón. Había algo de árido y de feo en la parte inferior de su rostro.

—Pues bien... ¿entonces? —preguntó asombrado el señor Darbedat.

—¿Entonces qué?

—¿Tú?

—Lo amo como es —dijo Eva rápidamente y con aire fastidiado.

—Eso no es verdad —dijo el señor Darbedat con violencia—. Eso no es verdad: no le amas; no puedes amarlo. Esos sentimientos sólo pueden experimentarse por un ser sano y normal. No dudo que tengas compasión por Pedro y guardas también sin duda el recuerdo de los tres años de felicidad que le debes. Pero no me digas que le amas, no te creeré.

Eva permanecía muda y miraba la alfombra con aire ausente.

—Podrías contestarme —dijo el señor Darbedat con frialdad—. No creas que esta conversación me sea menos penosa que a ti.

—Puesto que no me crees.

—Pues bien, si le amas —exclamó exasperado— es una gran desgracia para ti, para mí y para tu pobre madre, porque voy a decirte algo que hubiera preferido ocultarte: antes de tres años Pedro habrá caído en la demencia más completa, será como una bestia.

Miró a su hija con ojos duros: le molestaba que lo hubiera obligado, con su testarudez a hacerle esta penosa revelación.

Eva no se impresionó, ni siquiera levantó los ojos.

—Lo sabía.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó estupefacto.

—Franchot. Hace seis meses que lo sé.

—¡Y yo que le había recomendado ocultártelo! —dijo el señor Darbedat con amargura—. En fin, quizá sea mejor así. Pero en estas condiciones debes comprender que sería imperdonable conservar a Pedro contigo. La lucha que has emprendido está destinada al fracaso, su enfermedad no perdona. Si hubiera algo que hacer, si se lo pudiera salvar a fuerza de cuidados, no diría nada. Pero mira un poco: eras linda, inteligente y alegre, te destruyes por gusto y sin provecho. Pues bien, ya sabemos que has estado admirable, pero basta, se terminó. Has cumplido con tu deber, más que con tu deber; insistir todavía sería inmoral. También se tienen deberes hacia sí mismo, hija. Y luego, no piensas en nosotros. *Es necesario* —agregó martillando las palabras— que mandes a Pedro a la clínica de Franchot. Abandonarás este departamento donde no has tenido más que desgracias y volverás con nosotros. Si tienes deseos de ser útil y de aliviar los dolores ajenos; pues bien, tienes a tu madre. La pobre mujer está cuidada por enfermeras, necesita alguna compañía. Y *ella* —agregó— podrá apreciar lo que hagas, y quedarte reconocida.

Hubo un largo silencio. El señor Darbedat escuchó cantar a Pedro en el aposento vecino. Era apenas una sombra de canto; mejor aún una especie de declamación aguda y precipitada. El señor Darbedat levantó los ojos hacia su hija:

—Entonces ¿no?

—Pedro se quedará conmigo —dijo dulcemente— me entiendo bien con él.

—A condición de desvariar todo el día.

Eva sonrió y lanzó a su padre una mirada burlona y casi alegre. “Es verdad, pensó el señor Darbedat furioso, no hacen sólo eso; se acuestan juntos.”

—Estás completamente loca —dijo levantándose.

Eva sonrió tristemente y murmuró como para sí misma:

—No lo bastante.

—¿No lo bastante? Sólo te puedo decir una cosa, hija me das miedo.

La besó apresuradamente y salió. “Sería necesario, pensó bajando la escalera,

enviarle dos sólidos muchachones que se llevaran por la fuerza a ese pobre despojo y que lo colocaran bajo la ducha sin preguntarle su opinión.”

Era un bello día de otoño, tranquilo y sin misterio; el sol doraba el rostro de los transeúntes. El señor Darbedat quedó asombrado por la simplicidad de esos rostros. Los había curtidos, otros eran claros, pero todos reflejaban felicidades y cuidados que le eran familiares.

“Sé muy exactamente lo que reprocho a Eva, se dijo, tomando por el boulevard Saint-Germain. Le reprocho que viva fuera de lo humano. Pedro no es ya un ser humano. Todos los cuidados, todo el amor que le da, se los quita en cierto modo a toda esta gente. No hay derecho de negarse a los hombres; aunque el diablo mismo se opusiera, vivimos en sociedad.”

Enfrentaba a los transeúntes con simpatía, le agradaban sus miradas graves y límpidas. En estas calles soleadas, entre los hombres, se sentía seguro como en medio de una gran familia.

Una mujer en cabeza se había detenido ante una exposición al aire libre. Llevaba una niñita de la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó la niñita señalando un aparato de T. S. H.

—No toques nada —dijo su madre— es un aparato; toca música.

Se quedaron un momento sin hablar, en éxtasis. El señor Darbedat, enternecido, se inclinó hacia la niñita y le sonrió.

“Se ha ido.” La puerta de entrada se había cerrado con un golpe seco. Eva estaba sola en el salón: “Ojalá se muera”.

Crispó las manos sobre el respaldo del sillón: acababa de recordar los ojos de su padre. El señor Darbedat se había inclinado sobre Pedro con aire competente; le había dicho: “¿Es bueno eso?”, como alguien que sabe hablar a los enfermos; lo había mirado y el rostro de Pedro se había pintado en el fondo de sus ojos gruesos y vivos. “Lo odio cuando lo mira, cuando pienso que lo ve.”

Las manos de Eva se deslizaron a lo largo del sillón y se volvió hacia la ventana. Estaba deslumbrada. La pieza estaba llena de sol; lo había en todas partes, sobre la alfombra en redondeles pálidos, en el aire como polvo enceguecedor. Eva había perdido la costumbre de esta luz indiscreta y fuerte que escudriñaba por todas partes, recorría los rincones, frotaba los muebles y los hacía relucir como una buena ama de casa. No obstante, avanzó hasta la ventana y levantó la cortina de muselina que colgaba contra el vidrio. En el mismo momento el señor Darbedat salía de la casa; Eva vio de pronto sus amplias espaldas. Él levantó la cabeza y miró el cielo parpadeando, luego se alejó a zancadas, como un hombre joven. “Se esfuerza, pensó Eva, pronto tendrá su puntada al costado.” Casi no lo odiaba ya, había tan poca cosa en esa cabeza; apenas la pequeñísima preocupación de parecer joven. Se volvió a encolerizar, no obstante, cuando lo vio dar vuelta la esquina del boulevard Saint-Germain y desaparecer. “Piensa en Pedro.” Algo de su vida se escapaba del cerrado aposento y caminaba por las calles, al sol, entre la gente. “¿Es que no podrán olvidarnos nunca?”

La calle de Bac estaba casi siempre desierta. Una vieja señora atravesó la calzada a pasos menudos, tres jovencitas pasaron riendo. Luego algunos hombres, hombres fuertes y graves que llevaban portafolios y hablaban entre sí. “Gente normal” pensó Eva asombrada de encontrar en sí misma tal fuerza de odio. Una mujer hermosa y gruesa corrió pesadamente al encuentro de un señor elegante. Lo abrazó y lo besó en la boca. Eva lanzó una risa seca y dejó caer la cortina.

Pedro no cantaba ya, pero la joven del tercero se había sentado al piano; ejecutaba un estudio de Chopin. Eva se sintió más calmada, dio un paso hacia el aposento de Pedro pero se detuvo en seguida y se apoyó contra la pared con algo de angustia. Como siempre que dejaba el aposento, la llenaba de pánico la idea de que era necesario volver a entrar en él. Sabía no obstante que no hubiera podido vivir en otra parte: amaba ese aposento. Recorrió con la mirada, con curiosidad fría como para ganar un poco de tiempo, esa pieza sin sombra y sin olor en la que esperaba que renaciera su valor. “Se diría la sala de espera de un dentista.” Los sillones de seda rosa, el diván, los taburetes, eran sobrios y discretos, un poco paternos, buenos amigos del hombre. Eva imaginó que señores graves, vestidos con ropa clara, iguales a los que había visto por la ventana, entraban en el salón prosiguiendo la conversación comenzada. No se tomaban ni siquiera tiempo para reconocer el lugar; avanzaban con paso firme hasta el medio de la pieza; uno de ellos, que dejaba colgar la mano detrás como si fuera una estela, frotaba al pasar algunos almohadones y objetos de sobre las mesas, y no se sobresaltaba por estos contactos. Y cuando encontraban un mueble en su camino, estos hombres reposados, lejos de hacer una curva para evitarlo lo cambiaban tranquilamente de lugar. Se sentaban por fin, siempre sumergidos en su conversación, sin arrojar ni una mirada a su espalda. “Un salón para gente normal”, pensó Eva. Miraba el picaporte de la puerta cerrada y la angustia le apretaba la garganta: Es necesario que vaya. Nunca lo dejó solo tanto tiempo. Había que abrir esa puerta; luego Eva permanecería en el umbral tratando de habituar sus ojos a la penumbra, y el aposento la rechazaría con todas sus fuerzas. Era necesario que Eva triunfara de esa resistencia y que se hundiera hasta el corazón de la pieza. Tuvo de pronto un violento deseo de ver a Pedro; le hubiera agradado burlarse con él del señor Darbedat. Pero Pedro no la necesitaba, Eva no podía prever la acogida que le reservaba. Pensó de pronto con una especie de orgullo que no había para ella lugar en ninguna parte. “Los normales creen que todavía soy de los suyos. Pero no podría permanecer ni una hora entre ellos. Tengo necesidad de vivir allá, del otro lado de esta pared. Pero allá tampoco me necesitan.”

Un cambio profundo se efectuó a su alrededor. La luz envejecía, encanecía, se ponía pesada como el agua de un florero que no se ha renovado desde la víspera. Sobre los objetos, entre esta luz envejecida, Eva volvía a encontrar una melancolía hacía mucho tiempo olvidada: la de un mediodía de fines de otoño. Miraba a su alrededor, dudando, casi tímida: todo estaba tan lejos: en el aposento no existía ni día ni noche, ni estaciones, ni melancolía. Recordó vagamente otoños anteriores, otoños de su infancia, luego, de pronto se resistió: tenía miedo a los recuerdos.

Escuchó la voz de Pedro:

—¿Dónde estás, Ágata?

—Voy —gritó.

Abrió la puerta y penetró en el aposento.

El espeso olor del incienso le llenó la nariz y la boca mientras entornaba los ojos y tendía las manos hacia adelante —el perfume y la penumbra no formaban para ella desde hacía tiempo más que un solo elemento acre y algodonoso, tan simple, tan familiar como el aire, el agua o el fuego—, y avanzó prudentemente hacia una mancha pálida que parecía flotar en la bruma. Era el rostro de Pedro: el traje de Pedro (desde que estaba enfermo vestía de negro) se fundía en la oscuridad. Pedro había echado su cabeza hacia atrás y cerrado los ojos. Era bello. Eva miró sus largas cejas curvas, luego se sentó a su lado en la silla baja. “Parece sufrir”, pensó. Sus ojos se habituaban poco a poco a la penumbra. El escritorio surgió primero, después la cama, luego los objetos personales de Pedro, las tijeras

el pote de engrudo, los libros, el herbario que cubría la alfombra cerca del sillón.

—¿Ágata?

Pedro había abierto los ojos y la miraba sonriendo.

—¿Sabes, el tenedor? —dijo— lo hice para asustar al tipo. No tenía *casi* nada.

Las aprensiones de Eva se desvanecieron y largó una ligera risa:

—Lo lograste muy bien —dijo— lo enloqueciste completamente.

Pedro sonrió:

—¿Viste? Lo manipuló un buen rato, lo tenía con toda la mano. Lo que hay —dijo— es que no saben tomar las cosas; las empuñan.

—Es verdad —dijo Eva.

Pedro golpeó ligeramente en la palma de su mano izquierda con el índice de la mano derecha.

—Es con esto que agarran. Aproximan sus dedos y cuando han tomado el objeto, colocan la palma por encima para moldearlo.

Hablaba con voz rápida y con la punta de los labios; parecía perplejo.

—Me pregunto qué quieren —dijo por último—. Ese tipo ya ha venido antes. ¿Por qué me lo mandan? Si quieren saber lo que hago, no tienen más que leer en la pantalla; ni siquiera precisan moverse de sus casas. Cometan algunos errores. Tienen el poder, pero cometen errores. Yo no lo hago nunca: ése es mi triunfo. Hoffka —dijo— hoffka.

—Agitaba sus largas manos junto a su frente—: ¡Picarona! Hoffka paffka suffka. ¿Quieres más todavía?

—¿Es la campana? —preguntó Eva.

—Sí, ya se fue. —Y prosiguió con severidad—: Ese tipo es un subalterno. Tú le conoces, fuiste con él al salón.

Eva no contestó.

—¿Qué es lo que quería? —preguntó Pedro—. Ha debido decírtelo.

Ella dudó un momento, luego respondió brutalmente:

—Quería que te encerraran.

Cuando se decía dulcemente la verdad a Pedro, desconfiaba, era necesario descargársela con violencia para aturdir y paralizar las sospechas. Eva prefería tratarlo con brutalidad a mentirle: cuando mentía y él parecía creerle no podía dejar de sentir una ligera impresión de superioridad que la horrorizaba de sí misma.

—Encerrarme —repitió Pedro con ironía—. Se descarrilan. ¿Qué es lo que pueden hacerme algunas paredes? Crean quizá que eso va a detenerme. A veces me pregunto si no hay dos bandas. La verdadera, la del negro. Y luego otra banda de chismosos que tratan de meter la nariz aquí adentro y que hacen tontería sobre tontería.

Hizo saltar la mano sobre el brazo del sillón y la consideró con aire divertido.

—Las paredes se atraviesan. ¿Qué le contestaste? —preguntó volviéndose hacia Eva con curiosidad.

—Que no te encerrarían.

El se encogió de hombros.

—No había que decir eso. También cometiste un error, salvo, que lo hayas hecho expresamente. Es necesario dejarlos mostrar su juego.

Se calló. Eva bajó tristemente la cabeza: “¡Los empuñan!” Con qué tono despreciativo había dicho eso —y qué justo era—. “¿Acaso también yo empuño los objetos? Haré bien en observarme, creo que la mayoría de mis gestos lo irritan.” Se sintió de pronto desesperada, como cuando tenía catorce años y la señora Darbedat, viva y ligera,

le decía: “Se diría que no sabes qué hacer de tus manos”. No se atrevía a hacer ningún movimiento, y justo en ese momento tuvo un deseo irresistible de cambiar de posición. Removió suavemente los pies bajo la silla tocando apenas la alfombra. Miraba la lámpara sobre la mesa —la lámpara cuyo zócalo Pedro había pintado de negro— y el juego de ajedrez. Sobre el tablero, Pedro sólo había dejado los peones negros. A veces se levantaba, iba hasta la mesa y tomaba los peones uno por uno entre sus manos. Les hablaba, les llamaba Robots y parecían, entre sus dedos, animarse con una vida sorda. Cuando los dejaba, Eva iba a tocarlos (tenía la impresión de estar un poco en ridículo): Se habían convertido de nuevo en pequeños objetos de madera muerta pero quedaba en ellos algo de vago y de inasible, algo como un sentido. “Son *sus* objetos, pensó ella. No hay nada mío en el aposento.” Antes poseía algunos muebles. El espejo y la pequeña mesa de tocador de marquetería que venían de su abuela y que Pedro, por jugar, llamaba: *tu* tocador. Pedro los había atraído hacia él: sólo a Pedro mostraban las cosas su verdadero rostro. Eva podía mirarlos durante horas: ponían una testarudez incansable y malvada en engañarla, en no ofrecerle nunca sino su apariencia —como al doctor Franchot y al señor Darbedat—. “Sin embargo, se dijo con angustia, no los veo enteramente igual que mi padre. No es posible que los vea igual que él.”

Removió un poco las rodillas, sentía hormigueos en las piernas. Su cuerpo estaba rígido y tenso. Le dolía; lo sentía demasiado vivo, indiscreto: “Querría ser invisible y quedarme aquí; verlo sin que me viera. No me necesita, estoy de más en la habitación”. Volvió la cabeza y miró la pared por encima de Pedro. Había amenazas escritas en la pared. Eva lo sabía pero no podía leerlas. A menudo miraba las grandes rosas rojas de la pintura hasta que se ponían a bailar ante sus ojos. Las rosas ardían en la penumbra. La amenaza estaba, casi siempre, escrita cerca del techo, a la izquierda, por encima del lecho: pero algunas veces se desplazaba: “Es necesario que me levante. No puedo más —no puedo quedarme sentada tanto tiempo—”. Había también en la pared discos blancos que parecían rodajas de cebolla. Los discos giraron sobre sí mismos y las manos de Eva se pusieron a temblar: “Hay momentos en que me vuelvo loca. Pero no, pensó con amargura, *no puedo* volverme loca. Simplemente me enervo”.

De pronto sintió sobre la suya la mano de Pedro.

—Ágata —dijo Pedro con ternura.

Le sonreía, pero le tenía la mano con la punta de los dedos con una especie de repulsión, como si tuviera un cangrejo por el dorso y quisiera evitar sus pinzas.

—Ágata —dijo— cuánto quisiera tener confianza en ti.

Eva cerró los ojos y su pecho se levantó: “Es preciso no contestar, si no desconfiará y no dirá nada más”.

—Te quiero bien, Ágata —le dijo—. Pero no puedo comprenderte. ¿Por qué te quedas todo el tiempo en la habitación?

Eva no respondió.

—Dime, ¿por qué?

—Bien sabes que te amo —dijo con sequedad.

—No te creo —dijo Pedro—. ¿Por qué habías de amarme? Debo darte horror: estoy hechizado.

Sonrió, pero se puso grave de golpe:

—Hay un muro entre tú y yo. Te veo, te hablo, pero estás del otro lado. ¿Qué es lo que nos impide amarnos? Me parece que era más fácil antes. En Hamburgo.

—Sí —dijo Eva tristemente. Siempre Hamburgo, nunca hablaba de su verdadero

pasado. Ni Eva, ni él habían estado en Hamburgo.

—Nos paseábamos a lo largo de los canales. Había una chalana, ¿te acuerdas? La chalana era negra; había un perro sobre el puente.

Inventaba a medida que hablaba, tenía aspecto falso.

—Te tenía de la mano. Tenías otra piel. Yo creía todo lo que me decías. Cállense —gritó.

Escuchó un momento:

—Van a venir —dijo con voz sorda.

Eva se sobresaltó:

—¿Van a venir? Creía ya que no volverían más.

Desde hacía tres días Pedro estaba más tranquilo; las estatuas no habían vuelto. Pedro tenía un miedo horrible a las estatuas, aunque nunca convino en ello. Eva no les temía, pero cuando se ponían a volar por el aposento, zumbando, tenía miedo de Pedro.

—Dame el ziuthre —dijo Pedro.

Eva se levantó y tomó el ziuthre; era un conjunto de pedazos de cartón que Pedro había pegado personalmente; él lo utilizaba para conjurar las estatuas. El ziuthre parecía una araña. En uno de los cartones Pedro había escrito “Poder sobre la emboscada” y en otro: “Negro”. En un tercero había dibujado una cabeza risueña con los ojos plegados: era Voltaire.

Pedro asió el ziuthre por una pata y lo consideró con aspecto sombrío.

—No me puede servir ya —dijo.

—¿Por qué?

—Lo han dado vuelta.

—¿Te harás otro?

La miró largamente:

—Eso querrías tú —dijo entre dientes.

Eva estaba irritada contra Pedro. “Cada vez que vienen, está prevenido, ¿cómo hace? no se engaña nunca.”

El ziuthre colgaba lastimosamente de la punta de los dedos de Pedro: “Encuentra siempre buenas razones para no servirse de él. El domingo, cuando vinieron, pretendía haberlo perdido, pero yo lo veía detrás del pote de la cola y él no podía dejar de verlo. Me preguntó si no es *él* quien las atrae”. Nunca se podía saber si era del todo sincero. En algunos momentos Eva tenía la impresión de que Pedro era invadido a su pesar por una multitud malsana de pensamientos y de visiones. Pero en otros momentos, Pedro parecía inventar. “Sufre. ¿Pero hasta qué punto *cree* en las estatuas y en el negro? En todo caso sé que a las estatuas no las ve, sólo las escucha: cuando pasan vuelve la cabeza; e igual dice que las ve y las describe.” Se acordó del rostro encendido del doctor Franchot: “Pero querida señora, todos los alienados son mentirosos, usted perderá su tiempo si pretende distinguir lo que sienten realmente de lo que dicen sentir”. Se sobresaltó: “¿Qué viene a hacer Franchot aquí? No voy a ponerme a pensar como él”.

Pedro se levantó, fue a arrojar el ziuthre en el canasto de papeles. “Quisiera pensar como *tú*”, murmuró ella. El caminaba a pasitos, sobre la punta de los pies, apretando los codos contra las caderas, para ocupar el menor lugar posible. Volvió a sentarse y miró a Eva con aspecto reservado.

—Es necesario poner cortinas negras —dijo—, no hay bastante negro en este aposento.

Se había hundido en el sillón. Eva miró tristemente ese cuerpo avaro, siempre presto

a retirarse, a encogerse: los brazos, las piernas, la cabeza parecían órganos retráctiles. Sonaron las campanadas de las seis: el piano había callado. Eva suspiró: las estatuas no volverían de inmediato; era necesario esperarlas.

—¿Quieres que encienda?

Eva prefería no esperarlas en la oscuridad.

—Haz lo que quieras —dijo Pedro.

Eva encendió la lamparita del escritorio y una niebla rojiza invadió la pieza. Pedro también esperaba.

No hablaba pero removía los labios que formaban dos manchas sombrías entre la niebla rojiza. Eva amaba los labios de Pedro. Antes habían sido emocionantes y sensuales, pero habían perdido su sensualidad, se alejaban uno de otro estremeciéndose un poco y se volvían a juntar sin cesar; se apretaban entre sí para separarse de nuevo. Sólo ellos vivían en ese rostro cerrado, parecían dos bestias medrosas. Pedro podía mascullar así durante horas sin que saliera ni un sonido de su boca, y a menudo Eva se dejaba fascinar por ese pequeño movimiento obstinado: “Amo su boca”. Él no la besaba nunca; experimentaba horror de los contactos: por la noche lo tocaban manos de hombre, duras y secas, le pellizcaban todo el cuerpo; manos de mujer de largas uñas le hacían sucias caricias. A menudo se acostaba vestido pero las manos se deslizaban bajo sus ropas y andaban sobre su camisa. Una vez escuchó reír y unos labios hinchados se posaron sobre sus labios. Era desde esa noche que no besaba más a Eva.

—Ágata —dijo Pedro— no mires mi boca.

Eva bajó los ojos.

—No ignoro que se puede aprender a leer sobre los labios —continuó con insolencia.

Su mano temblaba sobre el brazo del sillón; el índice extendido fue a golpear tres veces sobre el pulgar y los otros dedos se crisparon: era un conjuro.

“Ya va a comenzar”, pensó ella. Tenía deseos de tomar a Pedro entre sus brazos.

Pedro se puso a hablar muy alto en tono mundano:

—¿Te acuerdas de San Pauli?

No hubo respuesta. Quizá era una trampa.

—Es allí donde te conocí —dijo con aire satisfecho. Te quité a un marino danés. Habíamos decidido batirnos, pero pagué la vuelta y me dejé llevarte. Todo no era más que una comedia.

“Miente, no cree ni una palabra de lo que dice. Sabe que no me llamo Ágata. Le odio cuando miente.” Pero vio sus ojos fijos y desapareció su cólera. “No miente, pensó. Está al cabo de sus fuerzas. Siente que se aproximan, habla para evitar el escucharlas.” Pedro tenía asidas fuertemente sus dos manos al brazo del sillón. Su rostro estaba pálido; sonreía.

—Estos encuentros son a menudo extraños —dijo—, pero no creo en el azar. No te pregunto quién te había enviado, sé que no contestarías. En todo caso has sido bastante hábil para salpicarme.

Hablaba penosamente, con voz aguda y apresurada. Había palabras que no podía pronunciar y que salían de su boca como una sustancia blanda e informe.

—Me llevaste en plena fiesta entre maniobras de automóviles negros. Pero detrás de los autos había un ejército de ojos rojos que relucían en cuanto volvía la espalda. Pienso que les hacías señas, tomada de mi brazo, pero yo no veía nada. Estaba demasiado absorto en las grandes ceremonias de la coronación.

Miraba fijo ante él, con los grandes ojos abiertos. Se pasó la mano por la frente, muy rápido, con un gesto breve, sin dejar de hablar: no quería dejar de hablar.

—Era la coronación de la República —dijo con voz estridente— un espectáculo impresionante en su género a causa de los animales de toda especie que enviaban las colonias para la ceremonia. Tú temías perderte entre los monos. He dicho entre los monos —repitió con aire arrogante, mirando a su alrededor—. ¡Podría decir entre los negros! Los engendros que se deslizan bajo las mesas y creen pasar desapercibidos, son descubiertos y clavados de inmediato por mi mirada. La consigna es callarse —gritó— callarse. Todos en su lugar y en guardia para la entrada de las estatuas: es la orden. Tralala —aullaba y ponía sus manos como corneta delante de la boca—. Tralala, tralala.

Se calló y Eva supo que las estatuas acababan de entrar en la cámara. El se mantenía rígido, pálido y despreciativo. Eva se puso también rígida y los dos esperaron en silencio. Alguien caminaba por el corredor: era María, la sirvienta; sin duda acababa de llegar. Eva pensó: “Es necesario que le dé el dinero para el gas”. Y luego las estatuas se pusieron a volar; pasaban entre Eva y Pedro.

Pedro hizo “han” y se hundió en el sillón cruzando las piernas debajo; volvía la cabeza, reía de tiempo en tiempo pero algunas gotas de sudor perlaban su frente. Eva no pudo soportar la visión de esa mejilla pálida, de esa boca deformada por una mueca temblorosa: cerró los ojos. Hilos dorados se pusieron a bailar sobre el fondo rojo de sus párpados; se sentía vieja y pesada. No lejos de ella Pedro resoplaba ruidosamente: “Vuelan, zumban, se inclinan sobre él...” Sintió un ligero cosquilleo, una molestia en el hombro y en el costado derecho. Instintivamente su cuerpo se inclinó hacia la izquierda como para evitar un contacto desagradable, como para dejar pasar un objeto pesado y torpe. De pronto las tablas crujieron y sintió un deseo loco de abrir los ojos, de mirar a su derecha barriendo el aire con la mano.

No hizo nada: conservó los ojos cerrados y una acre alegría la hizo estremecer: “*Yo también tengo miedo*”, pensó. Toda su vida se había refugiado en su costado derecho. Se inclinó, sin abrir los ojos, hacia Pedro. Le bastaría un pequeñísimo esfuerzo y por primera vez entraría en ese mundo trágico. “Tengo miedo de las estatuas” —pensó—. Era una afirmación violenta y ciega, un sortilegio: con todas sus fuerzas quería creer en su presencia; ensayaba convertir en un sentido nuevo, en un contacto, la angustia que paralizaba su costado derecho. En el brazo, en el flanco y en el hombro, *sentía* el paso de las estatuas.

Las estatuas volaban bajo y dulcemente: zumbaban. Eva sabía que tenían aire malicioso y que las pestañas salían de la piedra alrededor de sus ojos: pero se las representaba mal. Sabía también que no eran totalmente vivientes pero que algunas placas de carne, algunas escamas tiernas aparecían sobre sus grandes cuerpos; la piedra se pelaba al borde de sus dedos y le ardían las palmas. Eva no podía ver todo esto: pensaba simplemente que enormes/ mujeres se deslizaban contra ella solemnes y grotescas con aire humano y con la obstinación compacta de la piedra. “Se inclinan sobre Pedro. —Eva hizo un esfuerzo tan violento que sus manos se pusieron a temblar— se inclinan sobre mí”... De pronto la heló un grito horrible. “Lo han tocado”. Abrió los ojos: Pedro tenía la cabeza entre las manos, jadeaba. Eva se sintió agotada: “Un juego, pensó con remordimiento; no era más que un juego, ni un instante he creído sinceramente en ello. Y durante ese tiempo él sufría verdaderamente”.

Pedro se aflojó y respiró con fuerza. Pero sus pupilas quedaron extrañamente dilatadas; transpiraba.

—¿Las has visto? —preguntó.

—No puedo verlas.

—Es mejor para ti. Te darían miedo. Yo ya estoy acostumbrado —dijo.

Las manos de Eva seguían temblando: tenía la sangre en la cabeza. Pedro tomó un cigarrillo del bolsillo y lo llevó a la boca, pero no lo encendió:

—Verlas me es indiferente —dijo— pero no quiero que me toquen: tengo miedo de que me contagien granos.

Reflexionó un instante y prosiguió:

—¿Las oíste, acaso?

—Sí —dijo Eva— es como el motor de un avión.

(Pedro le había dicho esas mismas palabras, el domingo anterior.)

Pedro sonrió con algo de condescendencia:

—“Exageras” —dijo, pero se quedó pálido. Miró las manos de Eva—. Tus manos tiemblan. Te has impresionado, mi pobre Ágata. Pero no precisas hacerte mala sangre: no volverán antes de pasado mañana.

Eva no podía hablar; le castañeteaban los dientes y temía que Pedro lo notara. Pedro la miró largamente:

—Eres bárbaramente bella —dijo inclinando la cabeza—. Es lástima. Es verdaderamente una lástima.

Avanzó rápidamente una mano y le rozó la oreja.

—¡Mi bello demonio! Me molestas un poco, eres demasiado bella; eso me distrae. Si no se tratara de la “recapitulación...”.

Se detuvo y miró a Eva con sorpresa:

—No se trataba de esa palabra... ha venido... ha venido —dijo sonriendo con aire vago—. Tenía otra en la punta de la lengua... y ésta... se ha puesto en su lugar. Olvidé lo que te decía.

Reflexionó un instante y sacudió la cabeza:

—Vamos —dijo— me voy a dormir. —Y agregó con voz infantil—: Sabes Ágata, estoy fatigado. No encuentro mis ideas.

Arrojó el cigarrillo y miró la alfombra con aire inquieto. Eva le deslizó una almohada bajo la cabeza.

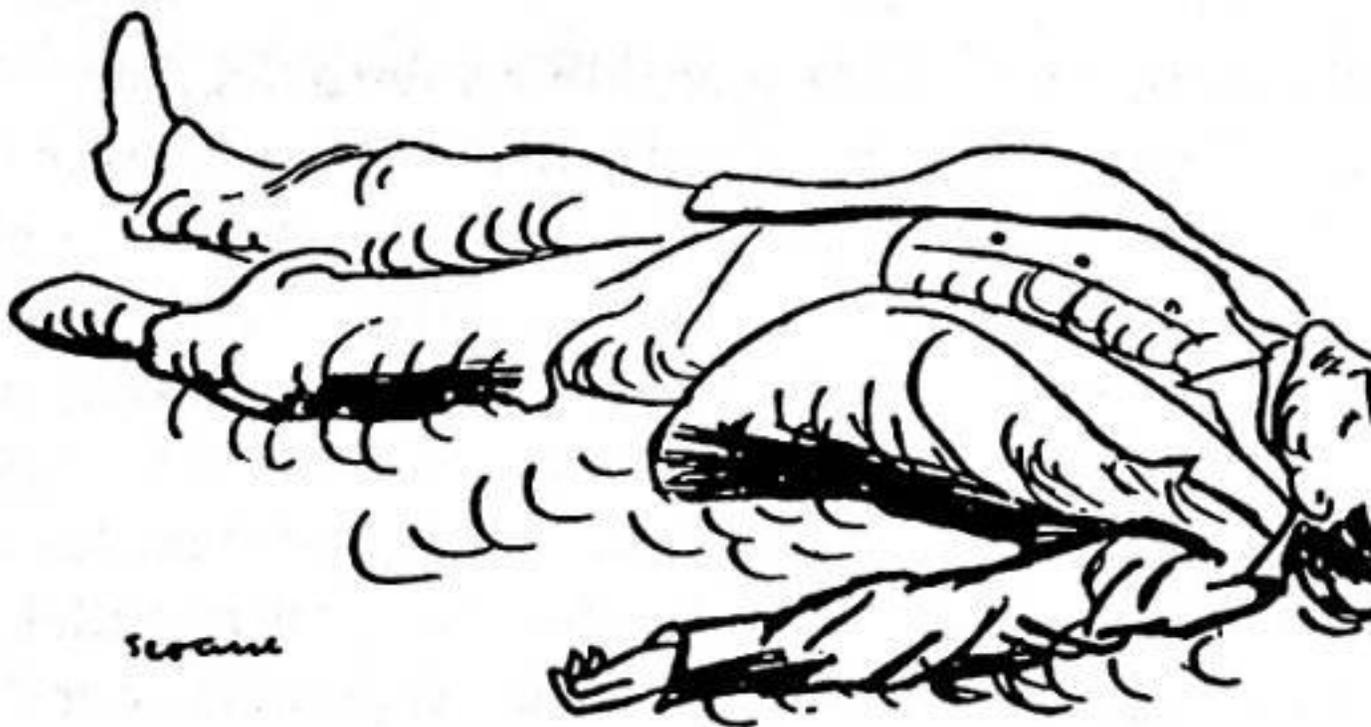
—Puedes dormir también —le dijo cerrando los ojos— ellas no volverán.

“RECAPITULACIÓN.” Pedro dormía, tenía una semi-sonrisa cándida; inclinaba la cabeza: hubiérase dicho que quería acariciar su mejilla con su hombro. Eva no tenía sueño, pensaba: “recapitulación”. Pedro había tomado de pronto un aire estúpido y la palabra había corrido fuera de su boca larga y blanquecina. Pedro había mirado hacia adelante con asombro, como si viera la palabra y no la reconociera; su boca estaba abierta, blanda; algo parecía haberse roto en él. “Ha tartamudeado, es la primera vez que le ocurre. Por lo demás no lo ha notado. Dijo que no encontraba más sus ideas.” Pedro lanzó un pequeño gemido voluptuoso y su mano hizo un gesto ligero.

Eva le miró duramente: “Cómo irá a despertarse”. Eso la corroía. En cuanto Pedro se dormía pensaba en eso, no podía evitarlo. Tenía miedo de que se despertara con los ojos turbios y se pusiera a tartamudear. “Qué estúpida soy, pensó, eso no debe comenzar antes de un año. Franchot lo ha dicho.” Pero la angustia no la abandonaba; un año; un invierno; una primavera; un verano; el comienzo de otro otoño. Un día se confundirían esos rasgos, dejaría colgar la mandíbula, abriría a medias los ojos lacrimosos. Eva se inclinó sobre la mano de Pedro y posó en ella los labios: “Te mataré antes”.



# Eróstrato



A los hombres hay que mirarlos desde arriba. Yo apagaba la luz y me ponía a la ventana: ni siquiera sospechaban que se les pudiera observar por encima. Cuidan la fachada, algunas veces la espalda, pero todos sus efectos están calculados para espectadores de un metro setenta. ¿Quién ha reflexionado nunca en la forma de un sombrero hongo visto desde un sexto piso? No se cuidan de defender sus hombros y sus cráneos con colores vivos y con géneros chillones, no saben combatir ese gran enemigo de lo Humano: la perspectiva de arriba abajo. Yo me asomaba y me echaba a reír: ¿dónde estaba, pues, esa famosa “estación de pie” de la que están tan orgullosos?, se aplastaban contra la acera y dos largas piernas semi-rampantes salían abajo de sus hombros.

En el balcón de un sexto piso: allí hubiera debido yo pasar toda mi vida. Es necesario apuntalar las superioridades morales con símbolos materiales, sin lo cual se desplomarían. Pero, precisamente ¿cuál es mi superioridad sobre los hombres? Una superioridad de posición; ninguna otra: me he colocado por encima de la humanidad que está en mí y la contemplo. He aquí por qué me gustaban las torres de Notre Dame, las plataformas de la torre Eiffel, el Sacré-Coeur, mi sexto piso de la calle Delambre. Son excelentes símbolos.

Algunas veces era necesario volver a bajar a las calles. Para ir a la oficina, por ejemplo. Yo me ahogaba. Cuando uno está al mismo nivel de los hombres es mucho más difícil considerarlos como hormigas: *tocan*. Una vez vi a un tipo muerto en la calle. Había caído de narices. Le volvieron, sangraba. Vi sus ojos abiertos, su aire opaco y toda esa sangre. Me dije: “No es nada, no es más impresionante que la pintura fresca. Le han pintado la nariz de rojo, eso es todo”. Pero sentí una sucia dulzura que me invadía las

piernas y la nuca: me desvanecí. Me llevaron a una farmacia, me golpearon en la espalda y me hicieron beber alcohol. Los hubiera matado.

Yo sabía que eran mis enemigos, pero ellos no lo sabían. Se amaban entre sí, se ponían hombro con hombro; y a mí me hubieran dado una mano por aquí o por allá, porque me creían su semejante. Pero si hubieran podido adivinar la más ínfima parte de la verdad, me hubiesen golpeado. Por lo demás, más tarde lo hicieron. Cuando me detuvieron y supieron *quién* era, me torturaron, me golpearon durante dos horas, en la comisaría me dieron de bofetadas y de trompicones, me retorcieron los brazos, me arrancaron el pantalón y luego, para terminar arrojaron mis anteojos al suelo, y mientras los buscaba en cuatro pies me dieron, riéndose, algunos puntapiés en el trasero. Preví siempre que terminarían por golpearme: no soy fuerte y no puedo defenderme. Los hay que me acechaban desde hacía largo tiempo: los grandes. Me atropellaban en la calle, para reírse, para ver lo que hacía. Yo no decía nada. Hacía como si nada hubiera notado. Y, no obstante, ellos me pudieron. Yo les tenía miedo: era un presentimiento. Pero ustedes se imaginarán que tenía razones más serias para odiarlos.

Desde este punto de vista todo fue mucho mejor a partir del día en que me compré un revólver. Uno se siente fuerte cuando lleva asiduamente una de esas cosas que pueden estallar y hacer ruido. Lo sacaba el domingo, lo ponía sencillamente en el bolsillo de mi pantalón y luego iba a pasearme —en general por los bulevares—. Sentía que tiraba de mi pantalón como un cangrejo, lo sentía completamente frío contra mi muslo. Pero se calentaba poco a poco, al contacto de mi cuerpo. Yo andaba con cierta rigidez, tenía el aspecto de un tipo que está enarbolando, pero al que su verga frena a cada paso. Deslizaba la mano en el bolsillo y tocaba el *objeto*.

De cuando en cuando entraba en un mingitorio —aún allí adentro ponía mucha atención porque a menudo hay vecinos— sacaba mi revólver, lo sopesaba, miraba su culata de cuadros negros y su gatillo negro que parece un párpado semicerrado. Los otros, los que veían desde afuera mis pies separados y la parte de abajo de mi pantalón, creían que orinaba. Pero nunca orino en los mingitorios.

Una tarde se me ocurrió la idea de tirar a los hombres. Era un sábado por la noche, había salido en busca de Lea, una rubia que callejea ante un hotel de la calle Montparnasse. Nunca he tenido comercio íntimo con una mujer: me hubiera sentido robado. Uno se les sube encima, por supuesto, pero ellas nos devoran el bajo vientre con sus grandes bocas peludas y, por lo que he oído decir, son las que salen ganando —y con mucho— en este cambio. Yo no le pido nada a nadie, pero tampoco quiero dar nada. A lo más hubiera necesitado una mujer fría y piadosa que me soportara con disgusto. El primer sábado de cada mes yo subía con Lea a una habitación del hotel Duquesne. Se desvestía y yo la miraba sin tocarla. A veces eso salía sólo en mi pantalón, otras veces tenía tiempo de volver a casa para terminar allí. Esa noche no la encontré en su sitio de costumbre. Esperé un momento y como no la vi venir supuse que estaría con gripe. Era principios de enero y hacía mucho frío. Quedé desolado: soy un imaginativo y me había representado vivamente el placer que esperaba obtener de esa velada. Había en la calle Odesa una morena que yo había visto a menudo, un poco madura, pero firme y regordeta: yo no detesto las mujeres maduras: cuando están desvestidas parecen más desnudas que las otras. Pero ella no estaba al corriente de lo que me convenía y me intimidaba un poco exponerle aquello de cabo a rabo. Y además yo desconfío de las recién conocidas: esas mujeres pueden muy bien ocultar un granuja detrás de la puerta, y después el individuo aparece de pronto y le quita a uno el dinero. Puede uno considerarse afortunado si no le da unos puñetazos. Sin embargo, esa

noche sentía no sé que audacia; decidí pasar por casa para tomar mi revólver y tentar la aventura.

Cuando un cuarto de hora más tarde abordé a la mujer, el arma estaba en mi bolsillo y ya no temía nada. Al mirarla de cerca, vi que tenía más bien un aspecto miserable. Se parecía a mi vecina de enfrente, la mujer del ayudante, y quedé muy satisfecho de esto, porque hacía mucho tiempo que tenía deseos de ver a ésta en cueros. Se desvestía con la ventana abierta cuando no estaba e ayudante, y a menudo yo me quedaba detrás de la cortina para sorprenderla. Pero se arreglaba en el fondo de la pieza.

En el hotel Estela no quedaba más que una habitación libre en el cuarto piso. Subimos. La mujer era bastante pesada y se detenía en cada escalón para respirar. Yo subía con facilidad; tengo un cuerpo seco, pese a mi vientre, y son necesarios más de cuatro pisos para hacerme perder el aliento. En el descansillo del cuarto piso se detuvo y se puso la mano derecha sobre el corazón respirando con fuerza. En la mano izquierda tenía la llave de la habitación.

—Es alto —dijo tratando de sonreírme.

Le tomé la llave sin contestarle, y abrí la puerta. Tenía el revólver en la mano izquierda, apuntado derecho ante mí, a través del bolsillo y no lo dejé sino después de haber girado el conmutador. La pieza estaba vacía. Sobre el lavabo habían puesto una pequeña pastilla de jabón verde, para después. Sonreí: conmigo ni los *bidets* ni las pastillitas de jabón tienen nada que hacer. La mujer seguía resoplando detrás de mí; eso me excitaba. Me volví, me tendió los labios, la rechacé:

—Desvístete —le dije.

Había un sillón de tapicería; me senté confortablemente. Es en estos casos cuando lamento no fumar. La mujer se quitó el vestido y luego se detuvo arrojándome una mirada desconfiada.

—¿Cómo te llamas? —le dije echándome hacia atrás.

—Renée.

—Pues bueno, Renée, date prisa, estoy esperando.

—¿No te desvistes?

—¡Bah, bah! —le dije—, no te ocupes de mí.

Dejó caer los calzones a sus pies, después los recogió y los colocó cuidadosamente sobre su traje junto con el corpiño.

—¿Así que eres un viciosillo, querido, un perezosito? —me preguntó—, ¿quieres que sea tu mujercita la que haga todo el trabajo?

Al mismo tiempo dio un paso hacia mí, y apoyándose con las manos sobre los brazos de mi sillón, trató pesadamente de arrodillarse entre mis piernas. Pero la levanté con rudeza:

—Nada de eso, nada de eso —le dije.

Me miró con sorpresa.

—Pero ¿qué quieres que te haga?

—Nada, camina, paséate, no te pido más.







Se puso a andar de un lado a otro, con aire torpe. Nada molesta más a las mujeres que andar cuando están desnudas. No tienen costumbre de apoyar los talones en el suelo. La mujerzuela encorvaba la espalda y dejaba colgar los brazos. En cuanto a mí me sentía en la gloria: estaba allí tranquilamente sentado en un sillón, cubierto hasta el cuello; había conservado hasta los guantes puestos y esa madura señora se había desnudado totalmente a mi mando y daba vueltas a mi alrededor.

Volvió la cabeza y para salvar las apariencias me sonrió coquetamente:

—¿Me encuentras linda? ¿Te regalas los ojos?

—No te ocupes de eso.

—Díme —preguntó con súbita indignación— ¿tienes intención de hacerme caminar así mucho tiempo?

—Siéntate.

Se sentó sobre la cama y nos miramos en silencio. Tenía la carne de gallina. Se oía el tic-tac de un despertador al otro lado de la pared. De pronto le dije:

—Abre las piernas.

Dudó un cuarto de segundo, luego obedeció. Miré y olí entre sus piernas. Luego me puse a reír tan fuertemente que se me llenaron de lágrimas los ojos. Le dije sencillamente:

—¿Te das cuenta?

Y me volví a reír.

Me miró con estupor, después enrojeció violentamente y cerró las piernas.

—Cochino —dijo entre dientes.

Pero yo reía más fuerte; entonces se levantó de un salto y tomó su corpiño de sobre la silla.

—¡Eh! ¡Alto! —le dije— esto no ha terminado. Te daré en seguida cincuenta francos, pero quiero algo por mi dinero.

Ella tomó nerviosamente sus calzones.

—No entiendo, ¿comprendes? No sé lo que quieres. Y si me has hecho subir para burlarte de mí...

Entonces saqué mi revólver y se lo mostré. Me miró con aire serio y dejó caer sus calzones sin decir nada.

—Camina —le dije— pásate.

Se paseó durante cinco minutos, luego le di mi bastón y la obligué a hacer ejercicios. Cuando sentí mi calzoncillo húmedo me levanté y le tendí un billete de cincuenta francos. Lo tomó.

—Hasta luego —agregué—, no te he fatigado mucho por ese precio.

Me fui. La dejé totalmente desnuda en medio de la habitación, con su corpiño en una mano, el billete de cincuenta francos en la otra. No lamentaba mi dinero, la había aturdido y eso que no se asombra fácilmente a una ramera. Pensé bajando la escalera: “Eso es lo que querría, asombrarlos a todos”. Estaba alegre como una criatura. Me llevé el jabón verde y cuando volví a casa lo froté largo tiempo bajo el agua caliente, hasta que no fue más que una delgada película entre mis dedos padecida a un bombón de menta muy chupado.

Pero por la noche me desperté sobresaltado y volví a ver su rostro, los ojos que puso cuando le mostré el arma y su gordo vientre que saltaba a cada uno de sus pasos.

Qué estúpido fui, me dije. Y sentí un amargo remordimiento: hubiera debido tirar mientras estaba allí, agujerear ese vientre como una espumadera. Esa noche y las tres siguientes soñé con seis agujeritos rojos agrupados en círculo alrededor del ombligo.

Desde entonces no volví a salir sin mi revólver. Miraba la espalda de la gente y me imaginaba, según caminaban, el modo como caerían si les disparara encima. Los domingos tomé la costumbre de ir a apostarme delante del Châtelet, a la salida de los conciertos clásicos. A eso de las seis escuchaba un timbre y las obreras venían a sujetar las puertas vidrieras con los ganchos. Así empezaba la cosa: la multitud salía lentamente; la gente marchaba con paso flotante, los ojos llenos todavía de ensueño, el corazón todavía lleno de bellos sentimientos. Había muchos que miraban a su alrededor con aire asombrado: la calle debía parecerles totalmente azul. Entonces sonreían con misterio: pasaban de un mundo a otro. Era en ese otro donde yo los esperaba. Había deslizado mi mano derecha en el bolsillo y apretaba con todas mis fuerzas la culata del arma. Al cabo de un momento me veía disparándoles el arma. Los derribaba como a pipas de un juego de feria, caían unos sobre otros y los sobrevivientes, presas de pánico, refluían en el teatro rompiendo los vidrios de las puertas. Era un juego muy enervante; mis manos temblaban; por último me veía obligado a ir a beber un cognac en Dreher para reconfortarme.

A las mujeres no las hubiera matado. Les hubiera tirado a los riñones o quizá a las pantorrillas para hacerlas bailar.

Todavía no tenía nada decidido. Pero se me ocurrió hacer todo como si mi decisión estuviera tomada. Comencé por arreglar los detalles accesorios. Fui a ejercitarme en un polígono de la feria de Denfert-Rochereau. Mis cartones no eran muy buenos, pero los hombres ofrecen blancos más grandes, sobre todo cuando se tira a quemarropa. En seguida me ocupé de mi publicidad. Elegí un día en que todos mis colegas estaban reunidos en la oficina. Un lunes por la mañana. Por sistema eran muy amable con ellos, aunque tenía horror de estrecharles la mano. Se quitaban los guantes para decir buenos días, tenían una manera obscena de desnudar la mano, de bajar el guante y deslizarlo lentamente a lo largo de los dedos, descubriendo la desnudez gruesa y arrugada de la palma. Yo conservaba siempre mis guantes puestos.

El lunes por la mañana no se hace gran cosa. La dactilógrafa del servicio comercial vino a traernos los recibos. Lemercier bromeó con ella amablemente y cuando salió, todos detallaron sus encantos con enervante competencia. Luego hablaron de Lindbergh. Les gustaba mucho Lindbergh. Yo les dije:

—A mí me gustan los héroes negros.

—¿Los africanos? —preguntó Massé.

—No, negros, como se dice Magia Negra. Lindbergh es un héroe blanco. No me interesa.

—Vaya a ver si es fácil atravesar el Atlántico —dijo agriamente Bouxin.

Les expuse mi concepto del héroe negro.

—Un anarquista —resumió Lemercier.

—No —dije suavemente—, los anarquistas quieren a los hombres, a su manera.

—Sería entonces un trastornado.

Pero Massé, que tenía algunas lecturas, intervino en ese momento:

—Conozco su tipo —me dijo— se llama Eróstrato. Quiso ser célebre y no encontró mejor medio que quemar el templo de Éfeso, una de las siete maravillas del mundo.

—¿Y cómo se llamaba el arquitecto de ese templo?

—No me acuerdo —confesó—, hasta creo que nunca se ha sabido su nombre.

—¿De veras? ¿Y usted recuerda el nombre de Eróstrato? Ya ve que éste no había calculado tan mal.

La conversación terminó con estas palabras, pero quedé tranquilo; la recordarían en

su momento. En cuanto a mí, que hasta entonces no había oído jamás hablar de Eróstrato, me envalentoné con su historia. Hacía más de dos mil años que había muerto y su acto brillaba todavía como un diamante negro. Comencé a creer que mi destino sería corto y trágico. Aquello me dio miedo al principio y después me acostumbré. Si se mira desde cierto punto de vista es atroz; pero desde otro, otorga al instante que pasa una belleza y una fuerza considerables. Cuando bajaba a la calle sentía en el cuerpo un extraño poder. Llevaba encima mi revólver, esa cosa que estalla y que hace ruido. Pero no sacaba de él mi seguridad, sino de mí mismo: yo era un ser perteneciente a la especie de los revólveres, de los petardos y de las bombas. También yo, un día, al terminar mi sombría vida, estallarí e iluminaría el mundo con una llama violenta y breve como el estallido del magnesio. En esa época me ocurrió tener muchas noches el mismo sueño. Yo, era un anarquista, me había colocado al paso del Zar y llevaba conmigo una máquina infernal. A la hora precisa pasaba el cortejo, estallaba la bomba y saltábamos en el aire, yo, el Zar y tres oficiales adornados de oro, bajo los ojos de la multitud.

Permanecí entonces semanas enteras sin aparecer por la oficina. Me paseaba por las calles, entre mis futuras víctimas, o bien me encerraba en mi habitación y hacía planes. Me despidieron a comienzos de octubre. Ocupé entonces mis ocios en redactar la siguiente carta que copié en ciento dos ejemplares:

“Señor:

Usted es célebre y de sus obras se imprimen treinta mil ejemplares. Voy a decirle por qué: porque ama a los hombres. Tiene usted el humanitarismo en la sangre: es una suerte. Usted se alegra cuando está acompañado; en cuanto ve a uno de sus semejantes, aun sin conocerlo, siente simpatía por él. Le agrada su cuerpo por la manera como está articulado, por sus piernas que se abren y se cierran a voluntad, por sus manos sobre todo; lo que más le agrada es que tengan cinco dedos en cada mano y que puedan oponer el pulgar a los otros dedos. Se deleita cuando su vecino toma una taza de sobre la mesa, porque tiene una manera de tomarla que es exclusivamente humana —y que a menudo ha descrito usted en sus obras—, menos delicada, menos rápida que la del mono, pero mucho más inteligente, ¿no es así? Le gusta también la carne del hombre, su modo de andar de herido grave que se reeduca, su aspecto de volver a inventar la marcha a cada paso, y su famosa mirada que las fieras no pueden soportar. A usted le es fácil, pues, encontrar el acento que conviene para hablar al hombre de sí mismo: un acento púdico, pero entusiasta. La gente se arroja sobre sus libros con glotonería, los leen en un buen sillón, piensan en el gran amor desdichado y discreto que usted les consagra y eso les consuela de muchas cosas: de ser feos, de ser cobardes, de ser cornudos, de no haber recibido aumento el primero de enero. Y se dicen espontáneamente de su última novela: es una buena acción.

Supongo que tendrá usted curiosidad por saber cómo puede ser un hombre que no quiere a los hombres. Pues bien, soy yo, los quiero tan poco que de inmediato voy a matar una media docena de ellos; quizá se pregunte: ¿por qué *sólo* media docena? Porque mi revólver no tiene más que seis cartuchos. Es una monstruosidad. ¿No es así? Y además un acto correctamente impolítico. Pero le digo que no puedo quererlos. Comprendo muy bien su manera de sentir. Pero lo que a usted le atrae a mí me disgusta. Como usted he visto a los hombres masticar con cuidado, conservando los ojos atentos y hojeando con la mano izquierda una revista barata. ¿Es culpa mía si prefiero asistir a la comida de las focas? El hombre no puede hacer nada con su cara sin que ello se convierta en una escena de fisonomía. Cuando mastica, conservando la boca cerrada, los ángulos de su boca suben y bajan y parecen pasar sin descanso de la serenidad a la sorpresa llorosa. A usted eso le

agrada, lo sé; es lo que llama la vigilancia del Espíritu. Pero a mí me da náuseas: no sé por qué: así he nacido.

Si no hubiera entre nosotros más que una diferencia de gustos, no le importaría. Pero todo esto ocurre como si usted estuviera en gracia y yo no. Soy libre de que me guste o no la langosta a la americana, pero si no me gustan los hombres, soy un miserable y no puedo encontrar mi sitio en el mundo. Ellos han acaparado el sentido de la vida. Espero que comprenda lo que quiero decir. Hace treinta y tres años que tropiezo contra puertas cerradas sobre las cuales han escrito: ‘Nadie entre aquí si no es humanitario’: He debido abandonar todo lo que he emprendido; era necesario elegir: o bien era una tentativa absurda y condenada, o bien tarde o temprano se volvía en provecho de ellos. No llegaba a separar de mí, a formular, los pensamientos que no les destinaba expresamente; permanecían en mí como ligeros movimientos orgánicos. Sentía que eran suyos los mismos útiles de que me servía, las palabras, por ejemplo: hubiera querido palabras *mías*. Pero aquéllas de las que dispongo se han arrastrado en no sé cuántas conciencias; se arreglan solas en mi cabeza en virtud de la costumbre que han tomado en otras y con repugnancia las utilizo para escribirle. Pero es la última vez. Yo se lo digo: hay que querer a los hombres, o de lo contrario apenas si le permiten a usted picotear. Pues bien, yo no quiero picotear. Voy a tomar ahora mismo mi revólver, bajaré a la calle y veré si se puede lograr algo *contra* ellos. Adiós, señor; tal vez será usted a quien encuentre. Entonces no sabrá nunca con qué placer le haré saltar los sesos. Si no —y es el caso más probable— lea los diarios de mañana. En ellos verá que un individuo llamado Paul Hilbert mató, en una crisis de furor, a cinco transeúntes en el boulevard Edgard Quinet. Usted sabe mejor que nadie lo que vale la prosa de los grandes diarios. Comprenda, pues, que no estoy *furioso*; por el contrario, estoy muy tranquilo y le ruego que acepte, señor, mi consideración más distinguida.

PAUL HILBERT.”

Coloqué las ciento dos cartas en ciento dos sobres y escribí sobre ellos las direcciones de ciento dos escritores franceses; luego puse todo en un cajón de mi escritorio con seis libretas de sellos de correo.

Durante los quince días que siguieron salí muy poco. Me dejaba invadir lentamente por mi crimen. En el espejo, donde a veces iba a mirarme, comprobaba con placer los cambios de mi rostro. Los ojos se habían agrandado, se comían toda la cara. Estaban negros y tiernos tras de los quevedos, y yo los hacía girar como planetas. Bellos ojos de artista y de asesino. Pero esperaba cambiar mucho más profundamente todavía después de cumplida la matanza. Vi las fotos de esas dos lindas muchachas sirvientas que mataron y robaron a sus patronas. Vi las fotos *antes* y *después*. *Antes* sus rostros se balanceaban como discretas flores encima de sus cuellos de piqué. Respiraban limpieza y apetecible honestidad. Una tijera discreta había ondulado del mismo modo sus cabellos. Y más tranquilizadora todavía que sus cabellos rizados, que: sus cuellos, y que su aire de estar de visita en casa del fotógrafo, era su semejanza de hermanas, semejanza tan evidente que ponía de inmediato de manifiesto los lazos de sangre y las raíces naturales del grupo familiar. *Después* sus caras resplandecían como incendios. Llevaban el cuello desnudo de las futuras decapitadas. Arrugas por todas partes, horribles arrugas de miedo y de odio, pliegues, agujeros en la carne como si un animal con garras hubiera arañado en redondo sobre sus caras. Y esos ojos, siempre esos grandes ojos negros y sin fondo —como los míos. Ya no se parecían. Cada una llevaba a su manera el recuerdo de su crimen común. “Si basta, me decía, un delito en que el azar tuvo la mayor parte para transformar así esas cabezas de orfelinato,

¡qué no puedo esperar de un crimen enteramente concebido y realizado por mí!” Se apoderaría de mí, trastornaría mi fealdad demasiado humana...; un crimen, eso corta en dos la vida del que lo comete. Ha de haber momentos en que uno desearía volver atrás, pero está allí, detrás de uno, obstruyendo el túnel, ese mineral chispeante. No pedía más que una hora para gozar del mío, para sentir su puño aplastante. Esa hora: sacrificaría todo para tenerla. Decidí ejecutarlo en la calle Odesa. Aprovecharía el enloquecimiento para huir, dejándolos recoger sus muertos. Correría, atravesaría rápidamente el bulevard Edgard Quinet y volvería rápidamente a la calle Delambre. No necesitaría más de treinta segundos para llegar a la puerta de la casa donde vivo. En ese momento mis perseguidores estarían todavía en el bulevard Edgard Quinet, perderían mi rastro y necesitarían seguramente más de una hora para volverlo a encontrar. Los esperaría en mi casa y cuando los sintiera golpear la puerta, volvería a cargar mi revólver y me dispararía en la boca.

Yo vivía más cómodamente; me había entendido con un fondero de la calle Vavin que me hacía llevar a la mañana y a la noche buenos platitos. El dependiente llamaba, yo no abría, esperaba algunos minutos, luego entreabría la puerta y veía en un gran cesto colocado sobre el suelo algunos platos llenos que humeaban.

El 27 de octubre a las seis de la tarde me quedaban diecisiete francos cincuenta. Tomé mi revólver y el paquete de cartas, bajé. Tuve cuidado de no cerrar la puerta para poder entrar más rápidamente, después de dar el golpe. No me sentía bien; tenía las manos frías y la sangre en la cabeza, los ojos me cosquilleaban. Miraba las tiendas, el hotel de las Escuelas, la papelería donde compré los lápices y no reconocía nada. Me decía: “¿Cuál es esta calle?” El bulevard Montparnasse estaba lleno de gente. Tropezaban conmigo, me empujaban, me golpeaban con los codos o los hombros. Yo me dejaba sacudir; me faltaban las fuerzas para deslizarme entre ellos. Me vi de pronto en el corazón de esa multitud horriblemente solo y pequeño. ¡Cuánto mal podrían hacerme si quisieran! Tuve miedo por el arma que llevaba en el bolsillo. Me parecía que debían adivinar que estaba allí. Me mirarían con ojos duros y me dirían: “¡Eh! pero... pero...” con alegre indignación, clavándome sus patas de hombres. ¡Linchado! Me arrojarían por encima de sus cabezas y volvería a caer en sus brazos como una marioneta. Juzgué más discreto dejar para el día siguiente la ejecución de mi proyecto. Fui a comer a la “Coupole” por seis francos sesenta. Me quedaban setenta céntimos que tiré a la calle.

Me quedé tres días en mi habitación sin comer, sin dormir. Había cerrado las persianas y no me atrevía ni a aproximarme a la ventana ni a encender la luz. El lunes alguien llamó a la puerta. Retuve la respiración y esperé. Al cabo de un minuto llamaron de nuevo. Fui en puntillas a mirar por el agujero de la cerradura. No vi más que un pedazo de tela negra y un botón. El individuo llamó otra vez, luego bajó: no supe quién era. Por la noche tuve visiones frescas: palmeras, agua que corría, un cielo violeta por encima de una cúpula. No tenía sed porque de vez en cuando iba a beber en el grifo de la cocina. Pero tenía hambre. Volví también a ver a la ramera morena. Era en un castillo que yo había hecho construir sobre las “Causses Noires” a veinte leguas de toda población. Estaba desnuda y sola conmigo. La había obligado a ponerse de rodillas amenazándola con mi revólver y a correr en cuatro pies, la había atado luego a un pilar y después de explicarle largamente lo que iba a hacer la había acribillado a balazos. Estas imágenes me turbaron en tal forma que debí satisfacerme. Después permanecí inmóvil en la oscuridad, la cabeza absolutamente vacía. Los muebles crujían. Eran las cinco de la mañana. Hubiera dado cualquier cosa por salir de mi pieza, pero no podía bajar debido a la gente que caminaba por las calles.

Llegó el día. No sentía ya hambre, pero me había puesto a sudar: empapé mi camisa. Fuera, había sol. Entonces pensé: “En una habitación cerrada, en la oscuridad, Él está agazapado. Hace tres días que El no come ni duerme. Han llamado y Él no ha abierto. En seguida El va a descender a la calle y Él matará”. Me daba miedo. A las seis de la tarde me volvió el hambre. Estaba loco de cólera. Tropecé un momento con los muebles, después encendí la luz en las habitaciones, en la cocina, en el baño. Me puse a cantar a grito pelado, me lavé las manos y salí. Necesité dos minutos largos para poner todas mis cartas en el buzón. Las echaba por paquetes de diez. Tuve que arrugar algunos sobres. Luego seguí por el bulevard Montparnasse hasta la calle Odesa. Me detuve ante el espejo de una camisería y cuando vi mi cara pensé: “Sucederá esta tarde”.

Me aposté en la parte alta de la calle Odesa, no lejos de un pico de gas y esperé. Pasaron dos mujeres. Iban del brazo; la rubia decía:

—Habían puesto tapices en todas las ventanas y eran los nobles del país los que representaban.

—¿Están tronados? —preguntó la otra.

—No es necesario estar tronado para aceptar un trabajo que da cinco luises por día.

—¡Cinco luises! —dijo la morena, deslumbrada.

Agregó al pasar a mi lado:

—Y además me imagino que debía divertirles ponerse los trajes de sus antepasados.

Se alejaron. Tenía frío, pero sudaba abundantemente. Al cabo de un momento vi llegar a tres hombres; los dejé pasar: necesitaba seis. El de la izquierda me miró e hizo chasquear la lengua. Desvié los ojos. A las siete y cinco dos grupos que se seguían de cerca desembocaron del bulevard Edgard Quinet. Eran un hombre y una mujer con dos niños. Detrás de ellos venían tres viejas. La mujer parecía colérica y sacudía al niño por el brazo. El hombre dijo con voz monótona:

—Es cargante, también, este mocoso.

El corazón me latía tan fuerte que me hacía daño en los brazos. Avancé y me mantuve inmóvil, ante ellos. Mis dedos, en el bolsillo, estaban húmedos alrededor del gatillo.

—Perdón —dijo el hombre empujándome.

Me acordé que había cerrado la puerta de mi departamento y eso me contrarió: perdería un tiempo precioso al abrirla. La gente se alejó. Me volví y los seguí maquinalmente. Pero ya no tenía ganas de tirar sobre ellos. Se perdieron entre la multitud del bulevard. Me apoyé contra la pared. Escuché dar las ocho y las nueve. Me repetía: “¿Por qué es necesario matar a toda esta gente que ya está *muerta*?” Y tenía ganas de reír. Un perro vino a olfatearme los pies.

Cuando el hombre gordo me pasó, me sobresalté y le seguí los pasos. Veía el pliegue de su nuca roja entre su sombrero hongo y el cuello de su sobretodo. Se contoneaba un poco y respiraba con fuerza, parecía un palurdo. Saqué mi revólver: estaba brillante y frío, y me asqueaba; no me acordaba bien lo que tenía que hacer. Tan pronto lo miraba, tan pronto miraba la nuca del tipo. El pliegue de la nuca me sonreía como una boca sonriente y amarga. Me pregunté si no iría a arrojar mi revólver a una alcantarilla.

De pronto el individuo se paró y me miró con aire irritado. Di un paso atrás.

—Es para... preguntarle...

Parecía no escuchar, miraba mis manos. Acabé trabajosamente.

—¿Puede decirme dónde está la calle de la Gaité?

Su cara era gorda y sus labios temblaban. No dijo nada, estiró la mano. Retrocedí

más y le dije:

—Querría...

En ese momento *supe* que iba a ponerme a aullar. No quería: le solté tres balas en el vientre. Cayó con aire de idiota sobre las rodillas y su cabeza rodó sobre el hombro izquierdo.

—¡Cochino! —le dije—, ¡maldito cochino!

Huí, le oí toser. Oí también gritos y una carrera a mi espalda. Alguien preguntó: “¿Qué ocurre? ¿Hay una pelea?”. Luego de pronto gritaron: “¡Al asesino! ¡Al asesino!”. No pensé que esos gritos me concernían, pero me parecieron siniestros como la sirena de los bomberos cuando era niño. Corría a todo lo que me daban las piernas.

Sólo que cometí un error imperdonable: en lugar de remontar la calle Odesa hacia el boulevard Edgard Quinet, la bajé hacia el boulevard Montparnasse. Cuando me di cuenta era demasiado tarde: estaba ya en medio de la multitud; caras asombradas se volvían hacia mí. (Me acuerdo de la cara de una mujer muy pintada que llevaba un sombrero verde con una pluma.) Y escuchaba a mi espalda, a los imbéciles de la calle Odesa gritar: “al asesino”. Una mano se posó en mi espalda. Entonces perdí la cabeza: no quería morir ahogado por esa multitud. Disparé todavía dos tiros de revólver. La gente se puso a chillar y se abrió. Entré corriendo en un café. Los parroquianos se levantaron a mi paso, pero no intentaron detenerme. Atravesé el café en toda su extensión y me encerré en los baños. Quedaba todavía una bala en mi revólver.

Transcurrió un momento. Estaba ahogado y jadeaba. Reinaba un silencio extraordinario, como si la gente se callara expresamente. Levanté mi arma hasta los ojos y vi su agujerito negro y redondo. La bala saldría por allí, la pólvora me quemaría la cara. Dejé caer el brazo y esperé. Al cabo de un momento llegaron silenciosamente; debían ser una turba a juzgar por el ruido de los pies sobre el piso. Cuchichearon un poco, luego se callaron. Pero yo seguía jadeando, y pensé que me escucharían jadear del otro lado del tabique. Alguien avanzó suavemente y sacudió el picaporte de la puerta. Debía estar colocado de lado contra la pared para evitar mis balas. Tuve, pese a todo, deseos de tirar; pero la última bala era para mí.

“¿Qué es lo que esperan? —me pregunté—. Si se arrojaran contra la puerta y la desfondaran *de inmediato*, no tendría tiempo de matarme y me tomarían vivo.” Pero no se apresuraban, me dejaban tiempo disponible para morir. Los cochinos tenían miedo.

Al cabo de un momento, se levantó una voz:

—Vamos, abra, no le haremos daño.

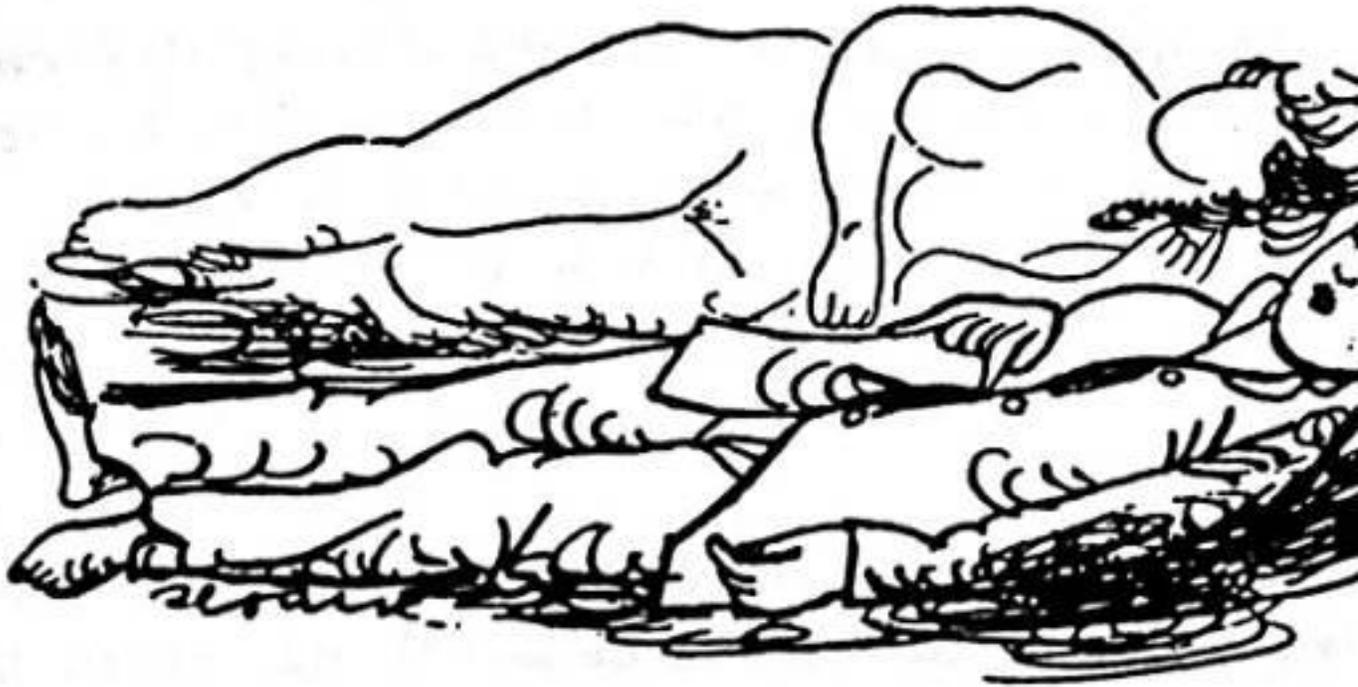
Hubo un silencio y continuó la misma voz:

—Usted sabe bien que no puede escapar.

No contesté, yo seguía jadeando. Para animarme a tirar me decía: “Si me toman van a golpearme, a romperme los dientes, tal vez me revienten un ojo”. Hubiera querido saber si el tipo gordo había muerto. Quizá sólo le había herido... y las otras dos balas quizá no habían alcanzado a nadie... Preparaban algo, ¿estaban por tirar algún objeto pesado contra el tabique? Me apresuré a meter el cañón de mi arma dentro de la boca y lo mordí muy fuerte. Pero no podía tirar, ni siquiera poner el dedo sobre el gatillo. Todo había vuelto a caer en el silencio.

Entonces arrojé el revólver y les abrí la puerta.

# **Intimidad**



Lulú se acostaba desnuda porque le gustaba acariciarse con las sábanas y porque el lavado cuesta caro. Enrique protestó al principio: no se mete uno desnudo en la cama, eso no se hace, es sucio. Sin embargo acabó por seguir el ejemplo de su mujer, pero en él aquello era descuido; cuando había gente era rígido como una estaca, por costumbre (admiraba a los suizos y especialmente a los ginebrinos; les encontraba mucha parada porque eran de madera) pero se descuidaba en las cosas pequeñas, no era muy limpio; por ejemplo, no se cambiaba bastante a menudo de calzoncillos; cuando Lulú los ponía entre la ropa sucia no podía dejar de notar que tenían el fondo amarillo a fuerza de frotar contra la entrepierna. Personalmente, Lulú no detestaba la suciedad: da más intimidad; pone sombras tiernas, en el pliegue del codo, por ejemplo; no le gustaban nada esos ingleses, esos cuerpos impersonales que no huelen a nada. Pero la horrorizaban las negligencias de su marido, porque eran maneras de mimarse. Por la mañana, al levantarse, era siempre muy tierno consigo mismo, con la cabeza llena de sueños; y la luz, el agua fría, la cerda del cepillo, le hacían el efecto de injusticias brutales.

Acostada de espaldas Lulú había metido el dedo gordo del pie izquierdo en una rotura de la sábana: no era una rotura, estaba descosida. Eso le fastidiaba. “Tendré que arreglarla mañana.” Pero de cualquier modo tiró un poco de los hilos para sentirlos romperse. Enrique todavía no dormía, pero ya no molestaba. A menudo se lo había dicho a Lulú: en cuanto cerraba los ojos se sentía ligado por lazos tenues y resistentes, no podía ni levantar el meñique. Una gorda mosca enredada en una tela de araña. A Lulú le agradaba sentir contra ella ese gran cuerpo cautivo. Si pudiera quedarse como está, paralizado, sería yo quien lo cuidara, quien lo limpiara como a una criatura; algunas veces lo volvería sobre el vientre y le daría de azotes y otras veces cuando su madre viniera a verlo, lo descubriría

con cualquier pretexto, levantaría las sábanas y su madre lo vería totalmente desnudo. Pienso que caería dura, debe hacer quince años que no lo ve así. Lulú pasó ligeramente la mano sobre la cadera de su marido y le pellizcó un poco en la ingle. Henri gruñó pero no hizo ningún movimiento. Reducido a la impotencia. Lulú sonrió, la palabra “impotencia” la hacía siempre sonreír. Cuando todavía amaba a Henri y descansaba a su lado, paralizado así, se complacía en pensar que había sido pacientemente atado por muchos hombrecitos del tipo de aquellos que vio en un dibujo cuando era pequeña y leía la historia de Gulliver. Llamaba a menudo a Henri “Gulliver” y a Henri le agradaba porque era un nombre inglés y Lulú parecía instruida, pero hubiera preferido que Lulú lo pronunciara con acento. Lo que habían podido aburrirla: si quería alguna instruida, no tenía más que casarse con Jeanne Beder; tenía senos como cuernos de caza, pero sabía cinco idiomas. Cuando todavía íbamos los domingos a Sceaux, me aburría de tal modo con su familia que tomaba un libro cualquiera; siempre había alguno que viniera a mirar lo que leía y su hermanita me preguntaba: “¿Lo comprende, Lucía?...” Lo que hay es que no me encuentran distinguida. Las suizas sí; ésas son gente distinguida, porque su hermana mayor se casó con un suizo que le hizo cinco hijos, y que los impone con sus montañas. En cuanto a mí no puedo tener hijos, es algo constitucional, pero nunca he pensado que sea distinguido lo que hace cuando sale conmigo, de ir todo el tiempo a los mingitorios y yo me veo obligada a mirar las fachadas esperándolo, ¿con qué aire? y vuelve a salir tirando de su pantalón y arqueando las piernas como un viejo.

Lulú retiró el dedo de la rotura de la sábana y agitó un poco los pies por el placer de sentirse alerta junto a aquella carne muelle y cautiva. Escuchó un borborigmo: un vientre que canta es cosa que me fastidia; nunca puedo saber si es su vientre o el mío. Cerró los ojos: son líquidos que gorgotean en montones de tubos húmedos, los hay en todo el mundo, en Rirette, en mí (no me gusta pensar en eso, me hace doler el vientre). Me ama, no quiere a mis intestinos: si se le mostrara mi apéndice en un frasco no lo reconocería; está todo el tiempo manoseándome, pero si se le pusiera el frasco entre las manos no sentiría nada en su interior, no pensaría: “es de ella”; se debería poder amar todo en una persona, el esófago, el hígado y los intestinos. Quizá no se les quiera por falta de costumbre; si se les viera como se ven nuestras manos y nuestros brazos, quizá se les amaría. Entonces las estrellas de mar deben amar más que nosotros: cuando hay sol se extienden sobre la playa y sacan el estómago para hacerle tomar aire y todo el mundo puede verlo; me pregunto por dónde haríamos salir el nuestro, por el ombligo. Había cerrado los ojos y unos discos azules se pusieron a dar vueltas, como ayer en la feria, yo tiraba sobre los discos con flechas de goma y había algunas letras que se iluminaban, una a cada golpe y formaban el nombre de una ciudad: él me impidió formar Dijon por completo, con su manía de pegarse contra mi espalda; detesto que me toquen por detrás, quisiera no tener espalda, no me agrada que la gente me haga bromas cuando no la veo, pueden entretenerse con eso, y luego no se ven las manos, se las siente que bajan o suben y no se puede prever lo que quieren, miran todo lo que pueden y uno no los ve, él adora eso; a Henri ni se le ocurriría, pero él sólo piensa en ponerse a mi espalda y estoy segura que de gusto me toca el trasero porque sabe que me muero de vergüenza de tenerlo, le excita que tenga vergüenza, pero no quiero pensar en él (ella tenía miedo), quiero pensar en Rirette. Pensaba en Rirette todas las noches a la misma hora, en el preciso momento en que su marido empezaba a farfullar y a gemir. Pero hubo alguna resistencia, el rostro quería mostrarse, llegó a ver durante unos instantes sus cabellos negros y motosos y creyó que eso estaba allí y se estremeció porque nunca se sabe lo que va a venir, si es la cara, vaya, eso todavía pasa, pero hubo noches que las pasó sin cerrar los

ojos debido a los sucios recuerdos que subían a la superficie; es espantoso cuando se conoce todo lo de un hombre, y sobre todo *eso*. Henri no es lo mismo, puedo imaginarlo de la cabeza a los pies, eso me entenece, porque es blando, con una carne totalmente gris, salvo el vientre, que es rosado. Él dice que el vientre de un hombre bien hecho, cuando está sentado, hace tres pliegues, pero el suyo hace seis, sólo que los cuenta de dos en dos y no quiere ver los otros. Se sintió excitada pensando en Rirette: “Lulú, usted no sabe lo que es un hermoso cuerpo de hombre”. Es ridículo, naturalmente que sí, sé lo que es eso, quiere decir un cuerpo duro como piedra, con músculos, no me gusta; Patterson tenía un cuerpo así y me sentía blanda como una oruga cuando me estrechaba contra él. Me casé con Henri porque era muelle, porque se parecía a un cura. Los curas son dulces como mujeres con sus sotanas, y parece que tienen medias. Cuando tenía quince años hubiera querido levantar suavemente sus vestidos y ver sus rodillas de hombre y sus calzoncillos; me parecía raro que tuvieran algo entre las piernas; con una mano hubiera tomado el vestido y la otra mano la hubiera deslizado a lo largo de sus piernas subiendo hasta donde yo sé. No es que me agraden en tal forma las mujeres, pero una cosa de hombre, cuando está bajo un vestido es delicada, es como una gran flor. Lo que hay es que en realidad nunca se puede tomar eso entre las manos; si solamente pudiera quedarse tranquilo, pero se pone a moverse como un animal, se endurece, me da miedo cuando está duro y totalmente derecho: tiene un aspecto brutal; qué sucio es el amor. Yo amaba a Henri porque su pequeña cuestión no se endurecía nunca, no levantaba nunca la cabeza; yo reía, a veces lo besaba, no le temía más que a un niño; por la noche tomaba su dulce cosita entre los dedos, enrojecía y daba vuelta la cabeza de costado suspirando; pero eso no se movía, se quedaba muy discretamente en mi mano, no lo apretaba, quedábamos largo tiempo así y él se dormía. Entonces me acostaba de espaldas y pensaba en curas, en cosas puras, en mujeres, y primero me acariciaba el vientre, mi bello vientre chato, bajaba la mano, bajaba y era el placer; el placer sólo yo sé procurármelo.

Los cabellos motosos, los cabellos de negro. Y la angustia en la garganta como una bola. Pero apretó fuertemente los párpados y finalmente fue la oreja de Rirette la que apareció. Una orejita roja y dorada que parecía de azúcar confitada. Al verla Lulú no sintió tanto placer como de costumbre porque escuchaba la voz de Rirette al mismo tiempo. Era una voz aguda y precisa que no agradaba a Lulú: “Usted *debe* marcharse con Pierre, mi pequeña Lulú; es la única cosa inteligente que puede hacer”. Tengo mucho afecto por Rirette pero me molesta un poquito cuando se da importancia y se encanta con lo que dice. La víspera, en la “Coupole”, Rirette se inclinó con aire razonable y algo huraño: “Usted no *puede* quedarse con Henri, sería un crimen, puesto que no le quiere”. No pierde ocasión de hablar mal de él, me parece que eso no es muy amable, él siempre ha sido cortés con ella; ya no lo amo, es posible, pero no es Rirette quien debe decírmelo, con ella todo parece simple y fácil; se ama o no se ama; pero yo no soy tan simple. En primer lugar tengo aquí mis costumbres, y después lo quiero, es mi marido. Hubiera querido pegarle, siempre tengo deseos de hacerle mal porque es gorda. “Eso sería un crimen.” Levantó el brazo, vi su axila; siempre me gusta más cuando tiene los brazos desnudos. La axila. Se entreabrió, hubiérase dicho una boca y Lulú vio una carne rosada, algo arrugada bajo pelos crespos que parecían cabellos; Pedro la llama: “Minerva regordeta”, eso no le gusta del todo. Lulú sonrió porque pensaba en su hermanito Robert, que le dijo un día que ella estaba en combinación: “¿Por qué tienes cabello bajo el brazo?”, y ella le contestó: “Es una enfermedad”. Le agradaba vestirse delante de su hermanito, porque siempre tenía reflexiones raras, uno se preguntaba de donde las sacaba. Y tocaba todas las cosas de Lulú, doblaba los vestidos

cuidadosamente, tiene las manos tan listas, más tarde será un buen modisto. Es un oficio encantador, y yo dibujaría algunas telas para él. Es curioso que un niño piense en convertirse en modisto; me parece que si yo hubiera sido muchacho, hubiera querido ser explorador o actor, pero no modisto; pero él siempre ha sido soñador, no habla mucho, sigue su idea, en cuanto a mí, hubiera querido ser hermana de carí a para ir a mendigar en las casas ricas. Siento los ojos muy dulces, dulces como la carne, voy a dormirme. Mi hermoso rostro pálido bajo la toca tendría un aire distinguido. Vería centenares de antecámaras sombrías. Pero la sirvienta daría luz en seguida, entonces vería cuadros de familia, bronce artísticos sobre las consolas y algunas perchas. Vendría la señora con una libretita y un billete de cincuenta francos: "Tome, hermana". "Gracias, señora que Dios la bendiga, hasta la vista". Pero yo no hubiera sido una verdadera hermana. Algunas veces, en el ómnibus hubiera guiñado el ojo a un tipo, él se asombraría primero, me seguiría luego diciéndome algunas bromas y yo lo haría encerrar por un agente. El dinero de la limosna lo guardaría para mí. ¿Qué me compraría? UN ANTÍDOTO. Es idiota. Mis ojos se ablandan, eso me gusta, se diría que los han empapado en agua y todo mi cuerpo es confortable. La bella tiara verde con las esmeraldas y los lapislázuli. La tiara giró, giró, y era una horrible cabeza de buey, pero Lulú no tenía miedo, y dijo: "Socorro, los pájaros del Cantal. Firmes". Un ancho río rojo atraviesa áridas campiñas. Lulú pensaba en su máquina de cortar carne, después en la gomina.







“Eso sería un crimen”. Se sobresaltó y se enderezó en su noche, con los ojos duros. Me torturan, ¿acaso no se dan cuenta? Sé bien que Rirette lo hace con buena intención, pero ella que es tan razonable para los otros, debería comprender que necesito reflexionar. Él me ha dicho: “¡Vendrás!” poniendo ojos de fuego. “Vendrás a mi casa para mí. Te quiero toda para mí.” Me horrorizan sus ojos cuando quiere hacerse el hipnotizador, me amasaba el brazo; cuando le veo esos ojos pienso siempre en el pelo que tiene en el pecho. Vendrás, te quiero toda para mí. ¿Cómo pueden decirse semejantes cosas? Yo no soy un perro.

Cuando me senté, le sonreí, había cambiado de polvo por él y me había pintado los ojos, porque así le gustan, pero él no vio nada, no miraba mi cara, miraba mis senos y yo hubiera querido que se secaran sobre mi pecho para fastidiarlo, sin embargo, no tengo mucho, son muy pequeños. Vendrás a mi villa de Niza. Dijo que era blanca con una escalera de mármol y que da sobre el mar, y que viviremos totalmente desnudos todo el día, debe parecer raro subir una escalera cuando una está desnuda; le obligaría a subir delante de mí, para que no me mirara; si no no podría ni levantar el pie, me quedaría inmóvil deseando con todo mi corazón que se volviera ciego; por lo demás eso no cambiaría nada; cuando él está allá me parece siempre que estoy desnuda. Me tomó por el brazo, con aspecto perverso y me dijo: “¡Me llevas en la piel!” y yo tenía miedo, y le dije: “Sí”; quiero hacerte feliz, pasearemos en auto, en barco, iremos por Italia y te daré todo lo que quieras. Pero su villa casi no está amueblada y nos acostaremos en el suelo sobre un colchón. Quiere que duerma en sus brazos y sentiré su olor; me gustaría mucho su pecho porque es moreno y amplio, pero tiene un montón de pelo encima, querría que los hombres no tuvieran pelo. Los suyos son negros y suaves como la espuma, a veces los acaricio y a veces me dan horror, retrocedo lo más lejos posible pero él me aplasta contra sí. Querrá que duerma en sus brazos, me abrazará y sentiré su olor; y cuando esté oscuro escucharemos el ruido del mar, y es capaz de despertarme en medio de la noche si siente deseos de hacer eso: no podré nunca dormir tranquila salvo cuando tenga mis asuntos, porque entonces en cualquier forma me dejará tranquila, aunque parece que hay hombres que hacen eso con las mujeres indispuetas y después tienen sangre en el vientre, sangre que no es de ellos y también debe haber en las sábanas, por todas partes, es desagradable, ¿por qué es necesario que tengamos cuerpos?

Lulú abrió los ojos, las cortinas estaban teñidas de rojo por una luz que venía de la calle; había también un reflejo rojo en el espejo. A Lulú le agradaba esa luz roja y había un sillón que se recortaba como una sombra china contra la ventana. Sobre el brazo del sillón Henri había colocado su pantalón, los tiradores colgaban en el vacío. Es necesario que le compre tiradores. Oh no quiero, no quiero irme Me abrazará durante todo el día y seré *suya*, haré su placer, me mirará, pensará: “Es mi placer, la he tocado aquí y allá y puedo volver a empezar cuando quiera”. En Port-Royal. Lulú dio algunos puntapiés en las sábanas; detestaba a Pierre cuando se acordaba de lo que pasó en Port-Royal. Ella estaba detrás del cerco, creía que él se había quedado en el auto, que consultaba el mapa, y le vio de pronto, había venido silenciosamente por detrás y la miraba. Lulú dio un puntapié a Henri, con esto va a despertarse. Pero Henri hizo: “Hump” y no se despertó. Querría conocer un joven bello, puro como una niña, no nos tocaríamos, nos pasearíamos por el borde del mar tomados de la mano y por la noche nos acostaríamos en dos camas gemelas, seríamos como hermano y hermana y conversaríamos hasta el alba. O si no me gustaría mucho vivir con Rirette, son tan encantadoras las mujeres entre ellas; tienen los hombros gruesos y suaves; fui muy desgraciada cuando se enamoró de Fresnel, me turbaba pensar que la acariciaba, que pasaba lentamente las manos sobre sus hombros y sobre sus costados y que ella

suspiraba. Me pregunto cómo puede ser su rostro cuando está así acostada, totalmente desnuda, debajo de un hombre y siente sus manos que se pasean sobre su carne. Yo no la tocaría por todo el oro del mundo, no sabría qué hacer con ella, aun cuando ella quisiera, aun cuando me dijera. “Acepto, encantada” no sabría; pero si fuera invisible, querría estar allí mientras le hacen eso y mirar su cara (me asombraría que tuviera todavía aire de Minerva) y acariciar con mano ligera sus rodillas separadas, sus rosadas rodillas, y escucharla gemir. Lulú con la garganta seca emitió una risa breve: algunas veces uno tiene esas ideas. Una vez inventó que Pierre quería violar a Rirette. Y yo le ayudaba, tenía a Rirette entre mis brazos. Ayer. Ella tenía las mejillas coloradas, estábamos sentadas sobre su diván, una contra otra, ella tenía las piernas apretadas, pero no nos dijimos nada, nunca nos diremos nada. Henri comenzó a roncar y Lulú silbó. Estoy aquí, no puedo dormir, me hago mala sangre y el imbécil ronca. Si me tomara en sus brazos, si me suplicara, si me dijera: “¡Lo eres todo para mí, Lulú, te amo, no te vayas!” haría por él ese sacrificio, me quedaría, sí, me quedaría con él, para darle gusto.

## II

Rirette se sentó en la terraza del “Dome” y pidió un oporto. Se sentía cansada, estaba irritada contra Lulú:

“... y el Oporto tiene gusto a corcho; Lulú se burla porque ella toma siempre café, pero en cualquier forma no se puede tomar siempre café a la hora del aperitivo; aquí toman café todo el día o si no café con leche, porque no tienen un centavo, lo que debe ser enervante, yo no podría, rompería todo el negocio en la nariz de los clientes, son gente que no tienen necesidad de aparentar. No comprendo por qué me da siempre citas en Montparnasse. Quedaría igualmente cerca de su casa si me encontrara en el café de la Paz o en el Pam-Pam y así me alejaría menos de mi trabajo; no puedo decir lo que me entristece ver siempre estas mismas cabezas, en cuanto tengo un minuto tengo que venir acá, en la terraza todavía se puede estar, pero adentro huele a ropa sucia, no me gustan los fracasados. Y aun sobre la terraza me siento desplazada porque estoy demasiado limpia, los que pasan deben asombrarse de verme entre esta gente que no se afeita nunca y entre estas mujeres que tienen aire de no sé qué. Deben decirse: ‘¿Qué nace ésta, aquí?’. Sé que a veces, en verano, vienen algunas americanas bastante ricas, pero parece que ahora se detienen en Inglaterra por el gobierno que tenemos, por eso el comercio de lujo no marcha, he vendido menos de la mitad que el año pasado en esta época, y me pregunto que harán las otras, pues soy la mejor vendedora, la señora Dubesch me lo ha dicho, me da lástima la pequeña Yonnel, no sabe vender, no ha podido hacer ni un centavo más de su sueldo este mes; y cuando uno ha estado en pie todo el día, uno querría distraerse un poco en un lugar agradable, con algo de lujo, un poco de arte y un personal bien vestido, uno querría cerrar los ojos y dejarse ir, y luego habría música en sordina; no costaría demasiado caro ir de vez en cuando al dancing de los ‘Ambassadeurs’; pero los mozos de aquí son en tal forma insolentes, se ve que sirven a gente de poco más o menos, salvo el morenito que me atiende, que es amable; creo que a Lulú le gusta sentirse rodeada por todos estos tipos, le daría miedo ir a un lugar un poco elegante, en el fondo no está segura de sí misma, en cuanto un hombre tiene modales delicados la intimida, no amaba a Louis; ¡pues, bueno! pienso que aquí puede sentirse a su gusto; aquí hay algunos que no llevan ni siquiera cuello postizo, con sus aires de pobres, sus pipas y las miradas que echan, no tratan ni siquiera disimular, se ve que no tienen dinero para pagarse mujeres, no es eso sin embargo lo que falta en el barrio, hasta es desagradable, se diría que la van a comer a uno y ni siquiera son

capaces de decir gentilmente que la desean y demostrar el asunto en forma que agrade”

El mozo se aproximó:

—¿Seco su Oporto, señora?

—Sí, gracias.

Agregó con aire amable:

—¡Qué lindo tiempo!

—No es demasiado pronto —dijo Rirette riendo.

—Es verdad, parecía que el invierno no iba a terminar nunca.

Se fue y Rirette lo siguió con los ojos. “Me agrada mucho ese mozo —pensó—, sabe mantenerse en su lugar, no es familiar, pero tiene siempre una palabra para mí, una pequeña atención particular.”

Un joven delgado y agobiado la miró con insistencia. “Cuando se quiere llenar el ojo de una mujer, se debía al menos llevar la ropa limpia. Le contestaré eso si me dirige la palabra. Me pregunto por qué no se va ella. No quiere apenar a Henri. Encuentro eso demasiado lindo: en cualquier forma una mujer no tiene el derecho de arruinar su vida por un impotente.” Rirette detestaba a los impotentes, era algo físico. “Debe irse, decidió, es su felicidad la que está en discusión; le diré que no debe jugar con su felicidad: Lulú usted no tiene derecho a jugar con su felicidad. No le diré nada más, se acabó, se lo he dicho cien veces, no se puede hacer la felicidad de la gente contra su voluntad.” Rirette sintió un gran vacío en la cabeza porque estaba muy fatigada, miraba el oporto, viscoso en su vaso como un caramelo líquido y una voz repetía en ella: “La felicidad, la felicidad”, era una bella palabra enternecedora y grave y pensó que si se le hubiera pedido su opinión en el concurso del *París Soir* ella hubiera dicho que era la más bella palabra de la lengua francesa. “¿Es que alguien ha pensado en eso? Dicen: energía, valor, pero es Porque son hombres, se hubiera necesitado que fuera una mujer, son las mujeres las que pueden hallar eso, se hubieran necesitado dos premios, uno para hombres y la más bella palabra hubiera sido Honor; otro para las mujeres, yo lo hubiera ganado, habría dicho Felicidad; Honor y Felicidad, casan bien, es divertido. Le diré: Lulú usted no tiene derecho de hacer fracasar su felicidad, su Felicidad, Lulú, Su Felicidad.” Personalmente encuentro muy bien a Pierre, primero es un hombre bueno, y luego es inteligente, lo que no molesta, tiene dinero, tendrá atenciones con ella Es de esos hombres que saben vencer las pequeñas dificultades de la vida; eso es agradable para una mujer; me agrada mucho que sepan mandar, no es más que un matiz, pero sabe hablar a los mozos, a los “maître d’hôtel”, se le obedece, yo llamo a eso tener parada. Es quizá lo que más le falta a Henri. Y luego, hay algunas consideraciones de salud, con el padre que ella ha tenido, podría fijarse un poco, es encantador ser delgada y diáfana y no tener nunca hambre ni sueño; dormir cuatro horas por noche y correr París durante todo el día para colocar dibujos de géneros, pero se necesita inconsciencia, tendría necesidad de seguir un régimen racional, comer poco cada vez, me parece bien, pero a menudo y a horas fijas. Será demasiado tarde cuando la lleven por diez años a un sanatorio.

Miró con aire perplejo el reloj de la plaza Montparnasse cuyas agujas señalaban las once y veinte. “No comprendo a Lulú, es un temperamento raro, nunca he podido saber si los hombres le agradan o le disgustan; no obstante debía estar contenta con Pierre, eso le hace cambiar un poco su tipo del año pasado, su Rabut, Rebut como yo lo llamaba.” Este recuerdo la divirtió pero retuvo su sonrisa porque el joven flaco la seguía mirando, y ella sorprendió su mirada al volver la cabeza. Rabut tenía la cara llena de puntos negros y Lulú se divertía en sacárselos apretando con las uñas sobre la piel: “Es repugnante pero no es culpa de Lulú; ella no sabe lo que es un hombre elegante; yo adoro a los hombres coquetos,

en primer lugar son tan bellas las prendas elegantes de los hombres; sus camisas, sus zapatos, las hermosas corbatas tornasoladas, es rudo si se quiere, pero es tan dulce, es fuerte, una fuerza dulce, es como su olor a tabaco inglés y a agua de colonia y su piel cuando están bien afeitados, no es... no es como la piel de la mujer, se diría cuero de Córdoba, sus brazos fuertes se cierran sobre uno, uno pone la cabeza sobre su pecho, uno siente su olor fuerte y dulce de hombres cuidados, murmuran palabras dulces, tienen hermosas prendas, lindos zapatos rudos de cuero de vaca, murmuran: ‘Mi querida, mi dulce querida’, y uno se siente desfallecer”. Rirette pensó en Louis, que la había dejado el año anterior y se la oprimió el corazón. “Un hombre a quien uno ama y que tiene un montón de pequeñas cosas, un anillo, una cigarrera de oro y algunas pequeñas manías... sólo que, ¡lo canallas que puedan ser éstos; peores que mujeres! Lo mejor sería un hombre de cuarenta años, alguno que todavía se cuidara, con cabellos grises en las sienes y peinados para atrás, muy seco, con anchas espaldas, muy deportivo, pero que conociera la vida y que fuera bueno porque hubiera sufrido. Lulú no es más que una criatura, tiene suerte de tener una amiga como yo, porque Pierre comienza a cansarse, y no faltaría quien se aprovechara en lugar de decirle como yo que tenga paciencia. Cuando está un poco tierno conmigo, hago como si no me diera cuenta, me pongo a hablar de Lulú y siempre encuentro una palabra para hacerla valer, pero no merece la suerte que tiene, no se da cuenta de ella, le deseo que viva un poco sola como yo desde que se fue Louis; vería lo que es volver sola a su habitación por la noche cuando uno ha trabajado todo el día, y encontrar la habitación vacía y morirse de ganas de apoyar la cabeza sobre un hombro. Uno se pregunta dónde encuentra valor para levantarse al día siguiente por la mañana y volver al trabajo y ser seductora y alegre y dar valor a todo el mundo cuando uno querría más bien morir que continuar semejante vida.”

El reloj dio las once y media. Rirette pensó en la felicidad, en el pájaro azul, en el pájaro de la felicidad, en el rebelde pájaro del amor. Se sobresaltó. “Lulú lleva treinta minutos de retraso, es lo normal. No dejará nunca a su Marido, no tiene bastante voluntad para ello. En el fondo es sobre todo por respetabilidad que se queda con Henri, lo engaña, pero mientras le digan: ‘señora’, piensa que no tiene importancia. Dice enormidades de él, pero no hay que repetirle al día siguiente lo que ha dicho, porque se pondría furiosa. He hecho todo lo que he podido, le he dicho lo que había que decirle, tanto peor para ella.”

Un taxi se detuvo delante del “Dome” y Lulú bajó. Llevaba una gran valija y su rostro estaba un poco solemne.

—He dejado a Henri —gritó desde lejos.

Se aproximó curvada por el peso de su valija. Sonreía.

—¿Cómo, Lulú? —dijo Rirette impresionada—, no quiere decir usted...

—Sí —dijo Lulú— terminó, lo he largado.

Rirette continuaba incrédula:

—¿Y él lo sabe? ¿Usted se lo dijo?

Los ojos de Lulú se pusieron tempestuosos.

—¡Y cómo! —dijo.

Rirette no sabía todavía qué pensar, pero, en cualquier caso, creyó que Lulú necesitaba estímulo.

—Eso está muy bien —dijo— ha sido usted valiente.

Tenía ganas de agregar: Ya vé que no era tan difícil. Pero se contuvo. Lulú se dejaba admirar: tenía las mejillas rojas y los ojos llameantes. Se sentó y colocó la valija a su lado. Llevaba un abrigo de lana gris con cinturón de cuero y un pull-over amarillo claro con

el cuello arrollado. Estaba sin sombrero. A Rirette no le agradaba que Lulú se paseara sin sombrero: reconoció de inmediato la curiosa mezcla de reprobación y de alegría en que estaba hundida. Lulú le producía siempre ese efecto: “Lo que amo en ella —decidió Rirette—, es su vitalidad”.

—En un dos por tres —dijo Lulú— le he dicho lo que tenía en el corazón. Y se quedó listo.

No vuelvo en mí —dijo Rirette—, pero ¿qué le ha dado?, mi pequeña Lulú. Debe haber comido león. Ayer a la noche me hubiera dejado cortar la cabeza a que usted no lo abandonaba.

—Es por mi hermanito. Conmigo no me importa que se haga el superior pero no puedo sufrir que toque a mi familia.

—Pero ¿cómo ha sido, qué ha pasado?

—¿Dónde está el mozo? —dijo Lulú agitándose en la silla—, los mozos del “Dome” no están nunca cuando se les llama. ¿Es el morenito el que nos sirve?

—Sí —dijo Rirette—, ¿sabe, que lo he conquistado?

—¿Ah? Entonces desconfíe de la mujer del lavabo, está todo el tiempo metido con ella. Le hace la corte pero creo que es un pretexto para ver a las mujeres entrar en los servicios; cuando salen las mira en los ojos para hacerlas enrojecer. A propósito, la dejo un minuto, tengo que bajar a telefonar a Pierre, ¡qué cara va a poner! Si ve al mozo, pídale un café cortado. Voy un minuto y le cuento todo.

Se levantó, dio algunos pasos y volvió hacia Rirette.

—Soy muy feliz, mi pequeña Rirette.

—Querida Lulú —dijo Rirette, tomándole las manos.

Lulú se soltó y atravesó la terraza con paso ligero. Rirette la miró alejarse: “Nunca la hubiera creído capaz de esto. Qué alegre está, pensó un poco escandalizada, eso ha conseguido plantando a su marido. Si me hubiera escuchado hace mucho que lo hubiera hecho. De cualquier modo es gracias a mí, en el fondo, tengo mucha influencia sobre ella”.

Lulú volvió al cabo de algunos instantes.

—Pierre tuvo que sentarse —dijo—, quería detalles Pero se los daré dentro de un momento, almuerzo con él. Dice que quizás podremos salir mañana a la noche.

—Qué contenta estoy, Lulú —dijo Rirette—, cuénteme rápido. ¿A la noche lo decidió?

—Sabe, no decidí nada —dijo Lulú modestamente—, se decidió sólo. —Golpeó nerviosamente sobre la mesa—. ¡Mozo, mozo! Me fastidia este mozo, querría un café cortado.

Rirette estaba molesta, en el lugar de Lulú y en circunstancias tan graves no hubiera perdido su tiempo en correr detrás de un café cortado. Lulú tiene algo de encantador, pero es asombroso hasta qué punto puede ser fútil, es un pájaro.

Lulú se echó a reír:

—¡Si hubiera visto la cara de Henri!

—Me pregunto lo que irá a decir su madre —dijo Rirette con seriedad.

—¿Mi madre? Estará en-can-ta-da —dijo Lulú con aire seguro—. Él era grosero con ella, ¿sabe?; la tenía hasta acá. Reprochándole siempre el haberme educado mal, que yo era así, que yo era asao, que se veía bien que había recibido una educación de trastienda. Sabe, lo que he hecho ha sido también en parte por ella.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Pues bueno, ha abofeteado a Robert.

—Pero ¿Robert había ido a su casa?

—Sí, de paso, esta mañana, porque mamá quiere ponerlo de aprendiz en casa de Gompez. Creo que se lo dije. Entonces pasó por casa mientras desayunábamos y Henri lo abofeteó.

—Pero ¿por qué? —preguntó Rirette ligeramente molesta. Odiaba la manera que tenía Lulú de contar las cosas.

—Tuvieron algunas palabras —dijo Lulú vagamente— y el pequeño no se queda callado, le hace frente. “Viejo asno”, le dijo en plena cara. Porque Henri lo llamó mal educado; naturalmente, es lo único que sabe decir; yo me retorció. Entonces Henri se levantó —desayunábamos en el estudio— y le largó una bofetada. ¡Lo hubiera matado!

—¿Entonces usted se fue?

—¿Irme? —dijo Lulú asombrada—. ¿Adonde?

—Creía que en ese momento lo había dejado. Escúcheme, mi pequeña Lulú, es necesario contarme todo en orden, si no no comprenderé nada. Dígame, —agregó entrando en sospechas— ¿es verdad que lo ha abandonado?

—Claro que sí, hace una hora que se lo estoy explicando.

—Bueno; entonces, Henri abofeteó a Robert, ¿y después?

—Después, dijo Lulú, lo encerré en el balcón, ¡quedaba muy raro! Estaba todavía en pijama. Golpeaba en el vidrio pero no se atrevía a romperlo porque es avaro como un piojo. Yo en su lugar hubiera destruido todo aunque me hubiera ensangrentado las manos. Y luego vinieron los Texier; entonces me sonreía a través de la ventana, para hacer creer que era una broma.

Pasó el mozo, Lulú lo tomó del brazo.

—¿Entonces usted es el mozo? ¿Le molestaría servirme un café cortado?

Rirette se sintió molesta y dirigió al mozo una sonrisa un poco cómplice, pero el mozo quedó sombrío y se inclinó con una obsequiosidad llena de reprobación. Rirette censuró un poco a Lulú: nunca sabía tomar el tono justo con los inferiores; era a veces demasiado familiar y a veces demasiado exigente y demasiado seca.

Lulú se puso a reír.

—Me río porque vuelvo a ver a Henri en pijama en el balcón. ¿Sabe cómo me las compuse para encerrarlo? Él estaba en el fondo del estudio, Robert lloraba y él lo sermoneaba. Abrí la ventana y le dije: “Mira, Henri, un taxi ha atropellado a la florista”. Vino a mi lado, le gusta mucho la florista porque le ha dicho que es suiza y cree que está enamorada de él. “¿Dónde?, ¿dónde?”, decía. Me retiré suavemente, entré en la habitación y cerré la ventana. Le grité a través del vidrio: “Eso te enseñará a hacerte el bruto con mi hermano”. Le dejé más de una hora en el balcón, nos miraba con ojos como platos; estaba azul de rabia. En cuanto a mí, le sacaba la lengua y le daba bombones a Robert; después traje mis cosas al estudio y me vestí delante de Robert porque sé que Henri odia eso: Robert me besaba los brazos y el cuello como un hombrecito, es encantador: hacíamos como si Henri no estuviera. Con todo aquello, olvidé lavarme.

—Y el otro que estaba ahí, detrás de la ventana. Es muy cómico —dijo Rirette riendo a carcajadas.

Lulú dejó de reír:

—Tengo miedo de que haya tomado frío —dijo seriamente—; cuando una está enojada no reflexiona. —Continuó con alegría—: Nos mostraba el puño y hablaba todo el tiempo, pero no comprendí ni la mitad de lo que decía. Después se fue Robert y en seguida llamaron los Texier y los hice entrar. Cuando los vio se puso todo sonriente, y daba saltos

en el balcón, yo les decía: “Miren a mi marido, mi queridito, ¿no parece un pez en un acuario?”. Los Texier lo saludaron a través del vidrio; estaban ligeramente asombrados, pero saben comportarse.

—Estoy viendo lo que dice —dijo Rirette riendo—. ¡Ah! Su marido en el balcón y los Texier en el estudio... —Repitió muchas veces: “Su marido en el balcón y los Texier en el estudio”. Hubiera querido encontrar palabras raras y pintorescas para describir la escena de Lulú, pensaba que Lulú no tenía el sentido de lo cómico. Pero las palabras no acudieron.

—Abrí la ventana —dijo Lulú— y Henri entró: Me besó delante de los Texier y me llamó “bandidita”. “La bandida, dijo, me ha querido jugar una mala pasada.” Yo sonreía, los Texier sonreían cortésmente; todo el mundo sonreía. Pero cuando se fueron me tiró un puñetazo a la oreja, entonces tomé un cepillo y se lo tiré a un costado de la boca: le partí los dos labios.

—Mi pobre Lulú —dijo Rirette con ternura.

Pero Lulú rechazó con el gesto toda compasión. Se mantenía derecha sacudiendo sus bucles oscuros con aire combativo y sus ojos lanzaban chispas.

Entonces nos explicamos, le lavé la boca con una servilleta y le dije que me había equivocado que ya no lo amaba y que me iba. Se puso a llorar y dijo que se mataría. Pero eso no pasa. ¿Se acuerda Rirette el año pasado, cuando esas historias con la Renania? Me cantaba eso todos los días: “Va a haber guerra Lulú, partiré y me matarán, y te lamentarás y tendrás remordimientos por todos los dolores que me has causado”. “Anda allá, eres impotente, le respondía, será caso de reformarte.” En cualquier forma lo calmé, porque hablaba de encerrarme con llave en el estudio; le juré que no me iría antes de un mes. Después se fue a su escritorio, tenía los ojos rojos y un pedazo de tela emplástica sobre el labio; no estaba muy lindo. Arreglé la casa puse las lentejas en el fuego e hice mi valija. Le dejé unas palabras sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué le escribí?

—Le puse —dijo Lulú orgullosamente—: “Las lentejas están en el fuego, sírvete y apaga el gas. Hay jamón en la ‘frigidaire’. Yo estoy harta y me largo”.

Rieron las dos y algunos transeúntes se volvieron. Rirette pensó que debían ofrecer un espectáculo encantador y lamentó no estar sentada en la terraza del “Viel” o del “Café de la Paix”. Cuando terminaron de reír se callaron y Rirette notó que no tenían nada más que decirse. Estaba un poco desencantada.

—Tengo que largarme —dijo Lulú levantándose— me encuentro con Pierre a mediodía. ¿Qué haré con mi valija?

—Déjemela —dijo Rirette—, se la daré a guardar enseguida a la encargada de los baños. ¿Cuándo la vuelvo a ver?

—Iré a buscarla a su casa a las dos. Tengo un montón de diligencias que hacer con usted. No he recogido ni la mitad de mis cosas, es necesario que Pierre me dé dinero.

Lulú se fue y Rirette llamó al mozo. Se sentía grave y triste por las dos. El mozo acudió; Rirette había notado ya que se apresuraba a venir siempre que ella llamaba.

—Son cinco francos —dijo. Y agregó con aire un poco seco—: Estaban muy alegres las dos, se las oía reír desde lejos.

Lulú lo ha herido —pensó Rirette con despecho—. Y dijo ruborizándose:

—Mi amiga estaba algo nerviosa esta mañana.

—Es encantadora —dijo el mozo con sinceridad—. Le agradezco, señorita.

Embolsó los seis francos y se fue. Rirette estaba un poco aturdida, pero sonaron las doce y pensó que Henri iba a volver a su casa y a encontrar la carta de Lulú: fue para ella

un momento lleno de dulzura.

—Querría que se enviara todo esto *antes de mañana por la noche al hotel del Teatro*, en la calle Vandamme —dijo Lulú a la cajera, con aire de señora. Se volvió hacia Rirette:

—Es cosa hecha, Rirette, nos largamos.

—¿A qué nombre? —dijo la cajera.

—Señora Lucienne Crispin.

Lulú se echó el abrigo al brazo y empezó a correr; bajo corriendo la gran escalera de la “Samaritana”. Rirette la seguía, estuvo muchas veces a punto de caer porque no miraba sus pies; no tenía ojos más que para la delgada figura azul y amarillo canario que bailaba ante ella. “Sin embargo es cierto que tiene un cuerpo obsceno...” Cada vez que Rirette veía a Lulú de espaldas o de perfil, se asombraba por la obscenidad de sus formas pero no se explicaba por qué era una impresión. “Es liviana y delgada, pero tiene algo de indecente, no salgo de eso. Hace todo lo que puede por modelarse; eso debe ser. Dice, que tiene vergüenza de su trasero y se pone faldas que se le pegan a las nalgas. Su trasero es pequeño, lo comprendo, mucho más pequeño que el mío, pero se ve más. Es totalmente redondo por debajo de sus delgados riñones, llena bien la falda, se diría que lo han modelado encima; y además, que baila.”

Lulú se volvió y se sonrieron. Rirette pensaba en el cuerpo indiscreto de su amiga con una mezcla de reprobación y de languidez: pequeños senos levantados, una carne pulida, toda amarilla —cuando se le tocaba se hubiera jurado que era de goma— largos muslos, un largo cuerpo canalla de miembros largos: “Cuerpo de negra —pensó Rirette— tiene aire de negra que baila la rumba”. Cerca de la puerta rotatoria un espejo devolvió a Rirette el reflejo de sus formas plenas: “Soy más deportiva, pensó, tomando el brazo de Lulú; impresiona más que yo cuando estamos vestidas, pero totalmente desnudas, soy seguramente mejor que ella”.

Se quedaron un momento silenciosas, luego Lulú dijo:

—Pierre ha estado encantador. Usted también ha estado encantadora Rirette. Estoy muy reconocida a los dos.

Había dicho esto con aire forzado, pero Rirette no paró atención: Lulú nunca había sabido agradecer, era demasiado tímida.

—Me fastidia —dijo de pronto Lulú— pero es necesario que me compre un corpiño.

—¿Aquí? —dijo Rirette. Pasaban justamente ante un negocio de lencería.

—No, pero me acordé porque vi esto. Para los corpiños voy a Fischer.

—¿En el boulevard Montparnasse? —exclamó Rirette—. Comprenda, Lulú —continuó gravemente—, valdría más no ir demasiado por el boulevard Montparnasse, sobre todo a esta hora, podemos tropezamos con Henri, lo que sería infinitamente desagradable.

—¿Con Henri? —dijo Lulú encogiéndose de hombros—. Nada de eso. ¿Por qué? La indignación empurpuró las mejillas y las sienes de Rirette.

—Usted es siempre la misma, mi pequeña Lulú; cuando una cosa la disgusta, la niega, pura y simplemente. Tiene ganas de ir a lo de Fischer; entonces sostiene que Henri no pasa por el boulevard Montparnasse. Usted sabe muy bien que pasa todos los días a las seis: es su camino. Me lo ha dicho usted misma; sube por la calle Rennes y va a esperar el AE en la esquina del boulevard Raspail.

—En primer lugar no son más que las cinco —dijo Lulú—, y luego quizá no ha ido

al escritorio; después de lo que le he escrito ha debido acostarse.

—Pero Lulú —dijo de pronto Rirette—, hay otro Fischer ¿sabe? no lejos de la Ópera, en la calle Cuatro de Septiembre.

—Sí —dijo Lulú con aire apático—, pero habría que ir allá.

—¡Ah, cómo me gusta mi pequeña Lulú! Habría que ir allá. Pero si está a dos pasos, mucho más cerca que la plaza Montparnasse.

—No me gustan los que venden allí.

Rirette divertida pensó que todos los Fischer vendían los mismos artículos. Pero Lulú tenía obstinaciones incomprensibles. Henri era evidentemente la persona que menos deseos tenía de encontrar en ese momento y hubiérase dicho que iba expresamente a ponerse en su camino.

—Pues bien —dijo con indulgencia— vamos a Montparnasse, por lo demás Henri es tan alto que lo veremos antes de que nos vea.

—Y además qué —dijo Lulú—. Si se le encuentra, se le encuentra; eso es todo. No va a comernos.

Lulú quiso ir a Montparnasse a pie, dijo que precisaba aire. Siguió la calle del Sena, después la del Odeón y la calle Vaugirard. Rirette hizo el elogio de Pierre y mostró a Lulú lo bien que se había mostrado en estas circunstancias.

—¡Cómo me gusta París! —dijo Lulú—; lo que lo voy a echar de menos.

—Cállese, Lulú. Cuando pienso que tiene la suerte de ir a Niza y que echa de menos París...

Lulú no contestó, se puso a mirar a derecha e izquierda con aire triste e investigador.

Cuando salieron de la tienda de Fischer oyeron dar las seis. Rirette tomó a Lulú por el codo y quiso llevarla más rápido. Pero Lulú se detuvo delante del florista Baumann.

—Mire esas azaleas, mi pequeña Rirette, si tuviera un lindo salón las pondría por todas partes.

—No me agradan las flores en maceta —dijo Rirette.

Estaba exasperada. Volvió la cabeza hacia la calle Rennes y, naturalmente, al cabo de un segundo vio aparecer la alta silueta estúpida de Henri. Iba sin sombrero y llevaba un traje de sport, de lana marrón. Rirette detestaba el marrón.

—Ahí está, Lulú, ahí está —dijo precipitadamente.

—¿Dónde? —dijo Lulú— ¿dónde está?

No estaba mucho más tranquila que Rirette.

—Detrás de nosotros, en la otra acera. Vámonos y no nos volvamos.

Lulú se volvió a pesar de todo:

—Ya lo veo —dijo.

Rirette trató de llevársela, pero Lulú se puso rígida, miraba fijamente a Henri, y dijo por fin:

—Creo que nos ha visto.

Parecía espantada, cedió de pronto a Rirette y se dejó llevar dócilmente.

—Ahora por amor del cielo, Lulú, no se vuelva —dijo Rirette un poco sofocada—. Vamos a torcer a la derecha en la próxima calle, es la calle Delambre.

Caminaban muy de prisa y tropezaban con los transeúntes. Por momentos Lulú se hacía arrastrar un poco, por momentos era ella la que tiraba de Rirette hacia adelante. Pero no habían llegado a la esquina de la calle Delambre cuando Rirette vio una gran sombra oscura detrás de Lulú, comprendió que era Henri y se puso a temblar de cólera. Lulú

conservaba los párpados bajos, tenía aire burlón y obstinado. “Lamenta su imprudencia pero es demasiado tarde, tanto peor para ella.”

Apresuraron el paso; Henri las siguió sin decir una palabra. Pasaron por la calle Delambre y continuaron caminando en dirección a la del Observatorio. Rirette escuchaba sonar los zapatos de Henri, oía también una especie de estertor ligero y regular que escandía su marcha; era la respiración de Henri (Henri había tenido siempre la respiración fuerte, pero nunca hasta ese punto; había debido correr para encontrarlas o tal vez sería la emoción).

“Es necesario hacer como si no estuviera, pensó Rirette, no parecer que notamos su presencia.” Pero no pudo dejar de mirar con el rabillo del ojo. Estaba pálido como un lienzo y bajaba de tal modo los párpados que los ojos parecían cerrados. “Se diría un sonámbulo”, pensó Rirette con algo de horror. Los labios de Henri temblaban y, sobre el labio inferior un pequeño trozo de tafetán rosado se había puesto también a temblar. Y la respiración; siempre la respiración igual y ronca que terminaba ahora con una musiquita gangosa. Rirette no se sentía cómoda: no temía a Henri, pero la enfermedad y la pasión le daban siempre algo de miedo. Al cabo de un momento Henri avanzó suavemente la mano, sin mirar, y tomó el brazo de Lulú. Lulú torció la boca como si fuera a llorar y se soltó estremeciéndose.

—Pffuh —hizo Henri.

Rirette tenía unas ganas locas de detenerse, sentía una puntada al costado y le zumbaban los oídos. Pero Lulú casi corría, ella también tenía aire de sonámbula. Rirette tuvo la impresión que si dejaba el brazo de Lulú y se detenía, los dos continuarían corriendo uno al lado del otro, mudos, pálidos como muertos y con los ojos cerrados.

Henri se puso a hablar. Dijo con voz rara y enronquecida:

—Vuelve conmigo.

Lulú no contestó. Henri repitió con la misma voz ronca y sin entonación:

—Eres mi mujer, vuelve conmigo.

—Bien ve que no quiere volver —respondió Rirette con los dientes apretados—.

Déjela tranquila.

El no pareció haber oído. Repetía:

—Soy tu marido. Quiero que vuelvas conmigo.

—Le ruego que la deje tranquila —dijo Rirette con tono agudo—. No ganaré nada fastidiándola así. Déjenos en paz.

El volvió hacia Rirette una cara asombrada.

—Es mi mujer —dijo—, es mía. Quiero que vuelva conmigo.

Había tomado el brazo de Lulú y esta vez Lulú no se soltó.

—Váyase —dijo Rirette.

—No me iré. La seguiré por todas partes. Quiero que vuelva a casa.

Hablaba con esfuerzo. De pronto hizo una mueca que le descubrió los dientes y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Eres mía!

Algunos se volvieron riendo. Henri sacudía el brazo de Lulú y gruñía como una bestia, retrayendo los labios. Por suerte, pasó un taxi vacío. Rirette lo llamó y se detuvo. Henri se detuvo también. Lulú quiso proseguir su marcha pero la mantuvieron sólidamente cada uno por un brazo.

—Debía comprender —dijo Rirette tirando de Lulú hacia la calle—, que nunca la llevará con usted por medio de violencias.

—Déjala, deje a mi mujer —dijo Henri tirando en sentido inverso—. Lulú estaba floja como un paquete de ropa.

—¿Sube o no sube? —gritó el conductor impaciente.

Rirette dejó el brazo de Lulú e hizo llover una granizada de golpes sobre las manos de Henri. Pero no pareció sentirlos. Al cabo de un momento dejó su presa y se puso a mirar a Rirette con aire estúpido. Rirette le miró también. Le costaba reunir sus ideas, un inmenso disgusto la invadió. Se quedaron así mirándose en los ojos durante algunos segundos; los dos jadeaban. Luego Rirette se repuso, tomó a Lulú por la cintura y la arrastró hacia el taxi.

—¿Dónde vamos? —dijo el conductor.

Henri las había seguido, quería subir con ellas. Pero Rirette lo rechazó con todas sus fuerzas y cerró rápidamente la puerta.

—Marche, marche —dijo al conductor—, después se le dirá dónde.

El taxi partió y Rirette se dejó caer en el fondo del coche. “¡Qué vulgar es todo esto!” —pensó. Odiaba a Lulú.

—Dónde quiere ir, mi pequeña Lulú —preguntó dulcemente.

Lulú no contestó. Rirette la abrazó y se volvió persuasiva.

—Es necesario que me conteste. ¿Quiere que la lleve a casa de Pierre?

Lulú hizo un movimiento que Rirette tomó por una afirmación. Se inclinó hacia adelante:

—Mesina 11.

Cuando Rirette se volvió, Lulú la miraba con aire extraño.

—Que es lo que él... —comenzó Rirette.

—La odio —aulló Lulú—, lo detesto a Pierre, detesto a Henri. ¿Por qué corren todos detrás de mí? Me torturan.

Se detuvo de pronto y todos sus rasgos se desfiguraron.

—Llore —dijo Rirette con calma digna—, llore. Eso le hará bien.

Lulú se dobló en dos y se puso a sollozar. Rirette la tomó en sus brazos y la apretó contra sí. De tiempo en tiempo le acariciaba los cabellos. Pero en su interior se sentía fría y despreciativa. Cuando el coche se detuvo, Lulú se había calmado. Se enjugó los ojos y se empolvó:

—Discúlpeme —dijo amablemente—, estaba nerviosa. No podía soportar verlo en ese estado, me hacía daño.

—Parecía un orangután —dijo Rirette tranquilizada.

Lulú sonrió.

—¿Cuándo la vuelvo a ver? —preguntó Rirette.

—Oh, no antes de mañana. ¿Sabe que Pierre no puede recibirme a causa de su madre? Estoy en el Hotel del Teatro. Podría ir temprano, a eso de las nueve, si no le molesta, porque en seguida iré a ver a mamá.

Estaba descolorida y Rirette pensó con tristeza que era terrible la facilidad con que Lulú se descomponía.

—No se canse mucho esta noche —dijo.

—Estoy terriblemente cansada —dijo Lulú—, espero que Pierre me dejará volver temprano, pero no comprende nunca estas cosas.

Rirette se quedó en el taxi y se hizo llevar a su casa, un momento pensó en ir al cine, pero no tenía ganas. Tiró su sombrero sobre una silla y dio un paso hacia la Ventana. Pero el lecho la atraía, tan blanco, tan dulce, tan húmedo en su cavidad de sombras. Arrojarle en él, sentir la caricia de la almohada sobre sus mejillas ardientes. “Soy fuerte,

soy la que ha hecho todo por Lulú y ahora estoy sola y nadie hace nada por mí.” Tenía tanta piedad de sí misma que sintió una ola de sollozos subir hasta su garganta. “Se van a ir a Niza y no los veré más. Soy yo quien ha hecho su felicidad pero no pensarán en mí. Y me quedaré aquí trabajando ocho horas por día, vendiendo perlas falsas en Burma.” Cuando las primeras lágrimas rodaron por sus mejillas se dejó caer suavemente en la cama. “A Niza... repetía llorando amargamente, a Niza... al sol... en la Riviera...”

### III

¡Puff!

Noche negra. Se hubiera dicho que alguien andaba por la habitación: un hombre en zapatillas. Avanzaba con precaución, primero un pie, después el otro, sin poder evitar un ligero crujido del piso. Se detenía, había un momento de silencio; después, llevado de pronto al otro extremo de la habitación, volvía a iniciar como un maniático, su marcha sin objeto. Lulú tenía frío, las mantas eran demasiado ligeras. Había dicho ¡puff!, en voz alta y el sonido de su voz le dio miedo.

¡Puff!, estoy segura que en este momento mira el cielo y las estrellas, prende un cigarrillo, está fuera, dice que le agrada el tinte malva del cielo de París. A pasos cortos, vuelve a su casa a pasos cortos: se siente poético cuando acaba de hacer eso, me lo ha dicho, y ligero como una vaca a la que acaban de ordeñar, no piensa más en eso —y yo estoy manchada. No me asombra que se sienta puro en este momento, ha dejado aquí su inmundicia, en la oscuridad hay una toalla empapada y la sábana está húmeda en la mitad de la cama; no puedo estirar las piernas porque sentiría mojado debajo de la piel, qué inmundicia, y él está totalmente seco, lo oí que silbaba bajo la ventana cuando salió; está allá abajo, seco y fresco, entre sus lindas ropas, con su sobretodo de media estación, es necesario reconocer que sabe vestirse, una mujer puede estar orgullosa de salir con él. Estaba bajo mi ventana y yo estaba desnuda en la oscuridad, tenía frío y me frotaba el vientre con las manos porque todavía me creía mojada. “Subo un minuto, dijo, sólo para ver tu habitación.” Se quedó dos horas y la cama crujía —esa sucia camita de hierro. Me pregunto dónde ha ido a buscar este hotel, me dijo que en otra ocasión pasó aquí quince días, que estaría muy bien, son raras estas piezas, he visto dos, nunca había visto habitaciones tan chicas y están llenas de muebles, hay *poufs* y canapés y mesitas, esto apesta a amor; no sé si habrá pasado quince días, pero seguramente no los ha pasado solo; es necesario que me respete muy poco para haberme metido aquí dentro. El mozo del hotel se reía cuando subimos, es un argelino, detesto ese tipo, me dan miedo, me miró las piernas, después entró en el escritorio, debió decirse: “Ya está, van a hacer eso”, e imaginará cosas sucias, parece que es asombroso lo que hacen allá abajo a las mujeres. Si les cae una bajo las manos, queda coja para toda la vida; y todo el tiempo que Pierre me fastidió pensaba en el argelino que estaría pensando en lo que yo hacía y que se figuraría inmundicias peores que las que ocurrían. ¡Hay alguien en la habitación!

Lulú retiene la respiración, pero los crujidos cesan casi de inmediato. Me duele entre los muslos, a veces me pica y a veces me arde, tengo ganas de llorar y será así todas las noches salvo la de mañana porque la pasaremos en el tren. Lulú se mordió los labios y se estremeció porque se acordó que había gemido. No es verdad, no gemí, respiré sólo un poco fuerte, porque es tan pesado cuando está encima que me corta la respiración. Él me dijo: “Gimes, estás gozando”. Me horroriza que se hable mientras se hace eso, querría que se olvidara pero no deja de decir cochinerías. No gemí, en primer lugar yo no puedo gozar, es un hecho, el médico lo ha dicho, a menos que me lo haga yo misma. No quiere creerlo,

nunca han podido creerlo, todos dicen: “es porque empezaste mal, yo te enseñaré el placer”, los dejo decir pero sé bien lo que ocurre, es fisiológico, pero eso los veja.

Alguien sube la escalera. Es alguien que regresa. A menos, Dios mío que no sea él quien vuelve. Es muy capaz si le vuelve el deseo. No es él, son pasos pesados; acaso —el corazón de Lulú le saltó en el pecho— si fuera el argelino, sabe que estoy sola, va a venir a golpear a la puerta, no puedo, no puedo soportar esto, no, es en el piso de arriba, es un tipo qué vuelve, mete la llave en la cerradura, eso le lleva tiempo, está borracho, me pregunto quién se aloja en este hotel, deben ser a medida; a mediodía encontré una rusa en la escalera, tenía ojos de drogada: ¡No gemí! Pero naturalmente terminó por turbarme con todos sus manejos; lo sabe hacer; me horrorizan los tipos que lo saben hacer, preferiría acostarme con uno virgen. Esas manos que van derecho donde deben, que frotan, que se apoyan un poco, no demasiado... La toman a uno por un instrumento en el que están orgullosos de saber ejecutar. Detesto que me turben, tengo la garganta seca, tengo miedo, tengo mal gusto en la boca y estoy humillada porque creen que me dominan. Abofetearía a Pierre cuando adopta su aire fatuo y dice: “Tengo técnica”. Dios mío, decir que la vida es esto, es para esto para lo que una se viste y se lava y se pone bonita y se escriben todas las novelas y se piensa todo el tiempo y he aquí lo que es finalmente; uno se mete en una habitación con un tipo que medio la ahoga y finalmente le moja el vientre. Quiero dormir, ¡oh!, si sólo pudiera dormir un poco, mañana viajaré toda la noche, estaré rota. En cualquier forma querría estar un poco fresca para pasear en Niza; parece que es tan hermoso, hay callecitas italianas y trapos de color que se secan al sol me instalaría con mi caballete y pintaría y algunas niñitas vendrían a ver lo que hacía. ¡Porquería! (Había avanzado un poco y su cadera había tocado la mancha húmeda de la sabana.) Es para hacer esto para lo que me lleva. Nadie, nadie me ama. Caminaba a mi lado y yo casi desfallecía y esperaba una palabra de ternura; si él hubiera dicho: “Te amo”, seguramente que no hubiera vuelto con él, pero le hubiera dicho alguna amabilidad, nos hubiéramos separado como buenos amigos. Yo esperaba, esperaba, me tomó del brazo y le dejé el brazo. Rirette estaba furiosa; no es verdad que parezca un orangután, pero sabía que pensaba alguna cosa así, le miraba de costado con ojos turbios, es asombroso lo mala que puede ser, pues bueno, pese a eso, cuando me tomó el brazo no resistí, pero no era *a mí* a quien él quería, él quería a *su mujer* porque se casó conmigo y es mi marido; me rebajaba siempre, decía que era más inteligente que yo y todo lo que ha pasado es por su culpa, no tenía más que tratarme como a una igual y todavía estaría con él. Estoy segura que en este momento no me extraña, no llora, jadea, eso es lo que hace y está muy contento porque tiene toda la cama para él solo y puede extender sus largas piernas. Querría morirme. Tengo tanto miedo de que piense mal de mí, no podía explicarle nada porque Rirette estaba entre nosotros; hablaba, hablaba, Parecía histérica. Ahora está contenta, se felicita por su valor, ¡vaya una gracia!, con Henri que es dulce como un cordero. Iré con él. No pueden obligarme a dejarlo como a un perro. Saltó fuera de la cama y dio una vuelta el conmutador. Mis medias y una combinación, eso basta. Ni siquiera se tomó el trabajo de peinarse de tal modo estaba apresurada, y los que me vean no sabrán que estoy desnuda debajo de mi gran abrigo gris que me cae hasta los pies. El argelino —se detuvo latiéndole el corazón—; será necesario que lo despierte para que me abra la puerta. Bajó muy despacio pero los escalones crujían uno a uno; golpeó contra el vidrio del escritorio.

—¿Quién es? —dijo el argelino. Tenía los ojos rojos y el cabello desordenado, no parecía muy temible.

—Ábrame la puerta —dijo Lulú secamente.

Un cuarto de hora más tarde llamaba en casa de Henri.

—¿Quién es? —preguntó Henri a través de la puerta.

—Soy yo.

Él no contesta, no quiere dejarme entrar en casa. Pero llamaré en la puerta hasta que abra y él cederá debido a los vecinos. Al cabo de un minuto se entreabrió la puerta y apareció Henri, pálido, con un grano sobre la nariz. Estaba en pijama. “No ha dormido” —pensó Lulú con ternura.

—No quería irme así, quería volver a verte.

Henri seguía sin decir nada. Lulú entró empujándolo un poco. Qué fastidioso es, siempre se le encuentra al paso, me mira con sus ojos redondos, tiene los brazos colgando, no sabe qué hacer con su cuerpo. Cállate, anda, cállate, bien veo que estás emocionado y que no puedes hablar. El hacía esfuerzos por tragar la saliva y fue Lulú quien tuvo que cerrar la puerta.

—Quiero que nos separemos como buenos amigos —dijo ella.

Él abrió la boca como si fuera a hablar, giró precipitadamente sobre sus talones y huyó. ¿Qué va a hacer? Ella no se atrevía a seguirlo. ¿Llora acaso? De pronto lo oyó toser; está en el baño. Cuando volvió, ella se colgó de su cuello y colocó su boca sobre la de él: él olía a vómito. Lulú estalló en sollozos:

—Tengo frío —dijo Henri.

—Acostémonos —propuso ella llorando—, puedo quedarme aquí hasta mañana por la mañana.

Se acostaron y a Lulú la sacudieron enormes sollozos cuando volvió a ver su habitación y su linda cama limpia y la luz roja en el vidrio. Pensaba que Henri la tomaría en sus brazos, pero no lo hizo: se había acostado cuan largo era como si hubieran puesto una estaca en la cama. Está tan rígido como cuando habla con un suizo. Ella le tomó la cabeza con las dos manos y lo miró fijamente. “Eres puro, tú, eres puro.” El se puso a llorar:

—¿Qué desgraciado soy! —dijo—, nunca he sido tan desgraciado.

—Yo tampoco, —dijo Lulú.

Lloraron largo tiempo. Al cabo de un momento ella apagó la luz y puso la cabeza sobre su hombro. Si pudiéramos quedarnos así siempre: puros y tristes, como huérfanos; pero no es posible, eso no pasa en la vida. La vida era una inmensa ola que iba a romperse sobre Lulú y a arrancarla de los brazos de Henri. Tu mano, tu mano grande. Está orgulloso de ellas porque son grandes, dice que los descendientes de las viejas familias tienen siempre grandes las extremidades. No me tomará ya la cintura entre sus manos —me hacía cosquillas, pero estaba orgullosa porque casi podía juntar los dedos—. No es verdad que sea impotente, es puro, puro —y un poco perezoso—, sonrió en medio de sus lágrimas y lo besó debajo del mentón.

—¿Qué voy a decirles a mis padres? —observó Henri—. Mi madre se morirá.

La señora Crispin no morirá, por el contrario, triunfará. Hablarán de mí durante la comida, los cinco, con aire de reprobación, como gente que lo sabía todo desde hace mucho, pero que no quería hablar debido a la pequeña que tiene dieciséis años y que es muy joven para que se traten ciertas cosas delante de ella. Ella se reirá por dentro porque lo sabe todo, sabe siempre todo y me detesta. ¡Todo ese barro! Y las apariencias están en mi contra.

—No les digas todo en seguida —suplicó—, díles que fui a Niza por razones de salud.

—No me creerán.

Ella besó a Henri con besitos rápidos en toda la cara.

—Henri, tú no eras muy amable conmigo.

—Es verdad —dijo Henri—, no era bastante amable, pero tú tampoco —dijo reflexionando—, tampoco tú eras muy amable.

—Yo tampoco —dijo Lulú—. ¡Oh! Qué desgraciados somos.

Lloraba tan fuerte que pensó que se ahogaba; en seguida iba a amanecer y ella se iría. Nunca, nunca se hace lo que se quiere, uno se ve arrastrado.

—No hubieras debido irte así —dijo Henri.

Lulú suspiró.

—Yo te quería Henri.

—¿Y ahora no me quieres ya?

—No es lo mismo.

—¿Con quién te vas?

—Con gente que tú no conoces.

—¿Cómo conoces gente que no conozco? —dijo Henri con cólera—. ¿Dónde los viste?

—Dejemos eso, querido, mi pequeño Gulliver. ¿No vas a hacerte el marido en este momento?

—¿Te vas con un hombre! —dijo Henri llorando.

—Escucha Henri, te juro que no, te lo juro por la cabeza de mamá, todos los hombres me disgustan en este momento. Me voy con un matrimonio, amigos de Rirette, gente de edad. Quiero vivir sola, ellos me encontrarán trabajo, ¡oh Henri!, ¡si supieras qué necesidad tengo de vivir sola, cómo me disgusta todo esto!

—¿Qué? —dijo Henri—, ¿qué es lo que te disgusta?

—¡Todo! —Lo besó—. Sólo tú no me disgustas, querido mío.

Ella pasó sus manos bajo el pijama de Enrique y le acarició largamente todo el cuerpo. Él se estremeció bajo esas manos heladas, pero la dejó hacer; dijo solamente:

—Me voy a enfermar. —Seguramente había algo quebrado en él.

A las siete se levantó Lulú con los ojos hinchados de llorar, y dijo con cansancio:

—Es necesario que vuelva allá.

—¿Dónde?

—Estoy en el Hotel del Teatro, en la calle Vandamme. Un hotelucho.

—Quédate conmigo.

—No Henri, te lo ruego, no insistas. Te he dicho que es imposible.

“Es la ola que la lleva a uno; no se puede juzgar, ni comprender, sólo hay que dejarse ir. Mañana estaré en Niza.” Pasó al baño para mojarse los ojos con agua tibia. Se volvió a poner, tiritando, su tapado. “Es como una fatalidad, con tal que pueda dormir en el tren, esta noche, si no estaré rota al llegar a Niza. Espero que haya tomado primera; será la primera vez que viaje en primera. Todo es siempre así: hace años que tengo ganas de hacer un viaje largo en primera clase y el día en que eso me ocurre, las cosas se arreglan de tal modo que casi ni me va a gustar.” Ahora tenía prisa por irse porque estos últimos momentos tenían algo de insoportable.

—¿Qué vas a hacer con ese Gallois? —preguntó ella.

Gallois había pedido un aviso a Henri, Henri lo había hecho y ahora Gallois no lo quería.

—No sé —dijo Henri.

Se había hundido bajo las mantas y no se le veían más que los cabellos y un poco de

la oreja. Dijo con voz lenta y blanda:

—Querría dormir durante ocho días.

—Adiós, querido mío —dijo Lulú.

—Adiós.

Ella se inclinó sobre él, apartó un poco las mantas y lo besó en la frente. Permaneció largo tiempo en el descansillo sin decidirse a cerrar la puerta del departamento. Al cabo de un momento volvió los ojos y tiró violentamente del picaporte. Oyó un ruido seco y creyó que iba a desmayarse: había experimentado una impresión semejante cuando arrojaron la primera paletada de tierra sobre el féretro de su padre.

“Henri no ha sido muy amable. Hubiera podido levantarse para acompañarme hasta la puerta. Me parece que me hubiera sentido menos desgraciada si hubiera sido él quien cerrara.”

#### IV

—Ha hecho eso —dijo Rirette mirando a lo lejos—. ¡Ha hecho eso!

Era por la tarde. A eso de las seis Pierre había telefoneado a Rirette y ella se le había reunido en el “Dome”.

—Pero —dijo Pierre—, ¿no iba usted, a verla esta mañana a las nueve?

—La vi.

—¿No tenía aire extraño?

Claro que no —dijo Rirette—, yo no noté nada. Estaba un poco fatigada, pero me dijo que había dormido mal después que usted se fue porque estaba muy excitada con la idea de ver Niza y porque tenía un poco de miedo del mozo argelino... Mire, hasta me preguntó si creía que usted habría tomado primera en el tren, me dijo que era el sueño de su vida viajar en primera. No —decidió Rirette estoy segura de que no tenía nada parecido en la cabeza, al menos mientras yo estuve allí. Me quedé dos horas con ella y para esas cosas soy bastante observadora, me asombraría si algo se me hubiera escapado. Me dirá que es muy disimulada, pero la conozco desde hace cuatro años y la he visto en cantidad de circunstancias, conozco a mi Lulú como a la palma de mis manos.

—Entonces serán los Texier los que la han decidido. Es raro... —meditó algunos instantes y continuó de pronto—: Me pregunto quién les ha dado la dirección de Lulú. Soy yo quien eligió ese hotel y ella nunca había oído hablar de él antes.

Jugaba distraídamente con la carta de Lulú y Rirette estaba molesta porque hubiera querido leerla y él no se lo proponía.

—¿Cuándo la recibió? —preguntó por último.

—¿La carta? —Se la tendió con sencillez—. Tome. Puede leerla. La han debido dejar en la portería hace una hora.

Era una delgada hoja violeta, como las que se venden en los puestos de cigarrillos:

“Mi queridísimo:

Han venido los Texier (no sé quién les ha dado la dirección) y voy a darte mucha pena, pero no me voy, mi amor, mi querido Pierre; me quedo con Henri porque es demasiado desgraciado. Han estado a verlo esta mañana, no quería abrir y la señora Texier dice que no tenía cara humana. Han sido muy amables y han comprendido mis razones, ella dice que todas las culpas son de él, que es un oso, pero que no es malo en el fondo. Ella dice que le ha sido necesario esto para que él comprenda lo ligado que está a mí. No sé quién les ha dado mi dirección, no me lo han dicho; han debido verme por casualidad cuando salí esta mañana del hotel con Rirette. La señora Texier me dijo que comprendía

bien que me pedía un enorme sacrificio pero que me conocía lo bastante como para saber que no me sustraería a él. Lamento mucho nuestro bello viaje a Niza, pero pienso, mi amor, que no serás tan desdichado porque me tendrás siempre. Soy tuya con todo mi corazón y todo mi cuerpo y nos veremos tan a menudo como antes. Si no me tuviera más, Henri se mataría, le soy indispensable; te aseguro que no me divierte tener semejante responsabilidad. Espero que no pondrás mal gesto no querrás que tenga remordimientos ¿verdad? Vuelvo en seguida con Henri, estoy un poco nerviosa porque pienso que voy a volver a verlo en ese estado, pero tendré el valor de imponer mis condiciones. En primer lugar quiero más libertad porque te amo, y quiero que deje tranquilo a Robert y que nunca hable mal de mamá. Estoy muy triste, querido, querría que estuvieras aquí. Te deseo, me estrecho contra ti y siento tus caricias por todo mi cuerpo. Estaré mañana a las cinco en el 'Domé'.

Lulú.”

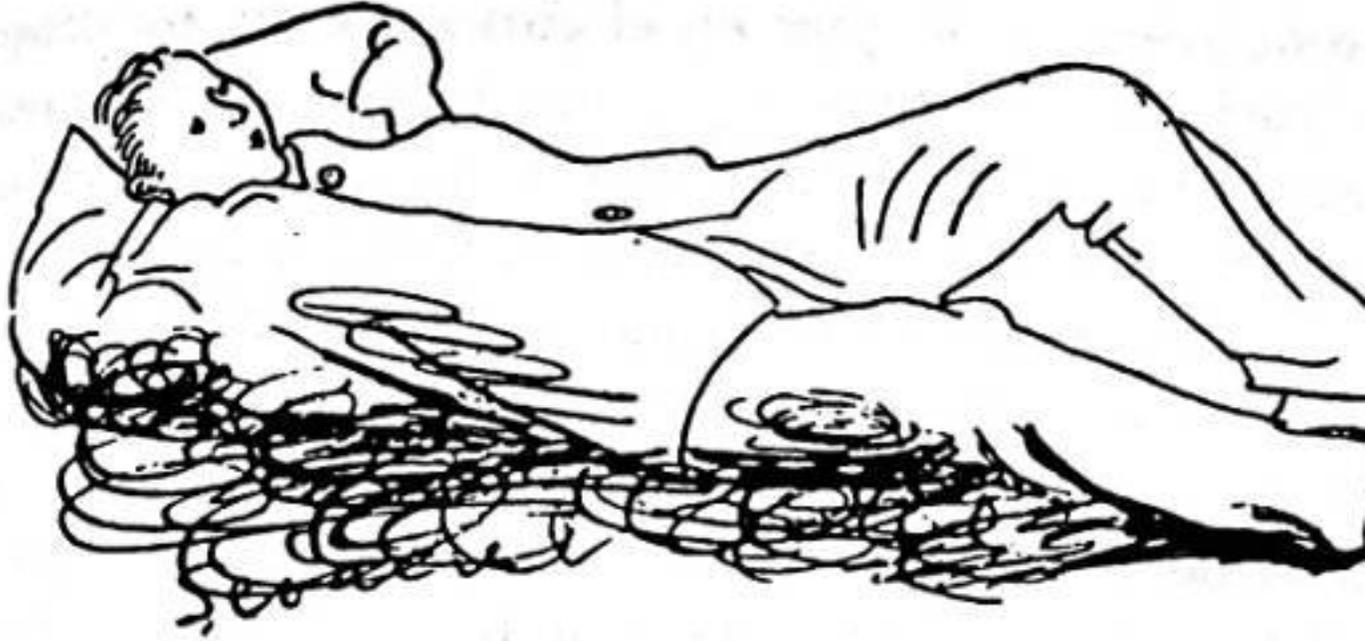
—¡Mi pobre Pierre! —Rirette le había tomado la mano.

—Le diré —dijo Pedro—, que lo lamento sobre todo por ella. Necesitaba aire y sol. Pero, puesto que lo ha decidido así... Mi madre me hacía escenas espantosas —continuó—. La villa es suya y no quería que llevara allí a una mujer.

—¿Ah? —dijo Rirette con voz entrecortada—, ¿ah? Entonces está muy bien; ¡todo el mundo contento!

Dejó caer la mano de Pierre y se sintió, sin saber por qué, invadida por un amargo pesar.

## **La infancia de un jefe**



“Estoy adorable con mi vestidito de ángel.” La señora Portier había dicho a mamá: “Su chiquito es delicioso. Está adorable con su vestidito de ángel”. El señor Bouffardier atrajo a Luciano a sus rodillas y le acarició los brazos: “Es una verdadera niña, dijo sonriendo. ¿Cómo te llamas? ¿Jacobita, Luciana, Margarita?” Luciano se puso rojo y dijo: “Me llamo Luciano”. No estaba completamente seguro de no ser una niña: muchas personas le besaban llamándole señorita, todo el mundo encontraba que estaba tan encantador con sus alas de gasa, su largo traje azul, sus brazos desnudos y sus bucles rubios; tenía miedo de que la gente decidiera de pronto que ya no era un niño; podía protestar, nadie le escucharía, ya no le permitirían dejar su traje sino para dormir y por la mañana al despertarse lo encontraría al pie de su cama y cuando quisiera hacer pipí en el curso del día tendrían que levantarlo como a Nénette y sentarle sobre los talones. Todo el mundo le diría: mi linda queridita; quizá ya ha pasado eso y soy una niña; se sentía tan dulce por dentro que era un poco repugnante y su voz salía aflautada de sus labios y ofrecía las flores a todo el mundo con gestos amanerados; tenía deseos de besarse la sangre del codo. Pensó: Esto no es de veras. Le gustaba mucho cuando no era de veras, pero se había divertido todavía más el martes de carnaval: lo habían vestido de pierrot y había corrido y gritado saltando con Rirí y se habían escondido debajo de la mesa. Su mamá le dio un ligero golpe con los impertinentes: “Estoy orgullosa de mi muchachito”. Era imponente y bella, era la más gruesa y la más alta, de todas las señoras. Cuando pasó delante de la larga mesa cubierta con un mantel blanco, su papá que bebía una copa de champagne le levantó del suelo diciendo: “Mi hombrecito”; Luciano tenía ganas de llorar y de decir “no”; pidió naranjada porque estaba helada y se le había prohibido beberla. Pero le sirvieron dos dedos en un vaso muy pequeño. Tenía un gusto pegajoso y no estaba tan helada. Luciano se puso a pensar en las naranjadas con aceite de ricino que le hicieron tragar cuando estaba tan

enfermo. Estalló en sollozos y encontró muy consolador que lo sentaran entre papá y mamá en el automóvil. Mamá estrechaba a Luciano contra ella. Estaba cálida y perfumada, toda de seda. De tiempo en tiempo el interior del auto se ponía blanco como la tiza. Luciano guiñaba los ojos, las violetas que mamá llevaba en su corpiño salían de la sombra y Luciano respiraba de pronto su olor. Sollozaba todavía un poco, pero se sentía húmedo y complacido, apenas un poco pegajoso como la naranjada. Le hubiera gustado chapotear en su bañaderita y que mamá lo lavara con la esponja de goma. Se le permitió acostarse en la pieza de papá y mamá como cuando era bebé; rió e hizo rechinar los resortes de su camita y papá dijo: “Este chico está sobreexcitado”. Bebió un poco de agua de azahar y vio a papá en mangas de camisa.

Al día siguiente Luciano estaba seguro de haber olvidado algo. Se acordaba muy bien del sueño que había tenido: papá y mamá llevaban trajes de ángeles, Luciano estaba sentado totalmente desnudo en el servicio, jugaba con el tambor, papá y mamá daban vueltas a su alrededor; era una pesadilla. Pero antes del sueño, había habido algo, debió despertarse. Cuando trataba de recordar, veía un largo túnel negro iluminado por una lamparita azul, muy parecida al velador que se encendía por las noches en la habitación de sus padres. En el fondo de esta noche sombría y azul pasó algo —una cosa blanca—. Se sentó en el suelo, a los pies de mamá y tomó su tambor. Mamá le dijo: “¿Por qué me miras con esos ojos, monadita?” El bajó los ojos y golpeó en su tambor gritando: “¡Bum, bum, tarambum!” Pero cuando ella volvió la cabeza se puso a mirarla minuciosamente, como si la viera por primera vez. Reconocía el traje azul estampado de rosas, también la cara. Sin embargo no era lo mismo. De pronto pensó que ya estaba, si pensaba un poquitito iba a encontrar lo que buscaba. El túnel se iluminó con una pálida luz gris y vio algo que se movía. Luciano tuvo miedo y gritó, el túnel desapareció: “¿Qué tienes, queridito?” —dijo mamá—. Se había arrodillado a su lado y parecía inquieta. “Me divierto”, dijo Luciano. Mamá olía bien, pero él tenía miedo que lo tocara, le parecía rara, papá también, por lo demás. Decidió que fío iría nunca más a dormir a la habitación de ellos.

En los días siguientes, mamá no notó nada. Luciano estaba siempre entre sus faldas, como de costumbre, y charlaba con ella como un verdadero hombrecito. Le pidió que le contara *Caperucita roja* y mamá le subió sobre las rodillas. Le habló del lobo y de la abuela de Caperucita roja, con un dedo levantado sonriente y grave. Luciano la miraba, decía: “Y después”, y algunas veces le tocaba los bucles que ella tenía en el cuello; pero no la escuchaba: se preguntaba si era ésa su verdadera mamá. Cuando terminó su historia le dijo: “Mamá, cuéntame de cuando tú eras chiquita”. Y mamá contó: pero quizá mentía. Tal vez era antes un varoncito al que lo habían vestido como a Luciano la otra tarde y ella había continuado llevando esa ropa para parecer una niña. Tanteó suavemente sus bellos brazos gruesos que, bajo la seda, eran suaves como manteca. ¿Qué ocurriría si se le sacara la ropa a mamá y se le pusieran los pantalones de papá? Quizá le crecería en seguida un bigote negro. Apretó el brazo de mamá con todas sus fuerzas; tenía la impresión de que iba a transformarse bajo sus ojos en una bestia horrible —tal vez a convertirse en una mujer con barba como la mujer de la feria—. Ella rió, abriendo mucho la boca y Luciano vio su lengua rosada y el fondo de su garganta: era sucio, tenía ganas de escupir adentro. “¡Ahaha!, decía mamá, cómo me aprietas, mi hombrecito. Apriétame bien fuerte, tanto como me quieres.” Luciano tomó una de las bellas manos con anillos de plata y la cubrió de besos. Pero al día siguiente cuando ella estaba sentada a su lado y le tenía las manos, mientras él estaba en el servicio y le decía: “¡Haz fuerza Luciano, haz fuerza, mi tesorito, te lo ruego!” él dejó de pronto de hacer fuerza y le preguntó un poco sofocado: “Pero, por lo

menos, ¿eres de veras mi verdadera mamá?” Ella le dijo: “¡Tontuelo!” Y le preguntó si eso no iba a salir rápido. A partir de ese día Luciano quedó persuadido de que ella representaba una comedia y no le dijo nunca más que se casaría con ella cuando fuera grande. Pero él no sabía cuál era esa comedia: pensaba que la noche del túnel habían venido ladrones a llevarse a papá y a mamá de sus camas y que habían dejado a éstos dos en su lugar. O también que eran realmente papá y mamá de verdad; pero que durante el día representaban un papel y de noche eran totalmente distintos. Luciano apenas se sorprendió la noche de Navidad cuando se despertó sobresaltado y los vio poner los juguetes en la chimenea. Al día siguiente hablaron de papá Noel y Luciano se hizo el que les creía: pensaba que estaba en su papel, habían debido robar los juguetes. En febrero tuvo la escarlatina y se divirtió mucho.

Cuando se curó, tomó la costumbre de jugar al huérfano. Se sentaba en medio del césped, bajo el castaño, se llenaba las manos de tierra y pensaba: “Seré un huérfano, me llamaré Luis. Hará seis días que no como”. La niñera Germana lo llamó para el almuerzo y, en la mesa, continuó jugando; papá y mamá no notaron nada. Había sido recogido por unos ladrones que querían hacer de él un ratero. Cuando hubiera almorzado se escaparía e iría a denunciarlos. Comía y bebía muy poco: había leído en *El albergue del Ángel Guardián* que la primera comida de un hombre hambriento debía ser muy ligera. Era divertido porque todo el mundo jugaba. Papá y mamá jugaban a ser papá y mamá; mamá jugaba a atormentarse porque su monadita comía muy poco; papá jugaba a leer el periódico y a agitar de vez en cuando su dedo ante la cara de Luciano diciendo: “¡Vaya un hombrecito!”. Y Luciano también jugaba, pero terminó por no saber exactamente a qué. ¿Al huérfano? ¿O a ser Luciano? Miró la jarra. Había una lucecita roja que bailaba en el fondo del agua y se hubiera jurado que la mano de papá estaba dentro de la jarra, enorme y luminosa con pelitos negros sobre los dedos. Luciano tuvo de pronto la impresión de que la jarra también jugaba a ser una jarra. Finalmente tocó apenas los platos y tuvo tanta hambre por la tarde que necesitó robar una docena de ciruelas y estuvo a punto de indigestarse. Pensó que ya era suficiente de jugar a ser Luciano.

Sin embargo no podía evitarlo y le parecía que jugaba todo el tiempo. Hubiera querido ser como el señor Bouffardier que era tan feo y tan serio. El señor Bouffardier, cuando venía a comer, se inclinaba sobre la mano de mamá y decía: “Mis respetos, querida señora” y Luciano se plantaba en medio del salón y lo miraba con admiración. Pero nada de lo que le ocurría a Luciano era serio. Cuando se caía y se hacía un chichón, dejaba algunas veces de llorar y se preguntaba: “¿Tengo verdaderamente nana?”. Entonces se sentía todavía más triste y sus lágrimas volvían con más fuerza. Cuando besó la mano de mamá, diciendo: “Mis respetos, querida señora”, mamá le despeinó los cabellos diciéndole: “No está bien mi ratoncito, no debes burlarte de las personas grandes”. Y se sintió muy descorazonado. Sólo el primero y el tercer viernes del mes se le daba alguna importancia. Esos días venían muchas señoras a ver a mamá y siempre había dos o tres que estaban de luto; a Luciano le agradaban las señoras de luto, sobre todo cuando tenían los pies grandes. En general le agradaban los grandes porque eran muy respetables —nunca pensaba uno que ellos se ensuciaran en la cama—, ni hicieran cualquiera de esas cosas que hacen los niñitos, porque tienen tantas ropas sobre el cuerpo y tan oscuras, que no se puede ni imaginar lo que hay debajo de ellas. Cuando están juntos comen de todo y hablan y hasta sus mismas risas son graves; es hermoso como durante la misa. Trataban a Luciano como un personaje. La señora Couffin alzaba a Luciano sobre sus rodillas, y le palpaba las pantorrillas, declarando: “Es el más lindo chiquito que he visto. Entonces lo interrogaba sobre sus

gustos, lo besaba y le preguntaba lo que haría más tarde. Él contestaba a veces que sería un gran general como Juana de Arco y que quitaría Alsacia y Lorena a los Alemanes; y a veces que quena ser misionero. Mientras hablaba creía lo que decía. La señora Besse era una mujer alta y fuerte con bigotito. Derribaba a Luciano haciéndole cosquillas y diciéndole: Mi muñequita”. Luciano estaba encantado, se reía de gusto y se retorció bajo las cosquillas; pensaba que era una muñequita, una encantadora muñequita para personas grandes. Le hubiera gustado que la señora Besse lo desvistiera) lo lavara y lo hiciera hacer nono en una cunita chiquita como a un bebé de goma. Algunas veces la señora Besse decía: “¿Sabe hablar, muñeca?”. Y le apretaba de pronto el estómago. Entonces Luciano hacía como si fuera una muñeca mecánica y decía: “Cuic” con voz ahogada, y los dos reían.

El señor cura que venía a almorzar a la casa todos los sábados, le preguntó si quería mucho a su mamá. Luciano adoraba a su linda mamá y a su papá que era tan fuerte y tan bueno. Contestó: “Sí”, mirando al señor Cura en los ojos, con un airecito atrevido que hizo reír a todo el mundo. El señor cura tenía la cabeza como una frambuesa, roja y grumosa con un pelo sobre cada grumo. Dijo a Luciano que estaba bien y que era necesario que quisiera siempre mucho a su mamá; después le preguntó a quién prefería Luciano, si a mamá o al buen Jesús. Luciano no pudo encontrar de inmediato la respuesta y se puso a sacudir sus bucles y a dar puntapiés en el aire gritando: “¡Bum tarambum!” y los grandes continuaron su conversación como si no existiera. Corrió al jardín y se deslizó fuera por la puerta de atrás; había llevado su bastoncito de junco. Naturalmente Luciano no debía nunca salir del jardín, estaba prohibido; de ordinario Luciano era un niño muy educado, pero ese día tenía ganas de desobedecer. Miró con desconfianza el gran matorral de ortigas, se veía bien que era un lugar vedado, la pared estaba negruzca, las ortigas eran plantas malas y perjudiciales, un perro había hecho lo suyo precisamente al pie de las ortigas, se sentía el olor de la planta, de la inmundicia del perro y del vino caliente. Luciano azotó las ortigas con su bastón gritando: “Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá”. Veía las ortigas rotas que colgaban destrozadas dando un jugo blanco; sus tallos blancuzcos y velludos se habían deshinchado al romperse, escuchaba una vocecita solitaria que gritaba: “Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá”, había un moscón azul que zumbaba: era una mosca de la caca, Luciano les tenía miedo, y un olor prohibido, poderoso, pútrido y tranquilo le llenaba la nariz. Repitió: “Quiero a mi mamá”, pero su voz le pareció extraña; tuvo un miedo espantoso y huyó de una carrera hasta el salón. Desde ese día comprendió que no quería a su mamá. No se sentía culpable, pero redobló sus amabilidades porque pensaba que se debía aparentar toda la vida que uno amaba a los padres, si no uno era un desagradable muchachito. La señora Fleurier notaba a Luciano más y más tierno y justamente ese verano estalló la guerra y papá fue a batirse y mamá era feliz en medio de su desgracia al ver que Luciano la atendía tanto. A mediodía, cuando descansaba en el jardín en su hamaca, porque se sentía muy desgraciada, él corría a buscarle un almohadón y se lo deslizaba bajo la cabeza o bien le ponía una manta sobre las piernas y ella se defendía riendo: “Pero si tendré mucho calor, hombrecito mío, eres demasiado amable”. El la besaba con ardor, sin aliento, diciéndole: “¡Mi mamá mía!” e iba a sentarse al pie del castaño.

Dijo: “Castaño”, y esperó. Pero nada sucedió. Mamá estaba acostada en el corredor, pequeña en el fondo de un pesado silencio sofocante. Se sentía olor a hierbas calientes, hubiera podido jugar a ser un explorador en la selva virgen; pero Luciano no tenía ya ganas de jugar. El aire temblaba por encima de la cresta roja del muro y el sol ponía manchas brillantes sobre la tierra y sobre las manos de Luciano. “Castaño.” Era chocante: cuando Luciano decía a su mamá: “Mi linda mamá mía” mamá sonreía y cuando llamó a Germana:

sargenta, Germana lloró y se quejó a mamá. Pero cuando uno decía “castaño” no ocurría nada. Farfulló entre dientes: “Sucio árbol”, no estaba muy tranquilo, pero como el árbol no se movió repitió más fuerte: “Sucio árbol, sucio castaño, espera y verás, espera un poco” y le dio algunos puntapiés. Pero el árbol permaneció tranquilo, tranquilo —como si fuera de madera—. A la noche, durante la comida, Luciano dijo a su mamá: “Sabes mamá, pues bueno, los árboles son de madera”, haciendo una carita asombrada que a mamá le gustaba mucho. Pero mamá no había recibido carta por el correo de mediodía. Y dijo secamente: “No te hagas el imbécil”. Luciano se convirtió en un pequeño rómpele-todo. Rompió todos sus juguetes para ver cómo estaban hechos. Cortó los brazos de un sillón con una vieja navaja de papá, tiró la tanagra del salón para ver si era hueca o si tenía algo adentro; cuando se paseaba decapitaba las plantas y las flores con su bastón; siempre quedaba profundamente desencantado; las cosas eran estúpidas, no existían de verdad. A menudo mamá le preguntaba mostrándole flores o árboles; “¿Cómo se llama esto?” pero Luciano sacudía la cabeza y contestaba: “Eso no es nada, eso no tiene nombre”. Nada de esto valía la pena de fijarse en ello. Era mucho más divertido arrancar las patas de una langosta porque vibraban entre los dedos como trompos y cuando se le apretaba el vientre salía una crema amarilla. Pero, de igual modo, las langostas no gritaban. Luciano hubiera querido hacer sufrir a uno de esos animales que gritan cuando se les hace mal, un pollo, por ejemplo, pero no se atrevía a acercarse. El señor Fleurier volvió en el mes de marzo, porque era un jefe y el general le dijo que sería más útil a la cabeza de su fábrica que en las trincheras como cualquier otro. Encontró a Luciano muy cambiado y dijo que no reconocía ya a su hombrecito. Luciano había caído en una especie de somnolencia; respondía lentamente, tenía siempre un dedo en la nariz, o bien soplaba sobre sus dedos y se ponía a olerlos y era necesario suplicarle para que moviera el vientre. Ahora iba solo al baño; era necesario simplemente que dejara la puerta entreabierta y de tiempo en tiempo mamá o Germana venían a estimularlo. Se quedaba horas enteras sobre el servicio y una vez se aburría de tal modo que se durmió. El médico dijo que crecía demasiado rápidamente y prescribió un reconstituyente. Mamá quiso enseñar a Luciano juegos nuevos, pero Luciano encontraba que ya jugaba bastante y que todos los juegos se equivalían, eran siempre la misma cosa. Se enfurruñaba a menudo; también era un juego pero más bien divertido. Se preocupaba a mamá, uno se sentía triste y rencoroso, se ponía un poco sordo con la boca cosida y los ojos brumosos, por dentro se sentía tibio y hueco como cuando se está por las noches bajo las mantas y se siente el propio olor; uno estaba solo en el mundo. Luciano no podía salir de sus enfurruñamientos y cuando papá tomaba su voz burlona para decirle: “Estás enfadado”, Luciano se tiraba al suelo sollozando. Todavía iba a menudo al salón cuando mamá recibía, pero desde que le habían cortado los bucles las personas grandes se ocupaban menos de él o lo hacían para enseñarle moral y contarle historias instructivas. Cuando su primo Rirí vino a Ferolles debido a los bombardeos, con tía Berta, su linda mamá, Luciano trató de enseñarle a jugar. Pero Rirí estaba demasiado ocupado en detestar a los boches y además olía a bebé aunque tuviera seis meses más que Luciano; tenía algunas pecas en la cara y no siempre comprendía bien. No obstante, fue a él a quien Luciano confió que era sonámbulo. Algunas personas se levantan de noche y hablan y pasean dormidas: Luciano lo había leído en *El pequeño explorador* y pensó que debía haber un verdadero Luciano que caminaba, hablaba y amaba de verdad a sus padres durante la noche, sólo que cuando llegaba la mañana olvidaba todo y comenzaba a hacer como que era Luciano. Al principio Luciano no creía más que a medias en esta historia, pero un día fueron cerca de las ortigas y Rirí mostró su pipí a Luciano y le dijo: “Mira que grande es;

soy un muchacho grande. Cuando sea mucho más grande seré un hombre e iré a batirme contra los baches en las trincheras”. Luciano encontró muy raro a Rirí y tuvo un acceso de risa loca. “Muéstrame el tuyo”, dijo Rirí. Compararon y el de Luciano era el más pequeño, pero Rirí hacía trampas, tiraba del suyo para alargarlo. “El mío es el más grande” dijo Rirí. “Sí, pero yo soy sonámbulo”, dijo tranquilamente Luciano. Rirí no sabía lo que era un sonámbulo y Luciano tuvo que explicárselo. Cuando terminó pensó: “Entonces es verdad que soy sonámbulo” y tuvo terribles deseos de llorar. Como se acostaban en la misma cama convinieron en que la noche siguiente Rirí se quedaría despierto y observaría bien a Luciano cuando Luciano se levantara y recordaría todo lo que Luciano dijera. “Me despertarás al cabo de un momento, dijo Luciano, para ver si recuerdo lo que he hecho.” Por la noche, Luciano, que no podía dormirse, escuchó ronquidos agudos y tuvo que despertar a Rirí. “Zanzíbar” dijo Rirí. “Despiértate Rirí, debes mirarme cuando me levante.” “Déjame dormir”, dijo Rirí con voz pastosa. Luciano lo sacudió y lo pellizó bajo la camisa; Rirí se puso a gimotear y él permaneció despierto, con una rara sonrisa. Luciano pensó en una bicicleta que debía comprarle su papá, escuchó el silbido de una locomotora y después de pronto la sirvienta entró y corrió las cortinas; eran las ocho de la mañana. Nunca supo Luciano lo que había hecho durante la noche. El buen Jesús lo sabía, porque el buen Jesús lo veía todo. Luciano se arrodillaba en el reclinatorio y se esforzaba en estar quieto para que su mamá lo felicitara a la salida de misa, pero detestaba al buen Dios: el buen Dios sabía más sobre Luciano que Luciano mismo. Sabía que Luciano no amaba a su mamá ni a su papá, que se hacía el bien educado y que por la noche tocaba su pipí en la cama. Felizmente el buen Jesús no podía acordarse de todo porque había demasiados niñitos en el mundo. Cuando Luciano se golpeaba la frente diciendo “Picotin” el buen Jesús olvidaba de pronto todo lo que había visto. Luciano trató también de persuadir al buen Jesús de que amaba a su mamá. De tiempo en tiempo decía mentalmente: “Cómo quiero a mi querida mamá”. Había siempre en él un rinconcito que no estaba muy persuadido y naturalmente el buen Jesús veía ese rinconcito. En ese caso era Él quien ganaba. Pero a veces se podía absorber completamente en lo que decía. Uno pronunciaba muy rápidamente: “¡Oh, cómo quiero a mamá!” articulando muy bien y veía la cara de mamá y se sentía todo enternecido; uno pensaba vagamente que el buen Jesús miraba y después ni siquiera pensaba en esto, uno estaba espeso de ternura y luego estaban las palabras que bailaban en los oídos: mamá, *mamá*, MAMA. Claro que esto no duraba sino un momento, como cuando Luciano trataba de mantener una silla en equilibrio sobre dos patas. Pero si justamente en ese momento se pronunciaba “Pacota” el buen Jesús quedaba burlado. No había visto más que el bien y lo que había visto se grababa para siempre en Su memoria. Pero Luciano se cansó de este juego porque era necesario hacer mucho esfuerzo y finalmente nunca sabía si el buen Dios había ganado o perdido. Luciano no se ocupó más de Dios. Cuando hizo su primera comunión el señor cura dijo que era el muchachito más discreto y piadoso de todo el catecismo. Luciano comprendía rápidamente y tenía buena memoria, pero su cabeza estaba llena de niebla.

El domingo aclaraba. Las nieblas se desgarraban cuando Luciano se paseaba con papá por el camino de París. Llevaba su lindo trajecito marinero y encontraban a los obreros de papá que saludaban a papá y a Luciano. Papá se acercaba a ellos y ellos decían: “Buen día, señor Fleurier”, y también: “Buen día, señorito”. A Luciano le gustaban mucho los obreros porque eran personas grandes pero no como las otras. En primer lugar le llamaban: señor. Y después llevaban gorras y tenían gruesas manos de uñas cortas que parecían siempre enfermas y agrietadas... Eran responsables y respetuosos. No era posible

tirar del bigote del tío Bouligaud: papá reñiría a Luciano, pero el tío Bouligaud para hablar a papá se sacaba la gorra y papá y Luciano conservaban sus sombreros sobre sus cabezas y papá hablaba con una gruesa voz cordial y brusca: “Y bueno, tío Bouligaud, espera usted a su hijo, ¿cuándo tendrá permiso?”. “A fin de mes, señor Fleurier, gracias señor Fleurier.” El tío Bouligaud parecía muy feliz y no se permitía dar una palmada en el trasero de Luciano llamándolo sapo, como el señor Bouffardier. Luciano detestaba al señor Bouffardier porque era demasiado feo. Pero cuando veía al tío Bouligaud se sentía enternecido y tenía ganas de ser bueno. Una vez, de regreso del paseo, papá subió a Luciano sobre sus rodillas y le explicó lo que era un jefe. Luciano quiso saber cómo hablaba papá a los obreros cuando estaba en la fábrica y papá le enseñó cómo había que hacerlo y su voz estaba totalmente cambiada. “¿Me convertiré yo también en un jefe?” preguntó Luciano. “Pero seguramente, hombrecito mío, para eso te hice.” “¿Y a quién mandaré?” “Pues bueno, cuando me haya muerto, serás el patrón de mi fábrica y mandarás a mis obreros.” “Pero habrán muerto también.” “Pues bueno, mandarás a sus hijos, y es necesario que sepas hacerte obedecer y querer.” “¿Y cómo me haré querer, papá?” Papá reflexionó un poco y dijo: “En primer lugar es necesario que los conozcas a todos por su nombre”. Luciano quedó profundamente emocionado y cuando el hijo del contramaestre Morel fue a casa a anunciar que su padre se había cortado dos dedos. Luciano le habló seria y dulcemente mirándolo en los ojos y llamándolo Morel. Mamá dijo que estaba orgullosa de tener un muchachito tan bueno y tan sensible. Después vino el armisticio, papá leía el diario en voz alta todas las noches, todo el mundo hablaba de los rusos, y del gobierno alemán y de las reparaciones y papá mostraba los países en un mapa a Luciano: Luciano pasó el año más aburrido de su vida, prefería cuando estaban en guerra; ahora todo el mundo parecía desocupado y la luz que se veía en los ojos de la señora Coffin se había extinguido. En octubre de 1919 la señora Fleurier le hizo seguir, como externo, los cursos de la escuela San José.

Hacía calor en el escritorio del abate Geromet. Luciano estaba de pie cerca del sillón del señor abate, había puesto sus manos detrás de la espalda y se aburría de firme: “¿No se irá a marchar pronto mamá?” Pero la señora Fleurier no pensaba todavía en irse. Estaba sentada en la punta de un sillón verde y tendía su amplio pecho hacia el señor abate: hablaba muy rápidamente y tenía su voz musical de cuando estaba enojada y no quería demostrarlo. El señor abate hablaba lentamente y las palabras parecían mucho más largas en su boca que en la de otra persona; hubiérase dicho que las chupaba un poco como a los caramelos, antes de dejarlas pasar. Explicaba a mamá que Luciano era un buen muchachito, cortés y trabajador, pero terriblemente indiferente a todo y la señora Fleurier dijo que estaba muy desilusionada porque había pensado que un cambio de ambiente le haría bien. Preguntó si por lo menos jugaba durante los recreos. “Ay señora, contestó el buen padre, los mismos juegos no parecen interesarle mucho. En ocasiones es turbulento y aun violento pero se cansa pronto; creo que le falta perseverancia.” Luciano pensó: “Hablan de mí”. Eran dos personas grandes y él era el tema de la conversación, como si fuera la guerra, el gobierno alemán o el señor Poincaré: tenían aire grave y razonaban sobre su caso. Pero ni si quiera esta idea le causó placer. Sus oídos estaban llenos de las palabritas cantantes de su madre, de las palabras chupadas y pegajosas del señor abate; tenía ganas de llorar. Felizmente sonó la campana y le devolvieron su libertad. Pero durante la clase de geografía estaba muy nervioso y pidió al abate Jasquin permiso para ir al servicio porque tenía necesidad de moverse.

Al principio la soledad, la frescura y el buen olor del servicio lo calmaron. Se había acuclillado por tranquilizar su conciencia, pero no tenía ganas; levantó la cabeza y se puso a

leer las inscripciones con que estaba cubierta la puerta. Habían escrito con lápiz azul: “Barataud es una chinche”. Luciano sonrió: era cierto, Barataud era una chinche, era minúsculo y se decía que crecería algo más, muy poco, porque su papá era chiquito, casi un enano. Luciano se preguntó si Barataud habría leído esa inscripción, pensó que no, de otro modo la hubiera borrado. Barataud se habría chupado el dedo y frotado las letras hasta que desaparecieran. Luciano se regocijó un poco al imaginar que Barataud iría al servicio a las cuatro, bajaría su pequeño pantalón de terciopelo y leería: “Barataud es una chinche”. Tal vez nunca había pensado que era tan pequeño, Luciano se prometió llamarlo chinche desde la mañana siguiente en el recreo. Se levantó y leyó en la pared de la derecha otra inscripción trazada con la misma escritura azul: “Luciano Fleurier es un gran espárrago”. La borró cuidadosamente y volvió a la clase. “Es verdad, pensó mirando a sus camaradas, todos son más chicos que yo.” Se sintió incómodo. “Gran espárrago.” Estaba sentado en su escritorio de madera de las Islas. Germana estaba en la cocina, mamá no había vuelto aún. Escribió: “gran espárrago” sobre una hoja en blanco para corregir la ortografía. Pero las palabras le parecieron demasiado conocidas y no le produjeron ningún efecto. Llamó: “Germana, mi buena Germana.” “¿Qué quiere ahora?”, preguntó Germana. “Germana, querría que escribiera en este papel: Luciano Fleurier es un gran espárrago”. “¿Está loco, señor Luciano?”. Él le rodeó el cuello con los brazos: “Germana, Germanita, ¡sea buena!” Germana se echó a reír y se enjugó los dedos grasientos en el delantal. Mientras escribía, él no la miraba, pero en seguida se llevó la hoja a su habitación y la contempló largamente. La escritura de Germana era puntiaguda. Luciano creyó escuchar una voz seca que le decía al oído: “gran espárrago”. Pensó: “Soy grande”. Estaba lleno de vergüenza: grande como Barataud era chico y los otros se burlaban a su espalda. Era como si lo hubieran encantado: hasta entonces le había parecido natural ver a sus camaradas de arriba abajo. Pero ahora le parecía que lo habían condenado de pronto a ser grande para el resto de sus días. Por la noche preguntó a su padre si podría achicarse si lo deseaba con todas sus fuerzas. El señor Fleurier dijo que no: todos los Fleurier eran grandes y fuertes y Luciano crecería aún. Luciano quedó desesperado. Cuando su madre lo hubo acostado se levantó y fue a mirarse al espejo: “Soy grande”. Pero era lindo mirarse, eso no se notaba, no parecía ni grande ni chico. Levantó un poco el camisón y vio sus piernas: entonces se imaginó que Costil decía a Hebrard: “Mira, mira las largas piernas del espárrago”. Y eso le hizo mal. Hacía frío, Luciano se estremeció y alguien dijo: “El espárrago tiene carne de gallina”. Luciano levantó más todavía la falda de su camisón y todos vieron su ombligo y todo lo suyo y después corrió y se deslizó en la cama. Cuando metió la mano bajo el camisón pensó que Costil lo veía y decía: “¡Miren un poco lo que hace el gran espárrago!”. Se agitó y se volvió en la cama murmurando: “¡Gran espárrago! ¡Gran espárrago!” hasta que hizo nacer bajo sus dedos una pequeña comezón acidulada.

Los días siguientes tuvo ganas de pedir permiso al señor abate para sentarse en el fondo de la clase. Debido a Boisset, a Winckelmann y a Costil que estaban detrás y le podían mirar la nuca. Luciano sentía su nuca, pero no la veía y a menudo la olvidaba. Pero mientras contestaba lo mejor que podía al señor abate y recitaba la tirada de don Diego, los otros estaban detrás y miraban su nuca y podían burlarse pensando: “Qué flaca es. ¡Tiene dos cordones en el cuello!” Luciano se esforzaba en engolar la voz y expresar la humillación de don Diego. Con su voz hacía lo que quería, pero su nuca estaba siempre allí, apacible e inexpresiva como alguien que descansa y Boisset la veía. No se atrevió a cambiar de lugar porque el último banco estaba reservado para los malos; pero la nuca y los omoplatos le picaban todo el tiempo y se veía obligado a rascarse sin cesar. Luciano

inventó un nuevo juego: por la mañana cuando tomaba su ducha solo en el baño, como un grande, imaginaba que alguien le miraba por el agujero de la cerradura, a veces Costil, a veces el tío Bouligaud, a veces Germana. Entonces se volvía en todas direcciones para que lo vieran de todos lados y a veces daba vuelta su trasero hacia la puerta y se ponía en cuatro pies para que quedara bien combado y bien ridículo; el señor Bouffardier se aproximaba muy despacio para ponerle una lavativa. Un día que estaba en el baño escuchó algunos crujidos; era Germana que enceraba el pasillo. Su corazón dejó de latir, abrió suavemente la puerta y salió con el pantalón sobre los talones y la camisa arrollada alrededor de la cintura. Se veía obligado a dar pequeños saltos para avanzar sin perder el equilibrio. Germana levantó sobre él una mirada plácida: “¿Está por correr una carrera de embolsados?”, preguntó. Él se subió rabiosamente el pantalón y corrió a echarse sobre la cama. La señora Fleurier estaba desolada, a menudo decía a su marido: “¡Mira que aire torpe tiene, tan gracioso que era cuando chiquito! ¿No es Una lástima?”. El señor Fleurier arrojaba una mirada distraída sobre Luciano y respondía: “Es la edad”. Luciano no sabía qué hacer de su cuerpo; cualquier cosa que emprendiera tenía la impresión de que ese cuerpo estaba dispuesto a existir por todas partes a la vez, sin pedirle su opinión. Luciano se complacía en imaginar que era invisible y luego tomó la costumbre de mirar por el ojo de la cerradura para vengarse y ver cómo estaban hechos los otros, sin que lo supieran. Vio a su madre mientras se lavaba, estaba sentada en el *bidet*, tenía aire adormecido y seguramente había olvidado totalmente su cuerpo y aun su cara porque pensaba que nadie la veía. La esponja iba y venía sola sobre esa carne abandonada; tenía movimientos perezosos y hacía la impresión de que iba a detenerse en la mitad del camino. Mamá frotó un trapo con un pedazo de jabón y su mano desapareció entre sus piernas. Su rostro era reposado, casi triste, seguramente pensaba en otra cosa, en la educación de Luciano o en el señor Poincaré. Pero durante ese tiempo ella *era* esa gorda masa rosada, ese cuerpo voluminoso que se aplastaba sobre la losa del *bidet*. Otra vez Luciano se quitó los zapatos y subió hasta la bohardilla. Vio a Germana. Llevaba un largo camisón verde que le caía hasta los pies, se peinaba ante un pequeño espejo redondo y sonreía dulcemente a su imagen. A Luciano le dio una risa loca y tuvo que bajar rápidamente. Después se hacía sonrisas y aun muecas ante el espejo del salón, y al cabo de un rato lo asaltaban miedos espantosos.

Luciano terminó por adormecerse con frecuencia; pero nadie lo advirtió, salvo la señora Coffin que le llamaba su bello del bosque durmiente; una gran bola de aire que no podía ni tragar ni escupir le mantenía siempre la boca entreabierta; era *su bostezo*; cuando estaba solo la bola crecía, acariciándole suavemente el paladar y la lengua; su boca se abría muy grande y las lágrimas rodaban por sus mejillas: eran momentos muy agradables. Ya no se divertía tanto cuando estaba en el baño, pero en cambio le gustaba mucho estornudar, eso le despertaba y durante un momento miraba a su alrededor con aire animado, después se amodorraba de nuevo. Aprendió a conocer las diversas clases de sueño: en invierno, se sentaba delante de la chimenea y tendía la cabeza hacia el fuego; cuando estaba bien roja y bien asada, se vaciaba de golpe; llamaba a eso: “dormirse por la cabeza”. El domingo por la mañana, al contrario, se dormía por los pies: entraba en el baño, se inclinaba lentamente y el sueño subía a lo largo de sus piernas y de sus costados chapoteando; por encima del cuerpo adormecido, totalmente blanco e hinchado debajo del agua, y que parecía un pollo hervido, reinaba una cabecita rubia, llena de palabras sabias, templum, templi, templo, seísmo, iconoclasta. En clase el sueño era blanco, atravesado de relámpagos: “¿Qué quiere usted que haga contra tres?”. Primero Luciano Fleurier. “¿Qué es el Tercer Estado?: nada”. Primero Luciano Fleurier, segundo Winckelmann. Pellereau fue el primero en álgebra; no

tenía más que un testículo, el otro no había bajado; hacía pagar diez centavos por verlo y cincuenta por tocarlo. Luciano dio los cincuenta centavos, dudó, extendió la mano y la retiró sin tocar, pero luego su arrepentimiento fue tan vivo que lo mantuvo a veces hasta una hora despierto. Era menos bueno en geología que en historia, primero Winckelmann, segundo Fleurier. El domingo iba a pasearse en bicicleta con Costil y Winckelmann. A través de campiñas rojizas que el calor abrumaba, los ciclistas se deslizaban sobre la suave tierra; las piernas de Luciano eran vivas y musculosas pero el olor adormecedor del camino se le subía a la cabeza, se inclinaba sobre su manubrio, los ojos se le nublaban y se cerraban a medias. Tuvo tres veces seguidas el primer premio. Le dieron *Fabiola, o la Iglesia de las catacumbas*, *El genio del cristianismo* y la *Vida del cardenal Lavigerie*. Cuando regresó de las vacaciones, Costil les enseñó a todos el *De profundis morpionibus* y *El artillero de Metz*. Luciano decidió hacerlo mejor y consultó el Larousse médico de su padre en el artículo “útero”; luego les explicó cómo estaban hechas las mujeres y hasta les hizo unos croquis en el pizarrón y Costil declaró que era para vomitar; pero desde entonces no pudieron oír hablar de trompas sin estallar de risa, y Luciano pensaba con satisfacción que en toda Francia no se encontraría un alumno de segundo y quizá ni aun de retórica que conociera tan bien como él los órganos femeninos.

Cuando los Fleurier se instalaron en París, fue como un estampido de magnesio. Luciano no podía dormir a causa de los cines, de los autos y de las calles. Aprendió a distinguir un Voisin de un Packard, un Hispano-Suiza de un Rolls y en ocasiones hablaba de coches rebajados; hacía más de un año que llevaba pantalones largos. Para recompensarlo por su éxito en la primera parte del bachillerato su padre lo mandó a Inglaterra. Luciano vio praderas llenas de agua y acantilados blancos; boxeó con Juan Latimer y aprendió el “over-arm-stroke”, pero una buena mañana despertó amodorrado, le había vuelto eso y regresó todo somnoliento a París. La clase de matemáticas-elemental del Liceo Condorcet contaba con treinta y siete alumnos. Ocho de estos alumnos decían que estaban avivados y trataban a los otros de pulguitas. Los avivados despreciaron a Luciano hasta el primero de noviembre, pero el día de Todos los Santos, Luciano fue a pasearse con Garry, el más avivado de todos y le dio, negligentemente, pruebas de conocimientos anatómicos tan precisos, que Garry quedó asombrado. Luciano no entró en el grupo de los avivados porque sus padres no lo dejaban salir de noche, pero tuvo con ellos relaciones de potencia a potencia.

El jueves, tía Berta iba a almorzar con Rirí a la calle Rainouard. Se había vuelto enorme y triste y pasaba el tiempo suspirando; pero como su piel se conservaba muy fina y muy blanca, a Luciano le hubiera gustado verla totalmente desnuda. Por la noche, en su cama, pensaba en eso: sería en un día de invierno en el bosque de Bolonia, la descubrirían desnuda en un soto, los brazos cruzados sobre el pecho, temblando, con la carne de gallina. Imaginaba que un transeúnte miope la tocaba con la punta del bastón diciendo: “¿Pero, qué es esto? ¿Qué es esto?” Luciano no se entendía muy bien con su primo: Rirí se había convertido en un lindo jovencito, algo demasiado elegante, seguía su filosofía en Lakanal y no entendía nada de matemáticas. Luciano no podía dejar de pensar que Rirí, cuando tenía más de siete años, hacía todavía sus necesidades en el pantalón, y que entonces caminaba con las piernas separadas como un pato y miraba a su mamá con ojos cándidos diciendo: “Pero no, mamá, no he hecho nada, te lo juro”. Y le repugnaba tocar la mano de Rirí. No obstante era muy amable con él y le explicaba las lecciones de matemáticas; a menudo tenía que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no impacientarse, porque Rirí no era muy inteligente. Pero no se violentaba nunca y conservaba una voz reposada y muy

calmada. La señora Fleurier encontraba que Luciano tenía mucho tacto, pero tía Berta no le demostraba ninguna gratitud. Cuando Luciano proponía a Rirí darle algunas lecciones, ella enrojecía un poco y se agitaba en la silla diciendo: “Nada de eso, eres demasiado amable, mi Lucianito, pero Rirí es un muchacho grande. Si quisiera podría, no hay que acostumbrarlo a contar con los demás”. Una noche, la señora Fleurier dijo bruscamente a Luciano: “¿Crees quizá que Rirí te agradece lo que haces por él?, pues bien, desengáñate, muchachito: pretende que te das ‘corte’; tu tía Berta me lo ha dicho”. Había tomado su voz musical y un aire de bondad; Luciano comprendió que estaba loca de rabia. Se sentía vagamente intrigado y no encontró nada que contestar. Al día siguiente y al otro tuvo mucho trabajo y olvidó esa historia.

El domingo por la mañana dejó bruscamente su lapicera y se preguntó: “¿Acaso me doy ‘corte’?”. Eran las once. Luciano sentado en su escritorio miraba los rosados personajes de la cretona que tapizaba la pared; sentía sobre su mejilla izquierda el calor seco y polvoriento del primer sol de abril y sobre su mejilla derecha el pesado y espeso calor del radiador. “¿Acaso me doy ‘corte’?” Era difícil contestar. Luciano intentó primero recordar su última conversación con Rirí y juzgar imparcialmente su propia actitud. Se había inclinado sobre Rirí y le había dicho sonriendo: “¿Pescas? Si no pescas, viejo Rirí, no temas decírmelo: comenzaremos de nuevo”. Algo más tarde había cometido un error en un razonamiento delicado y había dicho alegremente: “A tiempo para mí”. Era una expresión que tenía del señor Fleurier y que lo divertía. No tenía ninguna importancia: “Pero ¿acaso me daba ‘corte’ mientras decía eso?”. A fuerza de buscar, hizo reaparecer de pronto alguna cosa blanca, redonda, suave como un pedazo de nube: era su pensamiento del otro día: “¿Pescas?”. Y había tenido eso en la cabeza pero no podía describirlo. Luciano hizo esfuerzos desesperados para *mirar* ese pedazo de nube y sintió de pronto que se caía adentro con la cabeza primero, se encontró de lleno entre el vapor y él mismo se volvió vapor, no era más que un calor blanco y húmedo que olía a ropa interior. Quiso arrancarse de ese vapor y retroceder pero venía con él. Pensó: “Soy yo, Luciano Fleurier, estoy en mi pieza, hago un problema de física, es domingo”, pero sus pensamientos se mezclaban enredándose, blanco sobre blanco. Se sacudió y se puso a detallar los personajes de la cretona, dos pastoras, dos pastores y el Amor. Luego de pronto se dijo: “Yo soy...” se produjo una ligera caída; se había despertado de su larga somnolencia.

No era agradable, los pastores saltaron hacia atrás, a Luciano le pareció que los miraba a través del largo tubo de un antejo. En lugar de ese estupor que le era tan dulce y que se perdía voluptuosamente en sus propios repliegues, había ahora una pequeña perplejidad muy despierta que se preguntaba: “¿Quién soy yo?”

—¿Quién soy yo? Miro el escritorio, miro el cuaderno. Me amo Luciano Fleurier, pero eso no es más que un nombre. Me doy “corte”. No me doy “corte”. No sé; esto no tiene sentido.

“Soy un buen alumno. No. Es una farsa: a un buen alumno le gusta trabajar, a mí no. Tengo buenas notas, pero no me gusta trabajar. Tampoco lo detesto, me importa un bledo. Me burlo de todo. Nunca seré un jefe.” Pensó con angustia: “¿Pero, qué llegaré a ser?”. Pasó un momento; se rascó la mejilla y guiñó un ojo porque el sol lo deslumbraba: “¿Qué soy yo?”. Y había esa bruma enroscada sobre sí mismo, indefinida: “¡Yo!”. Miró a lo lejos. La palabra sonaba en su cabeza y luego tal vez podía adivinarse algo como la punta sombría de una pirámide cuyos lados se hundían a lo lejos en la bruma. Luciano se estremeció y sus manos temblaron: “¡Ahí está!, pensaba. ¡Ahí está! Estoy seguro de ello: yo *no existo*”.

Durante los meses que siguieron, Luciano intentó a menudo volverse a adormecer, pero no lo logró ya; dormía muy regularmente nueve horas por noche y el resto del tiempo se sentía vivo y más y más perplejo: sus padres decían que jamás se había portado tan bien. Cuando se le ocurría pensar que no tenía madera para jefe, se sentía romántico y tenía deseos de caminar horas y horas bajo la luna; pero sus padres no le permitían todavía salir de noche, A menudo entonces se estiraba sobre su cama y se tomaba la temperatura: el termómetro marcaba 37.5 o 37.6, y Luciano pensaba entonces, con amargo placer, que sus Padres le encontrarían buena cara. “No existo.” Cerraba los ojos y se dejaba ir: la existencia es una ilusión; puesto que *sé* que no existo no tengo más que taparme las orejas, no pensar en nada y me aniquilaré. Pero la ilusión era tenaz. Por lo menos tenía sobre la demás gente la superioridad muy maliciosa de poseer un secreto: Garry, por ejemplo, no existía más que Luciano. Pero bastaba verlo resoplar tumultuosamente en medio de sus admiradores: se comprendía de inmediato que creía a pie juntillas en su propia existencia. El señor Fleurier tampoco existía —ni Rirí, ni nadie— el mundo era una comedia sin actores. Luciano que había obtenido la nota 15 por su disertación sobre “La moral y la ciencia” soñó en escribir un “Tratado del aniquilamiento”, e imaginó que, leyéndolo, la gente se reabsorbería unos después de otros como los vampiros al canto del gallo. Antes de comenzar la redacción de su tratado, quiso conocer la opinión del Babuino, su profesor de filosofía. “Perdón, señor, le dije al terminar la clase, ¿se puede acaso sostener que nosotros no existimos?” El Babuino dijo que no: “Cogito —dijo—, ergo sum. Usted existe puesto que duda de su existencia”. Luciano no quedó muy convencido, pero renunció a escribir su obra. En julio terminó sin brillo su bachillerato de matemáticas y partió para Ferolles con sus padres. La perplejidad no pasaba nunca, era como un deseo de estornudar.

El tío Bouligaud había muerto y la mentalidad de los obreros del señor Fleurier había cambiado mucho. Cobraban actualmente salarios altos y sus mujeres compraban medias de seda. La señora Bouffardier citaba algunos detalles asombrosos a la señora Fleurier: “Mi sirvienta me contaba que vio ayer en la casa de comidas a la pequeña Ansiaume, que es hija de un buen obrero de su marido, de la que nos ocupamos cuando perdió a su madre. Se ha casado con un ajustador de Baupertuis. Pues bien, ¡encargaba un pollo de veinte francos! ¡Y con una arrogancia! Nada es bastante bueno para ellas. Quieren tener todo lo que nosotros tenemos”. Ahora, cuando Luciano daba los domingos un pequeño paseo con su padre, los obreros se tocaban apenas las gorras al verlos y hasta había algunos que cruzaban para no saludarlos. Un día Luciano encontró al hijo de Bouligaud que no pareció reconocerle. Luciano se excitó un poco: era el momento de probarse que era un jefe. Hizo pesar sobre Julio Bouligaud una mirada de águila y avanzó hacia él con las manos detrás de la espalda. Pero Bouligaud no pareció intimidado: volvió hacia Luciano los ojos vacíos y cruzó a su lado silbando. “No me ha reconocido”, se dijo Luciano. Pero estaba profundamente desilusionado y los días que siguieron pensó más que nunca que el mundo no existía.

El pequeño revólver de la señora Fleurier estaba guardado en el cajón izquierdo de la cómoda. Su marido se lo había regalado en septiembre de 1914, antes de partir para el frente. Luciano lo tomó y lo volvió largo tiempo entre sus dedos: era una pequeña joya, con cañón dorado y la culata con cachas de nácar. No podía contarse con un tratado de filosofía para persuadir a la gente de que no existían. Lo que era necesario era un acto, un acto verdaderamente desesperado que disipara las apariencias y mostrara a plena luz la inexistencia del mundo. Una detonación, un cuerpo joven desangrándose sobre una alfombra, algunas palabras garabateadas sobre una hoja: “Me mato porque no existo. Y

ustedes, hermanos míos, tampoco existen”. La gente leería el diario por la mañana, verían: “Un adolescente se ha atrevido”. Y cada uno de ellos se sentiría terriblemente turbado y se preguntaría: “¿Y yo? ¿Acaso existo?”. Se habían conocido en la historia, entre otras cuando se publicó *Werther*, tales epidemias de suicidios; Luciano pensó que “mártir” en griego quiere decir “testigo”. Era demasiado sensible para ser un jefe, pero no para ser un mártir. Desde entonces entró a menudo en el tocador de su madre y miraba el revólver y se sentía agonizar. Llegó hasta morder el cañón dorado apretando fuertemente los dedos sobre la culata. Después se sentía más alegre porque pensaba que todos los verdaderos jefes habían conocido la tentación del suicidio. Por ejemplo, Napoleón. Luciano no se engañaba, sabía que tocaba el fondo de la desesperación, pero esperaba salir de esta crisis con un alma templada y leyó con interés el *Memorial de Santa Elena*. Sin embargo era necesario tomar una decisión. Luciano fijó el 30 de septiembre como último término de sus dudas. Los últimos días fueron extremadamente penosos: ciertamente la crisis era saludable, pero exigía de Luciano una tensión tan fuerte que temía romperse un día como un vaso. No se atrevía ya a tocar el revólver, se contentaba con abrir el cajón, levantaba un poco las combinaciones de su madre y contemplaba largamente al pequeño monstruo glacial y testarudo que se asentaba en un hueco de seda rosa. Sin embargo, cuando se decidió a vivir sintió un vivo descontento y se encontró totalmente ocioso. Felizmente le absorbieron los múltiples cuidados del regreso: sus padres le enviaron al Liceo San Luis para seguir los cursos preparatorios de la escuela central. Llevaba un lindo casquete de borde rojo con una insignia y cantaba:

Es el pistón él que hace marchar las máquinas;

Es el pistón el que hace marchar los vagones...

Esta nueva dignidad de “pistón” llenaba de orgullo a Luciano; y además su clase no se parecía a las otras; tenía tradiciones y un ceremonial: era una fuerza. Por ejemplo, era costumbre que una voz preguntara un cuarto de hora antes de terminar la clase de francés: “¿Qué es un cyrard?”, y todo el mundo respondía en sordina: “Es un idiota”. Después de lo cual la voz continuaba: “¿Qué es un agro?” y le respondían un poco más alto: “Es un idiota”. Entonces el señor Béthune que era casi ciego y llevaba anteojos negros, decía con cansancio: “¡Por favor, señores!”. Había algunos instantes de silencio absoluto y los alumnos se miraban con sonrisas de inteligencia; luego alguien gritaba: “¿Qué es un pistón?” y rugían todos juntos: “¡Es un gran tipo!”. En esos momentos Luciano se sentía galvanizado. Por la noche relataba minuciosamente a sus padres los diversos incidentes del día, y cuando decía: “Entonces toda la clase se echó a reír...” o bien: “Toda la clase decidió poner a Meyrinez en cuarentena” las palabras al pasar le caldeaban la boca como un trago de alcohol. Sin embargo los primeros meses fueron muy duros: Luciano fracasó en sus exámenes de matemáticas y de física, y luego, individualmente, sus camaradas no le eran muy simpáticos; eran casi todos becados, la mayoría estúpidos, sucios y mal educados, no hay ni uno solo, dijo a su padre, de quien quisiera hacerme amigo. “Los becados, dijo soñadoramente el señor Fleurier, representan una minoría intelectual y, no obstante, resultan malos jefes: han quemado una etapa.” Al escuchar hablar de “malos jefes” Luciano sintió un pinchazo desagradable en el corazón y pensó nuevamente en matarse durante la semana siguiente; pero no sentía el mismo entusiasmo que durante las vacaciones. En el mes de enero, un nuevo alumno llamado Berliac escandalizó a toda la clase; llevaba trajes entallados verdes o malva, a la última moda, con pequeños cuellos redondos y pantalones como se veían en los figurines de los sastres, tan estrechos que uno se preguntaba cómo podía ponérselos. Desde el principio se clasificó último en matemáticas: “Me c... en eso,

declaró, yo soy literato; hago matemáticas para mortificarme”. Al cabo de un mes había seducido a todo el mundo; distribuyó cigarrillos de contrabando, les dijo que tenía mujeres y les mostró cartas que le habían enviado. Todo el mundo decidió que era un tipo elegante y que había que dejarlo tranquilo. Luciano admiraba mucho sus maneras y su elegancia, pero Berliac trataba a Luciano con condescendencia y le llamaba “niño rico”. “Después de todo, dijo Luciano, vale más eso que ser niño pobre.” Berliac sonrió: “Eres un ciniquito”, le dijo, y, al día siguiente le dio a leer uno de sus poemas: “Carusso engullía todas las noches ojos crudos, aparte de eso era sobrio como un camello. Una dama hizo un ramo con los ojos de su familia y lo lanzó a la escena. Todos se inclinan ante este gesto ejemplar. Pero no olvidéis que su hora de gloria duró treinta y siete minutos; exactamente desde el primer bravo hasta que se apagó la gran araña de la Ópera (por lo demás era necesario que ella dejara a su marido, laureado en muchos concursos, que tapaba con dos cruces de guerra las cavidades rosadas de sus órbitas). Y notad bien esto: todos aquellos de entre nosotros que coman demasiada carne humana en conserva perecerán de escorbuto”. “Está muy bien”, dijo Luciano desconcertado. “Los obtengo, dijo Berliac con negligencia, por una técnica nueva: se llama la escritura automática.” Por ese tiempo Luciano sintió un violento deseo de matarse y pidió consejo a Berliac. “¿Qué debo hacer?” preguntó cuando hubo expuesto su caso. Berliac le había escuchado en silencio: tenía la costumbre de chuparse los dedos y de cubrir luego de saliva los granos que tenía en la cara, de manera que su piel brillaba en placas como un camino después de la lluvia. “Haz lo que quieras, dijo por último, eso no tiene ninguna importancia.” Reflexionó un poco y agregó subrayando las palabras: “*Nada* tiene *nunca* ninguna importancia”. Luciano quedó un poco desilusionado, pero comprendió que Berliac estaba profundamente interesado, cuando lo invitó el jueves siguiente a merendar con su madre. La señora Berliac fue muy amable; tenía dos verrugas y una mancha de vino sobre la mejilla izquierda. “Tú ves, dijo Berliac a Luciano, las verdaderas víctimas de la guerra somos nosotros.” Era exactamente la opinión de Luciano y convinieron en que los dos pertenecían a una generación sacrificada. Caía el día, Berliac se había acostado en su cama, con las manos anudadas detrás de la nuca. Fumaron cigarrillos ingleses, pusieron discos en el gramófono y Luciano escuchó la voz de Sofía Tucker y la de Al Johnson. Se pusieron melancólicos y Luciano pensó que Berliac era su mejor amigo. Berliac le preguntó si conocía el psicoanálisis; su voz era seria y miraba a Luciano con gravedad. “Hasta los quince años he deseado a mi madre”, le confió. Luciano se sintió muy incómodo; tenía miedo de ruborizarse y además recordaba las verrugas de la señora Berliac y no comprendía que se la pudiera desear. No obstante, cuando volvió para traerles algunas bebidas se sintió vagamente turbado y trató de adivinar su pecho a través del delantal amarillo que llevaba. Cuando salió, Berliac dijo con voz positiva: “Naturalmente tú también habrás deseado acostarte con tu madre”. No interrogaba, afirmaba. Luciano se encogió de hombros: “Naturalmente” dijo. Al día siguiente estaba inquieto, tenía miedo de que Berliac repitiera su conversación. Pero se tranquilizó pronto: “Después de todo, pensó, él está más comprometido que yo”.

Quedó muy seducido por el giro científico que habían tomado sus confidencias y el jueves siguiente leyó una obra de Freud sobre el sueño, en la biblioteca Santa Genoveva. Fue una revelación: “Conque es así, se repetía Luciano caminando al azar por las calles: conque es así”. Compró de inmediato la *Introducción al psicoanálisis* y la *Psicopatología de la vida cotidiana* y todo se volvió claro para él. Esa extraña impresión de no existir, ese vacío que había habido largo tiempo en su conciencia, sus somnolencias, sus perplejidades, sus vanos esfuerzos para conocerse, que nunca encontraban más que una cortina de

bruma... “Maldición, pensó, tengo un complejo.” Contó a Berliac cómo en su infancia se había imaginado que era sonámbulo y cómo los objetos no le parecían nunca totalmente reales: “Debo tener, concluyó, un complejo de huida Por la mentira”. “¡Exactamente como yo, dijo Berliac, tenemos complejos casa!” Tomaron la costumbre de interpretar sus sueños y hasta sus menores gestos; Berliac tenía siempre tantas historias que contar, que Luciano sospechaba que las inventaba o al menos las embellecía. Pero se entendían muy bien y abordaban los más delicados temas con objetividad; se confesaron que llevaban una máscara de alegría para engañar a sus círculos, pero que, en el fondo, estaban terriblemente atormentados. Luciano se libró de sus inquietudes. Se arrojó con avidez sobre el psicoanálisis porque entendía que era lo que le convenía en el momento actual; se sentía fortalecido, ya no tenía necesidad de hacerse mala sangre y estar siempre buscando en su conciencia las manifestaciones palpables de su carácter. El verdadero Luciano estaba profundamente escondido en lo inconsciente, era necesario soñar con él, sin verlo jamás, como con un ausente querido. Luciano pensaba todo el día en sus complejos e imaginaba con orgullo el mundo oscuro, cruel y violento que se agitaba bajo los vapores de su conciencia. “Comprende, decía a Berliac, aparentemente yo era un chico medio dormido e indiferente a todo, nada interesante. Y aun por dentro, sabes, tenía tal aspecto de ser realmente así, que yo mismo casi me dejé engañar. Pero sabía bien que había otra cosa.” “*Siempre* hay otra cosa”, contestaba Berliac. Y se sonreían con orgullo. Luciano compuso un poema titulado “Cuando se desgarre la bruma” y Berliac lo encontró famoso, pero reprochó a Luciano haberlo escrito en versos regulares. Lo aprendieron sin embargo de memoria y cuando querían hablar de sus libidos decían con gusto:

“Los grandes cangrejos ocultos bajo el manto de la bruma.” Después, sencillamente los “cangrejos” guiñando el ojo. Pero al cabo de algún tiempo Luciano, cuando estaba solo y sobre todo por la noche, comenzó a encontrar todo esto un poco espantoso. No se atrevía a mirar a su madre a la cara, y cuando la besaba antes de irse a acostar temía que un poder tenebroso desviara su beso y lo hiciera caer sobre la boca de la señora Fleurier; era como si llevara en sí mismo un volcán. Luciano se trató con precaución para no violentar el alma suntuosa y siniestra que se había descubierto. Conocía al presente todo su valor y temía sus terribles despertares: “Tengo miedo de mí mismo”, se decía, es e hacía seis meses había renunciado a las prácticas solitarias porque lo aburrían y tenía demasiado trabajo, pero volvió a ellas: era preciso que cada uno siguiera su inclinación; los libros de Freud estaban llenos de historias de desdichados jóvenes que habían tenido brotes de neurosis por haber roto demasiado bruscamente con sus hábitos. “¿No nos volveremos locos?”, preguntó a Berliac. Y de hecho, algunos jueves se sentía extraño: la penumbra se había deslizado solapadamente en la habitación de Berliac, habían fumado paquetes enteros de cigarrillos opiáceos, sus manos temblaban. Entonces uno de ellos se levantaba sin decir una palabra, caminaba lentamente hasta la puerta y daba vuelta al conmutador. Una luz amarilla invadía la pieza y se miraban con desconfianza.

Luciano no tardó en notar que su amistad con Berliac descansaba sobre un mal entendido: nadie más sensible que él, ciertamente, a la belleza patética del complejo de Edipo, pero veía en él ante todo, el signo de una fuerza de pasión que deseaba derivar más tarde hacia otros fines. Por el contrario, Berliac parecía complacerse en su estado y no quería salir de él. “Somos tipos embromados, decía con orgullo, fracasados. Nunca seremos nada.” “Nunca nada”, respondía Luciano como un eco. Pero estaba furioso. De regreso de las vacaciones de Pascua, Berliac le contó que había compartido la habitación de su madre en un hotel de Dijon: se había levantado al amanecer, se había acercado a la cama donde su

madre todavía dormía y había rebatido suavemente las mantas. “Su camisón estaba levantado”, dijo burlón. Al oír estas palabras Luciano no pudo dejar de despreciar un poco a Berliac y se sintió muy solo. Era lindo tener algunos complejos pero era necesario saber liquidarlos a tiempo: ¿cómo un hombre hecho podría asumir responsabilidades y tomar el mando de nada si conservara una sexualidad infantil? Luciano comenzó a inquietarse seriamente: le hubiera gustado pedir consejo a una persona autorizada, pero no sabía a quien dirigirse. Berliac le había hablado a menudo de un superrealista llamado Bergère que era muy versado en psicoanálisis y que parecía haber adquirido un gran ascendiente sobre él; pero nunca había propuesto a Luciano presentárselo. Luciano quedó también muy desilusionado porque había contado con Berliac para conseguir mujeres; pensaba que la posesión de una linda querida cambiaría naturalmente el curso de sus ideas. Pero Berliac no hablaba nunca de sus buenas amigas. Algunas veces iban por las grandes avenidas y seguían a algunas tipejas, pero no se atrevían a hablarles; “¡Qué quieres, pobre viejo!, decía Berliac, no somos de la raza que íes agrada. Las mujeres sienten en nosotros alguna cosa que las espanta”. Luciano no contestaba; Berliac comenzaba a fastidiarlo. Hacía a menudo bromas de muy mal gusto sobre los padres de Luciano, los llamaba señor y señora Blanducho. Luciano comprendía muy bien que un superrealista desprecia la burguesía en general, pero Berliac había sido invitado muchas veces por la señora Fleurier que lo había tratado con confianza y amistad: a falta de gratitud, una simple preocupación de decencia hubiera debido impedirle hablar de ellos en ese tono. Además Berliac era terrible con su manía de pedir dinero prestado y no devolverlo; en el ómnibus nunca tenía cambio y era necesario pagar por él; en los cafés sólo una vez cada cinco proponía pagar el gasto. Luciano le dijo por lo claro un día, que no comprendía eso, que entre camaradas se debían dividir todos los gastos de los paseos. Berliac le miró profundamente y le dijo: “No me cabe duda: eres un anal” y le explicó la relación freudiana: heces = oro, y la teoría freudiana de la avaricia. “Querría saber una cosa, dijo, ¿hasta qué edad te ha limpiado tu madre?”. Estuvieron a punto de reñir.

Desde que empezó el mes de mayo Berliac se puso a faltar al Liceo: Luciano iba a encontrarlo después de las clases en un bar de la calle Petitchamps donde bebían vermouth “Crucifix”. Un martes a la tarde Luciano encontró a Berliac sentado ante un vaso vacío. “Ya estás aquí, dijo Berliac, escucha, tengo que largarme, tengo cita a las cinco con mi dentista. Espérame, vive al lado, tardaré una media hora.” “O. K.” contestó Luciano dejándose caer en una silla. “Francisco, tráigame un vermouth solo.” En ese momento entró un hombre en el bar y viéndolos sonrió con aire asombrado. Berliac enrojeció y se levantó apresuradamente. “¿Quién puede ser?”; se preguntó Luciano. Berliac estrechando la mano del desconocido se las arregló para ocultar a Luciano; hablaba con voz baja y rápida; el otro contestó con voz clara: “nada de eso, chiquito mío, nada de eso, tú no serás nunca más que un payaso”. Al mismo tiempo se levantaba sobre la punta de los pies y miraba a Luciano por encima de la cabeza de Berliac, con tranquila seguridad. Podía contar treinta y cinco años, tenía pálido el rostro y magníficos cabellos blancos: “Seguramente es Bergère pensó Luciano, latándole el corazón, ¡qué hermoso es!”

Berliac había tomado al hombre de los cabellos blancos por el codo, con gesto tímidamente autoritario:

—Venga conmigo —dijo— voy a casa de mi dentista, es a dos pasos.

—Pero creo que estás con un amigo —contestó el otro sin quitar los ojos de Luciano— deberías presentarnos.

Luciano se levantó sonriendo: “Agárrate esa”, pensó; tenía las mejillas ardiendo. El

cuello de Berliac se hundió entre los hombros y durante un segundo Luciano creyó que se iba a negar. “Bueno, preséntame pues”, dijo con voz alegre. Pero apenas habló, la sangre afluyó a sus sienes, hubiera querido hundirse bajo tierra. Berliac dio vuelta la cara y farfulló sin mirar a nadie:

—Luciano Fleurier un compañero del Liceo: el señor Aquiles Bergère.

—Señor, admiro sus obras —dijo Luciano con voz débil. Bergère le tomó la mano entre sus largas manos finas y le obligó a sentarse. Hubo un silencio; Bergère envolvía a Luciano en una cálida y tierna mirada; guardaba su mano entre las de él: “¿Está inquieto?”, le preguntó con dulzura.

Luciano se aclaró la voz y devolvió a Bergère una mirada firme:

—Estoy inquieto —respondió claramente. Le parecía que acababa de sufrir las pruebas de una iniciación. Berliac dudó un instante, luego volvió rabiosamente a ocupar su lugar arrojando su sombrero sobre la mesa. Luciano ardía en ganas de contar a Bergère su tentativa de suicidio; era uno de esos con quienes hay que hablar de las cosas abruptamente y sin preparación. No se atrevió a decir nada a causa de Berliac; odiaba a Berliac.

—¿Tienen raki? —preguntó Bergère al mozo.

—No, no tienen —dijo Berliac con apresuramiento—; es una pequeña “boîte” encantadora, pero no tienen más que vermouth para beber.

—¿Qué es esa cosa amarilla que tienen allá abajo en una garrafa? —preguntó Bergère con una seguridad llena de blandura.

—Es “Crucifix” blanco —contestó el mozo.

—Bueno, tráigame de eso.

Berliac se retorció en su silla; parecía vacilar entre el deseo de alabar a sus amigos y el temor de hacer brillar a Luciano a sus expensas. Terminó por decir con voz lúgubre y orgullosa:

—Este quiso matarse.

—¡Caramba! —dijo Bergère— ya me lo esperaba.

Hubo un nuevo silencio; Luciano había bajado los ojos con aire modesto pero se preguntaba si Berliac no abandonaría rápido el campo. Bergère miró de pronto, su reloj.

—¿Y tu dentista? —preguntó.

Berliac se levantó de mala gana.

—Acompáñeme Bergère —suplicó— es a dos pasos.

—¿Para qué? Mientras vuelves, haré compañía a tu camarada.

Berliac se demoró todavía un momento; saltaba de un pie a otro.

—Vamos; lárgate —dijo Bergère con voz imperiosa— nos encontrarás aquí.

Cuando Berliac se fue, Bergère se levantó y fue a sentarse, sin cumplimientos, al lado de Luciano. Luciano le contó largamente su suicidio; le explicó también que había deseado a su madre, que era un sádico-anal, que en el fondo nada le agradaba y que todo era una comedia. Bergère le escuchaba sin decir nada, mirándolo profundamente, y Luciano encontraba delicioso el ser comprendido. Cuando terminó, Bergère le pasó familiarmente el brazo sobre los hombros y Luciano aspiró un olor a agua de Colonia y a tabaco inglés.

—¿Sabe cómo llamo yo a su estado, Luciano?

Luciano miró a Bergère con esperanza; no quedó desilusionado.

—Yo lo llamo —dijo Bergère— el Desorden.

Desorden: la palabra había comenzado tierna y blanca como un rayo de luna, pero la “en” final tenía el fragor broncíneo del cuerno.

—Desorden... —dijo Luciano.

Se sentía grave e inquieto como cuando dijo a Rirí que era sonámbulo. El bar estaba sombrío, pero la puerta se abría de par en par sobre la calle, sobre la niebla luminosa y rubia de la primavera; bajo el delicado perfume que se desprendía de Bergère, Luciano percibía el pesado olor de la sala oscura, olor a vino tinto y a madera húmeda. “Desorden... —pensaba— ¿adonde me va a llevar?”. No sabía si se había descubierto una dignidad o una enfermedad nueva, veía cerca de sus ojos los ágiles labios de Bergère que cubrían y descubrían sin descanso el brillo de un diente de oro.

—Amo los seres que viven en desorden —dijo Bergère—, y encuentro que tiene usted una suerte extraordinaria. Porque, en fin, esto es algo que le ha sido dado. Ve todos esos cerdos. Todos son tranquilos. Sería necesario echarlos a las hormigas rojas para estimularlos un poco. ¿Sabe usted lo que hacen esos concienzudos animalitos?

—Comen hombres —dijo Luciano.

—Sí, limpian los esqueletos de su carne humana.

—Lo sé —dijo Luciano— ¿y yo? ¿Qué debo hacer?

—Nada, por el amor de Dios —dijo Bergère con cómico espanto—. Y sobre todo no se vaya a sentar. A menos —dijo riendo— que lo haga sobre un palo. ¿Ha leído usted a Rimbaud?

—No —dijo Luciano.

—Le prestaré las *Iluminaciones*. Escúcheme, es necesario que nos volvamos a ver. Si usted está libre el jueves, pase por casa a eso de las tres; vivo en Montparnasse, 9, calle Campagne-Première.

El jueves siguiente Luciano fue a lo de Bergère y volvió casi todos los días del mes de mayo. Convinieron en decir a Berliac que se veían una vez por semana, porque, querían ser francos con él y no querían darle un disgusto. Berliac se mostró completamente indiscreto y dijo a Luciano burlonamente: “Entonces ¿es una pasión? Él te ha servido la inquietud y tú le has servido el suicidio: ¿bien jugado, eh?” Luciano protestó. “Te haré notar —dijo enrojeciendo— que fuiste tú quien habló el primero de mi suicidio.” “Oh —dijo Berliac— fue solamente para evitarte la vergüenza de hacerlo tú mismo.” Espaciaron sus encuentros. “Todo lo que me gustaba en él —dijo un día Luciano a Bergère— es lo que usted le había prestado. Ahora me doy cuenta de eso.” “Berliac es un mono, dijo riendo Bergère, es lo que siempre me ha atraído hacia él. ¿Sabe que su abuela materna es judía? Eso explica muchas cosas.” “En efecto”, contestó Luciano. Agregó después de un momento: “Por lo demás tiene algo de encantador”. El departamento de Bergère estaba lleno de objetos raros y cómicos: Taburetes cuyos asientos de terciopelo rojo descansaban sobre piernas de mujer de madera pintada, estatuillas negras, un cinturón de castidad de hierro forjado con puntas, senos de yeso en los cuales se habían plantado cucharitas; sobre el escritorio un gigantesco piojo de bronce y un cráneo de monje robado de un osario de Mistra, servían de aprieta-papel. Las paredes estaban tapizadas de participaciones que anunciaban la muerte del surrealista Bergère. Pese a todo, el departamento daba una impresión de inteligente comodidad y a Luciano le agradaba extenderse en el profundo diván del salón de fumar. Lo que le asombraba particularmente era la enorme cantidad de sorpresas y de burlas que Bergère había acumulado sobre un estante: fluido glacial, polvo para estornudar, picapica, azúcar flotante, excremento diabólico, ligas de novia. Bergère tomaba, mientras hablaba, el excremento diabólico entre sus dedos y lo consideraba con gravedad. “Estas bromas —decía—, tienen un valor revolucionario; inquietan. Hay más poder destructivo en ellas que en las obras completas de Lenin.” Luciano, sorprendido y encantado, miraba alternativamente ese bello rostro

atormentado de ojos hundidos y esos largos dedos finos que sostenían con gracia un excremento perfectamente imitado. Bergère le hablaba a menudo de Rimbaud y del “desorden sistemático de todos los sentidos”. “Cuando usted pueda, al pasar por la plaza de la Concordia, ver distintamente y a voluntad una negra de rodillas en trance de chupar el obelisco; podrá decir que ha reventado el decorado y que está salvado.” Le prestó *Las iluminaciones*, *Los cantos de Maldoror* y las obras del marqués de Sade. Luciano trató concienzudamente de comprenderlos, pero muchas cosas se le escapaban y estaba asombrado porque Rimbaud era pederasta. Se lo dijo a Bergère, que se echó a reír: “¿Pero por qué, pequeño?” Luciano quedó muy molesto. Se ruborizó y durante un minuto se puso a odiar a Bergère con todas sus fuerzas; pero se dominó, levantó la cabeza y dijo con sencilla franqueza: “He dicho una tontería”. Bergère le acarició los cabellos; parecía enternecido: “Esos grandes ojos llenos de turbación, dijo, esos ojos de gacela... Sí, Luciano, ha dicho una tontería. La pederastia de Rimbaud es el primero y genial desarreglo de su sensibilidad. A ella debemos sus poemas. Creer que hay objetos específicos del deseo sexual y que estos objetos son las mujeres, porque tienen un agujero entre las piernas, es el odioso y voluntario error de los ‘sentados’. ¡Mire!”. Sacó de su escritorio una docena de fotos amarillentas y las arrojó sobre las rodillas de Luciano. Luciano vio unas horribles rameritas desnudas, riendo con bocas desdentadas, apartando sus piernas como labios y mostrando entre sus muslos algo así como una lengua musgosa. “Compré la colección por tres francos en Bou-Saada —dijo Bergère—. Si usted besa el trasero de esas mujeres, usted es un hijo de familia y todo el mundo dice que lleva vida de soltero. Porque son mujeres. ¿Comprende? Le digo que lo primero que hay que hacer es persuadirse de que *todo* puede ser objeto del deseo sexual, una máquina de coser, una probeta, un caballo o un zapato. Yo, dijo sonriendo, he hecho el amor con moscas. He conocido un fusilero guardacostas que se acostaba con patos, les ponía la cabeza en un cajón, los mantenía sólidamente por las patas y, ¡adelante!” Bergère pellizcó distraídamente la oreja de Luciano y concluyó: “El pato moría y se lo comía el batallón”. Luciano salía de estas conversaciones con la cabeza ardiendo, pensaba que Bergère era un genio, pero le sucedía a veces despertarse por las noches empapado en sudor, llena la cabeza de visiones monstruosas y obscenas y se preguntaba si Bergère ejercía sobre él una buena influencia: “¡Estar solo! —gemía retorciéndose las manos—, no tener a nadie que me aconseje, que me diga si voy por el buen camino”. Si iba hasta el fin, si practicaba porque sí, el desarreglo de todos sus sentidos, ¿no iba acaso a perder pie y a ahogarse? Un día que Bergère le había hablado largamente de André Bretón, Luciano murmuró como en un sueño: “Sí, pero ¿si después de eso no puedo volver atrás?” Bergère se sobresaltó: “¿Volver atrás?”. ¿Quién habla de volver atrás? Si usted se vuelve loco, tanto mejor. Después, como dice Rimbaud, “vendrán otros horribles trabajadores”. “Era lo que yo pensaba”, dijo Luciano tristemente. Había notado que estas largas conversaciones tenían un resultado opuesto al que deseaba Bergère: en cuanto Luciano se sorprendía experimentando una sensación un poco fina, una impresión original, se ponía a temblar: “Ahora empieza”, pensaba. Hubiera deseado con gusto tener solamente las percepciones más triviales y más rudas; sólo se sentía a gusto por las noches con sus padres: eran su refugio. Hablaban de Briand, de la mala voluntad de los alemanes, del alumbramiento de la prima Juana y del precio de la vida. Luciano cambiaba voluptuosamente con ellos palabras de un vulgar buen sentido. Un día cuando volvió a su habitación, después de haber dejado a Bergère, cerró maquinalmente la puerta con llave y echó cerrojo. Cuando se dio cuenta de su gesto se esforzó por reír pero no pudo dormir durante la noche: acababa de comprender que tenía miedo.

No obstante, por nada del mundo hubiera dejado de frecuentar a Bergère. “Me fascina”, se decía. Además apreciaba vivamente la camaradería tan delicada y de un género tan particular que Bergère había sabido establecer entre ellos. Sin dejar un tono viril y casi rudo, Bergère tenía el arte de hacer sentir y por así decir, tocar a Luciano, su ternura: le rehacía, por ejemplo, el nudo de la corbata, lo reprendía por ir mal arreglado, y lo peinaba con un peine de oro que provenía de Cambodge. Hizo descubrir a Luciano su propio cuerpo y le explicó la belleza áspera y patética de la juventud: “Usted es Rimbaud, le decía, el tenía sus grandes manos cuando vino a París para ver a Verlaine; tenía ese rostro rosado de joven campesino bien nutrido y ese largo cuerpo frágil de jovencita rubia”. Obligaba a Luciano a desatarse la corbata y a abrirse la camisa y después lo conducía, muy confuso, ante un espejo y le hacía admirar la armonía encantadora de sus mejillas rojas y de su garganta blanca; entonces rozaba con mano ligera las caderas de Luciano y agregaba tristemente: “Uno debería matarse a los veinte años”. Ahora, a menudo, Luciano se miraba en los espejos y aprendía a gozar de su joven gracia llena de torpeza: “Soy Rimbaud”, pensaba por la noche, quitándose la ropa con gestos llenos de dulzura, y empezaba a creer que tendría la vida breve y trágica de una flor demasiado bella. En esos momentos le parecía que había conocido mucho tiempo antes impresiones análogas y le volvió a la memoria una imagen absurda: se volvió a ver chiquito, con una larga vestidura azul y alas de ángel, distribuyendo flores en una venta de caridad. Miraba sus largas piernas. “¿Será verdad que tengo la piel tan suave?”, pensaba divertido. Y una vez se paseó los labios por el antebrazo, desde la muñeca hasta el pliegue del codo, a lo largo de una encantadora venita azul.

Un día, al entrar en casa de Bergère, tuvo una sorpresa desagradable: Berliac estaba allí y se ocupaba en sacar con un cuchillo fragmentos de una sustancia negruzca que tenía el aspecto de un terrón de tierra. Los dos jóvenes hacía diez días que no se habían visto; se estrecharon la mano con frialdad. “¿Ves esto?”, dijo Berliac, es *haschich*. Vamos a ponerlo en estas pipas entre dos capas de tabaco rubio, hace un efecto asombroso. Hay una para ti, agregó. “Gracias, dijo Luciano, no quiero.” Los otros dos se echaron a reír y Berliac insistió, con malos ojos: “Pero, eres un idiota, viejo, no te puedes figurar lo agradable que es”. “Te he dicho que no”, dijo Luciano. Berliac no contestó nada, se limitó a sonreír con aire superior y Luciano vio que Bergère también sonreía. Golpeó con el pie y dijo: “No quiero, no quiero deslomarme, encuentro idiota tomar esas cosas que embrutecen”. Aquello se le escapó a su pesar, pero cuando comprendió el alcance de lo que acababa de decir e imaginó lo que Bergère podía pensar de él, sintió deseos de matar a Berliac y las lágrimas le subieron a los ojos. “Tú eres un burgués —dijo Berliac encogiéndose de hombros—, te haces el que nada, pero tienes muchísimo miedo de perder pie.” “No quiero tomar la costumbre de los estupefacientes —dijo Luciano con voz más tranquila—, es una esclavitud como cualquier otra y quiero estar disponible.” “Di que tienes miedo de comprometerte”, contestó violentamente Berliac. Luciano iba a darle un par de bofetadas cuando escucho la voz imperiosa de Bergère: “Déjale Carlos —decía a Berliac—. El tiene razón. Su miedo a comprometerse es *también* desorden”. Fumaron los dos extendidos sobre el diván y un olor a papel de Armenia se difundió por toda la pieza. Luciano estaba sentado en un taburete de terciopelo rojo y los contemplaba en silencio. Berliac, al cabo de un momento, dejó caer su cabeza hacia atrás y pestañeó con una sonrisa húmeda. Luciano lo miraba con rencor y se sentía humillado. Por último Berliac se levantó y dejó la pieza con paso inseguro: había conservado todo el tiempo sobre sus labios esa mala sonrisa adormecida y voluptuosa. “Deme una pipa”, dijo Luciano con voz ronca. Bergère se echo a

reír: “No vale la pena, dijo. No te molestes por Berliac. ¿Sabes lo que hace en este momento?”. “Me c... en eso.” “Bueno, sábelo de cualquier modo, vomita, dijo tranquilamente Bergère. Es el único efecto que le produce siempre el *haschich*. Lo demás sólo es comedia, pero lo hago fumar a veces porque quiere asombrarme y eso me divierte.” Al día siguiente Berliac fue al Liceo y quiso tratar con superioridad a Luciano: “Tú subes a los trenes, dijo, pero eliges cuidadosamente los que se quedan en la estación”. Pero se encontró con una pared: “Eres un farsante, le contestó Luciano, ¿acaso crees que no sé lo que hacías ayer en el baño? ¡Vomitabas, viejo!” Berliac se puso pálido “¿Bergère te lo dijo?” “¿Quién quieres que haya sido?” “Está bien, balbuceó Berliac, pero jamás hubiera creído que Bergère fuera un tipo capaz de burlarse de sus antiguos compañeros con los nuevos.” Luciano se sentía un poco inquieto: había prometido a Bergère no repetir nada. “Vamos, vamos, dijo, no se ha burlado de ti, quiso mostrarme simplemente que eso no colaba.” Pero Berliac le volvió la espalda y se alejó sin estrecharle la mano. Luciano no estaba muy orgulloso cuando volvió a casa de Bergère. “¿Qué le dijo usted a Berliac?”, preguntó Bergère con aire displicente. Luciano bajó la cabeza sin contestar, estaba abrumado. Pero sintió de pronto la mano de Bergère sobre la nuca: “Eso no es nada, pequeño. De todos modos era necesario que terminara: los comediantes no me divierten nunca mucho tiempo”. Luciano recobró algo de coraje; levantó la cabeza y sonrió: “Pero yo también soy un comediante, dijo pestañeando”. “Sí, pero tú, tú eres bello”, contestó Bergère atrayéndolo hacia sí. Luciano se dejó hacer; se sentía suave como una niña y tenía lágrimas en los ojos. Bergère lo besó en las mejillas y le mordisqueó la oreja llamándolo, ya “mi bella canallita”, ya “mi hermanito” y Luciano pensaba que era muy agradable tener un hermano mayor tan indulgente y tan comprensivo.

El señor y la señora Fleurier quisieron conocer a ese Bergère del que Luciano hablaba tanto y lo invitaron a comer. Todo el mundo lo encontró encantador, hasta Germana que nunca había visto un hombre tan buen mozo. El señor Fleurier había conocido al general Nizan, tío de Bergère, y habló de él largo tiempo. También la señora Fleurier tuvo el mayor gusto en confiarle a Luciano para las vacaciones de Pentecostés. Fueron en auto a Rouen. Luciano quería ver la catedral y la municipalidad, pero Bergère se negó en redondo: “¿Esas inmundicias?”, preguntó con insolencia. Finalmente fueron a pasar dos horas en un burdel de la calle de los Franciscanos y Bergère estuvo grande: llamaba a todas las rameritas “señoritas” golpeando con la rodilla a Luciano debajo de la mesa; después aceptó subir con una de ellas, pero volvió a bajar a los cinco minutos: “Levantemos campamento —susurró—, antes de que se arme”. Pagaron rápidamente y salieron. Bergère contó lo que había pasado; aprovechó que la mujer había vuelto la espalda para echar en la cama un gran puñado de picapica, después le declaró que era impotente y volvió a bajar. Luciano había bebido dos whiskies y estaba un poco alegre: cantó “El artillero de Metz” y el “De profundis Morpionibus”; encontraba admirable que Bergère fuera a la vez tan profundo y tan chiquilín.

“No he reservado más que una habitación, dijo Bergère cuando llegaron al hotel, pero tiene un gran cuarto de baño.” Luciano no se sorprendió; durante el viaje había pensado vagamente que compartiría la habitación con Bergère; pero sin detenerse nunca mucho sobre esta idea. Ahora que no podía retroceder encontraba la cosa un poco desagradable, sobre todo porque no tenía los pies limpios. Mientras subían las valijas imaginó que Bergère le diría: “Qué sucio eres, vas a manchar las sábanas”. Y él le respondería con insolencia: “Tiene usted ideas muy burguesas sobre la limpieza”. Pero Bergère lo empujó al baño con su valija, diciéndole: “Arréglate ahí adentro, yo voy a

desvestirme en la habitación”. Luciano tomó un baño de pies y un baño de asiento. Tenía ganas de ir al servicio pero no se atrevió y se contentó con orinar en el lavatorio; después se puso su camisón, se calzó las pantuflas que su madre le había prestado (las suyas estaban agujereadas) y golpeó: “¿Está listo?”, preguntó. “Sí, sí, entra”. Bergère se había puesto una “robe de chambre” negra sobre un pijama azul celeste. La habitación olía a agua de Colonia. “¿No hay más que una cama?”, preguntó Luciano. Bergère no contestó: miraba a Luciano con un estupor que acabó en una formidable carcajada. “¿Pero estás en camisón?, dijo riéndose. ¿Qué has hecho de tu gorro de dormir? ¡Ah, no! Esto es demasiado gracioso, querría que te vieras.” “Hace dos años, dijo Luciano muy vejado, que le pido a mi madre que me compre pijamas.” Bergère fue hacia él: “Vamos, sácate eso, dijo en un tono que no admitía réplica, te voy a dar uno de los míos; te va a quedar un poco grande, pero siempre te quedará mejor que eso”. Luciano permanecía clavado en el medio de la pieza, los ojos fijos sobre los rombos rojos y verdes de la alfombra. Hubiera preferido volver al baño, pero tuvo miedo de pasar por un imbécil y con un movimiento seco mandó a pasear su camisón por encima de la cabeza. Hubo un instante de silencio: Bergère miraba a Luciano sonriendo y Luciano comprendió de pronto que estaba totalmente desnudo en medio de la habitación y que tenía en los pies las pantuflas con pompones de su madre. Miró sus manos —las grandes manos de Rimbaud— y hubiera querido ponérselas sobre el vientre y ocultar por lo menos eso, pero se contuvo y las puso valientemente a su espalda. En las paredes, entre dos filas de rombos, había de vez en cuando un cuadradito violeta. “Palabra, dijo Bergère, es tan casto como una doncella: mírate en el espejo Luciano, has enrojecido hasta el pecho. Sin embargo estás mejor así que con ese camisón.” “Sí, dijo Luciano con esfuerzo, pero nunca tiene uno aspecto presentable cuando está en cueros. Pásame rápido el pijama.” Bergère le arrojó un pijama de seda que olía a lavanda y se metieron en la cama. Hubo un pesado silencio: “Esto va mal, dijo Luciano, tengo ganas de vomitar”. Bergère no contestó y Luciano tuvo un eructo de whisky. “Va a acostarse conmigo” se dijo. Y los rombos de la tapicería se pusieron a girar mientras el asfixiante olor del agua de colonia se le asía a la garganta. “No hubiera debido aceptar hacer este viaje.” No había tenido suerte, veinte veces, en estos últimos tiempos, había estado a dos dedos de descubrir lo que Bergère quería de él, y cada vez, como si hubiera sido de gusto, había sobrevenido un incidente que lo había hecho cambiar de idea. Y ahora estaba allí, en la cama de ese tipo, enteramente a su disposición. “Voy a tomar mi almohada e iré a acostarme al baño.” Pero no se atrevió; pensó en la mirada irónica de Bergère. Y se echó a reír: “Pienso en la p... de hace un momento, dijo, debe estar rascándose...”. Bergère tampoco contestó; Luciano lo miró de reojo; estaba acostado de espaldas, con aire de inocente, las manos debajo de la nuca. Entonces un violento furor se apoderó de Luciano, se incorporó sobre un codo y le dijo: “Bueno, ¿qué espera? ¿Es para enhebrar perlas para lo que me ha traído aquí?”.







Era demasiado tarde para lamentar su frase: Bergère volvió hacia él y lo consideró con mirada divertida: “Mírenme esta atorrantita con su cara de ángel. ¡Vamos! bebé, no me lo has mandado decir: cuentas conmigo para descarriarte, los sentiditos”. Todavía le miró un momento, sus rostros casi se tocaban y luego tomó a Luciano en sus brazos y le acarició el pecho bajo el saco del pijama. Eso no era desagradable: cosquilleaba un poco, sólo que Bergère estaba espantoso: había tomado aire de idiota y repetía con esfuerzo: “No tienes vergüenza, cochinito. ¡No tienes vergüenza, cochinito!”, como los discos de fono que anuncian en las estaciones la partida de los trenes. Por el contrario, la mano de Bergère, viva y ligera, parecía una persona. Rozaba dulcemente la punta de los pechos de Luciano, hubiérase dicho la caricia del agua tibia cuando se entra en el baño. Luciano hubiera querido tomar aquella mano, arrancarla de sí y retorcerla, pero Bergère se hubiera burlado: mírenme este doncel. La mano se deslizó lentamente a lo largo de su vientre y tardó en deshacer el nudo del cordón que sostenía el pantalón. Él la dejó hacer, se sentía pesado y húmedo como una esponja mojada y tenía un miedo espantoso. Bergère había apartado las mantas, había puesto la cabeza sobre el pecho de Luciano y parecía auscultarlo. Luciano tuvo uno después de otro dos eructos agrios y temió vomitar sobre los hermosos cabellos plateados, que eran tan dignos. “Me aprieta usted el estómago”, dijo. Bergère se levantó un poco y pasó una mano bajo los riñones de Luciano; la otra mano no acariciaba más, zamarreaba. “Tienes unas lindas nalguitas”, dijo de pronto Bergère. Luciano creía estar en una pesadilla: “¿Le gustan?” preguntó con coquetería. Pero Bergère lo dejó de pronto y levantó la cabeza con aire de despecho: “Maldito farsantuelo, dijo rabiosamente, éste quiere jugar a los Rimbaud y hace más de una hora que lucho con él sin llegar a excitarlo”. Lágrimas de enervamiento subieron a los ojos de Luciano y rechazó a Bergère con todas sus fuerzas. “No es culpa mía, dijo con voz sibilante, me ha hecho usted beber demasiado, tengo ganas de vomitar.” “Bueno, ¡anda!, ¡anda!, dijo Bergère, y tómate tu tiempo.” Y agregó entre dientes: “Encantadora velada”. Luciano se subió el pantalón, se puso la “robe de chambre” negra y salió. Cuando hubo cerrado la puerta del baño, se sintió tan solo y tan desamparado que estalló en sollozos. No tenía pañuelo en el bolsillo de la “robe de chambre” y se enjugó los ojos y la nariz con papel higiénico. Pero aun cuando se metió dos dedos en la garganta, no llegó a vomitar. Entonces dejó caer maquinalmente su pantalón y se sentó tiritando en el trono: “qué cochino, pensaba, qué cochino”. Estaba atrocemente humillado, pero no sabía si sentía vergüenza por haber soportado las caricias de Bergère o por no haberse turbado con ellas. El corredor crujía del otro lado de la puerta y Luciano se sobresaltaba a cada crujido, pero no podía resolverse a entrar en la habitación: “Sin embargo es necesario que vaya, pensaba, es necesario, si no se burlará de mí, ¡con Berliac!”, y se levantaba a medias, pero en seguida evocaba la cara de Bergère, su aire estúpido, le oía decir: “¡No tienes vergüenza, cochinito!”. ¡Volvía a caer sobre el asiento, desesperado! Al cabo de un momento, tuvo una violenta diarrea que lo alivió algo: “Esto se va por abajo, pensé, lo prefiero así”. En realidad no sentía ganas de vomitar. “Va a hacerme daño”, pensó bruscamente y creyó que iba a desmayarse. Luciano llegó a tener tanto frío que se puso a castañetear los dientes; pensó que iba a enfermarse y se levantó bruscamente. Cuando entró, Bergère lo miró con aire forzado; fumaba un cigarrillo, su pijama estaba abierto y se veía su delgado torso. Luciano se sacó lentamente las pantuflas y la “robe de chambre” y se deslizó sin una palabra bajo las mantas. “¿Cómo va eso?”, preguntó Bergère. Luciano se encogió de hombros: “Tengo frío”. “¿Quieres que te haga entrar en calor?” “Siga ensayando”, dijo Luciano. Al instante se sintió aplastado por un peso enorme. Una boca tibia y blanda se pegó contra la suya; se hubiera dicho un bife crudo. Luciano ya no

comprendía nada, no sabía más dónde estaba, y se sentía ahogado a medias, pero estaba contento porque sentía calor. Pensó en la señora Besse que le apoyaba la mano en el vientre llamándole “mi muñequita” y en Hebrard que lo llamaba “gran espárrago” y en las duchas que se daba por la mañana imaginándose que el señor Bouffardier iba a entrar a ponerle una lavativa y se dijo: “soy su muñequita”. En ese momento Bergère lanzó un grito de triunfo: “¡Por fin te decides!, dijo ¡vamos!, agregó jadeando, haremos algo contigo”. Luciano se empeñó en sacarse por sí mismo el pijama.

Al día siguiente se despertaron a mediodía. El mozo les llevó el desayuno a la cama y Luciano encontró que tenía aire grosero: “Me toma por un golfo”, pensó con un estremecimiento de desagrado. Bergère estuvo muy amable, se vistió primero y se fue a fumar un cigarrillo en la plaza del Mercado Viejo, mientras Luciano tomaba su baño. “Lo que pasa, pensó Luciano, frotándose cuidadosamente con el guante de crin, es que es aburrido.” Pasado el primer momento de terror y cuando noto que no era tan doloroso como había creído, cayó en un pesado fastidio. Esperaba siempre que terminara aquello para poder dormir, pero Bergère no lo dejó tranquilo hasta después de las cuatro de la mañana. “De cualquier modo, tengo que terminar mi programa de trigonometría”, se dijo. Y se esforzó en no pensar más que en su trabajo. El día fue largo. Bergère le contó la vida de Lautremont, pero Luciano lo escuchó con poca atención; Bergère lo fastidiaba un poco. A la noche se acostaron en Caudebec y naturalmente Bergère molestó a Luciano durante un buen rato, pero hacia la una de la mañana Luciano le dijo claramente que tenía sueño y Bergère, sin enfadarse, lo dejó en paz. Volvieron a París al atardecer. A pesar de todo Luciano no estaba descontento de sí mismo.

Sus padres lo acogieron con los brazos abiertos: “¿Le has agradecido por lo menos al señor Bergère?”, preguntó su madre. Se quedó un momento charlando con ellos sobre la campaña normanda y se acostó temprano. Durmió como un ángel, pero al día siguiente al despertar le pareció que tiritaba por dentro. Se levantó y se contempló largo rato en el espejo: “Soy un pederasta”, se dijo. Y se derrumbó. “Levántate, Luciano, gritó su madre a través de la puerta. Tienes que ir al Liceo esta mañana.” “Sí, mamá”, contestó Luciano con docilidad, pero se dejó caer sobre la cama y se puso a mirarse los dedos del pie: “Es demasiado injusto, yo me daba cuenta. No tengo experiencia”. Esos dedos, un hombre los había chupado uno después de otro. Luciano volvió la cabeza con violencia: “Él lo sabía. Lo que me ha echo hacer tiene un nombre, eso se llama acostarse con un hombre y él lo sabía. Era triste —Luciano sonrió con amargura— podía uno preguntarse durante días enteros: ¿soy inteligente?, ¿me doy ‘corte’? Y uno nunca llegaba a decidirlo. Y al lado de eso había etiquetas que se le pegaban a uno un buen día y que era necesario llevar toda la vida: por ejemplo, Luciano era alto y rubio, se parecía a su padre, era hijo único y desde ayer era pederasta”. Se diría de él: “Fleurier, ¿usted recuerda, ese rubio alto a quien le gustan los hombres?”, y la gente contestaría: “¡Ah!, ¡sí! ¡El invertido! Muy bien, ya sé quién es”.

Se vistió y salió pero no tuvo coraje de ir al Liceo. Bajó por la avenida Lamballe hasta el Sena y siguió por los muelles. Las calles olían a hojas verdes, a alquitrán y a tabaco inglés. Un tiempo ideal para llevar trajes limpios sobre un cuerpo bien lavado, con un alma flamante. Toda la gente tenía un aire muy moral. Sólo Luciano se sentía turbio e insólito en esa primavera: “Es la pendiente fatal —pensaba— comencé por el complejo de Edipo, después me volví sádico-anal y ahora finalmente, para remate, soy pederasta; ¿dónde me detendré?”. Evidentemente su caso no era todavía muy grave; no había experimentado gran placer con las caricias de Bergère. “Pero ¿si tomo la costumbre?”, pensó con angustia. “No

podré pasarme sin eso, ¿será como la morfina!” Se volvería un hombre tarado, nadie querría recibirlo, los obreros de su padre se burlarían cuando les diera una orden. Luciano imaginó con complacencia su espantoso destino. Se veía a los treinta y cinco años, melindroso y lleno de afeites y ya un señor de bigotes con la Legión de Honor, levantaba su bastón con aire terrible: “Su presencia aquí, señor, es un insulto para mis hijas”. Cuando de pronto vaciló y dejó bruscamente de jugar: acababa de recordar una frase de Bergère. Era en Caudebec, durante la noche, Bergère había dicho: “¡Eh, pero mira, te empieza a gustar!”. ¿Qué había querido decir? Naturalmente, Luciano no era de madera y a fuerza de ser manoseado... “Eso no prueba nada”, se dijo con inquietud. Pero pretendían que esa gente era extraordinaria para descubrir a sus semejantes, que tenían como un sexto sentido. Luciano miró largo tiempo a un sargento de policía que dirigía el tránsito ante el puente de Jena. “¿Ese agente podría excitarme?” Miraba el pantalón azul del agente e imaginaba los muslos musculosos y velludos: “¿Acaso me impresiona?”. Experimentó un alivio: “Esto no es tan grave, pensó, todavía puedo salvarme. Ha abusado de mi desorden, pero yo no soy *verdaderamente* pederasta”. Recomenzó la experiencia con todos los hombres que se le cruzaban y siempre el resultado era negativo: “¡Uf!, pensó, bueno, me he calentado”. Era una advertencia, he ahí todo. No había que recomenzar porque una mala costumbre se adquiere rápidamente y luego era necesario con toda urgencia que se curara de sus complejos. Resolvió hacerse psicoanalizar por un especialista, sin decirlo a sus padres. Luego tomaría una querida y se volvería un hombre como todos.

Luciano comenzaba a tranquilizarse cuando pensó de pronto en Bergère: en ese mismo momento, Bergère existía en alguna parte de París, encantado de sí mismo y con la cabeza llena de recuerdos: “Sabe cómo estoy hecho, conoce mi boca, me dijo: ‘Tienes un olor que no olvidaré nunca’. Irá a jactarse entre sus amigos, diciendo: ‘Ha sido mío’, como si yo fuera una golfa. En ese mismo instante quizá estaba contando sus noches a... —el corazón de Luciano dejó de latir— ¡a Berliac! Si hace eso lo mato: Berliac me detesta, lo contará a toda la clase; soy un tipo acabado, los compañeros se negarán a estrecharme la mano. Diré que no es verdad, se dijo Luciano con extravío, haré una denuncia ¡diré que me ha violado!”. Luciano odiaba a Bergère con todas sus fuerzas: sin él, sin esa conciencia escandalosa e irremediable todo hubiera podido arreglarse, nadie hubiera dicho nada y Luciano mismo hubiera terminado por olvidar. “¡Si se muriera súbitamente! Dios mío, te lo ruego, haz que muera esta noche antes de haber dicho nada a nadie. ¡Dios mío!, haz que esta historia quede enterrada, ¡tú no puedes querer que me vuelva pederasta! En todo caso, estoy en su poder, pensó Luciano con rabia. Va a ser necesario que vuelva a su casa y que haga todo lo que él quiera, y que le diga que eso me gusta. ¡Si no estoy perdido!” Dio todavía algunos pasos y agregó como medida de precaución: “¡Dios mío! Haz que Berliac también se muera”.

Luciano no quiso tomar la responsabilidad de volver a casa de Bergère. Durante las semanas que siguieron creía encontrarlo a cada paso, y cuando trabajaba en su habitación, se sobresaltaba al ruido del timbre; de noche tenía pesadillas espantosas: Bergère lo tomaba a la fuerza en medio del patio del liceo San Luis; todos los pistones estaban allí y los miraban riéndose. Pero Bergère no hizo ninguna tentativa para volver a verlo y no dio señales de vida. “No quería más que mi pellejo”, pensó Luciano vejado. Berliac también había, desaparecido, y Guigard, que iba algunas veces, los domingos, a las carreras con él, afirmaba que había salido de París a consecuencias de una crisis de depresión nerviosa. Luciano se calmó poco a poco: su viaje a Rouen le hacía el efecto de un sueño oscuro y grotesco, sin relación con nada; había olvidado casi todos sus detalles, sólo guardaba la

impresión de un pesado olor a carne y a agua de colonia y de un intolerable fastidio. El señor Fleurier preguntó muchas veces qué era del amigo Bergère: “Tendremos que invitarlo a Ferolles para retribuirle”. “Se ha ido a Nueva York”, terminó por contestar Luciano. Iba muchas veces a pasear en bote por el Marne con Guigard y su hermana y Guigard le enseñó a bailar. “Me despierto —pensaba— renazco.” Pero sentía todavía bastante a menudo algo que pesaba sobre su espalda como un zurrón: eran sus complejos; se preguntó si no debía ir a buscar a Freud a Viena: “Partiré sin dinero, a pie si es necesario, le diré: no tengo un centavo pero soy un caso”. En una cálida tarde de junio encontró en el boulevard San Miguel al Babuino, su ex-profesor de filosofía. “Entonces, Fleurier, dijo el Babuino, ¿se prepara para el Central?” “Sí, señor”, dijo Luciano. “Usted hubiera podido, dijo el Babuino, orientarse hacia los estudios literarios. Era bueno en filosofía.” No he abandonado la filosofía, dijo Luciano, he leído algo este año. Freud, por ejemplo. A propósito, agregó con súbita inspiración, quería preguntarle, señor, ¿qué piensa del psicoanálisis? El Babuino se echó a reír: “Es una moda que pasará —dijo—. Lo que hay de mejor en Freud, lo encontrará ya en Platón. Por lo demás, —agregó con un tono que no admitía réplica—, le diré que no me ocupo de esas frivolidades. Usted haría mejor en leer a Spinoza”. Luciano se sintió liberado de un fardo enorme y volvió a su casa a pie, silbando: “Era una pesadilla —pensó— ¡pero ya no queda nada de ella!”. El sol estaba pesado y caliente ese día, pero Luciano levantó la cabeza y lo miró sin pestañear; era el sol de todo el mundo y Luciano tenía derecho a mirarlo de frente; ¡estaba salvado! “Frivolidades, pensaba, eran frivolidades. Han tratado de descarrilarme, pero no han podido.” En realidad nunca había dejado de resistir: Bergère lo había embobado con sus razonamientos, pero Luciano no había comprendido bien, por ejemplo, que la pederastia de Rimbaud era una tara; y cuando ese pequeño langostino de Berliac quiso hacerle fumar *haschich*, Luciano lo había mandado claramente a paseo: “¡He estado a punto de perderme —pensó—, pero me ha protegido mi salud moral!”. Por la noche, durante la comida miró a su padre con simpatía. El señor Fleurier era cuadrado de hombros, tenía los gestos pesados y lentos de un campesino, con algo de raza, y los ojos grises, metálicos y fríos de un jefe. “Me le parezco”, pensó Luciano. Se acordó que los Fleurier de padres a hijos eran jefes industriales desde hacía cuatro generaciones. “Por mucho que digan, ¡la familia existe!” Y pensó con orgullo en la salud moral de los Fleurier.

Luciano no se presentó ese año al concurso de la Escuela Central y los Fleurier partieron pronto para Ferolles. Quedó encantado de volver a encontrar la casa, el jardín, la usina, la pequeña ciudad calmada y equilibrada. Era otro mundo: decidió levantarse temprano para hacer largos paseos por la región: “Quiero —dijo a su padre— llenarme los pulmones de aire puro y hacer provisión de salud, antes de entrar en la gran prisión”. Acompañó a su madre a casa de los Bouffardier y de los Besse y todo el mundo encontró que se había convertido en un gran muchacho razonable y reposado. Hebrard y Winckelmann, que seguían cursos de derecho en París habían vuelto a Ferolles para las vacaciones. Luciano salió muchas veces con ellos y hablaron de las bromas que le hacían al abate Jacquemart, de sus buenos paseos en bicicletas y cantaron el “Artillero de Metz” a tres voces. Luciano apreciaba vivamente la ruda franqueza y la solidaridad de sus antiguos compañeros y se reprochaba haberlos descuidado. Confesó a Hebrard que París no le gustaba mucho, pero Hebrard no podía comprenderlo: sus padres lo habían confiado a un abate y estaba muy sujeto: conservaba todavía el deslumbramiento de sus visitas al museo del Louvre y el de la velada que pasó en la Opera. Luciano quedó enternecido ante esa simplicidad; se sentía el hermano mayor de Hebrard y de Winckelmann y comenzó a

decirse que no lamentaba haber tenido una vida tan tormentosa: había ganado experiencia. Les habló de Freud y del psicoanálisis y se divirtió un poco escandalizándolos. Criticaron violentamente la teoría de los complejos, pero sus objeciones eran ingenuas y Luciano se lo demostró; luego agregó que colocándose en un punto de vista filosófico se podía fácilmente refutar los errores de Freud. Ellos lo admiraron mucho, pero Luciano hizo como que no lo notaba.

El señor Fleurier explicó a Luciano el mecanismo de la fábrica. Lo llevó a visitar los edificios centrales y Luciano observó largamente el trabajo de los obreros. “Si yo muriera, dijo el señor Fleurier, sería necesario que tú pudieras tomar, de un día para otro, todos los comandos de la fábrica.” Luciano lo reprendió y le dijo: “¡Mi viejo papá; haz el favor de no hablar de eso!” pero se quedó serio durante muchos días pensando en las responsabilidades que tendría tarde o temprano. Tuvieron largas conversaciones sobre los deberes del patrón y el señor Fleurier le demostró que la propiedad era no sólo un derecho sino también un deber. “A qué vienen a fastidiarnos con sus luchas de clase —dijo— ¡cómo si los intereses de los patrones y los obreros fueran opuestos! Mira mi caso, Luciano. Soy un pequeño patrón, lo que se llama un ‘margoulin’ en la jerga parisién. ¡Pues bien! Hago vivir a cien obreros con sus familias. Si hago buenos negocios son los primeros en aprovecharse de ellos. Pero si me veo obligado a cerrar la fábrica, helos en la mitad de la calle. *Yo no tengo derecho*, dijo con energía, a hacer malos negocios. Eso es lo que yo llamo solidaridad de clases.”

Todo fue bien durante más de tres semanas; Luciano casi no pensaba ya en Bergère, le había perdonado: esperaba sencillamente, no volverlo a ver más en la vida. Algunas veces, cuando se cambiaba de camisa, se aproximaba al espejo y se miraba con asombro: “un hombre ha deseado este cuerpo”, pensaba. Paseaba lentamente las manos sobre sus piernas y pensaba: “Un hombre fue turbado por estas piernas”. Tocaba su cintura y lamentaba no ser otro para poder acariciar su propia carne como una tela de seda. A veces añoraba sus complejos; eran sólidos, pesaban mucho, su enorme masa sombría lo lastraba. Ahora eso había terminado, Luciano no creía ya en ellos y se sentía lleno de una penosa ligereza. Por lo demás no era del todo desagradable, era más bien una especie de desencanto muy soportable, un poco disgustante, que podía en rigor pasar por aburrimiento. “No soy nada, pensaba, pero nada me ha ensuciado. Berliac fue suciamente arrastrado. Bien puedo soportar un poco de incertidumbre: es el rescate de la pureza.”

En el transcurso de un paseo se sentó sobre un talud y pensó: “He dormido seis años y después un buen día salí de mi crisálida”. Estaba muy animado y miró el paisaje con agrado. “¡Estoy hecho para la acción!” Pero al instante estos pensamientos de gloria se volvieron insípidos. Dijo a media voz: “Que esperen un poco y verán lo que valgo”. Había hablado con fuerza pero las palabras rodaban fuera de él como coquillas vacías. “¿Qué tengo?” Esta extraña inquietud, que él no quería reconocer, le había hecho mucho mal antes. Pensó: “Es este silencio... este país...” Ningún ser viviente salvo los grillos que arrastraban penosamente en el polvo sus abdómenes amarillos y negros. Luciano detestaba los grillos porque tenían siempre aspecto de estar medio reventados. Del otro lado del camino una landa grisácea, abrumadora, agrietada, se dejaba deslizar hasta el río. Nadie veía a Luciano, nadie lo escuchaba, saltó sobre sus pies y tuvo la impresión de que sus movimientos no encontrarían ninguna resistencia ni aun la de la gravedad. Ahora estaba de pie bajo un telón de nubes grises: era como si existiera en el vacío. “Este silencio”... pensó. Era más que el silencio, era la nada. Alrededor de Luciano el campo estaba extraordinariamente tranquilo y húmedo; inhumano: parecía que se hacía pequeño y retenía

el aliento para no molestarlo. “Cuando el artillero de Metz volvió a la guarnición...” El sonido se extinguió sobre sus labios como una llama en el vacío: Luciano estaba solo, sin sombra, sin eco, en medio de esa naturaleza demasiado discreta que no pesaba. Se sacudió y trató de retomar el hilo de sus pensamientos. “Estoy hecho para la acción. En primer lugar tengo reservas: puedo hacer tonterías, pero no voy lejos porque me reconquisté.” Pensó: “Tengo salud moral”. Pero se detuvo haciendo una mueca de disgusto, de tal modo le pareció absurdo hablar de “salud moral”, en ese camino blanco que atravesaban algunos animales agonizantes. De rabia, Luciano pisó un grillo; sintió bajo la suela una pequeña bolita elástica, y cuando levantó el pie el grillo vivía todavía: Luciano lo pisó de nuevo. “Estoy perplejo. Estoy perplejo. Es como el año pasado.” Se puso a pensar en Winckelmann que lo llamaba “el as de los ases”, en el señor Fleurier que lo trataba como a un hombre, en la señora Besse que le dijo: “Es este muchachón al que yo llamaba mi muñequita. Ya no me atrevo a tutearlo, me intimida”. Pero estaban lejos, muy lejos, y le pareció que el verdadero Luciano estaba perdido y no había más que una larva blanca y perpleja. “¿Qué es lo que soy?” Kilómetros y kilómetros de landa, un sol pesado y rajante, sin hierbas, sin olor, y luego, de pronto, saliendo derecho de esa corteza gris, el espárrago de tal modo insólito que no tenía ni sombra detrás de él. “¿Qué es lo que soy?” La pregunta no había cambiado desde las vacaciones precedentes, hubiérase dicho que esperaba a Luciano en el mismo lugar en que la había dejado; o mejor aún que no era una pregunta, era un estado. Luciano se encogió de hombros: “Soy demasiado escrupuloso, pensó, me analizo demasiado”.

Los días siguientes se esforzó en no analizarse: hubiera querido fascinarse con las cosas; contemplaba largamente las hueveras, los aros de servilletas, los árboles, las fachadas; halagó mucho a su madre pidiéndole que le mostrara su platería. Pero mientras miraba la platería, pensaba que miraba la platería, y detrás de su mirada palpataba una Pequeña niebla viviente. A Luciano le costaba trabajo absorberse en una conversación con el señor Fleurier, esta niebla abundante y tenue, cuya opaca inconsistencia se parecía falsamente a la luz, se deslizaba *detrás* de la atención que prestaba a las palabras de su padre: esa niebla él mismo. Irritado, de cuando en cuando, Luciano dejaba de escuchar, y se revolvió tratando de atrapar la niebla y mirarla de frente: no encontraba más que el vacío, la niebla quedaba siempre *detrás*.

Germana fue a buscar llorando a la señora Fleurier: su hermano tenía una bronconeumonía. “Mi pobre Germana, dijo la señora Fleurier, ¿usted que siempre decía que era tan fuerte!” Le dio un mes de vacaciones e hizo venir para reemplazarla a la hija de un obrero de la fábrica, la pequeña Berta Mozelle que tenía diecisiete años. Era pequeña, con trenzas rubias anudadas alrededor de la cabeza; cojeaba ligeramente. Como venía de Concarneau, la señora Fleurier le pidió que llevara una cofia de encajes: “será más bonito”. Desde los primeros días cada vez que encontraba a Luciano sus grandes ojos azules reflejaban una admiración humilde y apasionada y Luciano comprendió que ella lo adoraba. Le habló familiarmente y le preguntó varias veces: “¿Está contenta con nosotros?”. En los corredores se divertía rozándola para ver si le hacía efecto. Pero ella le enternecía y él tuvo en ese amor un precioso consuelo; pensaba a menudo, con algo de emoción, en la imagen que Berta debía hacerse de él. “En realidad, en nada me parezco a los jóvenes obreros que ella trata.” Hizo entrar a Winckelmann al antecomedor con un pretexto y Winckelmann encontró que estaba bien formada. “Eres un tipo de suerte —dijo—, en tu lugar ya me verías.” Pero Luciano dudaba: ella olía a sudor y su camiseta negra estaba raída bajo los brazos. En una lluviosa tarde de septiembre la señora Fleurier se hizo llevar a París en auto

y Luciano se quedó solo en su habitación. Se acostó en su cama y se puso a bostezar. Le parecía ser una nube caprichosa y fugaz, siempre la misma y siempre otra, siempre en trance de diluirse en el aire por los bordes: “Me pregunto ¿para qué existo?”. Estaba allí, digería, bostezaba, escuchaba la lluvia que golpeaba contra los vidrios y estaba esa bruma blanca que se deshilachaba en su cabeza; ¿y después? Su existencia era un escándalo y las responsabilidades que asumiría más tarde bastaban apenas para justificarla. “Después de todo, yo no he pedido nacer”, se dijo. Y tuvo un impulso de piedad para sí mismo. Se acordó de sus inquietudes de niño, de su larga somnolencia y se le aparecieron bajo una luz nueva: en el fondo no había dejado de estar embarazado por su vida, por ese regalo voluminoso e inútil y la había llevado en sus brazos sin saber qué hacer de ella, ni dónde depositarla. “He pasado mi tiempo en lamentarme de haber nacido.” Pero estaba demasiado deprimido para llevar más lejos sus pensamientos; se levantó, encendió un cigarrillo y bajó a la cocina para pedir a Berta que le hiciera un poco de té.

Ella no lo vio entrar. El le tocó la espalda y se sobresaltó violentamente: “¿La he asustado?”, preguntó. Ella le miraba con aire espantado apoyando las dos manos sobre la mesa, su pecho se levantaba; al cabo de un momento sonrió y dijo: “Me he asustado. Creía que no había nadie”. Luciano le devolvió su sonrisa con indulgencia y le dijo: “¿Sería tan amable de prepararme una taza de té?”. “En seguida, señor Luciano”, contestó la pequeña y huyó hacia su hornillo; la presencia de Luciano parecía serle penosa. Luciano permanecía, incierto, en la puerta. Y bien, preguntó paternalmente, “¿está usted a gusto en casa?” Berta le volvía la espalda y llenaba una cacerola en la canilla. El ruido del agua cubrió su respuesta. Luciano esperó un momento y cuando hubo dejado la cacerola sobre la hornalla del gas, continuó: “¿Ha fumado ya?”. “A veces”, contestó la pequeña con desconfianza. El abrió su paquete de Craven y se lo tendió. No estaba muy contento, le parecía que se comprometía; no hubiera debido hacerla fumar. “¿Usted quiere que fume?”, dijo sorprendida. “¿Por qué no?” “La señora me va a reprender.” Luciano tuvo una desagradable impresión de complicidad; se echó a reír y dijo: “No se lo contaremos”. Berta se ruborizó, tomó un cigarrillo con la punta de los dedos y lo colocó en su boca. “¿Debo ofrecerle fuego? Sería incorrecto.” Le dijo: “Y bueno, ¿no lo prende?”. Ella lo irritaba, se quedaba ahí, con los brazos rígidos, roja y dócil, los labios apretados alrededor del cigarrillo; hubiérase dicho que se había hundido un termómetro en la boca. Terminó por tomar un fósforo de azufre de una caja de hojalata, lo frotó, fumó algunas bocanadas parpadeando y dijo: “Es suave”, luego sacó precipitadamente el cigarrillo de la boca y lo apretó torpemente entre los cinco dedos. “Es una víctima nata”, pensó Luciano. No obstante se deshelo un poco cuando él le preguntó si le agradaba su Breña; ella le describió las diferentes clases de cofias bretonas y hasta cantó con una voz dulce y falsa una canción de Rospenden. Luciano la riñó gentilmente, pero ella no comprendió la broma y lo miró con aire azorado: en esos momentos se parecía a un conejo. El se había sentado en un escabel y se sentía muy cómodo: “Siéntese pues”, le dijo. “Oh, no, señor Luciano, no delante del señor Luciano.” Él la tomó por las axilas y la atrajo sobre sus rodillas. “Y así”, le preguntó. Ella, se dejó hacer, murmurando: ¡Sobre sus rodillas! con aire de éxtasis y de reproche, con un extraño acento y Luciano pensó con fastidio: “Me comprometo demasiado; nunca debí ir tan lejos”. Se calló; ella permanecía en sus rodillas, cálida, muy tranquila, pero Luciano sentía latir su corazón. “Es una cosa mía, pensó, puedo hacer con ella lo que quiera.” La dejó, tomó la tetera y subió a su habitación: Berta no hizo el menor gesto para detenerlo. Antes de beber el té, Luciano se lavó las manos con el jabón perfumado de su madre, porque tenían olor a axilas.

“¿Acaso voy a acostarme con ella?” Los días siguientes Luciano estuvo muy absorto por este pequeño problema: Berta se ponía todo el tiempo en su camino y lo miraba con grandes ojos tristes de perrito faldero. La moral quedó victoriosa: Luciano comprendió que arriesgaba dejarla encinta porque no tenía bastante experiencia (imposible comprar preservativos en Ferolles, era demasiado conocido) y que provocaría muchos disgustos al señor Fleurier. Se dijo también que más tarde tendría menos autoridad en la fábrica si la hija de uno de sus obreros podía jactarse de haberse acostado con él. “No tengo derecho a tocarla.” Durante los últimos días de septiembre evitó encontrarse solo con Berta. “Bueno, le dijo Winckelmann, ¿qué esperas?” “No sigo, contestó secamente Luciano, no me gustan los amores serviles.” Winckelmann que oía hablar de amores serviles por primera vez, lanzó un ligero silbido y se calló.

Luciano estaba muy satisfecho de sí mismo: se había conducido como un tipo elegante y esto rescataba muchos errores. “Ella estaba al caer”, se decía, con un poco de añoranza. Pero reflexionando pensó: “Es como si la hubiera tenido: se ofreció y yo no quise”. En adelante ya no se consideró virgen. Estas ligeras satisfacciones le ocuparon algunos días, pero se fundieron también en la bruma. Al comenzar octubre se sentía tan melancólico como cuando se inició el anterior año escolar.

Berliac no había vuelto y nadie tenía noticias de él. Luciano notó muchas caras desconocidas; su vecino de la derecha que se llamaba Lemordant había hecho un año de matemáticas especiales en Poitiers. Era todavía más alto ^Ue Luciano y con su bigote negro, tenía ya el aspecto de un hombre. Luciano volvió a ver sin gusto a sus camaradas, le parecieron pueriles e inocentemente bulliciosos: seminaristas. Se asociaba todavía a sus manifestaciones colectivas, pero con desgano, como por otra parte se lo Permitía su condición de “mayor”. Lemordant le hubiera traído más porque estaba maduro; pero no parecía haber adquirido esta madurez como Luciano, a través de múltiples y penosas experiencias: era adulto de nacimiento. Luciano contemplaba a menudo con plena satisfacción esa cabeza voluminosa y pensativa, sin cuello, plantada al sesgo sobre los hombros; parecía imposible hacer entrar nada en ella ni por las orejas, ni por sus ojillos chinos, rosados y vidriosos: “Es un tipo que tiene convicciones”, pensaba Luciano con respeto; y se preguntaba, no sin envidia, cuál sería esa certidumbre que daba a Lemordant una conciencia tan completa de sí mismo. “He ahí cómo debería ser yo; una roca.” En cualquier forma estaba un poco sorprendido de que Lemordant fuera accesible a las razones matemáticas; pero el señor Husson lo tranquilizó cuando entregó los primeros deberes: Luciano era séptimo y Lemordant obtuvo un cinco y el lugar setenta y ocho; todo estaba en orden. Lemordant no se emocionó; parecía esperar lo peor, y su boca minúscula, sus gordas mejillas amarillas y lisas no estaban hechas para expresar sentimientos: era un Buda. Sólo una vez se le vio enojado; el día en que Loewy lo atropelló en el vestuario. Emitió primero una decena de gruñidos agudos moviendo los párpados: “¡A Polonia, dijo por último, a Polonia! sucio judío y no vengas a joder entre nosotros”. Dominaba a Loewy con toda su estatura y su busto macizo vacilaba sobre sus largas piernas. Terminó por darle un par de bofetadas y el pequeño Loewy presentó excusas: el asunto quedó ahí.

Los jueves Luciano salía con Guigard que lo llevaba a bailar con las amigas de su hermana. Pero Guigard terminó por confesar que esas cabriolas lo cansaban. “Tengo una amiga, le confió, es la principal en lo de Plionier en la calle Royal. Justamente tiene una compinche que no tiene a nadie; tú deberías venir con nosotros el sábado a la noche.” Luciano hizo una escena a sus padres y obtuvo el permiso de salir todos los sábados; le dejarían la llave bajo el felpudo. Se reunió con Guigard alrededor de las nueve en un bar de

la calle Saint-Honoré. “Ya verás, dijo Guigard, Fanny es encantadora, y además lo que tiene de mejor es que sabe vestirse.” “¿Y la mía?” “No la conozco, sé que es delicada y que acaba de llegar a París; es de Angulema. A propósito, agregó, no hagas planchas. Yo soy Pedro Daurat. Como tú eres rubio he dicho que tienes sangre inglesa, es mejor. Te llamas Luciano Bonnières.” “¿Pero por qué?, preguntó Luciano intrigado.” “Viejo, contestó Guigard, por principio. Puedes hacer lo que quieras con esas mujeres pero nunca decirles tu nombre.” “Bueno, bueno, dijo Luciano, ¿y de qué me ocupo?” “Puedes decir que eres estudiante; vale más; comprende, eso las halaga y no te obliga a salidas costosas. Los gastos van a medias, naturalmente, pero esta noche me dejas pagar a mí; estoy acostumbrado; te diré el lunes lo que me debes.” Luciano pensó en seguida que Guigard trataba de sacar pequeños beneficios: “¡Qué desconfiado me he vuelto!”, pensó divertido. Fanny entró casi de inmediato; era una muchacha alta, morena y delgada, con largos muslos y un rostro muy pintado. Luciano la encontró intimidante. “Éste es Bonnières, de quien te hablé, dijo Guigard.” “Encantada, dijo Fanny con aire de miope, aquí está Maud, mi amiguita.” Luciano vio una individua pequeña, sin edad, tocada con una maceta de flores invertida. No estaba pintada y pareja gris junto a la brillante Fanny. Luciano quedó amargamente desilusionado, pero notó que tenía una linda boca y además con ella no tendría necesidad de andar rogando. Guigard había tenido cuidado de pagar los bocks con anterioridad, de modo que pudo aprovecharse de la confusión de la llegada para empujar alegremente a las dos jóvenes hacia la puerta, sin dejarles tiempo de tomar nada. Luciano lo encontró muy de su gusto; el señor Fleurier no le daba más que ciento veinticinco francos por semana, y con ese dinero tenía que pagar también su viático. La velada fue muy divertida; fueron a bailar al Barrio Latino a una pequeña sala cálida y rosada con rincones de sombra en donde el aperitivo costaba cinco francos. Había muchos estudiantes con mujeres del género de Fanny, pero menos bien. Fanny estuvo soberbia: miró en los ojos a un gordo barbudo que fumaba en pipa y dijo en voz alta: “Me horroriza la gente que fuma en pipa en los dancings”. El tipo se puso encarnado y guardó la pipa, todavía encendida en su bolsillo. Trataba a Guigard y a Luciano con un poco de condescendencia y les dijo muchas veces: “Ustedes son unos sucios mocositos” con aire maternal y gentil. Luciano se sentía lleno de seguridad y todo azucarado; dijo a Fanny muchas cositas divertidas y sonreía diciéndolas. Finalmente la sonrisa no abandonó su cara y supo encontrar una voz refinada con algo de dejadez y de tierna cortesía teñida de ironía. Pero Fanny le hablaba poco; tomaba el mentón de Guigard y tiraba sobre la mandíbula para hacer sobresalir la boca; cuando los labios quedaban gruesos y un poco babosos, como frutos henchidos de jugo, ella los lamía a lengüetazos llamándole “Baby”. Luciano estaba horriblemente molesto y encontraba ridículo a Guigard: Guigard tenía rouge al costado de la boca y la marca de los dedos en las mejillas. Pero el comportamiento de las otras parejas era todavía más descuidado: todo el mundo se besaba; de tiempo en tiempo, la encargada del guardarropa pasaba con una bandejita y arrojaba serpentinas y bolas multicolores gritando: “¡Oh, niños míos, diviértanse, ríanse, olé, olé!”. Y todo el mundo se reía. Luciano terminó por acordarse de la existencia de Maud y le dijo sonriendo: “Mire esos tortolitos”. Señalaba a Guigard y a Fanny y agregó: “Nosotros ¡nobles ancianos!...” no acabó la frase pero sonrió tan pícaramente que Maud sonrió también. Ella se sacó el sombrero y Luciano notó con placer que era un poco mejor que las otras mujeres del dancing; entonces la invitó a bailar y le contó los abortos que hacían a los profesores en el año en que se recibió de bachiller. Ella bailaba bien, tenía ojos negros y serios y un aire discreto. Luciano le habló de Berta y le dijo que tenía algunos remordimientos. “Pero, agregó, eso era mejor para

ella.” Maud encontró la historia de Berta poética y triste y preguntó cuánto ganaba Berta en casa de los padres de Luciano. “No siempre es divertido para una chica, agregó, el estar empleada.” Guigard y Fanny no se ocupaban más de ellos, se acariciaban y la cara de Guigard estaba toda húmeda. Luciano repetía de tiempo en tiempo: “Mire los tortolitos, pero mírelos”. Y tenía preparada su frase: “Me dan ganas de hacer otro tanto”. Pero no se atrevía a colocarla y se contentaba con sonreír; luego fingió que él y Maud eran viejos compinches, desdeñosos del amor, le llamó: “viejo hermano” e hizo ademán de palmearle el hombro. Fanny volvió de pronto la cabeza y los miró con sorpresa. “Vamos, mocuelos, ¿qué hacen? Bésense, pues, se están muriendo de ganas.” Luciano tomó a Maud en sus brazos, estaba un poco molesto porque Fanny los miraba: hubiera querido que el beso fuera largo y logrado pero se preguntaba cómo hacía la gente para respirar. Finalmente no era tan difícil como pensaba, bastaba besar de través para dejar libre la nariz. Escuchaba contar a Guigard: “uno, dos... tres... cuatro...” y dejó a Maud al cincuenta y dos. “No está mal para un debutante, dijo Guigard, pero yo lo haré mejor.” Luciano miró su reloj pulsera y contó a su vez: Guigard dejó la boca de Fanny a los ciento cincuenta y nueve segundos. Luciano estaba furioso y encontraba estúpido este concurso. “Dejé a Maud por discreción, pensó, pero no es nada difícil, una vez que se sabe respirar puede continuarse indefinidamente.” Propuso una segunda partida y la ganó. Cuando terminaron Maud miró a Luciano y le dijo seriamente: “Besa usted bien”. Luciano enrojeció de placer: “Para servirla”, contestó inclinándose. Pero en cualquier forma hubiera preferido besar a Fanny. Se separaron a eso de las doce y media a causa del último metro. Luciano estaba muy contento; saltó y bailó por la calle Raymouard y pensó: “El asunto está a caer”. Las comisuras de la boca le dolían de tanto sonreír.

Tomó la costumbre de ver a Maud los jueves a las seis y los sábados por la noche. Ella se dejaba besar pero no quería entregarse. Luciano se quejó a Guigard, quien lo tranquilizó: “No te preocupes, dijo Guigard. Fanny está segura de que se acostará; sólo que es joven y no ha tenido sino dos amantes. Fanny te recomienda ser muy tierno con ella”. “¿Tierno? dijo Luciano, ¿te das cuenta?” Rieron los dos y Guigard concluyó: “Haz lo que quieras, viejo”. Luciano fue muy tierno. Besaba mucho a Maud y le decía que la amaba pero a la larga eso era un poco monótono y luego no estaba muy orgulloso de salir con ella; le hubiera gustado darle consejos sobre sus vestidos, pero estaba llena de prejuicios y se enojaba muy pronto. Entre beso y beso permanecían silenciosos, con los ojos fijos y teniéndose las manos. “Sabe Dios en qué piensa ella con esos ojos tan severos.” Luciano pensaba siempre en la misma cosa: en esa pequeña existencia triste y vaga que era la suya, y se decía: “Quisiera ser Lemordant, ¡ése es uno que ha encontrado su camino!”. En esos momentos se veía como si fuera otro: sentado cerca de una mujer que lo amaba, la mano en su mano, los labios todavía húmedos de sus besos y rechazando la humilde felicidad que ella le ofrecía: solo. Entonces estrechaba con fuerza los dedos de la pequeña Maud y las lágrimas le subían a los ojos: hubiera querido hacerla feliz.

Una mañana de diciembre Lemordant se acercó a Luciano; tenía un papel: “¿Quieres firmar?” le preguntó. ¿Qué es? “Es por los judíos de la Normal Sup. Han mandado a *La Obra* un papelucho contra la preparación militar obligatoria con doscientas firmas. Entonces, nosotros protestamos, necesitamos por lo menos mil nombres: hay, que arrastrar a los cyrard, a los flotantes, a los agro, a los X, toda la morralla.” Luciano se sintió halagado y preguntó: “¿Se va a publicar?”. “En la *Acción* seguramente, y quizá también en *El Eco de París*.” Luciano tenía ganas de firmar de inmediato pero pensó que no sería bastante serio. Tomó el papel y lo leyó atentamente. Lemordant agregó. Creo que tú no

haces política; es asunto tuyo. **Pero** eres francés, tienes derecho a dar tu opinión”. Cuando oyó lo de “tienes derecho a dar tu opinión”, Luciano se sintió atravesado por un inexplicable y rápido regocijo. Firmó. Al día siguiente compró *La Acción Francesa*, pero el manifiesto no figuraba en ella. No apareció hasta el jueves, Luciano lo encontró en la segunda página bajo este título: “La juventud de Francia da un buen directo a la mandíbula de la judería internacional”. Su nombre estaba allí, condensado, definitivo, no muy lejos del de Lemordant, casi tan extraño como el de Flèche y el de Flipot que lo rodeaban; caía bien. “Luciano Fleurier —pensó—, un nombre de campesino, un nombre muy francés.” Leyó en voz alta toda la serie de nombres que comenzaban con F y cuando le llegó el turno al suyo lo pronunció haciéndose el que no lo reconocía. Luego guardó el diario en el bolsillo y volvió a su casa muy contento.

Él mismo fue algunos días más tarde a buscar a Lemordant. “¿Haces política?” le preguntó. “Soy de la liga, dijo Lemordant, ¿acostumbras leer la *Acción*?” “No muy a menudo, confesó Luciano, hasta ahora eso no me interesaba pero creo que estoy cambiando.” Lemordant le miraba sin curiosidad, con su aire impenetrable. Luciano le contó a grandes rasgos lo que Bergère había llamado su “desorden”. “¿De dónde eres?” preguntó Lemordant. “De Ferolles, mi padre tiene allí una fábrica.” “¿Cuánto tiempo estuviste allá?” “Hasta el segundo” “Ya comprendo, dijo Lemordant; y bueno es muy sencillo, eres un desarraigado: ¿Has leído a Barrès?” “He leído *Colette Baudouche*.” “No es eso, dijo Lemordant con impaciencia, esta tarde voy a traerte los *Desarraigados*. Es tu historia, allí encontrarás el mal y su remedio.” El libro estaba encuadernado en cuero verde. En las primeras páginas un “ex libris Andrés Lemordant” se destacaba en letras góticas. Luciano quedó sorprendido; nunca hubiera pensado que Lemordant pudiera tener un nombre de pila.

Comenzó su lectura con mucha desconfianza: tantas veces ya se le había querido explicar; tantas veces se le habían prestado libros diciéndole: “Lee eso, es completamente tu caso”. Luciano pensó con una sonrisa un poco triste en que él no era de los que se pueden turbar con una frase. El complejo de Edipo, el Desorden: ¡qué de puerilidades y qué lejos estaba todo eso! Pero quedó seducido desde las primeras páginas: en primer lugar no se trataba de psicología —Luciano estaba hasta la coronilla de psicología—; los jóvenes de que hablaba Barres no eran individuos abstractos, que no pertenecían a ninguna clase como Rimbaud o Verlaine, ni enfermos como todos esos vieneses desorbitados que se hacían psicoanalizar por Freud. Barrès comenzaba por colocarlos en su medio, en su familia: habían sido bien educados en provincia, dentro de sólidas tradiciones; a Luciano le pareció que Sturel se le parecía: “Por lo tanto es verdad, se dijo, soy un desarraigado”. Pensó en la salud moral de los Fleurier, una salud que no se adquiere más que en el campo, en su fuerza física (su abuelo torcía un sueldo de bronce entre los dedos; se acordó con emoción de los amaneceres de Ferolles: se levantaba, bajaba despacio para no despertar a sus padres, montaba en su bicicleta y el suave paisaje de la Isla de Francia lo envolvía en su discreta caricia. “Siempre he detestado a París”, pensó con violencia. Leyó también *El jardín de Berenice* y de tiempo en tiempo, interrumpía su lectura y se ponía a reflexionar, los ojos en el vacío; he aquí pues que nuevamente se le ofrecía un carácter y un destino, un medio de escapar a las interminables charlas de su conciencia, un método para definirse y apreciarse. ¡Y cómo prefería a las bestias inmundas y lúbricas de Freud el inconsciente lleno e agrestes olores que le regalaba Barrès! Para captarlo Luciano no tenía más que alejarse de la estéril y peligrosa contemplación de sí mismo: era necesario que estudiara el suelo y el subsuelo de Ferolles, que descifrara el sentido de las colinas onduladas que descienden hasta la

Sernette; que se dirigiera a la geografía humana y a la historia. O bien, más sencillamente, debía volver a Ferolles y vivir allí: lo encontraría a sus pies, inofensivo y fértil, extendido a través de la campiña ferolliana, mezclado a los bosques, a las fuentes, a las hierbas, como un humus nutritivo en el que Luciano por fin encontraría la fuerza necesaria para convertirse en jefe. Luciano salía muy exaltado de estos largos ensueños, y aun, de vez en cuando tenía la impresión de haber encontrado su camino. Ahora cuando permanecía silencioso junto a Maud, con un brazo alrededor de su talle, algunas palabras, algunos trozos de frases resonaban en él; “reanudar la tradición”, “la tierra y los muertos” palabras profundas y opacas, inagotables. “¡Qué tentador es!”; pensaba. No obstante no osaba creer en ello: ya demasiado a menudo había sufrido desengaños. Expuso sus temores a Lemordant: “Eso sería demasiado hermoso”. “Querido mío, contestó Lemordant, uno no cree de inmediato en lo que quiere creer: es necesario alguna práctica.” Reflexionó un poco y dijo: “Deberías venir con nosotros”. Luciano aceptó con alegría, pero hizo notar que conservaba su libertad: “Voy, dijo, pero no me comprometo a nada. Quiero ver y reflexionar”.

Luciano quedó encantado por la camaradería de los jóvenes “camelots”; le hicieron una acogida cordial y simple y de inmediato se sintió cómodo, entre ellos. Conoció bien pronto la “barra” de Lemordant, una veintena de estudiantes que llevaban casi todos la boina de terciopelo. Tenían apeadero en el primer piso de la cervecería “Polder” donde jugaban al bridge o al billar. Luciano iba a encontrarlos allí a menudo y bien pronto comprendió que lo habían adoptado, porque era siempre recibido a los gritos de: “¡Aquí está el más buen mozo!”; o “¡Es nuestro Fleurier nacional!”. Pero era su buen humor el que seducía sobre todo a Luciano: nada de pedante ni de austero; pocas conversaciones políticas. Se reía y se cantaba, eso era todo, se pegaban algunos gritos o bien se batían palmas en honor de la juventud estudiosa. Lemordant mismo, sin compartir una autoridad que nadie hubiera osado discutirle, se templaba un poco, se dejaba ir hasta la sonrisa. Generalmente Luciano se callaba, su mirada vagaba sobre esos jóvenes vocingleros y musculosos: “Son una fuerza”, pensaba. Entre ellos descubría poco a poco el verdadero sentido de la juventud: no residía en la gracia afectada que apreciaba un Bergère; la juventud era el porvenir de Francia. Por otra parte los camaradas de Lemordant no tenían el encanto turbio de la adolescencia; eran adultos y muchos llevaban barba. Mirándolos bien se encontraba en todos ellos un aire de parentesco: habían terminado con los errores y las incertidumbres de su edad, no tenían nada que aprender, estaban formados. Al principio sus bromas ligeras y feroces escandalizaban un poco a Luciano; hubiera podido creérseles inconscientes. Cuando Rémy anunció que a la señora Dubus, la mujer del dirigente radical, un camión le había cortado las piernas, Luciano esperaba que rindieran un breve homenaje a un adversario desdichado. Pero todos se echaron a reír y se golpearon los muslos diciendo: “¡La vieja carroña!” y “¡Estimable camionero!”. Luciano quedó un poco contrariado, pero comprendió de pronto que esa gran risa purificadora era un refugio: habían presentido un peligro, no querían una cobarde piedad y se cerraban. Luciano se echó también a reír. Poco a poco su travesura se le apareció bajo su verdadera luz: no tenía sino la apariencia de la frivolidad, en el fondo era la afirmación de un derecho: su convicción era tan profunda, tan religiosa, que les daba el derecho de parecer frívolos, de mandar a paseo con una broma o una pirueta todo lo que no era lo esencial. Entre el humor helado de Charles Maurras y las bromas de Desperreau, por ejemplo (llevaba en el bolsillo un trozo viejo de preservativo al que llamaba el prepucio de Blum), no había más que una diferencia de grado. En el mes de enero la Universidad anunció una sesión solemne en el transcurso

de la cual se confería el grado de “doctor honoris causa” a dos mineralogistas suecos. “Vas a ver un buen alboroto”, dijo Lemordant a Luciano, entregándole una invitación. El gran anfiteatro estaba lleno. Cuando Luciano vio entrar a los señores de la *Marsellesa* al presidente de la República y al rector, el corazón le empezó a latir y temió por sus amigos. Casi en seguida algunos jóvenes se levantaron en las tribunas y se pusieron a gritar. Luciano reconoció con simpatía a Rémy, rojo como un tomate, que se debatía entre dos hombres que le tiraban del traje, gritando: “Francia para los franceses”. Pero le gustó más particularmente ver a un señor de edad, que soplabla con aire de niño terrible en una cornetita. “¡Qué sano es!”, pensó. Le gustaba vivamente esa original mezcla de gravedad testaruda y de turbulencia que daba a los más jóvenes un aire maduro y a los de más edad un aspecto de diablillos. Bien pronto también Luciano trató de bromear. Tuvo algunos éxitos y cuando decía de Herriot: “Si ese muere en su cama es porque no hay Dios”, sentía nacer en él un furor sagrado. Entonces apretaba las mandíbulas y durante un momento se sentía tan convencido, tan austero, tan fuerte, como Rémy o Desperreau. “Lemordant tiene razón, pensó, es necesario practicar, todo está en eso.” Aprendió también a rehusar la discusión. Guigard que no era más que un republicano, lo cubría de objeciones. Luciano lo escuchaba con paciencia, pero al cabo de un momento se cerraba. Guigard seguía hablando, pero Luciano ni siquiera lo miraba: alisaba la raya de su pantalón y se divertía en hacer anillos con el humo de su cigarrillo, mirando a las mujeres. A pesar de todo, oía algunas de las objeciones de Guigard, pero ellas perdían bruscamente su fuerza y se deslizaban sobre él ligeras y fútiles. Guigard terminaba por callarse; muy impresionado.

Luciano habló a sus padres de sus nuevos amigos y el señor Fleurier le preguntó si iba a hacerse “camelot”. Luciano dudó y dijo gravemente: “Estoy tentado, verdaderamente tentado”. “Luciano, te lo ruego, no lo hagas, dijo su madre, son muy revoltosos y una desgracia ocurre pronto. ¿Quieres que te torturen o que te metan en la cárcel? Y además, eres demasiado joven para hacer política.” Luciano sólo contestó con una sonrisa firme y el señor Fleurier intervino: “Déjale hacer, mi querida, déjale seguir su idea; es necesario pasar por eso”. A partir de ese día le pareció a Luciano que sus padres lo trataban con cierta consideración. No obstante, no se decidía; esas semanas le enseñaron mucho: se representaba una después de otra la curiosidad benevolente de su padre, las inquietudes de la señora Fleurier, el naciente respeto de Guigard, la insistencia de Lemordant, la impaciencia de Rémy y se decía inclinando la cabeza: “No es cosa sin importancia”. Tuvo una larga conversación con Lemordant y Lemordant comprendió muy bien sus razones y le dijo que no se apresurara. Luciano tenía todavía crisis de duda: tenía la impresión de no ser más que una pequeña transparencia gelatinosa que temblaba sobre el banco de un café y la bulliciosa agitación de los “camelots” le parecía absurda. Pero en otros momentos se sentía duro y pesado como una piedra y era casi feliz.

Estaba en los mejores términos con toda la barra. Les cantó: “El casamiento de Rebeca”, que Hebrard le había enseñado en las últimas vacaciones y todo el mundo declaró que era muy divertido. Puesto en vena, Luciano hizo muchas reflexiones mordaces sobre los judíos y habló de Berliac que era tan avaro: “Yo me decía siempre: pero, por qué es tan roñoso, cómo es posible ser tan roñoso. Y luego, un buen día comprendí: era de la tribu”. Todo el mundo se echó a reír y una especie de exaltación se apoderó de Luciano: se sentía verdaderamente furioso contra los judíos, y el recuerdo de Berliac le era profundamente desagradable. Lemordant, le miró en los ojos y le dijo: “Tú eres un puro”. Desde entonces pedían a menudo a Luciano: “Fleurier, dinos una buena sobre los judíos”. Y Luciano contaba historias judías que había oído a su padre; le bastaba comenzar con un cierto tono:

“une día Levy si incontró con Plum...” para provocar la hilaridad de sus amigos. Un día Rémy y Patenotre contaron que se habían cruzado con un judío argelino al borde del Sena y que le habían hecho dar un miedo horrible avanzando hacia él como si quisieran arrojarlo al agua: “Yo me decía, concluyó Rémy, qué lástima que Fleurier no esté con nosotros”.

“Quizá haya sido mejor que no haya estado, interrumpió Desperreau, porque hubiera echado sin más al judío al agua.” Luciano no tenía rival para reconocer los judíos a primera vista. Cuando salía con Guigard lo tocaba con el codo: “No te vuelvas en seguida, el gordito que está detrás de nosotros: ¡es uno!”.

“Tienes olfato para eso”, decía Guigard. Fanny tampoco podía ver a los judíos; un jueves subieron los cuatro a la habitación de Maud y Luciano cantó “El casamiento de Rebeca”. Fanny no podía más, decía: “Basta, basta, me voy a hacer pipí en los calzones”, y cuando él terminó le lanzó una mirada feliz, casi tierna. En la cervecería “Polder” terminaron por dar bromas a Luciano. Siempre se encontraba alguien que dijera negligentemente: “Fleurier que quiere tanto a los judíos...”, o bien, “León Blum, el gran amigo de Fleurier...”, y los otros estaban encantados, reteniendo la respiración con la boca abierta. Luciano se ponía colorado, golpeaba sobre la mesa gritando: “¡Maldito sea...!” y ellos se echaban a reír, decían “¡marchó, marchó! No marchó ¡corrió!”. Los acompañaba a menudo a reuniones políticas y escuchó al profesor Claudio y a Máximo Real del Sarte. Su trabajo se resentía un poco de estas nuevas obligaciones, pero como, en cualquier caso, Luciano no podía contar ese año con triunfar en el concurso de la Central, el señor Fleurier se mostró indulgente: “Es necesario, dijo a su mujer, que Luciano aprenda su oficio de hombre”. Cuando salían de estas reuniones Luciano y sus amigos llevaban la cabeza ardiendo y hacían chiquilladas. Una vez, eran unos diez y encontraron un hombrecito oliváceo que atravesaba la calle Saint-André-des-Arts leyendo la *Humanidad*. Lo arrinconaron contra un muro y Rémy le ordenó: “Tire ese diario”. El tipejo quería ganar tiempo, pero Desperreau se deslizó detrás de él y lo agarró de la cintura mientras Lemordant con su puño poderoso le arrancaba el diario. Era muy divertido. El hombrecito furibundo daba puntapiés en el vacío gritando: “¡Déjenme, déjenme!” con un acento raro y Lemordant, muy tranquilo, rompía el diario. Pero cuando Desperreau consintió en largar al hombre, las cosas empezaron a echarse a perder; el otro se arrojó sobre Lemordant y lo hubiera golpeado si Rémy no le hubiera mandado a tiempo un buen puñetazo detrás de la oreja. El tipo fue a golpear contra la pared y los miró a todos con malos ojos, diciendo: “¡Sucios franceses!”.

“Repíte lo que has dicho”, pidió fríamente Marchesseau. Luciano comprendió que iba a pasar algo malo: Marchesseau no entendía de bromas cuando se trataba de Francia. “¡Sucios franceses!”, dijo el meteco. Recibió una formidable bofetada y se lanzó hacia adelante con la cabeza baja aullando: “¡Sucios franceses! ¡Sucios burgueses, los detesto! Quisiera que reventaran todos, todos, todos”. Y una ola de otras injurias inmundas de una violencia que Luciano jamás hubiera podido imaginar. Entonces perdieron la paciencia y se vieron obligados a unirse todos y a darle una buena lección. Al cabo de un momento lo dejaron y el tipo se dejó ir contra la pared; vacilaba, un puñetazo le había cerrado el ojo derecho y todos estaban a su alrededor, cansados de golpear, esperando que cayera. El tipo torció la boca y escupió: “¡Sucios franceses!”.

“¿Quieres que volvamos a empezar?”, preguntó Desperreau jadeante. El tipo no pareció escucharlo, los miró desafiante con su ojo izquierdo y repitió: “¡Sucios franceses! ¡Sucios franceses!”. Hubo un momento de duda y Luciano comprendió que sus compinches iban a abandonar la partida. Entonces algo fue más fuerte que él, saltó hacia adelante y golpeó con todas sus fuerzas. Oyó algo que crujía, y el hombrecito lo miró con aire débil y sorprendido: “Sucios...”, farfulló. Pero su ojo golpeado se transformó en un

globo rojo y sin pupila; cayó de rodillas y no dijo nada más. “Abandonemos el campo”, sopló Rémy. Corrieron y no se detuvieron hasta la plaza San Miguel. Nadie los perseguía. Se arreglaron las corbatas y se limpiaron los unos a los otros con la palma de la mano.







Transcurrió la velada sin que los jóvenes hicieran alusión a su aventura y se mostraban particularmente amables los unos con los otros: habían abandonado esa brutalidad púdica que les servía de ordinario para velar sus sentimientos. Se hablaban con cortesía y Luciano pensó que por primera vez se portaban tal como debían ser con sus familias; él mismo estaba un poco enervado, no tenía costumbre de pegarse en plena calle como entre granujas. Pensó en Maud y en Fanny con ternura.

No pudo conciliar el sueño: “No puedo continuar, pensó, siguiéndolos en sus equipos como aficionado. Ahora todo está bien pesado, es *necesario* que me afilie”. Se sentía grave y casi religioso cuando anunció la buena noticia a Lemordant: “Es cosa resuelta, le dijo, estoy con ustedes”. Lemordant le palmeó el hombro y la “barra” festejó el acontecimiento bebiendo unas cuantas buenas botellas. Habían vuelto a tomar su tono brutal y alegre y no hablaron del incidente de la víspera. Marchesseau dijo simplemente a Luciano: “¡Tienes un buen *punch!*” y Luciano contestó: “¡Era un judío!”.

Al día siguiente Luciano fue a reunirse con Maud llevando un grueso bastón de junco que había comprado en una tienda del boulevard San Miguel. Maud comprendió de inmediato, miró el bastón y dijo: “Entonces, ¿es cosa hecha?”. “Cosa hecha”, dijo Luciano, sonriendo. Maud pareció halagada; personalmente, se inclinaba más bien a las ideas izquierdistas, pero tenía un espíritu amplio: “Encuentro, decía, que en todos los partidos hay algo bueno”. Durante la velada le rascó varias veces la nuca llamándolo su pequeño “camelot”. Un sábado a la noche, poco tiempo después, Maud se sintió fatigada. “Creo que me vuelvo a casa, dijo, pero puedes subir conmigo si te portas bien: me darás la mano y serás muy amable con tu pequeña Maud que se siente mal; le contarás cuentos.” Luciano no estaba muy entusiasmado: la habitación de Maud lo entristecía por su cuidada pobreza; parecía la habitación de una sirvienta. Pero hubiera sido criminal dejar pasar tan buena ocasión. Apenas entró, Maud se tiró sobre su cama diciendo: “Uff ¡qué bien estoy!”. Luego se calló y miró a Luciano en los ojos frunciendo los labios. Él se acostó a su lado y ella se puso una mano sobre los ojos apartando los dedos y diciendo con voz infantil: “Cucú, te veo, sabes Luciano, te veo”. Él se sentía pesado y húmedo, ella le puso los dedos en la boca y él los chupó, después de lo cual le habló tiernamente; le dijo: “La pequeña Maud está enferma; que desdichada es, pobrecita Maud”, y le acarició todo el cuerpo; ella había cerrado los ojos y sonreía misteriosamente. Al cabo de un momento él había levantado la falda de Maud y se encontró que estaban haciendo el amor. Luciano pensó: “Soy hábil”. “Bueno, dijo Maud, cuando hubieron terminado, ¡si hubiera esperado esto...! Miró a Luciano con tierno reproche.” “¡Gran pícaro! Creí que serías juicioso.” Luciano dijo que estaba tan sorprendido como ella. “Esto se ha hecho sin pensar”, dijo. Ella reflexionó un poco y le dijo seriamente: “No lamento nada. Antes era quizá más puro, pero era menos completo”.

“Tengo una querida”, pensó Luciano en el metro. Estaba vacío y cansado, impregnado de un olor a ajeno y a pescado fresco. Se sentó manteniéndose rígido para evitar el contacto de su camisa impregnada en sudor, le parecía que su cuerpo era de leche cuajada. Se repetía con fuerza: “Tengo una querida”, pero se sentía frustrado; lo que había deseado de Maud, todavía la víspera, era su rostro angosto y cerrado con su aire discreto, su delgada silueta, su aspecto digno, su reputación de muchacha seria, su desprecio por el sexo masculino, todo eso que hacía de ella una persona extraña, verdaderamente *otra*, dura y definitiva, siempre fuera de alcance, con sus pequeños pensamientos propios, sus pudores, sus medias de seda, su traje de *crêpe*, su permanente. Y todo este barniz se había fundido bajo su abrazo, sólo había quedado la carne, había aproximado sus labios a un rostro sin

ojos, desnudo como un vientre; había poseído una gran flor de carne mojada. Volvió a ver a la bestia ciega que palpitaba entre las sábanas con agitaciones y bostezos Velludos: era *nosotros dos*. No habían formado más que uno, ya no podía distinguir su carne de la de Maud; nadie le había dado nunca esa impresión de disgustante intimidad, salvo quizá Rirí, cuando Rirí le mostraba su pipí detrás de una zarza, o cuando se había ensuciado y permanecía acostado sobre el vientre moviendo las piernas, el trasero desnudo, mientras secaban su pantalón. Luciano se tranquilizó un poco pensando en Guigard; mañana le diría: “Me acosté con Maud, es una mujercita asombrosa, viejo; tiene eso en la sangre”. Pero no estaba cómodo: se sentía desnudo entre el polvoriento calor del metro, desnudo bajo una delgada película de vestidos, rígido y desnudo al lado de un sacerdote, frente a dos señoras maduras, como un gran espárrago sucio.

Guigard lo felicitó vivamente. Estaba un poco cansado de Fanny: “Verdaderamente tiene demasiado mal carácter. Ayer me puso mala cara toda la noche”. Los dos estuvieron de acuerdo; era necesario que hubiera mujeres como ésas, porque en cualquier forma no se podía permanecer casto hasta el matrimonio y luego ellas no eran ni interesadas ni enfermas, pero hubiera sido un error apegarse a ellas. Guigard habló de las verdaderas jovencitas con mucha delicadeza y Luciano le preguntó por su hermana. “Está bien, viejo, dijo Guigard, dice que eres un ingrato, ¿sabes?, agregó con un poco de abandono, no estoy descontento de tener una hermana; sin eso habría cosas que no comprendería.” Luciano lo comprendió perfectamente. Desde entonces hablaron a menudo de las jovencitas, se sentían llenos de poesía y Guigard citaba con gusto las palabras de uno de sus tíos que había tenido mucho éxito con las mujeres: “Tal vez no he hecho siempre el bien en mi perra vida, pero hay una cosa que Dios me tendrá en cuenta: antes me hubiera dejado cortar las manos que tocar a una jovencita”. Volvieron a veces a casa de las amigas de Pierrette Guigard. Luciano quería mucho a Pierrette, le hablaba como un hermano mayor un poco gruñón y le estaba reconocido porque no se había cortado el cabello. Estaba muy ocupado por sus actividades políticas; todos los domingos por la mañana iba a vender *La Acción Francesa*, frente a la iglesia de Neuilly. Durante más de dos horas Luciano se paseaba de un punto a otro con rostro severo. Las jovencitas que salían de misa levantaban a veces hacia él sus bellos ojos francos; entonces Luciano se dulcificaba un poco, se sentía puro y fuerte y les sonreía. Explicó a la “barra” que respetaba a las mujeres y se sintió satisfecho de encontrar en ellos la comprensión que deseaba. Por lo demás, casi todos tenían hermanas.

El 17 de abril los Guigard dieron una fiesta por los dieciocho años de Pierrette y, naturalmente, invitaron a Luciano. Era muy amigo de Pierrette, ella le llamaba su bailarín y él sospechaba que estaba un poco enamorada de él. La señora Guigard había invitado mucha gente y la tarde prometía ser alegre. Luciano bailó varias veces con Pierrette y después fue a buscar a Guigard que recibía a sus amigos en el salón de fumar. “Salud, dijo Guigard, creo que todos se conocen: Fleurier, Simón, Vanusse, Ledoux.” Mientras Guigard nombraba a sus camaradas, Luciano vio a un joven alto, pelirrojo y crespo, de piel lechosa y duras cejas negras, que se aproximaba vacilando y la cólera le trastornó: “¿Qué hace aquí ese tipo?, se preguntó, ¡sin embargo Guigard sabe bien que no puedo aguantar a los judíos!”. Giró sobre sus talones y se alejó rápidamente para evitar las presentaciones. “¿Quién es ese judío?” preguntó un momento más tarde a Pierrette. “Es Weill, hace estudios superiores de Comercio; mi hermano lo conoció en la sala de armas.” “Me horrorizan los judíos”, dijo Luciano. Pierrette se rió ligeramente: “Éste es un buen muchacho, dijo. Lléveme al comedor”. Luciano tomó una copa de champagne y apenas había tenido tiempo de calmarse, se encontró cara a cara con Guigard y Weill. Fulminó a

Guigard con los ojos y dio vuelta la espalda. Pero Pierrette lo tenía del brazo y Guigard lo abordó con franqueza: “Mi amigo Fleurier, mi amigo Weill, dijo con tranquilidad, ahora ya se conocen ustedes”. Weill, tendió la mano y Luciano se sintió muy incómodo. Felizmente se acordó, de pronto de Desperreau: “Fleurier hubiera arrojado al judío al agua en un momento”. Hundió las manos en los bolsillos, dio la espalda a Guigard y se fue. “No podré volver a poner los pies en esta casa”, pensó al pedir su sombrero. Sentía un amargo orgullo. “He aquí lo que cuesta tener convicciones arraigadas; ya no se puede vivir en sociedad.” Pero en la calle desapareció su orgullo y Luciano se sintió muy inquieto. “¡Guigard debe estar furioso!” Inclino la cabeza y trató de decirse con convicción: “¡No tenía derecho de invitar a un judío si me invitaba a mí!”. Pero su cólera había decaído: volvía a ver con una especie de malestar la asombrada cara de Weill, su mano extendida y se sentía inclinado a la conciliación. “Pierrette piensa seguramente que soy un salvaje, hubiera debido estrechar esa mano. Después de todo no me comprometía a nada. Saludar reservadamente y alejarme en seguida eso es lo que había que hacer.” Se preguntó si todavía estaría a tiempo de volver a casa de los Guigard. Se acercaría a Weill y le diría: “Discúlpeme, he tenido un mal momento”. Le daría la mano y conversaría con él amablemente. Pero no: era demasiado tarde, su gesto era irreparable. “¡Qué necesidad tenía, pensó con irritación, de mostrar mis opiniones a gente que no puede comprenderlas!” Se encogió nerviosamente de hombros: era un desastre. En ese mismo instante Guigard y Pierrette comentarían su conducta. Guigard diría: “¡Está completamente loco!” Luciano apretó los puños: “¡Oh!, pensó con desesperación, ¡cómo los odio! ¡Cómo odio a los judíos!”. Y trató de tomar un poco de fuerza en la contemplación de ese odio inmenso. Pero se fundía bajo su mirada, y hasta cuando pensó en León Blum que recibía dinero de Alemania y odiaba a los franceses, sólo sintió una pesada indiferencia. Luciano tuvo la suerte de encontrar a Maud en casa. Le dijo que la amaba y la poseyó varias veces con una especie de rabia. “Todo está perdido, se decía, nunca seré más que *un cualquiera*.” “¡No, no, decía Maud, detente, mi queridito, eso no, está prohibido!” Pero terminó por dejarse hacer: Luciano quiso besarla por todas partes. Se sentía infantil y perverso, tenía ganas de llorar.

Al día siguiente por la mañana, en el liceo, a Luciano se le apretó el corazón viendo a Guigard. Guigard tenía aire de disimulo y se hizo el que no lo veía. Luciano rabiaba tanto que no pudo tomar apuntes. “Puerco, pensaba, puerco.” Al terminar las clases Guigard se le acercó, estaba descolorido: “Si resuella, pensó Luciano aterrizado, le suelto una bofetada”. Permanecieron un instante uno al lado del otro, mirando cada uno la punta de sus zapatos. Por fin, Guigard dijo con voz alterada: “Discúlpame, viejo, no hubiera debido darte ese golpe”. Luciano se sobresaltó y lo miró con desconfianza. Pero Guigard continuó penosamente: “Lo encontré en la sala, comprendes, entonces quise... hicimos algunos asaltos juntos y él me invitó a su casa, pero yo comprendo, sabes, no hubiera debido, no sé cómo se hizo eso, pero cuando escribí las invitaciones, no pensé ni un segundo en eso...” Luciano no decía nada, porque no le salían las palabras, pero se sentía inclinado a la indulgencia. Guigard agregó con la cabeza baja: “Bueno... como plancha...”. “Pedazo de zanahoria, dijo Luciano golpeándole en el hombro, bien sé que no lo hiciste expresamente.” Y agregó con generosidad: “Por lo demás yo también estuve mal. Me he conducido como un salvaje. Pero, qué quieres, es más fuerte que yo, no puedo tocarlos, es algo físico. Tengo la impresión de que tienen escamas en las manos. ¿Qué dijo Pierrette?” “Se rió como una loca”, dijo Guigard lastimosamente. “¿Y el tipo?” “Comprendió. Le dije lo que pude, pero tomó el portante al cuarto de hora.” Agregó, siempre con trabajo: “Mis padres dicen que tienes razón, que tú no podías proceder de otro modo desde el momento que tienes una

convicción”. Luciano saboreó la palabra: “convicción”. Sentía deseos de estrechar a Guigard entre sus brazos: “No es nada, mi viejo, le dijo, no es nada desde el momento que quedamos amigos”. Bajó por el boulevard San Miguel en un estado de extraordinaria excitación: le parecía que ya no era él mismo.

Se dijo: “Es extraño, éste no soy yo. ¡No me reconozco!” El tiempo era cálido y dulce; la gente pasaba, llevando en las caras la primera sonrisa asombrada de la primavera; entre esta blanda multitud Luciano se hundía como una cuña de acero, pensaba: “Éste no soy yo. Yo, todavía la víspera, era un gordo insecto hinchado, parecido a los grillos de Ferolles”; ahora Luciano se sentía limpio y neto como un cronómetro. Entró en “La Fuente” y pidió un pernot. La barra no frecuentaba “La Fuente” porque en ella pululaban los metecos; pero ese día ni los metecos ni los judíos incomodaban a Luciano. En medio de esos cuerpos oliváceos que zumbaban ligeramente como un campo de avena bajo el viento, se sentía extraño y amenazante, un monstruoso reloj pegado contra la banqueta y rutilante. Reconoció divertido a un pequeño judío que los J. P., habían rociado, en el trimestre precedente, en el patio de la Facultad de Derecho. El pequeño monstruo, gordo y pensativo, no guardaba rastro de los golpes, había debido quedarse encerrado un tiempo y después había vuelto a tomar su forma redonda; pero había en él una especie de resignación obscena.

Por el momento parecía feliz: bostezó voluptuosamente; un rayo de sol le cosquilleó en la nariz, se rascó la nariz y sonrió. ¿Era una sonrisa? ¿O tal vez una pequeña oscilación que había nacido afuera, en algún rincón de la sala y que había venido a morir sobre su boca? Todos esos metecos flotaban en un agua sombría y pesada, cuyo oleaje conmovía sus carnes blandas, elevando sus brazos, agitando sus dedos, jugando un poco con sus labios. ¡Pobres tipos! Luciano sintió casi piedad de ellos. ¿Qué venían a hacer a Francia? ¿Qué corrientes marinas los habían traído y depositado aquí? Por mucho que se vistieran decentemente en casa de los sastres del boulevard San Miguel, no eran más que medusas. Luciano pensó que él no era una medusa; que no pertenecía a esa fauna humillada, y se dijo: “Yo estoy anclado”. Y luego, de pronto, olvidó “La Fuente” y los metecos, y no vio más que una espalda, una ancha espalda jorobada de músculos, que se alejaba con tranquila fuerza, que se perdía implacable en la bruma. Vio también a Guigard: Guigard estaba pálido, seguía con los ojos esa espalda y decía a Pierrette, invisible: “¡Bueno, como plancha!...” Luciano se sintió invadido por una alegría casi intolerable: ¡esa espalda poderosa y solitaria era la *suya*! ¡Y la escena había pasado ayer! Durante un instante, mediante un enorme esfuerzo fue Guigard; siguió su propia espalda con los ojos de Guigard, experimentó ante sí mismo la humillación de Guigard y se sintió deliciosamente aterrorizado. “Eso le servirá de lección”, pensó. Cambió el decorado: era en el tocador de Pierrette, esto ocurría en el futuro. Pierrette y Guigard indicaban, con aire algo contrariado, un nombre en una lista de invitaciones. Luciano no estaba presente pero su influencia pesaba sobre ellos. Guigard decía: “¡Ah no! ¡Ése no! ¡Estaría bueno con Luciano! ¡Luciano que no puede sufrir a los judíos!” Luciano se contempló una vez más y pensó: “¡Luciano soy yo! ¡Alguien que no puede sufrir a los judíos!” Esa frase la había pronunciado a menudo, pero hoy no se parecía a la de otras veces. No del todo. Seguramente, en apariencia era una simple comprobación, como si se dijera: “A Luciano no le gustan las ostras” o bien “A Luciano le gusta el baile”. Pero no había que engañarse, el gusto por el baile quizá hubiera podido descubrirse también en el pequeño judío, eso no tenía más importancia que un estremecimiento de la médula, no había más que mirar a ese maldito judío para comprender que sus gustos y sus disgustos quedaban adheridos a él como su

olor, como los reflejos de su piel que desaparecerían con él como los movimientos de sus pesados párpados, como sus sonrisas goteantes de voluptuosidad. Pero el antisemitismo de Luciano era de otra especie; despiadado y puro, apuntaba fuera de él, como una hoja de acero, amenazando otros pechos. “Esto... pensaba, es... es sagrado.” Se acordó que cuando era pequeño, su madre le decía algunas veces con un tono especial: “Papá trabaja en su escritorio”. Y esa frase le parecía una fórmula sagrada que le confería, de pronto, una nube de obligaciones religiosas, como no jugar con su carabina de aire comprimido, ni gritar “¡Tarambambom!”; caminaba por los corredores en puntas de pie, como si estuviera en una catedral. “Ahora me toca a mí”, pensó con satisfacción. Los demás decían, bajando la voz: “A Luciano no le gustan los judíos” y la gente se sentía paralizada, los miembros traspasados por una nube de flechitas dolorosas. “Guigard y Pierrette, se dijo con enternecimiento, son unas criaturas.” Habían sido muy culpables, pero bastó que Luciano les mostrara un poco los dientes, y en seguida habían sentido remordimientos, habían hablado en voz baja y se habían puesto a caminar en puntas de pie.

Por segunda vez, Luciano se sintió lleno de respeto por sí mismo. Pero esta vez no necesitaba de los ojos de Guigard, era a sus propios ojos que aparecía respetable —a sus ojos que percibían por fin su envoltura de carne, de gustos y de disgustos, de costumbres y de humores. “Allí donde me buscaba, pensó, no podía encontrarme.” Había hecho, de buena fe, el recuento de todo lo que *era*. “Pero si yo no debiera ser más que lo que soy, no valdría más que ese pequeño judío.” Escudriñando así en esa intimidad de mucosas, ¿qué se podía descubrir sino la tristeza de la carne, la innoble mentira de la igualdad, el desorden? “Primera máxima, se dijo Luciano, no tratar de ver dentro de sí; no hay error más peligroso.” El verdadero Luciano —ahora lo sabía— había que buscarlo en los ojos de los demás, en la temerosa obediencia de Pierrette y de Guigard, en la atención llena de esperanzas de todos esos seres que crecían y maduraban para él, de esos jóvenes aprendices que se convertirían en sus obreros, en los habitantes de Ferolles, grandes y chicos, de quienes un día sería el alcalde. Luciano experimentaba casi miedo, se sentía casi demasiado grande para él. ¡Tanta gente lo esperaba, lista para el combate!; y él era, él sería siempre esa inmensa espera de los otros. “Eso es, un jefe”, pensó. Vio reaparecer una espalda ancha y musculosa y luego, de pronto, una catedral. Estaba adentro y se paseaba, silenciosamente, bajo la luz tamizada que caía de los vitrales. “¡Sólo que, esta vez, la catedral soy yo!” Fijó la mirada con intensidad en sus vecinos, un cubano alto, moreno y suave como un cigarro. Le era absolutamente necesario encontrar palabras para expresar su extraordinario descubrimiento. Levantó dulcemente, con precaución la mano hasta su frente, como un cirio encendido, luego se recogió un instante, pensativo y sagrado, y las palabras vinieron por sí mismas: “¡Tengo derechos!” ¡Derechos! Algo del género de los triángulos y los círculos; era algo tan perfecto que no existía, se podían trazar millares de redondeles con el compás, no se llegaría a realizar ni un solo círculo. Del mismo modo, generaciones de obreros podrían obedecer escrupulosamente las órdenes de Luciano; no agotarían nunca su derecho a mandar, los derechos estaban más allá de la existencia, como los objetos matemáticos y los dogmas religiosos. Y he aquí que Luciano era justamente eso, un enorme racimo de responsabilidades y de derechos. Durante largo tiempo había creído que existía por azar, a la deriva: pero se equivocó por haber reflexionado demasiado. Mucho antes de su nacimiento, su lugar estaba ya marcado bajo el sol, en Ferolles. Ya —aún mucho antes del matrimonio de su padre— se *le esperaba*; si había venido al mundo era para ocupar ese lugar: “Existo, pensó, porque tengo el derecho de existir”. Y, quizá por primera vez, tuvo una visión fulgurante y gloriosa de su destino. Se recibiría en la Central, más tarde o más

temprano (por lo demás eso no tendría ninguna importancia). Entonces largaría a Maud (ella quería todo el tiempo acostarse con él, era matador; sus cuerpos confundidos despedían en el tórrido calor de ese comienzo de primavera un olor a guiso algo quemado). “Y además, que Maud es de todo el mundo, hoy es mía, mañana de otro, todo esto no tiene ningún sentido.” Iría a vivir en Ferolles. En alguna parte de Francia había una jovencita ingenua del tipo de Pierrette; una provinciana de ojos de flor que se guardaba casta para él: algunas veces trataba de imaginar a su futuro dueño, ese hombre terrible y dulce, pero no lo lograba. Era virgen; en lo más secreto de su cuerpo reconocía el derecho de Luciano de poseerla. La desposaría, sería *su* mujer, el más tierno de sus derechos. Cuando ella se desvistiera por la noche, con pequeños gestos sagrados, aquello sería como un holocausto. La tomaría en sus brazos con la aprobación de todos; le diría: “¡Tú eres para mí!”. Lo que ella le mostrara tendría el deber de no mostrarlo más que a él, y el acto de amor sería para él un inventario voluptuoso de sus bienes. Su más tierno derecho, su derecho más íntimo: el derecho de ser respetado hasta en su carne, obedecido hasta en su lecho. “Me casaré joven”, pensó. Se dijo también que tendría muchos hijos; luego pensó en la obra de su padre; estaba impaciente por continuarla y se preguntaba si el señor Fleurier no se moriría pronto.

Un reloj dio las doce de la mañana; Luciano se levantó. La metamorfosis estaba terminada: una hora antes, en ese café había entrado un adolescente gracioso e incierto; el que salía era un hombre, un jefe entre los franceses. Luciano dio algunos pasos en la gloriosa luz de una mañana de Francia. En la esquina de la calle de las Escuelas y del boulevard San Miguel, se aproximó a una papelería y se miró en el espejo; hubiera querido encontrar en su rostro el aire impermeable que admiraba en el de Lemordant. Pero el espejo no le devolvió más que una linda carita obstinada, que no tenía todavía nada de muy terrible: “Me dejare crecer el bigote”, decidió Luciano.



JEAN-PAUL CHARLES AYMARD SARTRE (París, 21 de junio de 1905 – París, 15 de abril de 1980), conocido comúnmente como Jean-Paul Sartre, fue un filósofo, escritor, novelista, dramaturgo, activista político, biógrafo y crítico literario francés, exponente del existencialismo y del marxismo humanista. Fue el décimo escritor francés seleccionado como Premio Nobel de Literatura, en 1964, pero lo rechazó explicando en una carta a la Academia Sueca que él tenía por regla declinar todo reconocimiento o distinción y que los lazos entre el hombre y la cultura debían desarrollarse directamente, sin pasar por las instituciones. Fue pareja de la también filósofa Simone de Beauvoir.

## Notas

<sup>[1]</sup> Bombón oriental. (*Nota del traductor.*) <<

